
Nadie
ME
ENSEÑÓ
A AMAR
NOAH EVANS

Índice

Preámbulo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
Epílogo

Preámbulo

Irina

Margaret vivía en una casa más grande que el centro de acogida en el que había pasado los últimos años. La asistente social le había aconsejado que, para mejorar el idioma, pasara un par de tardes a la semana en un taller de narrativa. Siempre se le dieron bien las historias. No mucho tiempo atrás, apenas con unos diez años, en Agra, la ciudad donde nació, ganaba lo suficiente para no morir de hambre contando leyendas a turistas que iban camino del Taj Mahal. Su habilidad para estirar aquellas leyendas locales, y transformarlas en lo que deseaban oír los que se acercaban a ella, era impresionante. Historias con un halo oscuro y finales felices que deleitaban la imaginación de los recién casados. Incluso lograba vender talismanes que ella misma hacía con cuerdas, piedras y palos, obsequios que seguramente aquellas personas aún conservarían en algún lugar de su hogar y que simbolizaban el amor eterno.

Mejorar el idioma, en eso insistían los cuidadores y todos los asistentes. Ella sabía bien lo que era tener que aprender un idioma a pasos agigantados, cuando de ello dependió su vida desde que tuvo uso de razón.

Hija de nadie, fue criada por una anciana que se dedicaba a recoger a niños sin hogar y compartir una parte de su escueto y pobre techo. Un hueco donde dormir y poco más, lo suficiente para sobrevivir más que la mayoría. En su caso, para sobrevivir el tiempo necesario hasta que una ONG se fijase en ella, en su manejo del inglés y en sus posibilidades de acogida por un país con un gran abanico de oportunidades.

Aún le quedaba mucho por aprender, tres años no habían sido suficiente aunque pasara la mayor parte del tiempo estudiando. A sus dieciséis años, todavía no sabía a qué iba a dedicarse, la asociación le daba algo de margen para decidir siempre y cuando mantuviese su ritmo de estudio y buenas calificaciones.

El coche de Lara, su cuidadora, estaba aparcado a un lado del extenso jardín. Era la primera vez que veía una casa particular tan enorme, aunque le habían contado que su propio centro había sido el hogar de una familia, de los fundadores de la ONG que la había salvado de su incierto destino.

Estaba nerviosa, aún no sabía bien para qué Margaret había pedido verla, ni siquiera estaba completamente segura de quién era. Lara le había explicado que aquella historia que iba entregando a capítulo por clase a su profesor de narrativa la había llevado hasta allí. Este, un hombre de edad avanzada, conocía a aquella Margaret que se dedicaba a producir libros. No sabía más, salvo que quería conocerla.

La puerta de la entrada se abrió y una señora con uniforme verde les recibió.

—¿Puede decirle a la señora Larsson que Irina Yadav ha venido a verla? —Oyó la voz de su cuidadora y al escuchar su propio nombre se le erizó el vello.

Irina Yadav, así la llamaron siempre. Aunque, cuando la ONG arregló los documentos para

llevársela de La India, comprobaron que ella no aparecía en ninguna parte. Decían en el barrio donde creció que su madre murió cuando ella tenía dos años y ni siquiera conocía su nombre. Mucho menos el de su padre, algunas lenguas solían rumorear que su padre no era de Agra. Un extranjero que pasaba por allí encandiló a una joven marchándose después y dejando un rastro a la que llamaban Irina Yadav.

Bajó la cabeza en cuanto notó la mirada de la empleada de Margaret. La camiseta de Irina llegaba hasta el codo, su piel era dorada como la de tantos en Agra. Quien fuera su padre no dejó mucha mella en la raza.

—Pasa —aquella mujer se dirigía a ella—. Margaret te está esperando.

Miró a su cuidadora con cierto recelo.

—Yo vengo a recogerte en un rato. —Lara sonreía y eso la tranquilizó. La mujer la empujó para que entrara.

Irina se mordió el labio, gesto que solía repetir cuando estaba nerviosa. Y lo hacía tantas veces que los pellejos resecos eran ya crónicos en su labio inferior.

La empleada de la casa Larsson cerró la puerta tras ella. Bajó la mirada al suelo a pesar de que la entrada de aquella casa la llenaba de curiosidad. Un palacio de los que tantas veces creó en su cabeza en aquellas leyendas que contaba a los turistas.

Le gustaba el olor de aquel lugar, jengibre y canela, aromas que le recordaban a aquello que llamaban Navidad. Un perfume intenso y cálido que no lograba tranquilizarla. Verse lejos de su cuidadora en un lugar extraño no fue de ayuda para la ligereza de sus piernas.

—¿Irina? —Su voz serena y segura le recordó a la actriz de una de sus películas favoritas, Meryl Streep. Levantó los ojos. Era una mujer que no alcanzaría los sesenta, contando con que en aquel país todas las mujeres parecían mucho más jóvenes de la edad que realmente tenían. Vestía falda, chaqueta negra y llevaba el pelo rubio recogido en la nuca.

Irina levantó los ojos despacio hacia Margaret Larsson, que la miraba con una intensidad que la incomodaba.

—Irina —confirmó la mujer dando unos pasos hacia ella.

Margaret entornó los ojos, seguía mirando a Irina, pero para su asombro no se fijaba en su vestimenta, ni en su cara, buscaba su mirada, como si a través de sus iris pudiese penetrar en su cabeza y ver qué había dentro de ella. Se puso frente a ella.

La joven arqueó las cejas contrariada. No dejaba de mirarla en silencio. De pronto, las comisuras de sus labios se abrieron.

—Eres *insultantemente* joven. —Su sonrisa se amplió divertida. Las cejas de Irina se alzaron aún más. Y esbozó una tímida sonrisa—. Que se agarren —añadió Margaret—, que se agarren todos.

Sus palabras la contrariaban aún más, si eso pudiera ser posible. La editora seguía sonriendo.

—Vamos dentro. —Dio unos pasos atrás y luego se giró para atravesar un enorme salón.

Abrió una puerta corredera en la que había una biblioteca, una biblioteca dos veces más grande que la del centro en el que estudiaba. Tan grande como las bibliotecas públicas a las que la llevaba su profesor de narrativa para documentarse.

Irina miró un cuadro en la pared principal, donde estaba la chimenea. Justo en la parte alta un

marco de madera bordeaba un lienzo blanco con lo que parecía una inicial, la «L», dibujada con una forma que le resultaba familiar. Aunque no estaba segura de dónde la había visto.

Margaret movió la mano invitándola a echar un ojo a las estanterías de la biblioteca. En un atril había un ejemplar un tanto peculiar de *Jane Eyre* y se detuvo en él.

—Una de mis novelas preferidas —le dijo Margaret, que observaba cómo Irina iba a tocarlo, pero se arrepentía en el último momento, en cuanto fue consciente del motivo del amarillento color de sus páginas.

—Ejemplar de una primera edición. —La editora sonrió orgullosa. Luego señaló una vitrina con más atriles similares y más libros—. Soy coleccionista de joyas literarias.

La joven la miró de reojo.

—Pero no te he hecho venir por eso. Yo busco otra cosa en ti —negó con la cabeza y puso la mano en el hombro de Irina para que esta se girase—. Y tú pareces demasiado asustada. —Hizo una mueca con los labios y luego sonrió—. ¿Sabes quién soy?

Negó con la cabeza y Margaret frunció el ceño. Luego alargó la mano hacia una de las estanterías y pasó el dedo índice por los lomos de una hilera de libros, justo en la parte donde había un símbolo, un sello que todos ellos tenían en común.

—Mi nombre es Margaret Larsson y soy la dueña del grupo editorial Larsson. —Sonrió orgullosa, así que Irina supuso que la empresa debía de tener gran éxito. En ese momento supo de qué le sonaba aquel símbolo. Margaret volvió a ponerse frente a ella—. ¿Alguna vez has pensado en ser escritora?

No le gustaba abrir la boca. En el centro los niños solían decirle que era medio muda. Quizás porque aún su idioma no era del todo perfecto y a veces se trababa al hacerlo, quizás porque no era su ciudad, porque no lo sentía su casa. Quizás porque temiese que alguien pudiese pensar que era tonta si abría la boca. Escribiendo era diferente, bien diferente. Mediante letras podía expresarse sin miedo.

Margaret se cruzó de brazos al ver que Irina seguía en silencio.

—Creo que voy a tener bastante trabajo contigo. —Volvió a entornar los ojos—. Llevo entre escritores desde que tenía dieciocho años y no tienes ni idea de cuántos tengo. —Echó una risa moviendo la cabeza—. Es la primera vez que me encuentro con un novel como tú. Ni siquiera eres consciente de lo que puedes hacer.

Irina bajó la cabeza. Sabía que a los turistas les gustaban sus historias, en el pasado comía cada día gracias a ello. Sin embargo, en la escritura toda aquella fantasía se magnificaba, no tenía la presión del tiempo que no debía traspasar, tampoco la traba del lenguaje. Escribía y escribía cada vez con más libertad. Una libertad que cada día la cautivaba más.

—Tu cuidadora me ha dicho que no has tenido una vida fácil. —Le echó hacia atrás unos mechones que le habían caído de la cola—. Y aunque no hables sé muy bien que conoces el idioma. Y, créeme, lo dominas en los escritos mejor que muchos autores que trabajan conmigo —volvió a reír, moviendo la cabeza. Apartó otro mechón de la cara de Irina—. El futuro que te espera.

La puerta de la biblioteca se abrió y la joven se sobresaltó. Margaret amplió su sonrisa al ver entrar a un joven que tiraba de la mano de una chica rubia.

Irina enseguida apartó la mirada y se mordió el labio inferior, resbalando los dientes por él y sintiendo que un nuevo pellejo se despegaba.

—Este es mi hijo Jayden. —Oyó decir a Margaret.

Sin mover la cabeza, lo miró por el rabillo del ojo. Jayden tenía la tez clara y el pelo de un tono castaño claro, sus ondas caían a ambos lados de su cara formando rizos que no llegaban a enroscarse del todo. Tenía los ojos azules, algo rasgados, le recordaba a la mirada de los gatos, a la de un gato en concreto: el gato con botas de la película *Shrek.* Era mayor que ella, aunque no creía que llegara a los veinticinco. Jayden la miró de una manera parecida a la que lo hizo su madre momentos antes y su gesto silencioso, sin una pizca de cordialidad, la hizo bajar algo más la cabeza de lo que ya la tenía.

—Y ella es Jesica —añadió Margaret ignorando la expresión de su hijo.

Irina miró a la muchacha, seguía de la mano de Jayden. Jesica era una joven de unos veinte años, de pelo rubio claro. Se fijó enseguida en su atuendo, llevaba una mini fada blanca y una camiseta ajustada del mismo color. En el brazo que no agarraba a Jayden tenía colgada una chaqueta blanca con flecos y la atención de Irina enseguida se dirigió a sus zapatos. Eran unas botas, pero en la parte del pie bien parecían unas deportivas. Nunca había visto un calzado similar y la imagen de aquella prenda original la hizo perderse unas décimas de segundo. Miró a Jesica de nuevo, esta sí sonreía mirándola y en un acto reflejo Irina le devolvió la sonrisa.

Se sentía ruborizada, acalorada e incómoda. Por el rabillo del ojo comprobó que Jayden seguía escudriñándola, sus zapatos de punta cuadrada horrendos, sus *jeans* y su camiseta de algodón. Hasta su cola de caballo ya caída y despeinada.

Irina giró levemente la cabeza para impedirle observar su cara, sabía que el joven buscaba en sus rasgos una raza que tan evidente era en ella. Como también era evidente su posición social, quizás una condición que no era del agrado del hijo de tan elegante y exitosa mujer. El calor de su cara aumentó y también la vergüenza. Tenía un nudo en las cuerdas vocales y era incapaz de pronunciar palabra.

Jayden miró a su madre con el ceño fruncido y abrió la boca para decir algo.

—Estoy trabajando —lo cortó—. Cuando acabe os llamaré si seguís por aquí.

Él volvió a mirar a Irina contrariado.

—Ella es la escritora Irina Yadav. —Al oír la voz segura de Margaret pronunciar aquellas palabras su cuerpo reaccionó y levantó la barbilla hacia los dos jóvenes.

El ceño de Jayden se frunció. Hasta con aquella expresión podría ser el ser más hermoso que su mente hubiese visto, tan parecido a aquellos dioses que describió en sus historias. Abrió la boca para coger aire y lo aguantó dentro. El corazón le latía deprisa. Tenía una muestra de la perfección humana delante, a tan solo unos metros de ella.

Existen.

Su mente comenzó a divagar con rapidez y el ansia por salir corriendo de allí y escribir se hizo notable. En sus sueños, en sus historias, ella podía ser alguien como Jesica y estar cerca de alguien como Jayden sin temer, sin enmudecer y sin estar avergonzada.

Sacudió la cabeza levemente, no estaba escribiendo, aquello era el mundo real. Y estaba en una casa ajena con personas desconocidas y al menos a una de ellas no le era grata su presencia.

—¿Escritora? Pero si es una niña. —La voz de Jayden la terminó de arrastrar hacia el mundo real. Lo vio negar con la cabeza como si su madre estuviese loca—. Me dijiste que pensabas retirarte, que ya era hora.

Margaret se cruzó de brazos.

—No te dije exactamente eso y, sea como sea, he cambiado de opinión.

Jesica dio un paso atrás para sacar a Jayden de la biblioteca, pero este no estaba dispuesto a irse.

El joven miró a Irina mientras cogía aire, ella enseguida se fijó en la forma que tomaba el pecho de Jayden al llenarse y entornó los ojos, aquel gesto solía describirlo innumerables veces, fue consciente de que nunca lo había hecho con suficiente precisión.

—Ya veo. —Apretó los labios e Irina pudo ver la forma exacta que tenían. Eran anaranjados como solían tenerlos los de piel blanca. Su grosor y su forma no pegaban en absoluto con su expresión enfadada, no creyó que por mucho que se enfadase sus rasgos lo acompañasen en absoluto. Sonrió por inercia.

Y su sonrisa ofendió a Jayden sobremanera.

—Como mi opinión no cuenta, prefiero reservarme lo que pienso. —Ni siquiera miró a su madre y salió de la biblioteca.

Margaret se puso frente a la puerta y levantó una mano hacia Irina.

—Disculpa —le dijo la mujer—. Vuelvo en unos minutos. Echa un vistazo a la vitrina, necesitarás leerlos todos antes de que empecemos.

¿Empezar el qué?

Quedó sola antes de que pudiese reaccionar. La puerta corredera se cerró tras Margaret.

Aún perduraban los olores de aquellos tres seres. El dulzón de Margaret, el cítrico de Jesica y el intenso y picante de Jayden.

Entornó los ojos hacia la puerta.

Jayden.

Podría ser un dios celta, un ángel de los cuadros de los museos a los que la llevaban los fines de semana. Esos con los que comenzó a soñar un par de años atrás como hombres. Más que como seres fantásticos.

Hombres de carne y hueso que podía encontrar en cualquier parte si tenía la suficiente suerte. Hombres que hablaban, que respiraban, que se enfadaban y que sentían.

¿Siente?

Seguía mirando la puerta cerrada tras la que Margaret discutía con su hijo.

—Vuelves a equivocarte. —Oía la voz de Jayden—. ¿Cuántas veces más caerás en el mismo error? ¿Qué es lo que buscas?

A Jayden lo acompañaba una chica, una mujer hermosa con un *look* impresionante de la que seguramente estaba enamorado. El vello se le erizó al pensarlo. En su mente visualizó la mano del joven y la pequeña mano de Jesica con dedos alargados y uñas pintadas de un rosa chicle que resaltaba en su fina piel.

La puerta se emborronaba frente a ella, seguía visualizando las manos entrelazadas de Jayden y su acompañante, el antebrazo ancho y venoso del hijo de Margaret. Y las de Jesica crecieron en

su fantasía y su piel se oscureció tornándose en algo más parecido a la suya. Sintió un leve ardor en el pecho al pensarlo, notaba como a ella misma podían vibrarle las venas de las muñecas mientras sentía un cosquilleo que le hacía ligeras las manos. Cogió aire despacio y cerró los ojos concentrándose en aquella sensación placentera. Y vio a Jayden en su fantasía, con pelo largo, con pelo corto, vestido de azul, de negro, de blanco. Lo vio vestido de romano y también con aquel atuendo escocés de esas novelas que tanto le gustaban.

Sonreía sin abrir los ojos mientras numerosas posibilidades se abrían en el interior de su cabeza.

El pulso se le aceleró al oír de fondo la voz de Jayden que seguía con la discusión con su madre.

—Ni siquiera entenderá bien nuestro idioma. Has enloquecido por completo.

Le encantaba su voz aunque sus palabras pudieran ofenderla. Volvió a sentir aquel azote en su pecho, podría cambiar sus palabras tantas veces como quisiera. Allí, en aquella fantasía que la rodeaba, él no era más que una marioneta.

—No he visto un talento así en toda mi carrera, esta vez es diferente, confía en mí.

—He confiado en ti mientras esas futuras estrellas se han aprovechado de ti, te han engañado, estafado y te han hecho perder prestigio y dinero.

«Irina», le repetía, sin embargo, Jayden en el interior de su cabeza.

—Jayden, vámonos. —La voz de Jesica era suave—. Esa chica debe estar enterándose de todo.

—Me da igual que se entere. Ya estoy harto de aprovechados que buscan a mi madre.

Irina seguía sin abrir los ojos, con un pie en la realidad y el otro en la fantasía. Y este último la quería hacer correr lejos de allí, donde con un lápiz y papel podría describir todo lo que su mente le estaba mostrando.

Arrugó la nariz.

Jesica.

En su cabeza, Jesica había cambiado de aspecto, de color de pelo y hasta su ropa era diferente. Ladeó la cabeza mientras buscaba diferentes candidatas a afortunada acompañante del Jayden irreal.

Y la vio con gruesas trenzas en la Edad Media, y la vio con glamorosas ondas sobre un escenario de los años cincuenta, y la volvió a ver saliendo de un enorme rascacielos con una blusa negra.

Su sonrisa se amplió mientras sentía el cuerpo entero ligero.

—Volverás a caer. Será un nuevo fracaso para alimentar a la competencia.

—No quiero volverte a oír hablar de esto. Hace tiempo que no quieres saber nada de la editorial. Ya tienes un trabajo, ¿no?

—Me busqué otro trabajo porque no quería ver en primera fila cómo hundías la editorial con apuestas absurdas por autores que no dan resultado.

—Yo sola levanté este imperio.

—Y tú sola lo dejarás caer.

—Vamos fuera, Jayden. —Jesica intentaba mediar.

En su cabeza, Jesica ya tenía otro rostro, otro pelo, otro nombre y otro cuerpo.

—No tienes ni idea de lo que acabo de descubrir.

—Lo que descubriste la última vez y la anterior, y la anterior a esta.

Se hizo el silencio e Irina abrió los ojos.

Y la fantasía se esfumó a la vez que la puerta se abrió. Jayden volvía a estar frente a ella con Jesica tirándole del brazo. Los tres miraban a Irina, quizás no se la esperaban tan cerca de la puerta, era evidente que se había enterado de todo.

—Ella será una de las autoras de romántica más vendidas de todos los tiempos —le dijo Margaret a su hijo—. Y entonces espero tus disculpas.

Margaret entró en la biblioteca y cerró la puerta en las narices de su hijo. Miró a Irina.

—Mi hijo y los libros, por desgracia, no son buena combinación —le dijo—. Quizás le falta la sensibilidad que se necesita para entenderlos. Intenté enseñarle, pero no tiene paciencia.

Se acercó a ella.

—Irina —añadió y la joven levantó la barbilla—. Pienso que tienes todo lo necesario para triunfar en la literatura como no alcanzas a imaginar. No me importa lo que diga mi hijo ni los directivos de mi editorial. Que les den a todos —sonrió e Irina tuvo que contener la sonrisa—. No será fácil ni rápido. Pero ten constancia y paciencia y exprimiremos esa mente privilegiada para deleitar al mundo.

Puso las manos sobre sus hombros.

—¿Tengo tu compromiso?

Irina asintió levemente, aunque todavía no era consciente de lo que Margaret quería decir con aquellas palabras. Pero si era escribir sin parar estaba encantada de aceptar. No deseaba hacer otra cosa.

—Comenzaremos por el principio, entonces. —Margaret se dirigió satisfecha hacia la vitrina.

1

Diez años después

Jayden

Las carcajadas de su amigo Nolan sonaban en la terraza del ático. No sabía ni quiénes eran la mayoría de personas que estaban allí. Solo conocía a unos cuantos, los de siempre, sus amigos de toda la vida. Pero cada uno de ellos solía llevar a amigos del trabajo, familiares o amigas de parejas. Con lo cual, el grupo se hacía cada vez más extenso.

Nolan seguía siendo el encargado de poner la música, como siempre. A pesar de haber pasado de los treinta seguía estando al tanto de las últimas tendencias y, junto a una iluminación en tenues azules, el ambiente era acogedor y bien animado.

Acababa de conocer a Lisy, no estaba seguro de quién la había llevado y apenas recordaba quién se la había presentado, pero estaba convencido de que cuando todos se marcharan Lisy estaría dispuesta a quedarse un rato más, quizás unas horas, o bien hasta el día siguiente.

Jayden se cruzó de piernas en una esquina del sofá de la terraza, Lisy miraba a través de la pared de cristal las formidables vistas. La vio alzar su móvil y hacer una foto, ya recordaba, era fotógrafa e iba con una compañera de trabajo de Elliot.

Llevaba un vestido blanco y ajustado que, sentada, entallaba la curva de un glúteo como los que solían gustarle. Jayden se levantó del sofá y buscó a Nolan.

Su amigo se llenaba una copa de ron.

—Pensaba que esa amiga de Elliot te había gustado —le dijo con ironía, mirando a la chica que, embelesada con las vistas a través del cristal, aún no había sido consciente de que su acompañante la había abandonado.

Jayden también la miró. No necesitaba estar toda la reunión junto a Lisy, realmente ya lo tenía todo hecho con ella.

—No necesito estar toda la noche haciendo preguntas absurdas mientras me hago el interesado —respondió, quitándole la copa a Nolan.

—*Ohhh*, cierto. —Su amigo reía—. Tú no necesitas nada.

Nolan lo empujó hacia otro de los sofás.

—Este piso es enorme y no tienes muchos problemas para llenarlo. —Se sentó junto a él.

Cuando estaba acompañado por alguna mujer, como cuando estaba sentado junto a Lisy, sentía que se creaba una especie de muro, sus amigos no querían incordiar y otras mujeres desistían. Pero era salir de aquel espacio íntimo y enseguida verse rodeado de gente.

Elliot y su compañera, la que llevó a Lisy, no tardaron en acercarse.

—Le estoy diciendo a Rebeca que hace años que conocemos a Irina Yadav —decía Elliot.

Lisy ya estaba con ellos, enseguida se sentó en el brazo del sillón que estaba pegado a Jayden.

—¿Conocéis a Irina Yadav? —preguntó con sus gruesos labios pintados de rosa.

Jayden la miró de reojo. No le gustaba hablar del trabajo de su madre en público. Era evidente que aquel ático y el coche que conducía no podía pagarse únicamente con su sueldo aunque este no fuese bajo. Pero hablar de la editorial Larsson lo incomodaba sobremanera.

—Hace años, era solo una niña. —Quitó importancia al asunto.

—Una niña que escribió *Rojo escarlata* —la amiga de Elliot suspiró después de decir el título —. Con diecisiete años… —Abrió la boca mientras se ponía la mano en el pecho—. Irina tuvo que vivir mil vidas antes de esta si fue capaz de escribir eso con diecisiete años.

Nolan reía mirando a Jayden.

—Con este muso cerca… —dijo sin dejar de reír. Jayden le dio en el hombro para que se callase.

—Cierto, lo mismo la inspiraste. —En ese momento era Elliot el que reía. No le gustaban aquel tipo de bromas, pertenecían al pasado, cuando sus amigos bromeaban con la forma en la que Irina solía observarlo siempre. Era una niña y ellos… ellos no eran más que unos inmaduros veinteañeros que pensaban que se comerían el mundo antes de los treinta. Pues llegaron los treinta y el mundo seguía intacto.

Jayden apoyó el codo en el respaldo y se llevó la mano a la frente. La conversación se estaba tornando ciertamente incómoda. Ellos sabían que no le gustaba hablar de la editorial, aún menos que bromearan con aquello.

La amiga de Elliot había fruncido el entrecejo.

—¿Inspirarla? —preguntó la chica en un tono casi irónico. ¿Era lo que estaban buscando sus amigos? Despertar esa curiosidad irremediable en las mujeres cuando se trataba de un cotilleo entre alguien cercano y algún famoso. Entornó los ojos hacia Jayden y él sintió cómo Rebeca, Lisy y más curiosos que ya los rodeaban querían ver a través de él al protagonista de aquella novela, *Rojo escarlata,* con la que Irina comenzó su imparable carrera.

—¡Jayden! —Desde el interior oyó cómo lo llamaban—. Esto no para de sonar.

Joe se asomó a la terraza con su móvil en la mano. No eran horas para que lo llamasen del trabajo y todos sus amigos estaban allí. Tampoco a aquellas horas esperaba la llamada de alguna mujer.

Entornó los ojos hacia la pantalla, era Desmond, el administrador de su madre. Se levantó de un salto y se alejó del sofá, ya demasiado concurrido.

—Jayden, siento la hora.

Por la voz de Desmond pudo deducir que, fuera lo que fuera, había pasado algo malo.

—Tienes que venir a casa, urgente.

«Casa». Llevaba años viviendo en el ático, aunque esa palabra hogareña aún la tenía reservada para la mansión Larsson.

—Seguramente tu madre tenga que ingresar mañana.

«Ingresar». Aquella palabra sonó a piedra pesada que cayó desde el estómago hasta sus pies. Desconocía que la salud de su madre estuviese delicada y no tenía noticias de ninguna cirugía inminente.

Cogió aire mientras la garganta comenzó a escocerle.

—¿Qué ha pasado? —pudo preguntar de manera entrecortada.

—No sabíamos lo que tardaría en llegar y ella prefirió que no supieses nada hasta el final. Pero es justo que lo sepas ya. —Desmond se detuvo a respirar—. Hace unos meses a tu madre le detectaron un cáncer con metástasis, ya no había mucho que hacer. Por eso prefirió mantenerlo oculto, no quería que estuvieses meses preocupado cuando el final iba a ser el mismo. —Lo oyó suspirar—. Pero el final ya está aquí. Sé que te gustaría pasar los últimos días con ella.

«Últimos días». ¿Cómo pudo su madre ocultarle todo aquello y dejar que viviera su vida como siempre, impidiéndole estar con ella? No le dio margen, no le dio tiempo. Abrió la boca para coger aire mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

2

Jayden

Numerosos amigos y algunos parientes lo habían esperado en la puerta del cementerio. Buscaba a Desmond, el administrador de la empresa y el administrador personal de su madre, no sabía qué parte de querer una despedida íntima no había entendido.

Pero eran demasiados los que estaban agradecidos con Margaret Larsson y querían despedirla. Llevaba ya unos años alejado del entorno familiar y aún más alejado del imperio Larsson. Todavía no había hablado con Desmond de qué pasaría a partir de ese momento con la editorial, desde que su madre ingresara en el hospital no quería hablar del desenlace ni de lo que conllevaba. Como hijo único y sin más herederos, supuso que la editorial pasaría a estar a su cargo, algo que de tan solo pensarlo le producía ansiedad.

El cáncer de su madre fue tan inesperado que apenas le había dado tiempo de reaccionar. Apretó los labios al salir del coche, ni siquiera el tiempo acompañaba, la llovizna no paraba.

Se colocó unas gafas oscuras y se dispuso a cruzar la calle. Esperaba poder aguantar delante de todos durante la despedida, intentaría no pensar en todo aquello que le atormentaba desde que Margaret ingresara en el hospital.

Desmond estaba en la puerta, le agradecía que hubiese sido él el que atendiera a todos los que se habían acercado. Él mismo no era capaz de hacerlo.

El administrador lo apartó hacia los primeros jardines del cementerio.

—De aquí iremos directos a la lectura de la herencia —le dijo.

Jayden volvió a apretar los labios.

—Quiero dejar pasar unos días. —No quería ni oír hablar de la herencia. Demasiado tenía con hacerse a la idea de que ya no estaba su madre.

—No puedes dejar pasar unos días. —Desmond comprobó que estaban apartados del resto y nadie oía.

El joven resopló, la ansiedad no hacía más que aumentar sus ganas de llorar. Y se negaba a hacerlo allí en medio, delante de empleados de su madre y amigos.

—La editorial, ¿verdad? —le dijo a Desmond.

El administrador asintió, la barba de chivo que llevaba estaba llena de diminutas gotas de agua. La lluvia aumentaba, pero ninguno de los dos abría el paraguas.

—Pero tu madre incluyó algo más en el testamento —añadió y Jayden se sobresaltó.

Se oyeron murmullos y ambos se giraron. De un coche negro con chófer se bajaba una mujer.

Los enormes tacones de Irina Yadav esquivaron el charco junto al bordillo. Llevaba una gabardina cruzada, con tanto vuelo que parecía un vestido, o quizás era un híbrido entre vestido y gabardina con un ancho cinturón que le ajustaba la cintura. Irina abrió el paraguas, un paraguas negro como el color de la gabardina, como los zapatos de charol que sonaban firmes en el suelo. Un paraguas enorme de varillas puntiagudas que cubría un halo a su alrededor suficiente para

que nadie pudiese acercarse a ella a menos de un metro y que impedía que la lluvia mojase ni un trozo de su ropa.

Jayden comprobó cómo, quizás sin ser consciente, la gente se abría camino para dejarla pasar. Irina marchaba sola, con los labios cerrados y sin mirar a nadie.

Los rebasó a todos y siguió su camino hacia la lápida que preparaban para la ceremonia.

Oyó a Desmond resoplar. Aunque Jayden llevaba tiempo alejado de la editorial, y mucho más de Irina, era bien sabido el carácter de la estrella de Larsson y lo que provocaba en el ambiente literario. Como preferida de su madre, su rechazo inicial hacia ella pasó por varias fases, pasando también por los celos a causa de la atención excesiva de Margaret e incluso por la envidia por haber conseguido todo lo que su madre había esperado de ella en cuanto la viera por primera vez. El orgullo de Margaret Larsson, una escritora que no parecía tener techo en lo profesional y que estaba haciendo historia en el mundo literario. Cada una de sus novelas era un *best seller* internacional, un libro tras otro se traducía a decenas de idiomas y, últimamente, se habían hecho varias adaptaciones para cine y series de televisión, todas ellas con gran aceptación en todos los países. El imperio Irina era imparable, sus lectoras devoraban ávidas cada nueva publicación y para tener el privilegio de un libro firmado de su puño y letra la media de espera en ferias de libros era de unas cinco horas.

El sueño de Margaret Larsson de descubrir a una nueva estrella que hiciese historia estaba más que cumplido.

El sonido de los tacones de Irina se alejaba con ella, ni siquiera había reparado en él. Hacía unos años que no la veía más que en revistas, en carteles o en redes sociales en la publicidad de la editorial.

El pelo castaño y liso de Irina estaba recogido en su nuca con un llamativo broche plateado. Se había vuelto estrambótica, lejos quedó aquella niña que a diario visitaba la casa Larsson, donde Margaret le daba las claves de la novela romántica hasta convertirla en lo que era.

—Una joven con un carácter un tanto delicado —puntualizó Desmond en su espalda. Sintió unas palmadas en el hombro—. Pero no deja de ser el mayor ingreso de la editorial.

Jayden se giró hacia él.

—Tu madre temía que tras su muerte Irina se fuera con la competencia o, aún peor, que dejara de escribir. Y se aseguró de todo ello en el testamento.

El joven alzó los ojos al oírlo.

—Después conocerás los puntos exactos, pero tu madre te ha dejado el imperio con una clara sorpresa. Ocuparás su lugar en todos los sentidos.

Jayden negó con la cabeza sin entender muy bien. Sabía que la idea de Margaret era dejarlo a cargo, por eso intentó enseñarlo. No fue bien y él se apartó de la editorial y desarrolló su carrera de *marketing* en otra empresa. Después de tantos años no tenía ni idea del mercado, no era capaz, imposible.

—Eres el director de Larsson, por supuesto, pero no estarás solo. Tu madre en ese sentido te dejó un equipo de consejeros que saben bien lo que hacer. —Volvió a palmearle el hombro—. Pero te encargarás personalmente de Irina, como hacía tu madre hasta hace poco. Serás su editor, su *coach* y su guía.

Desmond lo rebasó.

—Ardua tarea. —Lo vio contener la sonrisa.

A la ansiedad de ponerse al frente de la editorial se sumaba ese otro encargo de su madre fallecida.

—Era su deseo, Jayden. Irina era todo lo que tu madre soñaba. Lo entregó todo por ella.

—Eso lo sé. —Su madre no dejaba de repetírselo, quizás ese era el recelo que él siempre le tuvo a aquella niña prodigio que su madre descubrió.

Comenzaron a andar por el mismo camino por el que se había marchado Irina.

—¿Desde cuándo sabías que estaba enferma? —preguntó Jayden.

—No mucho antes que tú. —Desmond ladeó la cabeza—. Ella no quiso que nadie lo supiera hasta el final.

Levantó la cabeza. A un lado del agujero de la lápida estaba Irina, alejada del sitio reservado a la familia. La lluvia remitía y ya eran finas gotas, pero ella seguía con su enorme paraguas abierto, un buen escudo para que nadie se colocase a su lado.

—¿Ella lo sabía? —preguntó al administrador.

—Si ella lo sabía o no, es algo que no sabremos. ¿Eres capaz de preguntárselo? —Desmond volvió a contener la sonrisa.

Ambos se detuvieron, observaban a Irina.

—Sé que con tu madre ella era diferente —suspiró—. Irina aún no sabe que tú seguirás con ella. Margaret insistió en que no podía enterarse hasta que… en fin.

Jayden entornó los ojos hacia la escritora. No contaba con aquella parte de la herencia y le asustaba. Y su miedo no era por el conocido mal carácter de Irina, sino por no saber cómo llevar aquel legado. Era tremendamente difícil y supuso que ella no haría nada por ayudarlo.

—No ha sido una buena idea por su parte. —Apartó la mirada de Irina.

Irina

Saber el final no lo hacía mejor. El golpe había sido tan tremendamente duro como imaginaba. Ver su ataúd entrar en aquel agujero oscuro y saber que nunca más la volvería a ver hizo que tuviese que colocarse mejor las enormes gafas de sol y limpiarse con disimulo una lágrima que no pudo aguantar. Las gotas oculares no funcionaban, sus ojos no dejaban de humedecerse.

Estaba toda la editorial allí a su alrededor, también los familiares y amigos de Margaret, no quería que ninguno de ellos la viese llorar ni una sola lágrima. Las lágrimas no iban con ella.

El paraguas hacía su función, el agua fina ni siquiera alcanzaba sus tobillos y se había formado un gran cerco a su alrededor, el suficiente como para que nadie le dirigiese la palabra. La más cercana era otra escritora de la editorial, apenas le había hecho un gesto con la cabeza para saludarla, era lo más parecido a un saludo que solía hacerle a la gente de su entorno.

A un lado estaba Jayden, el hijo de Margaret, con el cuellicorto de Desmond. El administrador apenas le llegaba a la altura del pecho.

Jayden.

Le gustaba aquel nombre, su sonido le producía una sensación que le encantaba. Sentimiento descubierto muchos años atrás y que aún podía percibir con la misma inocencia e ignorancia de antaño.

Había pasado el tiempo y este le había dado a Jayden la madurez física que tanto mejoraba a algunos hombres, aunque ese trabajo era difícil en él. Allí estaba el nuevo dueño de la editorial a pesar de haber estado ausente casi una década. Hacía años que no lo veía, demasiados años.

Lo vio mirarla un instante, era extraño que Jayden la mirase, los primeros años actuaba como si ella fuese parte del decorado de la biblioteca. Quizás como a un libro más, uno aburrido e inútil. Más tarde, el hijo de Margaret se mudó a un piso propio. Luego llegaron más publicaciones y su estrellato y Jayden desapareció de su vida.

La gente comenzó a moverse. El mausoleo de Margaret ya estaba sellado, así que los asistentes se acercaban a la familia cercana de la editora a transmitir las condolencias y todo aquel teatro que solía hacerse en los entierros para no quedar mal.

Irina ladeó la cabeza.

Pero a mí me importa un pito no quedar bien.

Ella no le debía nada a nadie, salvo a Margaret y esta estaba bajo tierra. Solo el pensarlo hacía que le escociese la garganta. Margaret quedaba atrás y ella tenía que seguir su camino sola.

Pero ¿hacia dónde?

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Tenía que irse de allí antes de romper a llorar. Apretó el bastón del paraguas con fuerza y se giró. Los asistentes que estaban más cercanos a ella tuvieron que apartarse para que no les saltase un ojo con las varillas. Los oyó protestar, pero ignoró voces y miradas.

Echó un último vistazo al mausoleo de Margaret. Silencio, ahora solo habría silencio. Volvía a estar sola después de diez años.

Jayden

Entre las nubes se abrieron paso unos débiles rayos de sol, la llovizna se detenía despacio. Vio moverse la vaporosa gabardina de Irina, precisamente hacia ella se dirigía la luz y tornasolaba la tela en un tono negro azulado.

La joven escritora se había girado, se disponía a marcharse. A pesar de que la lluvia había cesado ella no cerraba su paraguas. Dio unos pasos seguros mientras los que la rodeaban se apresuraban a apartarse para no ser arrollados por tan robusto paraguas de bordes puntiagudos y punzantes. Pero a ella no parecía importarle incomodar al resto, se movía entre la multitud como si el camino estuviese desierto, camino que se abría con la huida de los que se interponían a su paso.

Notó una mano en el hombro.

—Creo que deberías hablar con ella ahora —le dijo Desmond.

Hablar con Irina, algo que unos años atrás hubiese sido fácil. Desmond lo empujó hacia el

lugar donde ya se alejaba la muchacha.

Jayden miró a Desmond alzando las cejas. Claro que tendría que hablar con Irina, pero no quería hacerlo en aquel momento. Era algo que no le había dado tiempo de pensar, todo demasiado precipitado. Los asistentes comenzaban a rodearlo para darle las condolencias y Desmond volvió a empujarlo.

—Ve, yo me encargo del resto —le dijo.

Jayden abrió la boca para replicar con alguna excusa. Necesitaba tiempo para organizar, para pensar, si era cierto todo lo que se solía decir de Irina necesitaba prepararse.

—Tu madre solía decir que no te daban miedo las mujeres —sonrió.

Jayden cerró la boca. Claro que Irina no le daba ningún miedo, pero no era el momento propicio de soportar las extravagancias de una joven endiosada. Acababa de perder a su madre y estaba cansado de las últimas noches en el hospital.

Miró hacia el camino donde estaba Irina, el sol se abría paso, pero ella seguía cubierta por su enorme paraguas. Cogió aire por la boca, seguro que no sería para tanto. Solo era una niña, una niña medio muda, eso recordaba de ella.

—Ahora vuelvo. —Dio unos pasos alejándose de Desmond.

Entornó los ojos hacia la mujer de vaporosa gabardina que daba pasos firmes, sonaban en el asfalto como cascos de caballo. Su paso era más ligero que el de Irina y no tardó demasiado en alcanzarla.

La tenía a un par de metros, pero ella no se había percatado de su presencia. Desprendía un olor frutal muy dulce, empalagoso para su gusto. Un olor escandaloso, como todo lo que rodeaba a Irina.

—Irina —la llamó y ella frenó en seco.

Jayden se detuvo tras ella esperando a que se girase. Pero ella ni siquiera había girado su cabeza. Dudó si rodearla y ponerse frente a ella, quizás era lo que Irina esperaba que hiciese y por eso no se movía.

Porque ella es la estrella, claro.

Resopló, aquello iba a ser más que complicado. No pensaba dar la vuelta a aquel enorme paraguas, no era un sirviente ni un perro.

—Si siempre tardas tanto en pensar lo que vas a decir, es bueno que sepas que mi tiempo es escueto y mi paciencia también. —La oyó decir.

Jayden se sobresaltó.

Pues sí que es verdad eso de que ahora es imbécil.

Sintió una punzada en el pecho, una pequeña cerilla acababa de prender formando una enorme llamarada. Y el fuego le llegaba a la garganta. Él tampoco tenía mucha paciencia y odiaba que lo ningunearan así por las buenas.

—No me gusta hablar a la espalda —respondió con cierta ironía, esperando que sus palabras hicieran moverse a Irina.

—A todo el mundo le encanta hablar a la espalda. —Oyó un tintineo, Irina se quitaba las gafas de sol. Se giró con más energía de la que él esperaba y Jayden tuvo que dar un paso atrás para apartarse de ella con rapidez. Aun así, la varilla puntiaguda del paraguas logró rozar su

párpado derecho.

Pero Irina no se disculpó, no se inmutó aunque hubiese estado a punto de saltarle un ojo con la varilla. Solo lo miraba con aquellos ojos enormes que parecían querer atravesar la piel y leer todo lo que se le pasaba por la cabeza.

Ya no era una niña, era evidente. Y hubiese podido detenerse a inspeccionar tan sublime cambio si no le escociese el párpado de su ojo derecho. Se llevó la mano hacia él enseguida y se tocó por si había herida, mirándose el dedo después. No había sangre aunque notara cierto resquemor.

—Cara a cara eres igual de lento. —La joven volvía a girarse para darle la espalda.

Jayden abrió la boca para añadir algo más, pero tuvo que esquivar de nuevo el paraguas, esa vez con más margen y rapidez. Las varillas puntiagudas cortaban como agujas y a Irina no parecía importarle.

—Espera. —En su voz se notó que su paciencia se acababa. La soberbia de Irina no ayudaba mucho.

—Dame una buena razón para esperar. —Ella se mantuvo firme, miraba la puerta de los jardines del cementerio que llevaban a la calle. Al menos no había dado un paso al frente.

Jayden se cruzó de brazos. Todo lo que tenía que decirle a Irina sonaría realmente ridículo si hablaba a su espalda.

Pero de qué coño va esta.

No se imaginaba a su madre teniendo que lidiar con alguien como aquella mujer. Conociendo a Margaret, la hubiese mandado a paseo por muy bien que escribiese novelas. Aquello no podía ser real, tendría que ser un papel. La Irina que recordaba era bien diferente.

—Tic-tac, tic-tac… —La vio levantar un pie del suelo.

Menuda…

La joven daba un paso al frente y por reflejo le agarró el brazo inclinándose debajo del paraguas.

Su gesto hizo reaccionar a la joven que enseguida giró su cabeza hacia él. Pero Jayden fue rápido y le quitó el grueso bastón del paraguas.

—Y ya no llueve, cierra esto de una vez. —Pulsó el botón y el paraguas se cerró.

Miró a Irina, podía esperar cualquier respuesta al hecho, pero esta solo había apretado los labios.

Si le devuelvo el paraguas, seguramente me abrirá la cabeza con él.

Retiró el bastón del paraguas del cuerpo de Irina por si a ella le daba algún arrebato de quitárselo. Esa vez giró su cuerpo al completo para ponerse frente a él.

—Si esta exhibición absurda es porque te sientes frustrado por haber ignorado a tu madre cada vez que intentaba enseñarte algo de su mundo y ahora te ves al frente de la editorial siendo un completo inútil, no es mi culpa. Así que no pienso perder un segundo contigo. —Bajó la cabeza, mirando su paraguas sin ruborizarse un ápice por lo que acababa de decir. Alargó la mano con la palma hacia arriba para que se lo devolviese.

Jayden alejó aún más el paraguas de ella. Cada acto de Irina hacía que se le intensificara el fuego del pecho camino de la garganta. Si seguía así, explotaría.

—No soy un completo inútil —replicó.

Ella alzó los ojos hacia él.

—Inexperto editorial. —Entornó levemente los párpados—. Por ende, ignorante, incompetente, incapaz, inepto. —Levantó la barbilla—. Todos sinónimos de inútil.

Jayden cogió aire por la nariz, tenía la mandíbula tensa. Irina observaba cada parte de su cara, desconocía si aquello le divertía, no expresaba absolutamente nada. Completamente impasible, con respiración tranquila, su pose se mantenía impecable sin importar las palabras que saliesen de su boca.

—Ni siquiera me conoces para insultarme así. —Se mordió el labio. Tendría que haberle contestado de otro modo, era lo que su soberbia merecía. Una respuesta acorde a su forma de actuar, a sus palabras directas.

Ella dio un paso más hacia él, seguía con aquella expresión intacta.

—Claro que te conozco. —Agarró el bastón de su paraguas—. Escribo sobre hombres como tú todos los días. —Retiró sin prisa el bastón de la mano de Jayden—. Conozco bien como hablas, como te mueves… —Ya se giraba y volvió a mirarlo de reojo—. Y hasta puedo saber lo que piensas

Esto va a ser realmente difícil.

Irina parecía poner todo de su parte para sacarlo de sus casillas. Se cruzó de brazos de nuevo mientras asentía con la cabeza.

—Entonces, si sabes lo que pienso. —Dio un paso hacia atrás. No había forma con una mujer así —. ¿Para qué voy a perder tiempo en hablar contigo?

Esa vez la joven sí sonrió levemente, aquel gesto hizo que Jayden se detuviese.

—Realmente estás jodido. —Y su sonrisa se amplió.

Está dispuesta a cabrearme.

—Claro que estoy jodido —volvía a asentir con la cabeza. Notaba cierta vena en la sien dándole punzadas. Ya había visto a Irina mirarla, seguramente estaba hinchada y ella podía deducir su enfado por mucho que intentara disimularlo—. Sí, mi madre me ha dejado a cargo de la empresa. —Levantó el dedo y la señaló—. Y en concreto de ti.

Irina alzó las cejas. Pudo ver un fragmento de realidad en ella. Pero enseguida la joven cambió su expresión a la de antes.

—Mi editor, un completo inútil —y lo pronunció sin titubear, sin vergüenza ni reparo mientras alzaba el paraguas para abrirlo de nuevo.

Esto me va a superar.

—Me desagrada tanto como a ti —replicó enseguida, dispuesto a retirarse antes de que le saltara un ojo. Pero la vio sonreír de nuevo. La sonrisa de Irina lo desconcertaba por completo.

Está loca, no hay más explicación.

Irina pulsó el botón del bastón y el enorme y robusto paraguas se abrió. Jayden no pudo esquivarlo aún pendiente de aquella sonrisa y una de las varillas le arañó la frente.

—¡Qué demonios tienes con el puñetero paraguas! —Ya no podía contenerse. Se llevó la mano a la frente, esa vez le escocía mucho más, el arañazo era más profundo—. No llueve.

Se apartó la mano de la frente para mirarla. Ella lo observaba de la misma manera que lo

hacía antes. Él no esperaba disculpas, ya sabía cómo se las gastaba aquella mujer. Tenía amigas fans de sus letras, de la sensibilidad llevada al límite de sus historias. Allí quedaban todos sus sentimientos, sobre la tinta y el papel. Su dueña carecía de todo lo que solía transmitir.

¿Y ahora no se va? Se está riendo de mí en mis narices.

—Me queda un año de contrato, solo uno —dijo Irina—. No creo que me vayas a hundir la carrera en tan solo un año por muy inútil que seas. —Ladeó la cabeza sin dejar de mirarlo—. No, no me desagrada que seas mi editor. Es más, creo que puede ser hasta divertido.

Y se piensa seguir riendo en mis narices.

—Divertido. —Sabía que sus formas se estaban perdiendo por completo, pero le daba igual. Esperaba que nadie de la editorial los estuviese escuchando o empezaría mal como director de la empresa. Se puso las manos en la cadera. Se ahogaba, le dolía la frente, aquel corte le escocía aún más que el párpado—. No estoy aquí para divertir, sino para seguir el legado que me ha dejado mi madre. Y tú pareces ser una parte importante para ella.

—Contando con que soy el mayor ingreso de tu empresa, debería de ser importante también para ti.

—¿Para mí? —Fue tan rápido en responder que ni siquiera le dio tiempo de pensar. Necesitaba aplacar el calor de la garganta y eso solo podía conseguirlo soltando palabras a Irina, tan duras como fuese capaz—. Para mí sigues siendo la niña que conocí en una biblioteca. Una más de tantos futuros escritores que llevó mi madre a casa con más suerte que el resto. Y la suerte te ha hecho soberbia, grosera, estúpida y maleducada. Así que solo quiero que tu año de contrato acabe pronto y que otro editor inútil tenga la bondad de llevarte a la competencia. —Se inclinó hacia Irina—. Y que te soporten ellos.

Dio un paso atrás. El calor se calmaba, la tensión de la cara y del pecho comenzaba a hacerse ligera. Y se habría sentido aún mejor si Irina hubiese mostrado una pizca de bochorno o enfado por sus palabras. Pero ella seguía sin inmutarse.

Se giró, era él el que le daba la espalda mientras ella seguía mirándolo en silencio. Se extrañaba de que Irina permaneciese allí y no le hubiese dado la espalda antes, como estaba haciendo al principio. Tal y como suponía, todos observaban. A la distancia a la que estaban quizás él había salido victorioso a sus ojos. El nuevo director de Larsson no se dejaba avasallar por su autora más conflictiva. Irina causaba gran curiosidad en la gente y no solo por sus *best seller*, sino por aquella peculiar forma de ser. Y supuso que él, el nuevo, causaría aún más curiosidad en cuanto a su comienzo con la estrella de las letras.

Pues había sido un completo fracaso.

Pero ellos no lo sabían, él se marchaba e Irina quedaba atrás. Una aparente victoria a su favor. Algo bueno si quería que ellos confiasen en él, tal y como confiaban en su madre. Aunque él sabía que su victoria no había ido más allá de una rabieta infantil. Así se sentía, como un niño estúpido al que Irina había conseguido sacar de sus casillas.

Resopló, hablar con ella resultaba terriblemente tenso. Dio unos pasos hacia el resto, Desmond lo esperaba con curiosidad por saber de su primera conversación con Irina.

3

Diez años antes

Irina

Dos meses con Margaret y ya le aburrían las clases básicas de narrativa a las que la llevaban desde la asociación. Tenía que seguir asistiendo sin más remedio, como también tenía que seguir sacando notas brillantes en los estudios por miedo a que pudiesen devolverla, aunque la dueña de la editorial le dijo que eso era más que remoto. La editora le había aconsejado estudiar filología inglesa, con ello acabaría de perfeccionar el manejo de esa lengua como si fuese materna. Contaba los meses para acabar el instituto y comenzar aquella carrera de Fórmula 1 que para ella eran su carrera literaria y académica. Estaba ansiosa por avanzar con Margaret, con un compromiso firme de que su vida iba a volcarse absolutamente en aquel proyecto.

Y así era, cada día estaba más segura del camino que quería recorrer. Cada noche pensaba de qué nueva manera podría sorprender a aquella editora que parecía tener un interés especial en ella, una oportunidad que debía aprovechar.

Margaret solía decirle que tenía todo lo que debía tener, que era talento, capacidad de trabajo y mucha hambre, un hambre voraz y ansiosa por comerse cada peldaño de aquella escalera que debía de subir hasta el cielo.

El cielo, hasta allí le aseguraba aquella mujer que llegaría si seguía sus enseñanzas y consejos.

Algunos días la ocupada Margaret Larsson no podía estar con ella, pero solía dedicarle varias sesiones a la semana, incluso cuando estaba de viaje tenían clases a distancia.

Había planificado algún viaje, una parte de lo que habían acordado era que Irina, hasta que perfilaran su estilo del todo, escribiría distintos tipos de novela que pasarían por la fantasía, la contemporánea, la histórica y hasta el misterio, siempre dentro del plano sentimental. Esa era la parte que más le gustaba trabajar a Irina, independientemente de la historia que fuese a contar. Margaret sabía que Irina tenía una sensibilidad especial a la hora de contar historias y aquello abría un abanico inmenso de posibilidades.

Quería que visitase edificios y ruinas de otras épocas, la editora estaba convencida de que aquella sensibilidad de Irina funcionaría cuando se situara en los escenarios reales de numerosas historias pasadas.

Entrar en la mansión Larsson siempre era un placer. Margaret acababa de llegar de un viaje a Europa con uno de sus escritores más conocidos. Irina ya había leído sus libros y no eran muy del estilo que a ella le gustaba. Algo que no pensaba decirle a la editora.

Intentaba no molestar a aquella mujer que le había tendido la mano de una manera tan generosa.

La chica del servicio pidió a Irina que esperara a la señora de la casa en el salón. Ya más o

menos conocía las habitaciones de la planta baja. Un amplio ventanal le permitía ver el jardín y la piscina.

Había oído la música desde la entrada, cuando Jayden nadaba en la piscina no la ponía tan fuerte. Sus ojos se dirigieron al ventanal con curiosidad. Había mucha gente en el jardín, jóvenes riendo y hablando demasiado alto que luego coreaban risas.

Entornó los ojos buscando a Jayden Larsson, con aquella estatura no era difícil encontrarlo nunca aunque estuviese rodeado de gente.

Margaret nunca le hablaba de él, tan solo hablaban de letras.

Jayden estaba tumbado en una hamaca y grababa a uno de los jóvenes que hacían el imbécil en el borde de la piscina. Sonreía con las peripecias de su amigo, enseñando una hilera de dientes alineados y perfectos. La sonrisa de Jayden afinaba su barbilla y hacía que se hundieran dos marcas a los lados de su boca.

Tenía aún el pelo mojado, seguramente habría caído a la piscina como en ese momento estaban haciendo algunos de sus amigos, los mechones de pelo se movían apelmazados alrededor de su cara.

Fijó sus ojos en él, le hubiese gustado que se quedara quieto un instante, que su pelo dejara de caer a un lado o a otro con el movimiento, que su sonrisa no se cerrara. Jayden hacía que quisiera que el tiempo se detuviese convirtiendo su visión en un cuadro, una foto que pudiese observar detenidamente tanto tiempo como deseara.

Observar, la principal norma que le decía Margaret. Escribir sobre personas implicaba ser una especial observadora, deducir, divagar en pensamientos del por qué las personas actuaban o pensaban. Solo así conseguiría ser la escritora que soñaba.

Otros amigos se acercaron a ver lo que Jayden había grabado, también reían. Recorrió con la mirada el resto del jardín. Allí a un lado estaba Jesica, pero esta no reía. Estaba sentada en una de las hamacas, acompañada de otra amiga, y de vez en cuando observaba a Jayden. Su amiga se había inclinado para hablarle.

Irina se mordió el labio. Había otra chica cerca de Jayden, tenía el antebrazo apoyado en el grueso hombro del joven. Le encantó su atuendo, unos *shorts* deportivos, top de cremallera sin mangas y una visera rosa fucsia. Las amigas de Jayden eran guapas y tenían un peculiar gusto por la ropa llamativa.

Jayden le dijo algo a la chica y esta sonrió. Irina enseguida miró a Jesica, esta se había levantado y se alejaba de la piscina.

Ya no es su novia.

Entornó los ojos.

Y tiene otra candidata a serlo.

Alzó las cejas al ver cómo la amiga de Jesica la empujaba para que se alejase aún más. ¿Lloraba? Se inclinó sobre el ventanal curvo por si alcanzaba a ver el rostro de Jesica.

—Irina. —Oyó la voz de Margaret y se irguió, avergonzada.

Esta sonreía mientras se acercaba a ella.

—Llevo más de una hora al teléfono —resopló. Luego miró a través del ventanal, observaba cómo reían los jóvenes—. Tú no estás acostumbrada a esto, ¿verdad?

Y llevaba razón, aquel grupo le recordaba a las series y películas, no a la vida real. No había reuniones así en el centro y mucho menos donde ella vivía tiempo atrás.

—Así se divierte la gente joven. —Hizo una mueca—. Y los no tan jóvenes. —Se giró hacia Irina—. Y tú también deberías hacerlo, es más, estás obligada a hacerlo. No puedes escribir sobre personas si estás aislada todo el tiempo.

La empujó hacia la puerta que daba al jardín.

—No, no. —Intentaba escabullirse de Margaret.

—Por supuesto que sí. —Ya estaban fuera—. ¡Jayden!

Irina se mordió el labio y bajó la cabeza queriendo desaparecer. Vio por el rabillo del ojo a Jayden girar la cabeza.

—Tráele algo a Irina para merendar —añadió mientras su hijo fruncía el entrecejo—. Y preséntale a tus amigos. Ella tiene más o menos vuestra edad.

Jayden echó su espalda hacia delante, tuvo que abrir las rodillas para apoyarse con las manos en la hamaca.

—Más o menos unos cinco años menos —rezumó la ironía en su voz.

Margaret movió la mano.

—Eso no es nada. —Apoyó la muñeca en el hombro de su hijo. A Irina le resultó curioso que todos los amigos de Jayden, incluida aquella chica de conjunto deportivo, se apartaran de él dejando espacio a su madre.

Respeto, admiración…

Margaret era una mujer de éxito, todos lo sabían. Quizás no todos aquellos chicos tenían la posición privilegiada de Jayden. Desconocía quién era su padre, la editora tampoco le hablaba de ello, aunque sí sabía que era soltera y que nunca había estado casada. Pero tan solo la fortuna de su madre era suficiente para vivir sin hacer mucho más que tumbarse y reír.

Desvió la mirada hacia la piscina, todos se habían alejado hacia el agua, quizás para no oír la conversación entre la madre y el hijo.

—Una cosa es que tú quieras hacer esto y otra distinta. —Se puso las gafas de sol—. Que yo participe en tu proyecto. Si quieres que haga amigos, búscaselos tú.

Quería que la tierra la tragara. Margaret no le estaba haciendo ningún favor.

—Es algo que quiero que hagas por mí. —Le quitó las gafas de sol.

Su hijo se levantó de la hamaca. Le llegaba a la altura del pecho.

Irina se apartó algo más de ellos y en su campo de visión volvió a encontrar a Jesica. La recordaba mucho más impecable, esa vez la chica de los *shorts* deportivos podía atraer más su mirada que ella. Y no lo entendía. Jesica seguía con su atuendo original, aquel pelo rubio vetado que brillaba al sol y un cuerpo delgado y contorneado. Pero el resplandor de esa joven se había perdido por completo, un resplandor que había cambiado de dueña. Era aquella otra chica la que acaparaba las atenciones de todos, supuso que también de Jayden.

Eso es.

El corazón le latía deprisa. Recibió tantas sensaciones que apenas era capaz de atenderlas a todas y memorizarlas. Pena por Jesica, aunque en el fondo se alegraba de que Jayden, al igual que ella misma, no viera en Jesica aquello que tenía semanas atrás. También compartía con ella

el enfado que provocaba el despecho y se le sumaba la envidia, la misma que le tuvo a la rubia novia de Jayden, ahora contra otra chica de pelo liso color caramelo y de ojos alargados, casi orientales. Exótica, sensual y con una sonrisa que bien podía competir con la de Jayden.

Miró de reojo al hijo de su editora. Le encantaba mirarlo, podría hacerlo durante horas mientras formaba mil historias en su cabeza, pero él estaba muy lejos de aquellos protagonistas que solía perfilar en sus novelas. Ni siquiera era amable…

Sacudió la cabeza. Por supuesto que no era el hombre ideal, no era un príncipe azul y tenía la prueba en el rostro de Jesica.

No es un príncipe azul.

Margaret seguía discutiendo con su hijo, en ese momento por una compra excesiva que había hecho en su ausencia.

Lejos de ser un príncipe azul.

En su campo de visión se cruzó aquella chica de la visera rosa. Esta miró de reojo a Jayden sin dejar de sonreír.

Se torna gris para Jesica. Pero para esta es azul.

Las pulsaciones se le aceleraron. ¿Cuánto tiempo duraría el azul para aquella nueva chica? Quizás el tiempo que tardase otra chica en brillar más.

Y también se tornará gris.

Irina miró de reojo hacia Jayden.

Al igual que es gris para mí.

Levantó la barbilla y cogió aire.

Gris, gris, ¿azul?

Negó con la cabeza.

Para Jesica es gris, para mí es gris. Su verdadero color es el gris. Esa chica solo lo está pintando como lo que desea ver.

Era demasiado joven para saberlo, lo mismo funcionaba siempre así. Ella misma había estado pintando a Jayden a través de numerosas páginas escritas, decenas de él que se alejaban de la realidad.

—Muy bien. —Lo oyó decir—. Me la quedo un rato mientras te duchas.

Parecía que Margaret le había ganado a la testarudez de su hijo o quizás él intentaba disuadir la regañina de la tarjeta de crédito.

Fuera como fuese, Margaret parecía satisfecha. Pasó junto a Irina.

—Será solo un rato, pero puedes comenzar a hacer amigos. —Le movió el pelo de la cola.

Le encantaba el olor de aquella mujer y su forma de tratarla. A ella le gustaba buscar en el interior de Irina una y otra vez, escarbando sin parar hasta lo más profundo. Solía decirle que era como un volcán dormido y que, si seguía ahondando, acabaría vomitando lava por todas partes. Y entonces sería capaz de crear cosas maravillosas.

Jayden tocó su sudadera.

—Hace calor, ¿qué haces con esto? —le hablaba a ella, no sabía dónde meterse.

Una vez que Margaret desapareció, los amigos del joven regresaban.

—¿Cuál es tu nombre? —le preguntó uno de ellos.

Le tocaba responder, parecería tonta si no lo hacía.

—Irina. —Apenas fue capaz de girar la cabeza hacia él.

La chica del conjunto deportivo se sentó en la hamaca que estaba frente a Irina.

—¿De dónde eres, Irina? —le preguntó, estirando las piernas. Una de sus zapatillas chocó con la pierna de Jayden, quizás en un gesto intencionado.

—De La India —respondía con un tono extraño, similar a las locuciones automáticas.

—La India es enorme, ¿de qué parte? —Otro de los chicos puso la rodilla en la hamaca donde estaba sentada aquella joven.

—De Agra. —Comenzaba a levantar los ojos cuando vio por el rabillo del ojo que Jayden se fijaba en ellos y los bajó de nuevo.

—¿Eso es donde está el Taj-Mahal? —volvía a hablar la chica de la visera.

Esa vez solo tuvo que asentir.

—*Buaaahhh*, qué pasada no tener que tomar el sol —dijo otro de los chicos poniendo su brazo al lado de la mano de Irina. Esta la retiró levemente con incomodidad.

—¿Y te está costando adaptarte a Estados Unidos? —preguntó otra chica. Irina la miró, sus ojos ni siquiera habían reparado en ella cuando echó un vistazo al jardín. ¿Una chica se había escapado a sus ojos? Tan desapercibida había pasado para ella que Irina se giró, para verla bien, con tanta rapidez que hasta Jayden se sobresaltó a su izquierda.

La chica era de tez clara, media melena castaña y prominentes mejillas. Llevaba una rebeca de algodón verde oscura sobre una camiseta cruda y unos *jeans* cortos. Una vestimenta corriente, un peinado corriente y una cara que quizás pudiese olvidar en un par de noches. Precisamente por eso le interesaba observarla.

—¿Cuál es tu nombre? —se atrevió a preguntarle y la chica enseguida sonrió. Ni cuando vio a Jayden fruncir el ceño se avergonzó.

—Teresa. —Tenía una sonrisa sincera y amable, nada de artificios.

Realidad.

Algo sumamente interesante y que de verdad podría servirle.

—Ya has hecho una amiga. —Oyó decir a Jayden—. ¿Cuántas más debes hacer hasta que mi madre me deje en paz?

—¡Jayden! —Irina había bajado la cabeza, pero pudo reconocer la voz de Jesica reprender al joven, quizás había encontrado la excusa para soltar todo lo que llevaba guardando las últimas horas—. ¿Te es muy difícil ser amable con ella?

—Estoy siendo amable. Creo que ella también preferiría no estar aquí, ¿me equivoco?

Irina giró la cabeza hacia él. ¿Debía responderle a aquello? Claro que no quería estar allí, estaba incómoda y completamente abochornada. Jayden solo hacía que aquella vergüenza aumentase. Pero no creyó que un despliegue de sinceridad fuera lo correcto en aquel momento.

—Calla, así que no me equivoco —añadió Jayden.

Irina movió la cabeza.

—No es eso.

Sí, sí lo era. No era capaz de decirlo. Le temblaban los labios y notaba cierto sudor en las axilas. Quería salir corriendo de allí.

—A ver si va a ser verdad que quiere hacer amigos y estás haciendo el capullo. —Uno de los amigos de Jayden le dio una colleja.

Él miró a Irina.

—Mi madre la obliga igual que a mí. Lleva un mes diciéndome que la lleve con vosotros. —La miraba, esperando a que ella añadiese algo. Margaret jamás le dijo una palabra. No solía nombrar a su hijo—. ¿No sabías nada?

Se oyó un «ohhh» por parte de alguno y lo siguió un coro de risas.

—¡Imbécil! —Volvió a recibir otra colleja.

Volvieron a alejarse hacia la piscina como cuando Margaret hablaba con su hijo. Los dejaron solos.

—No sabías nada —repitió, pero esa vez no preguntaba—. Mi madre es testaruda como no imaginas, pensaba que te estaba dando la lata tanto como a mí. Quiere que hagas amistad, que salgas… algo así. —Levantó una mano hacia Irina—. Realmente no sé qué piensa mi madre hacer contigo. —Sacudió la cabeza y los mechones revolotearon medio secos—. No es porque seas tú, pero… ya se ha equivocado demasiadas veces.

—Lo sé, me lo ha contado. —Apretó los labios. No le resultaba fácil hablar con Jayden, como tampoco lo era estar entre sus amigos.

Era un engreído y, por lo que había observado, su círculo de amigos y aún más el de amigas, era selecto. Jóvenes con un perfil en el que ella no encajaba, como tampoco encajaba aquella chica llamada Teresa.

—Pero insiste de una manera que… —suspiró—. Si algún día te apetece salir con nosotros, puedes llamarme, iré a recogerte —añadió.

Ostras.

Recogerla. En coche. Al centro. Aunque no sonreía al decírselo. Tendría que sonreír, una invitación siempre debía ir acompañada de una sonrisa. Aquella línea de historia en la que solía insistir Margaret, una cenicienta del mundo real. Algo que lo más real que podría llegar a imaginar era a través de sus letras.

No sonríe.

Porque ni él era azul, ni ella una princesa. Ambos estaban lejos, lejos de ser los protagonistas de una historia que nadie deseara vivir. Cogió aire, no le gustaba su voz insegura cuando hablaba, no le gustaba estar encogida de miedo en medio de aquel jardín y mucho menos le gustaba que Jayden detestase su presencia impuesta por su madre.

Yo no soy una princesa.

Miró de reojo hacia las chicas, ni Jesica y su pasado resplandor habían sido suficientes. Un leve frío le recorrió el cuerpo a pesar de que Jayden decía que hacía calor.

—Teniendo en cuenta que para salir del centro necesitaría varios permisos y firmas, tu identificación y un certificado de que no has sido arrestado por ningún delito, gracias por el ofrecimiento, pero las posibilidades de que me den autorización serían escasas.

¿Una princesa? Un monstruo, una bestia encerrada en un castillo con diez cerrojos, eso era ella.

Pero sus palabras hicieron a Jayden sonreír.

Irina vio una silueta en el suelo y enseguida se giró. Margaret regresaba al jardín.

—¿Ves como no era tan difícil? —Le dio una palmada a su hijo en el hombro y sonó como si hubiese golpeado a un bisonte.

¿De qué está relleno este príncipe gris?

Entornó los ojos hacia él. Quizás alguien podría pintarlo de un color definitivo si se contaba con el suficiente conocimiento. Una paleta de colores que no estaba a su alcance, ni tampoco al de Jesica. Pero quizás algún día alguien fuese capaz de pintarlo sin fallar.

—¿Nos vamos a trabajar o prefieres quedarte un rato? —preguntó Margaret satisfecha. Irina no la escuchaba, su mirada se había perdido en Jayden. El pelo se le secaba en ondas que se enroscaban en sus mejillas. Sintió algo en el centro del pecho, una sensación similar a cuando el avión despegaba de La India rumbo a Estados Unidos. Ella también estaba despegando en aquel momento, pero esa vez no era hacia un país lejano y desconocido, sino hacia una historia que se parecía mucho a eso que Margaret quería que escribiera.

En pocos minutos había conocido, había descubierto y había sentido, quizás Margaret tenía razón y debía vivir más para que sus escritos completasen aquella parte que le faltaba, que no era más que coger la realidad y distorsionarla hacia algo hermoso. No necesitaba príncipes azules en sus novelas, en el rostro de Jesica podía apreciar que ella ya nunca creería en los príncipes azules y, como ella, tantos miles de mujeres que podrían leer sus historias.

—Bien, la dejo un rato más. —Margaret volvió a palmear el hombro de su hijo, que sonó de la misma manera, pero Irina no se inmutaba. Seguía perdida.

No importaba lo estúpido, desagradable, engreído o soberbio que pudiese ser Jayden, la idea de que algún día alguien pudiera darle forma y color, y encontrar de qué estaba hecho por dentro, hacía que su cuerpo pareciese despegar una y otra vez.

Margaret se había vuelto a marchar y ella quedó sola frente a Jayden, no era consciente de que el chico la miraba esperando a que ella dijese algo. Pero lejos, a kilómetros de distancia y quizás también de tiempo, estaba Irina.

Se apartó de ella, alejándose hacia la piscina.

—Quítate la sudadera. —Lo oyó decir y entonces reaccionó, girándose hacia él. Lo vio sonreír con malicia—. No creo que lleves bañador, cuando te tiren al agua agradecerás tener algo con lo que taparte.

Alzó las cejas sin entenderlo.

—Ropa mojada por fuera y ropa interior mojada por dentro —añadió él.

Ella dio un paso atrás.

—No. —Aterrizó con rapidez en el suelo y sus pies pusieron empeño en correr con Margaret.

Jayden rompió en carcajadas.

—Entonces huye. —Le dio la espalda y se dirigió hacia la piscina, quitándose la camiseta.

Admirar la enorme espalda de Jayden le llevaría más tiempo del que tenía si no quería acabar en la piscina con unos *jeans* y ropa de algodón. Así que se apresuró hacia el interior de la casa. Oyó cómo Jayden se zambullía.

—¿Qué le has dicho que está espantada? —preguntó uno de sus amigos.

Se giró para mirarlos. Jayden asomaba la cabeza hacia el bordillo, se apoyó en él con los

antebrazos y rompió en carcajadas.

No pudo oír la respuesta, pero oyó numerosas carcajadas y algún insulto hacia él. Más risas. El camino hacia la cristalera se le hizo eterno y bochornoso. Volvió a mirarlos una última vez.

La chica de la visera se quitaba los *shorts*. Descubrió que el top superior era la parte de arriba de un traje de baño de dos piezas, un biquini deportivo que le iba perfecto a su silueta fibrosa. Con gran agilidad puso un pie en el hombro de Jayden. Irina se detuvo a mirar qué iba a hacer. Ni siquiera a él le dio tiempo a reaccionar, ella puso el otro pie en el otro hombro y desde allí saltó alto para girarse en una acrobacia y caer cabeza abajo en el agua.

Irina alzó las cejas ante aquel despliegue de agilidad y destreza. Hasta Jesica estaba con la boca entreabierta. La chica sacó la cabeza del agua riendo y le echó agua en la cara a Jayden, que estaba tan perplejo como el resto.

La joven escritora cogió aire despacio, al menos podía agradecerle a la chica que desviara las atenciones y aquellas bochornosas risas. El asombro por la acrobacia desapareció y volvía a quedar la vergüenza y una extraña tristeza.

—Irina. —Oyó la voz de Margaret. Temió que le preguntase por qué se había ido tan pronto, pero la observó sin decir nada.

La joven ya estaba en el salón, giró la cabeza levemente para mirar hacia la piscina. Más amigos se habían tirado al agua intentando imitar la acrobacia en el aire, pero mucho temió que solo conseguirían lastimarse.

Jayden estaba en una esquina, aún en el agua, hablando con la chica y no paraban de reír. Sintió una leve ligereza en el estómago al verlos. Sacudió la cabeza.

—Poco a poco —dijo Margaret.

Irina negó con la cabeza.

—Es difícil sentir todo el tiempo —respondió, poniendo una mano en el cristal.

—Es de eso, precisamente, de donde salen todas tus maravillas.

La chica bajó la cabeza. Cerró los ojos y cogió aire.

—Vergüenza, miedo —comenzó a enumerar todo lo sentido—, curiosidad, admiración, devoción, alegría, tristeza, envidia, celos.

Abrió los ojos y volvió a mirarlos. La chica de las acrobacias había ganado terreno con Jayden, quizás eso era lo que buscaba con la demostración, ser diferente al resto. Y a Jayden le encantaba lo diferente.

Uno de los chicos salió del agua y se dirigió hacia una mesa. Aún mojado, se colocó unos cascos. La música se detuvo y se oyeron silbidos y voces. Entonces regresó, pero esa vez era diferente, demasiado fuerte, demasiado rápida, un fondo electrónico que hacía que el corazón se le acelerase. Los jóvenes empezaron a saltar en el agua y los pocos que había fuera saltaron a la piscina cayendo casi encima de los otros.

Pero Margaret parecía estar acostumbrada a aquellas fiestas, no le sorprendía el ruido, ni las voces ni la forma de lanzarse al agua de su piscina de aquellos chicos, ni mucho menos la manera en la que la muchacha de las acrobacias se acercaba a Jayden.

Irina inspiró, pero su pecho acelerado no la dejaba hacerlo correctamente. Aquella música, aquellos jóvenes alocados, las risas y Jayden y su nueva amiga especial, le producían demasiadas

cosas en su interior.

—¿Querrías ser una más ahí? —le preguntó Margaret.

La editora conocía suficiente mundo como para saber que una adolescente podía deslumbrarse con algo como aquello, más aún cuando esa adolescente había sido una indigente huérfana toda su corta vida. Jayden y su selecto grupo, unos jóvenes que nacieron teniendo todo de lo que ella había carecido y cuya única preocupación era divertirse y presumir.

—¿Querrías? —repitió Margaret.

Irina miró a Jesica, las veces que la vio junto a Jayden con aquel atuendo espectacular, su sonrisa radiante y aquel pelo dorado divagó cómo sería estar dentro de ella. En ese momento miraba a la nueva chica con su silueta atlética y aquella agilidad. Podía imaginar lo que sería poner un pie descalzo sobre el hombro desnudo de Jayden para dar un salto de espectáculo y dejar a todos con la boca abierta. ¿Querría ser uno de ellos? ¿O más bien querría ser ellos?

Suspiró.

—Querría una caja de cristal —respondió al fin a Margaret.

Y poder verlo todo desde allí dentro. Ser Jesica sin sentir lo que estaba sintiendo Jesica. Ser aquella nueva chica en ese momento, pero dejar de serlo en cuanto Jayden pusiese sus ojos en otra. Estar allí en medio y observarlos sin temer a la vergüenza. Poder mirar a Jayden de cerca y deleitarse con su imagen sin importarle nada más. Observarlo durante horas, durante todo el día, verlo actuar sin que él pudiese verla a ella.

—Una caja de cristal irrompible, invisible —continuó mientras apoyaba una segunda mano en el cristal.

Donde ella no pudiera sentir. Cerró los ojos otra vez, recordando que todos los sentimientos no eran malos.

Pero sí lo son la mayoría.

—Una caja donde no pueda sentir nada —y respiró despacio. Esa vez el aire entró sin impedimento—. Quiero una caja de cristal.

4

Diez años después

Jayden

Dos semanas como único dueño editorial y le habían parecido años. Dejó el coche en el aparcamiento y cogió el ascensor.

Un nuevo día comenzaba, solía ser el primero en llegar y el último en irse. Tenía que recuperar aquellos años en los que se alejó del negocio y tenía poco tiempo para hacerlo. Su madre le dejó buenos asesores que se encargaban al menos de ciertos contratos, de los números y de todo aquello que, de habérselo encargado directamente a él, hubiese hecho que se lanzara por la terraza del ático el tercer día.

Él debía encargarse de la coordinación de editores y del resto de empleados, de los contratos con productoras, de las campañas de las nuevas decenas de publicaciones y por supuesto de Irina. Esa parte era la que peor llevaba. En un principio pensó que sería complicado su trabajo con Irina, pero se había equivocado. Su trabajo con Irina no era solo complicado, sino que era inexistente.

El primer día de trabajo le envió un correo pidiéndole que pasara por la oficina. Correo al que Irina, si leyó, no respondió. A este le siguieron algunos más, luego llamadas telefónicas que fueron tan ignoradas como los correos.

Aún le quedaban recursos, los mensajes y, por último, ir a buscarla a su casa. Pero era cierto que la ausencia de Irina lo ponía en evidencia.

Eran muchos los editores extranjeros que preguntaban cosas que él no sabía responder. Aún más eran los periodistas que necesitaban acceder a ella. Se acercaban los compromisos y ella no aparecía.

De momento podía excusarla, pero si aquella actitud se mantenía en el tiempo acabaría por ponerlo en evidencia ante todos.

El ambiente en la oficina no era del todo agradable, aunque la mayoría de empleados, o más bien empleadas, lo habían aceptado, sí que se había encontrado con alguna que otra antigua mano derecha de su madre que aún no entendía por qué él aparecía en ese momento en el primer escalón. Y lo entendía, no tenía experiencia ni conocía el sector. Y, sin embargo, su madre decidió que fuese él quien heredara a la joya de la editorial. A ninguno del resto de los editores le hubiese importado, quizás sus inmensas ganancias suplían aquella forma delicada de ser. Eran muchos los que esperaban aquel legado, pero «el regalo» había sido para él.

Si se lo hubiese dado a cualquiera, me hubiese ahorrado dolores de cabeza.

Quizás no se habría encontrado hostilidad entre los que deseaban ocupar ese puesto. Todos intuían que Jayden heredaría la editorial, pero nadie esperaba lo de Irina y ese fue el detonante de los que lo rechazaban. Aunque delante de él no dijeran nada, sabía bien por Desmond las

reacciones que tuvieron al enterarse. Estarían deseosos de que metiera la pata, de que Irina acabara en otra editorial.

El señor de seguridad de la planta le abrió la puerta de cristal. Prefería la oficina desierta, hacer el camino hasta el despacho sin miradas.

Entró en su amplio habitáculo y colgó la cazadora en el perchero. En este había aún una estola de cachemira de Margaret. Le encantaba el tacto y aún conservaba el olor de su madre. Decidió mantenerla allí como aliciente para no sentirse solo ante todo lo que se le venía encima.

Giró la vara para entreabrir las persianas. Toda la pared a la espalda de la mesa era un amplio ventanal de cristal. A su madre le encantaba la luz aunque prefiriera trabajar en las noches.

Cogió aire de manera profunda. El despacho estaba tal y como lo había dejado Margaret, aunque decidió guardar las fotos que su madre exponía de él. Todas, salvo una. La tenía sobre la mesa, tendría solo unos cinco años. Fue en su primer viaje a Disney World. Era la típica foto de niño con gorro con orejas de ratón junto a Mickey Mouse y su madre.

Sonrió al verse mientras le escocía la garganta sin remedio. Entregaría su herencia sin derecho a retorno tan solo por volver a atrás, a aquellos cinco años.

Tragó saliva. Tenía que mirar los correos, aunque el deseado sabía de antemano que no había llegado.

Perdió la noción del tiempo hasta que alguien llamó a la puerta. Era una de sus secretarias, Yanira.

Yanira siempre le dedicaba una preciosa sonrisa, era una suerte que su madre tuviese predilección por las empleadas mujeres. Le era mucho más fácil trabajar en aquel ambiente, quizás estaba en ventaja a la hora de que ellas lo juzgaran.

—Vuelven a buscar a Irina —le dijo, pero era algo que ya él sabía—. Hay diez entrevistas pendientes.

Jayden solo asintió. Vio a Ryan, uno de los editores más afamados de la editorial, asomarse tras Yanira. Les dio los buenos días.

—¿Vendrá hoy? —preguntó Ryan con curiosidad. Jayden lo miró de reojo, seguramente el editor conocía la respuesta tan bien como él.

—No vendrá. —Para qué andarse con rodeos.

—Mala cosa, hoy viene el traductor alemán. Debes saber que es uno de nuestros idiomas principales.

—Tendré que atenderlo yo —replicó enseguida. No quería mostrar ni un atisbo de debilidad. Aquello sí que le dio tiempo de aprenderlo de su madre.

Ryan alzó las cejas.

—¿Ya has leído la novela? Sí que eres rápido.

La novela. La próxima publicación de Irina que tenía en la mesita de noche. Había dormido bajo el manuscrito durante toda la semana. Demasiado agotado como para leer de madrugada. No llevaba más de un cuarto. No sabía qué demonios le iba a decir al traductor.

El editor se marchaba, pero le vio un gesto en el rostro, como si recordase algo, y se asomó de nuevo. Yanira se apartó de él y regresó a su mesa. Lo que le permitió meter su cuerpo entero dentro del despacho.

Llevaba unos dieciocho años trabajando con su madre, desde los veinte, aproximadamente. Un editor con experiencia y habiendo aprendido de los mejores. No le llegaba ni a la punta de su brillante zapato. Pero no podía mostrárselo.

—Traductores, guionistas, periodistas y cuatro publicaciones al año. Irina conlleva mucho trabajo —le dijo Ryan—. No acabas de promocionar una novela y comienzas con otra. Por eso Margaret se dedicaba exclusivamente a ella estos años —sonrió—. Pero es fantástico que haya dado con un sucesor digno.

No esperaba el halago por parte de ese hombre.

—¿Veremos a Irina pronto por aquí? —añadió.

Jayden entornó los ojos. Supuso que la ausencia de Irina revelaba su ineptitud y muchos disfrutaban con ello.

—Irina necesita tiempo, pero todo volverá a ser como antes. —Mantuvo la calma con la respuesta, intentando que saliese real.

Se puso en pie, su altura siempre ayudaba cuando alguien intentaba medirlo de algún modo. En cuanto lo hizo se sintió imbécil. De nada le servía en aquel terreno más que para alardear.

El editor sonrió asintiendo.

—Dile que todos la esperamos de vuelta —dijo, girándose al salir.

La esperáis, claro.

Irina no era con aquella gente más simpática que con él. Nadie la esperaba más que para comprobar si Jayden era capaz de lidiar con ella.

—De hecho, estamos impacientes —añadió, saliendo.

Y no dudaba de que lo estuviesen. Una de las diversiones del monótono tiempo de trabajo. Estaban deseosos de verla darle un puntapié con la lengua de esos que tanto le gustaban a la escritora.

Bajó la cabeza para mirar la foto de Disney y fijó los ojos en la cara de su madre.

Qué difícil iba a ser aquello.

5

Jayden

Habían pasado tres semanas desde que había despedido a su madre e Irina seguía sin aparecer.

Intentó contactar con ella a través del teléfono dos veces al día, llamadas que ella no respondió. También lo intentó por WhatsApp, a través de correo electrónico y hasta de las redes sociales. Pero Irina parecía no existir o más bien era él el que no existía para ella.

Se escuchaba bullicio en la sala, ya se iban todos y se despedían hasta el lunes. A él aún le tocaba quedarse.

—¿Señor Larsson? —Era la voz de Yanira desde su intercomunicador—. Es mi hora, si necesita que me quede…

Siempre se ofrecía a ayudarlo, desconocía si por complacerlo laboralmente o por algo más.

—Ha llamado Nadia, la encargada de publicaciones extranjeras, dice que viene de camino.

Jayden se llevó la mano a la sien. No tenía nada, absolutamente nada que decirle.

—Llámala y dile que no puedo atenderla.

—Acaba de salir del ascensor. —La voz de Yanira se oyó en un susurro.

Pudo oír la voz de Ryan y algunos más saludando a Nadia. No era empleada de la editorial, sino un nexo entre ellos y editoriales de todo el mundo. De los mejores nexos del gremio. Con lo cual, era bien recibida por todos los editores de la empresa. Un hueco en el catálogo de aquella mujer era un seguro de numerosas traducciones.

Resopló con fuerza. Al menos era una ventaja que su única representada fuera Irina, no importaba mucho su atención con ella si su escritora vendía millones de libros en el idioma que fuese. Pero era cierto que era una mujer ocupada y le enfadaría perder el tiempo con ella.

Se puso en pie para salir a recibir a Nadia, pero un sonido extraño del intercomunicador le llamó la atención. Yanira se había dejado el micro activado.

—Está dentro —le decía Jake, otro de los editores, supuso que a Nadia—. Pero pierdes el tiempo. No tiene nada.

—Irina sigue sin aparecer por aquí. —La voz era de Ryan.

—Al menos puedes pasarte y charlar un rato con él —reía Madison, otra de las editoras favoritas de su madre. Una mujer de unos cincuenta años también formada por Margaret. Otra de las candidatas a quedarse con Irina.

—Cierto, tiene a las féminas del edificio locas. Hasta vienen de plantas de abajo a tomar el café a la máquina de aquí.

Se oyeron risas.

—Pasa y lo ves —decía Ryan—. Te pondrá trescientas excusas como nos pone a nosotros y a todos los que se acercan a buscarla. Pero no creo ni que aún haya hablado con ella.

Volvieron a reír.

—¿Irina tiene los días contados aquí? —preguntó Nadia con ironía.

Se oyó un resoplido.

—Margaret se volcó con ella, tanto que dejó volar a otros que ahora funcionan bien en la competencia. Esos difícilmente vuelvan y… creo que cometió un error con esta decisión.

—¿Ah sí? ¿Vosotros lo haríais mejor? No os soporta a ninguno y creo que vosotros a ella tampoco. —Reía Nadia.

—Ningún autor, y menos de su talla, quiere a un editor novato. Empecemos por ahí. Jayden no tiene ni idea. Nunca se ha interesado lo más mínimo en este mundo. ¿Qué va a hacer cuando tenga que ir a ferias? No conoce a nadie —decía Ryan—. Sacarán este libro que preparó Margaret y se acabó.

—Qué positivos. —Nadia reía con la ironía de los editores.

—Jayden dice que vendrá la próxima semana, pero eso lleva diciendo las tres semanas que lleva aquí. —Era la voz de Jake y se volvieron a escuchar risas.

Se acabó.

Apagó el intercomunicador, no quería seguir escuchando. Cogió su chaqueta y salió del despacho. En cuanto lo vieron, todos se enderezaron y se cortaron las risas y los comentarios irónicos.

—Nadia —saludó a la representante—. Ya iba a salir, pero si quieres bajamos a la cafetería.

Llevarse a esa mujer era una prioridad para que el resto no siguiese dejándolo en ridículo. Un ridículo que se trasladaría al gremio de manera internacional hasta que todo el mundo supiese que el editor de Irina Yadav era un inepto.

Se despidió, intentando que su rostro no mostrase la decepción y el bochorno. Bajó con Nadia. Tal y como había dicho el resto, le pondría alguna excusa.

***

Esperaba en el coche a Nolan, él había intentado contactar con Teresa. La única persona que conocía que tenía relación con Irina. No se le ocurría ya otra forma de dar con ella. Aquella tarde se atrevió a ir directamente al piso en el que vivía, pero allí tampoco encontró a nadie, ni siquiera a alguien del servicio.

Irina había desaparecido por completo. Y la fecha de entrega del manuscrito se acercaba, y también de algunos compromisos de la escritora. Y tampoco sabía ya qué decirles a los periodistas que habían contactado con él para invitarla a entrevistas o algún evento.

Pero ella sí existía. Había subido tres fotos en Instagram desde que había muerto su madre, una de ellas de sus propios pies calzando unos zapatos azules de tacones de aguja dorados. Otra de una mesa con una taza de infusión y una tercera, únicamente del cielo celeste con unas vetas blancas. Una foto que debió hacer en algún lugar apartado, tumbada en el suelo.

Desconocía si esa era la forma de actuar de Irina o si lo estaba haciendo solo para dejarlo en

evidencia a él. Mientras ella no apareciese él no podría avanzar nada de su trabajo, no podía responder a periodistas, ni a traductores ni a editores de otros países y mucho menos organizar una agenda.

Pero tenía una última oportunidad para encontrar a Irina y era Teresa, la hermana de uno de sus amigos de toda la vida, Nolan.

Llevaba tiempo sin ver a Teresa, ella nunca perteneció del todo a su círculo de amigos. Nolan solía llevarla porque era su hermana y sus padres lo obligaban. Y, aunque no fuese amiga de nadie en concreto, siempre la aceptaban. La recordaba siempre algo apartada del resto, dibujando garabatos en un bloc de dibujo. No sabía cómo Teresa inició una amistad con la niña india que tanto le gustaba a su madre. Y aquella amistad sobrevivió al tiempo, al éxito y a la fama.

Teresa era una diseñadora con relativo éxito que, además, solía trabajar diseños exclusivos para una escritora con unos gustos algo peculiares. Según Nolan, la propia Irina le enviaba dibujos de unos diseños imposibles que ella daba forma hasta hacer algo que se pudiese llevar puesto por la calle.

Se encargaba de todo; bolsos, zapatos y seguramente hasta de aquel «paraguas asesino». Al fin se le había caído la postilla de la frente dejando un rastro más claro que el del resto de la piel. Una pequeña cicatriz en forma de línea que estaría con él al menos hasta el verano.

Sintió la puerta del coche, no había visto llegar a Nolan. Su amigo abrió y se metió dentro.

—Mi hermana me ha dado una lista de los sitios a donde suelen ir por la noche. —Nolan sacudió su móvil riendo. Miró a Jayden, divertido—. Estás persiguiendo de manera desesperada y bochornosa a una mujer, ¿lo sabes?

Jayden negó con la cabeza. No podía detenerse a pensar todo lo que sentía con la manera de actuar de Irina porque estallaría en cuanto la tuviese delante y eso solo haría que iniciase una guerra. Aunque mucho temía que ella ya la había iniciado.

Nolan se abrochó el cinturón y Jayden puso el coche en marcha.

—Tu escritora fugitiva ha estado saliendo todas las noches —añadió—. Tiene amigas, ¿sabes? No solo mi hermana. También una tal Chio, compañera de orfanato o lo que fuese aquello, que ahora trabaja los guiones de Irina en las adaptaciones.

Jayden frenó el coche y otro vehículo detrás tocó el claxon con fuerza antes de rebasarlo.

—¿Guionista? ¿De los estudios Future? —Se inclinó hacia Nolan.

Este le empujó el hombro para apartarlo de él.

—No soy un detective, demasiado has conseguido que indague —volvió a sonreír—. Suele ir con ellas otra de las guionistas. Dice mi hermana que ese es el éxito de sus adaptaciones, ella siempre las tiene cerca.

Se había tapado la cara con la mano.

—Llamé al director, poniéndole excusas sobre Irina, pensando que ella no estaba revisando el guion. —Apretó la mano contra la cara—. Me dijo que no me preocupase por eso —resopló—. He quedado como un imbécil.

Nolan alzó las cejas mirando a Jayden, luego le dio una palmada en el hombro.

—¿Desmond no te ayuda?

—Lo suyo son los números. Quiere estar al margen sobre Irina —resopló de nuevo—. Con

ella estoy completamente solo.

Su amigo asintió sonriendo con malicia.

—Tu madre te habrá dejado un pedazo de herencia, pero vaya cruz traía. —Rio, negando con la cabeza.

Apoyó la nuca en el asiento del coche y volvió a ponerlo en marcha, el motor sonó fuerte.

—Mi madre tendría que haberme dejado un manual. Doce meses y ya he perdido casi uno al completo.

—Lo mismo esa es su táctica. —Nolan le dio al botón de la radio, se oyó música y subió el volumen—. Aparecer dentro de un año y firmar la no renovación de su contrato.

Lo miró de reojo.

—¿Qué más te ha dicho tu hermana sobre ella? —Vio a su amigo sonreír.

—Bochornoso, señor Larsson —reía Nolan. Pero Jayden no sonrió un ápice.

—Me he propuesto hacer esto lo mejor que pueda. —Aprovechó un semáforo para apoyar el codo en la puerta del coche y apretarse la sien—. Se lo debo a mi madre. —Notó la mano de Nolan en el brazo—. Todavía no me he hecho a la idea de… —El otro le hizo presión en el hombro—. Y ni siquiera he tenido tiempo de meditar, de reaccionar a todo esto que ha pasado con ella. La he perdido de la noche a la mañana.

Cerró los ojos, tuvo que dejar de hablar, le picaba la garganta.

—Y a todo lo que conlleva la editorial hay que sumarle a esta niña caprichosa —resopló. Miró el reloj, ya era la hora de la cena. Había empezado a trabajar antes de que saliese el sol.

—Cenamos y te vas a casa a descansar —dijo su amigo. El semáforo se puso en verde. Jayden puso el coche en marcha.

—De eso nada, esta noche la encuentro. —Aceleró con fuerza.

***

Hasta la zona VIP estaba llena de gente. Se abrieron paso entre la multitud. Jayden notó cómo Nolan tiraba de su brazo.

—Son las tres de la mañana, hemos ido a todos los sitios que me ha dicho mi hermana. No está en ninguno —le dijo—. Vamos a casa, mañana intentaré averiguar más.

La música sonaba tan fuerte que apenas podía oírlo. Jayden ni siquiera lo miraba, recorría aquella sala de fiesta con la mirada.

—Jayden, ¿me escuchas? Vámonos.

Llevaba el pelo suelto y liso, aunque muy abultado por arriba, sujeto con una especie de diadema plateada que hacía que cayese en cascada hacia atrás. Entornó los ojos hacia ella. Aquella joven llevaba un corpiño blanco con destellos plateados sobre una corta falda de volantes que también hacía destellos con las luces de los focos. Semejante «discreción» le fue familiar.

—Ahí está. —Apartó la mano de Nolan y se fue decidido hacia Irina.

Su amigo volvió a tirar de su brazo. Jayden se giró para mirarlo, Nolan lo miraba divertido.

—¿Qué? —Hasta le enfureció la expresión de su rostro. Tres semanas buscando a aquella mujer de todas las formas posibles, algo que seguramente a ella le divertía en extremo. El calor

acumulado le sobrevino de repente.

—Se te nota demasiado la desesperación.

—Claro que se me nota la desesperación. —Se abrió la chaqueta—. Sin esa mujer —señaló a Irina—, no puedo completar nada de lo que, por herencia, me tocó hacer. Y ella se está riendo de mí.

El bullicio aumentaba el calor y tuvo que quitarse la chaqueta. Nolan entornó los ojos hacia Irina, ella estaba sobre una plataforma con aquella amiga oriental llamada Chio y ambas bailaban sin parar.

—Recuerdo bien a Irina —dijo sin dejar de mirarla—. ¿Crees que ha sido el éxito? ¿Cómo puede alguien darse la vuelta por completo?

Jayden la miró de reojo.

—No lo sé. —Irina bajó de la plataforma, otra amiga le daba una copa—. Pero me tiene hasta los cojones.

—Y te quedan once meses y una semana.

—Once meses y ocho días exactos, sí.

Nolan le puso ambas manos sobre los hombros.

—A ver, respira —sonrió—. Que no se te note la desesperación.

Se inclinó hacia él.

—Son las tres de la mañana, tiene todas mis llamadas perdidas, mis veinte mensajes, mis correos y ahora, ¿aparezco por aquí? No es tonta, sabe que estoy desesperado.

—Por supuesto que puedes aparecer por aquí, Nueva York es muy pequeño —respondió con ironía Nolan.

Jayden resopló y su amigo agitó la mano.

—Yo voto porque te hagas el distraído y te la encuentres de casualidad.

Él se apartó de Nolan.

—No pienso volver a hacer el imbécil delante de ella. Iré directo. He venido a buscarla. Sí, es desesperado. —Se abría hueco entre la gente hacia la plataforma—. Pero es lo que tengo que hacer. Sabe que necesito encontrarla. —Llegó hasta Irina—. Y la he encontrado.

Irina, aún con tacones enormes, le llegaba solo hasta la barbilla y eso que no era una mujer pequeña. Pero a ella no parecía intimidarle en absoluto su tamaño, se giró hacia él con aquella expresión de suficiencia que ya esperaba.

—Señor Larsson, qué sorpresa. —La oyó decir con ironía mientras se disponía a volver a montarse en la plataforma.

Jayden le sujetó el brazo. Aquel olor dulzón de la colonia escandalosa de Irina estaba mezclado con algo distinto. También dulce, pero más pesado. El mismo aroma que desprendía la copa que había soltado a un lado.

—No, no es ninguna sorpresa —la soltó de inmediato. Aquella mujer desprendía una sensación extraña que le impedía tocarla con comodidad—. Sabes que llevo días buscándote.

—Con mucha insistencia, sí —respondió. Él no se esperaba ninguna amabilidad por su parte. Pero estaba comprobando que era una metralleta que no le daría tregua.

—Si me hubieses atendido a la primera, no insistiría tanto —replicó, tuvo que inclinarse a su

oído para asegurarse de que ella lo escuchaba.

Entornó los ojos hacia Irina, estaba diferente al día del funeral. Quizás el efecto de aquel licor blanco la dejaba levemente más expresiva y humana a sus ojos. El pelo suelto la hacía representar su verdadera edad, joven, sensual, absolutamente hermosa.

—Claro que insistirías —le dijo vacilante y con media sonrisa, como si hubiese podido leer sus pensamientos, mientras volvía a apartarse de él.

Soberbia, creída, increíblemente imbécil.

Si tan ávida era en descubrir pensamientos, prefería transmitirle todo eso que lo anterior. Pero en su expresión pudo comprobar que no había forma de arreglarlo.

—Necesito hablar contigo. —Volvió a sujetarle el brazo—. No dejan de llamarme, tengo que prepararte la agenda de promoción y… —Ella alzó la mano para que dejase de hablar.

—Es viernes por la noche, no me hables de trabajo. —Apartó la mano de Jayden de su brazo.

—¿Quieres escucharme de una vez? —Por mucho que intentase tener paciencia con Irina era imposible.

Esa vez ella sí se giró completamente hacia él.

—Si te escucho, ¿te pirarás y me dejarás en paz? —preguntó y Jayden se sintió como un plasta de discoteca.

Resopló. Podría perder el tiempo, demasiado, reprochándole su conducta o las veces que lo había ignorado. Pero no podía perder el tiempo con Irina, mucho temía que el tiempo concedido siempre sería escaso.

—Necesito que me envíes lo que tengas de novela.

Ella alzó las cejas.

—¿Qué novela?

No sabía si de verdad lo hacía queriendo para hacerle sentir imbécil una y otra vez.

—La que tienes que entregar el mes que viene. —Su madre lo dejó apuntado en una agenda.

—No hay ninguna novela —respondió Irina con cierta frescura.

De todas las cosas que se esperaba de Irina nunca creyó que llegara a aquel límite. No podía enfurecerse delante de ella o no pararía de hacérselo continuamente. Su madre lo apuntó y se fiaba más de aquella nota que de la escritora que tenía delante. Aunque Desmond le contó que Margaret temía que tras su muerte dejase de escribir. Quizás fuese eso y quería ocultarlo de alguna manera. Alguien como ella nunca reconocería que era incapaz de escribir. Fuese como fuese aquella mujer, quería a Margaret Larsson, lo sabía de primera mano a través de las palabras que su madre le dedicaba a Irina, y de tantas y tantas novelas como esta le dedicó a su mentora.

—Vale. —No importaba en ese momento. Margaret siempre llevaba una novela por delante. La publicación no se retrasaría. Aquel manuscrito estaba en edición. Era su menor preocupación.

—¿Por esto me has perseguido por toda la ciudad? —Se cruzó de brazos.

—Te he buscado porque ahora soy tu editor y si desapareces no puedo trabajar.

Una de las amigas de Irina le llevó una nueva copa decorada con un pequeño paraguas de papel en rosa.

—¿Quieres uno? —le preguntó la chica sonriendo.

Jayden negó con la cabeza.

—Y tú tampoco deberías —se dirigió hacia Irina—. Estoy preparando una nueva campaña de *marketing* para ti y pobre forma de comenzar si te paseas borracha por todos los clubs de Nueva York.

Apretó los labios, prefería no decir nada sobre el atuendo, sobre aquella escueta falda de volantes que no era impedimento para que ella se montase en una plataforma a bailar.

Irina removió la copa con el pequeño paraguas.

—Hasta lo que sé eres mi editor, únicamente mi editor, en exclusiva —respondió ella —. Un editor de una sola escritora. —Abrió sus gruesos labios para sonreír—. Imagina que tuvieses veinte escritores a cargo. Qué cantidad de trabajo sería llamarlos a todos, escribirles decenas de correos y perseguirlos por la noche para comprobar si salen, si bailan, si beben o si se follan a algún fulano y te estropean tu estúpida campaña de *marketing*. —Lo miró para ver su respuesta, pero Jayden intentó no reaccionar a sus palabras, cada vez más afiladas.

Él se cruzó de brazos esperando ver hasta dónde quería llegar Irina para humillarlo de nuevo. ¿Dónde estaba el límite de aquella mujer? Seguramente no lo tenía.

—Un editor no es un guardián, no es un vigilante, ni un hermano mayor ni un padre.

—No pretendo ser tu vigilante, solo quiero que no me pongas trabas en mi trabajo.

—Te has propuesto tomártelo en serio, por lo que veo. —Y aquello parecía divertirle.

Jayden seguía con los brazos cruzados. Ni siquiera sabía cómo podía mantener la calma cuando ella ponía gran empeño en ponerlo al límite una y otra vez.

—Mi madre no solo me dejó a cargo un negocio, fue su vida, claro que pienso tomármelo en serio. Y por alguna razón que desconozco tú eras una parte importante de ello. Hubiese preferido que te dejase a cargo de cualquier otro. Pero lo dejó claro, es lo que quería para ti, y para mí.

Aunque lo había dicho tan tranquilo como había podido, sin poner énfasis en ninguna de sus palabras, estas habían sonado emotivas. Tanto que le escoció la garganta. Dio gracias de que la luz de los focos bajara la intensidad y de que Irina no pudiera verle el brillo en los ojos. A ella sus palabras no parecieron emocionarle en absoluto.

—¿Esto es lo que tu madre quería para mí? ¿Un tío pelmazo? —No, no le habían emocionado absolutamente nada.

—¡Eh! No estaría aquí si me hubieses atendido en su momento —replicó Jayden mientras ella se giraba para subirse a la plataforma de nuevo. Esa vez fue más rápida, no le dio tiempo a sujetarla—. ¡Irina, por qué me haces *est*…! —Los volantes de la falda en su nariz y boca le impidieron seguir. Tuvo que retirarse con rapidez si no quería que toda su cabeza entrara dentro de la vaporosa prenda.

Alzó los ojos para mirarla. Irina le daba de nuevo la espalda. Bailaba con unas chicas, volvía a ignorarlo. Tal y como había deducido, el vaivén de los volantes desde aquella perspectiva apuraba el límite. Lo que provocó que su mirada se viera atraída hacia allí sin remedio. Las ondas estaban dispuestas para cubrir las partes íntimas de Irina sin margen de error. Notó una mano en el hombro y se sobresaltó. Era Nolan.

—¿Nos podemos ir ya? ¿O vas a esperar a que vuelva a ponerte el culo en la cara? —Lo oyó decir.

Las bromas de Nolan no hacían sino aumentar su enfado.

—Aunque, ya que estamos aquí, seguro que se nos ocurre hacer algo mejor que perseguir a una escritora pirada. —Nolan alzó los ojos hacia Irina.

Una chica de media melena lisa se asomó por encima del hombro de Nolan.

—¡Teresa! —No sabía por qué, pero le daba alegría verla. Un nexo entre él y aquella mujer extremadamente difícil. Mirar a Teresa era ver algo así como a un ser celestial, un traductor entre su idioma y otro incomprensible que hablaba Irina.

—Jayden necesita ayuda, «Guerrero Luna» pasa de él —dijo Nolan a su hermana y esta rio mirando a Irina. Ella seguía bailando sin dirigirles una sola mirada.

«Guerrero Luna», aquella muñeca de corpiño y minifalda. Nolan fue muy acertado, Irina vestía similar a una muñeca japonesa, las famosas *manga.* Aquello le recordó a su antigua afición por los cómics. Su madre solía llevarle ejemplares únicos, incluso pruebas beta mucho antes de que fuesen publicadas.

Teresa rebasó a Nolan colocándose frente a Jayden.

—¿Qué te ocurre con Irina? —preguntó con cierta ironía.

Se inclinó levemente hacia ella.

—Desde que murió mi madre no he tenido ni un solo día de margen. He trabajado dieciséis horas al día sin descanso. —Ojeó la hora—. Y son casi las tres y media de la mañana de un viernes. —Miró de reojo a la amiga asiática que bailaba con Irina, siendo consciente de que parte del tiempo trabajado habría hecho el imbécil, con la productora de las series de Irina y quizás en otras cosas que aún no sabía. La escritora tenía contacto con guionistas, no era difícil que también lo tuviera con periodistas o con tantos otros que acudieron a él preguntando por ella mientras excusaba su silencio sin parar. Claro que habría hecho el imbécil, lo habría hecho al mismo nivel que lo estaba haciendo allí mismo, junto a las botas altas, blancas y brillantes de Irina—. Hoy paso de «Guerrero Luna».

Tocó a Nolan para que lo siguiese. Pero algo llamó la atención a su izquierda. Irina ya no bailaba, al fin se había girado hacia él. Quizás se había enterado de todo lo que había dicho, aunque se conformaba con que hubiese escuchado aquello último. Debía hacer lo que hacía ella, ni siquiera mirarla, no comprobar su reacción. Pero su curiosidad pudo más y sí que lo hizo.

Encontró los volantes de Irina en primera plana, lo que le hacía tremendamente difícil alzar los ojos. Algo que la dueña de tan atrevida falda sabía muy bien. La vio contener la sonrisa, así que apartó la mirada con rapidez. De inmediato, notó presión en la parte alta de la cabeza y su cuello reaccionó endureciéndose de inmediato para hacer fuerza, una acción que le impedía moverse durante el escueto segundo que Irina tardó en bajarse de la plataforma.

En cuanto la presión acabó se apresuró a mirarla, pero ella ya había retirado la mano de su cabeza y lo rebasaba sin ni siquiera reparar en él. Irina se había apoyado en su cabeza para bajar, pero lo había hecho como si se apoyase en una baranda o una columna, un simple uso de un accesorio que no merecía ni un instante de su atención.

La vio alejarse, seguida de Teresa y el resto de sus amigas. Empujó a Nolan hacia el lado contrario y resopló.

—Con lo bien que se te daban las mujeres… —Reía Nolan.

—Eso no es una mujer. —Se giró para no perderla demasiado de vista. Volvió a resoplar.

Nolan seguía riendo.

—¿Nos vamos? —preguntó y negó con la cabeza.

—Busca desesperarme, llevarme al límite y hacerme parecer un imbécil.

—¿Venganza? ¿Qué le hiciste? —Jayden negaba con la cabeza a las preguntas de Nolan.

—Me dicen en la empresa que siempre se comporta así, no creo que busque vengarse del mundo. —Ladeó la cabeza mirando a Irina—. Con mi madre no era así, de eso estoy seguro, y ya ves que con tu hermana y sus amigas tampoco. —Frunció el ceño sin dejar de observarla.

—Eres lo único que le queda de Margaret Larsson, no tiene sentido que se comporte así contigo también.

—No es solitaria, no es poco sociable. —Irina reía junto a sus amigas en uno de los reservados de la sala—. Quiero seguir observando.

Nolan alzaba las cejas mirando al grupo.

—Maravillosa herencia, eso sí que fue una venganza. —Notó la ironía en la voz de Nolan y le empujó con el hombro—. Por todo el por culo que le diste a tu madre en vida. Págalo durante doce meses.

—Once meses y ocho días —refunfuñó Jayden. Se dirigieron hacia una mesa donde podía ver bien a Irina.

Irina

La cuenta atrás de aquellas copas blancas comenzaba. Siempre fue comedida con la bebida, conllevaba demasiados riesgos. Parcialmente cuerda era suficiente, más aún con Jayden Larsson cerca.

Estaba en una especie de palco alto, una terraza con una baranda que le permitía ver toda la sala. Tenía a Jayden y a Nolan localizados. Entornó los ojos hacia ellos; Nolan no había cambiado mucho con el tiempo, seguía con la misma expresión irónica de siempre, esperando el momento para soltar la broma más disparatada que se le pasara por la cabeza.

Faltaban más amigos de Jayden y supuso que, tal y como sucedía con Nolan, Elliot y el resto también conservaban su amistad con él. Aunque solo con la muestra pudo deducir que, a pesar de haber pasado unos años, ellos no habían madurado mucho.

Apartó la mirada de ellos y la dirigió hacia su copa. Removió el licor blanco con el adorno del paraguas y este le recordó a su último encuentro con Jayden. Aguantó la sonrisa, había podido apreciar el fino trazo en la frente de él.

—Jayden Larsson. —Teresa estaba sentada frente a ella, observaba a su hermano y a Jayden. Apoyó su codo en la mesa y se sujetó la barbilla, dirigió sus ojos hacia Irina—. Está desesperado. ¿Por qué lo haces? —Ladeó la cabeza hacia un lado—. Debe estar destrozado, su madre ha muerto hace nada. Y un imperio que ahora depende de él.

Irina pestañeó mirando a Teresa, no respondió nada.

—¿Por qué crees que Margaret decidió esto? Quizás ella quería que ambos os apoyaseis. Tu

mentora, su madre, tu guía, el pilar de su empresa. Tú que deduces todo, ¿no lo ves?

La escritora abrió su pequeño bolso blanco y rebuscaba en él.

—Ella os adoraba a los dos y sabía que necesitaríais ayuda —añadió Teresa—. Ella era vuestra única familia.

La joven tiró de una cinta donde estaba sujeto su móvil.

—Margaret me conocía muy bien y aun así tomó esta decisión. —Desbloqueó la pantalla, la parte trasera del móvil emitió una luz, había encendido la cámara. Alzó la mano tras el teléfono ante la mirada desconcertada de Teresa—. Ella sabía que todo esto podría pasar.

Enfocó a Jayden, tuvo que darle al zum para que se viese de mayor tamaño, el tamaño justo de sus dedos.

—¿Qué haces? —Chio se inclinó para ver la pantalla y emitió un pequeño grito.

Irina se mordió el labio inferior, por más que lo había intentado aquel tic aparecía de vez en cuando.

—Responder al fin a los mensajes de mi editor —dijo, colocando el dedo índice sobre la cabeza de Jayden, y el pulgar bajo sus pies, como si lo estuviese cogiendo con los dos dedos.

Hizo la foto y luego enroscó otro de los dedos en el pulgar como si estuviese a punto de dar un rápido golpe a Jayden, como los que se les dan a los insectos cuando molestan en el cuerpo o en la mesa. Chio dio unas carcajadas y Teresa negaba con la cabeza.

Irina se mordió la lengua, las dos fotos estaban perfectas. Buscó el chat de su nuevo editor, allí estaban los numerosos mensajes, y las envió.

Sonrió cuando vio a Jayden mirarse el bolsillo, su móvil le avisaba.

—¿Por qué eres así? —le reprendió Teresa.

Irina guardaba el teléfono.

—No puedo ser de otra manera. —Cerró la cremallera del bolso.

Ni debo ser de otra manera.

Se giró para dar la espalda a donde se encontraba Jayden. Lamentó que Margaret hubiese decidido ponerlo de nuevo en su camino.

Jayden

A pesar de ser una mujer de letras, Irina había decidido enviarle una imagen para mandarlo a tomar por culo.

—Eso te pasa por buscarla de madrugada cuando está de fiesta —dijo Nolan al asomarse al móvil de Jayden.

Se apartó de Nolan, alejándose para perderse del campo visual de Irina, aunque ella ni siquiera estaba mirando. Su amigo lo seguía.

—No entiendo cómo, sabiendo esto, mi madre me dejó a cargo de semejante… —Se apoyó en una pared y resopló.

—Ya te lo he dicho, venganza.

—No bromees con esto. —Bajó la cabeza y se puso la mano en la sien.

—¿Tienes plan B? ¿O este era tu único plan estrella? —preguntó su amigo.

Jayden levantó la cabeza hacia él.

—En la editorial me preguntan por ella continuamente y ya no sé qué excusa poner. Estoy perdiendo la confianza de todos. —Cogió aire—. Nadie me veía capaz, sé muy bien lo que pensaban de mí todos los empleados de mi madre. Irina ha sido la única que me ha dicho la verdad que todos hablan a mi espalda. Soy un inútil. Eso es lo que se espera de mí, que eche todo a perder. Inexperto, inepto… —Sentía que la tensión en la sien aumentaba, le iba a explotar la cabeza.

Nolan le puso la mano en el hombro.

—Son cosas tuyas.

—No, no son cosas mías. —Inclinó la espalda hacia delante para poder ver a Irina. No le había contado nada de lo que escuchó a través del intercomunicador de su secretaria. Entornó los ojos hacia la escritora—. A todo el mundo le encanta hablar a la espalda. —Recordaba las palabras de Irina en el cementerio.

Ella era una muestra transparente de todo lo que le rodeaba. Quizás aquella era la razón por la que su madre dejó a Irina cerca.

Miró la pantalla de su móvil. Las fotos que le había enviado carecían de ironía, a pesar de que en un principio pensase que el carácter de Irina era solo un personaje de tantos como era capaz de crear aquella mente privilegiada, había realidad en ella.

Todo es real.

Al igual que era la única que fue capaz de decirle de frente todo lo que pensaba y esperaba de él, aquella foto era real. Buscar a Irina hasta la saciedad, insistiendo en llamadas, mensajes y hasta llegar a la puerta de su casa, recorriendo todos los sitios que ella solía frecuentar, había sido una forma de actuar desesperada. No era la forma correcta, había reflejado que se sentía completamente perdido.

Desesperado y perdido.

El dolor por la muerte repentina de su madre, el remordimiento constante de no haber hecho nada cuando tuvo la oportunidad y ahora un trabajo que no sabía si sería capaz de afrontar. Todo lo que pasara a partir de ese momento con la editorial, con los futuros contratos y hasta en la carrera de Irina, sería su culpa.

Seré un completo fracaso.

Tendría que regresar el lunes a la oficina, donde los más veteranos lo miraban con lupa porque usurpaba un sillón que tendría que pertenecer a otro y era suyo tan solo por un apellido. Un apellido que seguramente ni siquiera merecía.

Cogió aire con fuerza, tenía que salir rápido de allí, el bullicio aumentaba su ahogo. Le dio en el hombro a Nolan para que lo siguiera. El camino hacia la salida se le hizo largo, sorteaba a la gente y chocó con algunas personas. Al fin pudo salir, dejando atrás el ruido, el bullicio y aquella tenue luz. El aire frío de la noche lo dejó respirar.

Sintió a Nolan meter la mano en su bolsillo.

—Llevo el coche yo. —Le agradeció el gesto mientras espiraba con fuerza.

6

Jayden

Y llegó el lunes. Iba más tarde que de costumbre. De nada había servido llegar antes de que saliese el sol y salir de madrugada para evitar que todos lo tomasen por un imbécil.

Una nueva semana de ser observado, de poner excusas y esquivar preguntas sobre su única representada. Irina seguía sin responder.

Había aprovechado el resto del fin de semana para dormir y lo agradeció. Se sentía demasiado cansado como para afrontar otra semana más.

A aquella hora ya estarían todos en el trabajo, su primer día de llegar tarde. Una nueva excusa para que murmuraran a su espalda.

A todo el mundo le encanta hablar a la espalda.

Entró en el habitáculo donde estaba el ascensor del aparcamiento, pero frenó en seco para no chocar con ella.

Abrió la boca para coger aire y tragar saliva, que resbaló por una garganta que llevaba rato escociéndole. Irina no llevaba un maquillaje tan exagerado como la noche del viernes, pero aun así era demasiado llamativo para ser primera hora de la mañana.

Llevaba un extraño traje de chaqueta color celeste pastel con una minifalda algo más larga que aquella de vaporosos volantes. Pero también corta y de vuelo. Esa vez las botas altas de tacón interminable eran también del mismo tono pastel que el traje.

Los pendientes largos y brillantes se movían entre su pelo, tan liso que parecía una cortina.

Aquel olor escandaloso que ya conocía penetró por su nariz con fuerza, formando una estela alrededor de ella que no debía traspasar. Algo similar a lo que ocurría con el paraguas, aunque esa vez no había peligro de herida.

Fuera como fuese, el hecho de verla allí hizo que sintiera algo en su pecho que empujaba hacia la garganta y parecía explotar. No esperó unos buenos días ni una sonrisa, pero daba igual, su presencia bastaba.

—¿Hasta cuándo pensabas tenerme esperando? —Ella se cruzó de brazos.

—Buenos días. —Intentó que su alegría no se reflejase en su cara ni en su voz. Pulsó el botón del ascensor sin detenerse en ella demasiado.

Irina entornó los ojos.

—He estado a punto de irme. —El ascensor se abrió.

No esperó por si Jayden le ofrecía el paso, entró primero con aquellos tacones que sonaban firmes. El editor se fijó en que las botas le llegaban algo más altas de las rodillas. Extraña combinación de calzado para un traje de chaqueta aunque este fuera algo inusual.

—No sabía que vendrías. —Hasta tener que replicarle le era placentero.

Ha venido.

Su pecho explotaba. Entrar en la oficina junto a Irina era infinitamente más de lo que esperaba

conseguir. De hecho, en los últimos días ya no esperaba nada. Había desistido de mensajes y correos hasta el punto de apagar todo dispositivo que le recordase al trabajo o a ella.

Irina había ladeado la cabeza mirándolo. En el interior del ascensor el olor de su perfume lo inundaba todo.

—Llevas semanas pidiéndome que venga y ¿no sabías que vendría?

Le dio la espalda, pero Jayden podía verla a través del espejo. No importaba que vistiese una gabardina vaporosa, un traje de destellos o aquel color pastel, con pelo recogido, cascada llamativa o liso oriental, la imagen de Irina a media distancia podría hacerlo perderse sin remedio. Desvió la mirada del espejo, ella se daría cuenta y perdería los pocos puntos que había ganado consiguiendo que llegase hasta la editorial.

—Podrías haberme avisado. —Se puso junto a la puerta, ella seguía de espaldas.

Esperaba que nadie los viese en el ascensor de aquella manera o su logro quedaría en nada.

—Puedo venir cuando quiera. —Y no era una pregunta. El ascensor se abría.

Jayden se dispuso a esperarla para salir a su par, no tenía dudas de que todos mirarían. Pero Irina se adelantó para salir delante de él. Resopló, con ella no había manera. Al menos había quitado el cruce de los brazos y tenía una postura algo más cordial.

La vio dar dos pasos más hasta colocarse delante de la puerta de cristal, tras la que ya todos trabajaban, y se detuvo.

Jayden alzó las cejas, lo estaba esperando. Se apresuró a ponerse a su lado. La miró de reojo, ella observaba a través de la puerta de cristal, ya algunos se habían percatado de su presencia. Su editor contuvo la sonrisa, pero con aquella sensación placentera en el pecho era difícil. El orgullo lo había inundado por completo.

—Murmullos, más que los de costumbre —dijo ella y lo miró—. ¿Sabes cuál es la ventaja de escribir sobre personas? —Volvió a mirar hacia el interior de la oficina—. Que todo esto lo he visto demasiadas veces… —Alzó la mano para ponérsela en la sien—. Aquí.

Entornó los ojos hacia los empleados que unos a otros se iban avisando mediante miradas discretas de que ella estaba allí, junto al director. Pero no tan discretas como para pasar por alto al ávido ojo de Irina, quizás era lo que estaba esperando, dar margen para que todos se enterasen de que estaban allí.

La oyó suspirar.

—Ábreme la puerta —dijo firme, algo parecido a una orden.

—¿Qué? —Aquella sensación orgullosa tan placentera se difuminó al instante, Irina no tendría ningún cuidado en tratarlo como le pareciese aunque estuvieran delante de todos.

Esta se cree que soy su esclavo.

Podría hacerlo por voluntad propia, solía hacerlo por cordialidad con cualquiera. Pero aquella forma superior de pedírselo le pateaba la barriga hasta ponérsela del revés.

—Ahora —añadió ella aún más firme.

Había empleados que iban hacia la puerta, los editores a los que oyó mofarse de su situación. No podía permitirse que oyeran a Irina darle órdenes como a un imbécil. Alargó la mano y abrió, apartándose para dejarle paso.

Como un caballero, sí.

En otro lugar y en otras circunstancias, le habría hecho una morisqueta cuando lo rebasó. Pero tenía que mantenerse lo mejor que pudiera o se convertiría en el mayor hazmerreír del sector.

—¡Irina! —Era Madison que, junto a Jake, se había apresurado hacia ella.

Jayden enseguida miró el rostro de Irina, tan inexpresivo y soberbio como siempre. Hasta el murmullo había bajado considerablemente, la curiosidad al límite de decenas de personas que la conocían bien.

—¡Qué sorpresa verte por aquí! —A Jake le habían avisado el último. Alzó la voz mientras caminaba hacia ellos por el enmoquetado pasillo central.

Irina dirigió sus ojos hacia él.

—¿Sorpresa por qué? —respondió ella sin un ápice de amabilidad. Jayden bajó la cabeza enseguida y tuvo que hacer gran esfuerzo por contener la sonrisa. Quizás el carácter de aquella joven tenía su parte positiva.

La miró de reojo, ella entornaba los ojos hacia Jake.

—Quiero decir que no sabíamos que vendrías. —Jake no era ningún imbécil y sabía perfectamente que la respuesta de Irina iba acorde a la realidad a la que se había referido él con «sorpresa».

—Se refiere a que Jayden no nos había avisado —intervino Ryan apoyando a su compañero.

—Por supuesto que no os ha avisado —dijo y él temió que soltara algo que lo pusiera en evidencia—. Como tampoco os avisaba Margaret. Mis reuniones con mi editor seguirán siendo privadas.

Dio unos pasos hacia delante y Jayden rodeó a Madison para volver a su lado.

—Pero Jake no se refería a eso. —Con aquellas botas de tacón tuvo que bajar la vista para mirar a Jake—. Las sorpresas suelen ir acompañadas de algo positivo y yo nunca soy una alegría si no conllevo ningún beneficio. Así que la sorpresa al verme no ha sido por nada relativo a mí.

Jo-der.

La vio sonreír de aquella manera, estaba a punto de soltar una estrella *ninja* de esas que se clavaban en el costado.

—Margaret no me permitió descubrir cuánto hubieses tardado tú en traerme. —Bajó la voz, al menos tuvo esa delicadeza con Jake.

Siguió su camino hacia el despacho. Levantó la mano ya dándoles la espalda.

—Madison. —La editora levantó la barbilla cuando oyó su nombre—. Si Margaret me hubiese dejado elegir, hubieses sido tú.

Jayden bajó la cabeza, la joven lo había dicho a plena voz y toda aquella satisfacción de haberla llevado hasta allí y su forma de responder a Jake se disipó. Prefería a Madison y seguramente a cualquier otro antes que a él. Él ni siquiera era editor.

Vio a Irina mirar a Yanira antes de entrar al despacho, incluso se detuvo en la puerta. La muchacha quedó contrariada y la vio dudar de si saludarla o no. Pero la escritora se adelantó y le hizo un gesto con la mano. Luego se giró hacia Jayden.

—Se queda hasta tarde y seguramente se ofrece a quedarse un rato más, exactamente hasta que te vayas. Silencio y soledad, donde poder observarte sin testigos —sonrió y él alzó las cejas —. Las horas de salida se retrasan últimamente en demasiadas empleadas. No es la única que

alberga la esperanza de que le prestes atención cuando acabas de trabajar y de paso pueden ver si viene alguien a por ti o te vas solo. Desgraciadamente va en ese orden. —Hizo una mueca de asco.

No fue capaz de responder a aquello. ¿Qué iba a decirle? Él también se había dado cuenta de todo eso, hacerse el tonto delante de Irina supuso que no sería muy efectivo.

—Yanira es buena chica —añadió, colocándose delante de la puerta para que él se la abriese —. Y excelente empleada.

No pensaba abrirle la puerta de nuevo, no si ella seguía con aquella actitud soberbia y superior.

—Así que considera si merece la pena arruinar su empleo por un polvo —siguió Irina sin cuidar en absoluto su tono de voz.

No puede ser.

Jayden se apresuró a abrir la puerta para que la escritora entrase y quitarla de los oídos de todos. Se dio prisa en entrar tras ella mientras sentía cierto bochorno en la espalda.

Dios, qué mujer.

Cerró enseguida sin mirar la expresión de todos los que la escucharon.

—¿Nadia ha estado por aquí? —La vio recorrer con la mirada el despacho, comprobando que todo estaba en su lugar. Se detuvo en la foto del pequeño Jayden y se giró un poco porque no podía verle bien la cara.

Jayden tardaba en responder, buscaba en algún reflejo del cristal de la ventana el rostro de Irina. Apenas fue una ráfaga de cambio en su expresión, ella no le dio margen a verla. Y su curiosidad por observarla aumentaba. Dio un paso adelante para acercarse, pero se giró cara a él y tuvo que frenar en seco.

—Varias veces. —Fue ella misma la que respondió—. También suele venir a última hora —sonrió, su expresión volvía a ser la impasible de siempre—. Le encantan los hombres más jóvenes que ella. Estará encantada contigo. —Ladeó la cabeza mirando a Jayden—. Así que no creo que esté muy molesta con mi ausencia. —Se dirigió al perchero para colgar el bolso—. Con ella no arruinarías nada con un polvo.

Él desvió la mirada. Era realmente incómodo hablar con Irina. No podía darle la razón, tampoco podía actuar como si lo ignorase, así que solo tenía dos opciones. Hacer como si no hubiese oído o decirle directamente que le molestaba que entrara en esos detalles.

—¿Te diviertes con estas cosas? —le preguntó, rebasándola para colgar su chaqueta.

La vio sonreír de nuevo.

—Señor editor. —Alzó los ojos hacia él—. De estas cosas es precisamente de donde nacen todas mis historias.

Jayden abrió la boca para añadir algo más, replicarle a Irina siempre era placentero, pero a esas palabras no cabía réplica. Llevaba razón, era una escritora de romance, una escritora bastante extraña, pero sus historias tenían que nacer de alguna parte y las suyas nacían de observar la realidad a su alrededor.

Entornó los ojos hacia ella. Aun así, su forma de deducir la realidad era sumamente llamativa. Solo necesitaba ver para saber.

Cómo actúan, cómo se mueven y hasta lo que piensan.

Recordó sus palabras en el entierro de Margaret refiriéndose a él, al parecer era capaz de hacerlo con todo el mundo. Pensó que solo era el farol de una joven soberbia y engreída, pero Irina tenía un sentido especial para ver la realidad de las personas.

—Aun así, deberías guardarte tus anotaciones mentales para posibles historias. —Se apartó del perchero y de ella.

—¿Por qué? —Colgaba su bolso, pero reparó en la estola de Margaret.

—Porque puedes ofender, molestar o avergonzar a alguien. Aunque creo que esas palabras solo tienen sentido para ti en las teclas de un ordenador. —Esperaba que la pobre Yanira no hubiese escuchado nada.

Irina no parecía haberlo oído o le importó poco lo que le dijo. Tocaba la suave cachemira de la estola. La había reconocido, Jayden se detuvo junto a la mesa, era extraño que alguien como ella, a la que poco parecía importarle todo lo que no fuese ella, reaccionara a una prenda de su madre.

—¿Por qué Madison y no Ryan o Jake? —Ryan tenía más fama, le llamó la atención que prefiriera a Madison.

Irina soltó la estola y se giró, volvía a tener la expresión altiva de siempre mientras se acercaba a la mesa.

—Porque es una mujer, detesto trabajar con hombres. —Se paró delante de Jayden y subió la cabeza para mirarlo.

Él guiñó ambos ojos intentando entenderla.

—¡Qué estupidez! ¿Qué tienes en contra de los hombres?

Ella apoyó la mano en el respaldo de la silla, apenas la separaba un metro de él. Su nariz no lograba acostumbrarse a aquel olor dulzón e intenso del perfume de Irina, una defensa invisible que empujaba a alejarse de ella. Y ella parecía saberlo porque dio un paso más hacia él.

—Porque la mayoría de los hombres solo piensan en follarme. —Y consiguió que diera un paso atrás para alejarse de ella.

Jayden guiñó aún más los ojos.

—¿Esos dos…? —No daba crédito.

Irina retiró la silla de la mesa y se sentó.

—«Esos dos». Respuesta errónea.

¿Cómo?

Ella levantó la mano.

—Deberías haber respondido: «Conmigo no tendrás ese problema».

Joder.

—Por supuesto que no tendrás ese problema —se apresuró a decir, aunque ya le había subido el calor a las mejillas. Era demasiado rápida, apenas le daba tiempo a reaccionar.

Lo miró con media sonrisa.

—Pero ha podido más tu curiosidad por saber si esos dos también lo piensan.

Abrió la boca para responder con la misma rapidez que lo hacía ella.

También lo piensan. ¿Ese «también» va por mí?

Ella ya había cogido un bolígrafo de la mesa.

—Espero que trabajando seas más rápido. —Le daba la espalda de nuevo—. Es desesperante hablar contigo. ¿Qué tengo que firmar?

Rodeó la mesa para coger los contratos nuevos de Irina.

—¿Será porque eres brusca y grosera? —Le puso los contratos delante—. No estoy acostumbrado a ese trato, pero aprendo rápido.

—¿Será porque estás acostumbrado a que las mujeres esperen ilusionadas todas las estupideces que decidas dedicarles? —Abrió la primera carpeta.

La vio poner el bolígrafo sobre el papel y corrió a detenerla. Irina apartó con rapidez la mano en cuanto notó su tacto. Una reacción automática que hizo que también Jayden se apartase. Decidió ignorar el gesto, aquella mujer era demasiado compleja para lograr entenderla. Ni en años la entendería, menos lo haría en escasos once meses.

—¿Vas a firmar sin leer? —se sorprendió él.

—¿Los has leído tú? —Volvió a poner el bolígrafo en el papel y lo garabateó—. Es tu trabajo.

Apartó la carpeta para firmar el siguiente.

—¿O dentro de editor inepto también está el no leer los contratos? —Garabateó de nuevo.

No me lo puedo creer.

—Claro que los he leído, pero tú no tienes ni idea de lo que estás firmando. ¿Y si te estoy engañando?

—Podría estar firmando una cesión de derechos gratuita, una entrega mensual durante toda la vida con una indemnización millonaria si no lo hago y una donación de todo lo que he creado hasta ahora.

—Exacto.

Levantó los ojos hacia él. Sin apartar la mirada, firmó el siguiente.

Esta tía está completamente loca.

—No puedes hacer eso.

—¿El qué?

—Firmar sin importarte lo que pone en los contratos.

Ella bajó la mirada hasta los papeles.

—Perderlo todo… —murmuró la joven.

No todo el mundo es como mi madre, Irina.

La vio ladear la cabeza mientras dirigía sus ojos a la foto que Jayden tenía sobre la mesa.

—Tu madre decía que esa era la tumba de los escritores, el miedo a perderlo todo. —Entornó los ojos—. El éxito les hace temblar y el temblor no les deja escribir. Miedo a ahogarse de nuevo en un mar de libros sin que el suyo destaque lo más mínimo. Miedo al fracaso, a que los engañen, a no gustar, a no estar a la altura de lo que se espera de ellos —sonrió—. Retrasan las publicaciones por miedo, a veces las retrasan tanto que nadie se acuerda de ellos cuando vuelven a publicar.

Firmó un nuevo contrato y pasó al siguiente.

—Perder mi casa, mi cuenta corriente, los derechos de mis creaciones, esta ropa y todo lo que llevo encima no es perderlo todo. Aunque me engañen nunca lo perdería todo.

Sería otro farol, a Irina le gustaba alardear, parecer superior de alguna manera. Él conocía su historia, su verdadera historia. Era imposible que no tuviese miedo a perderlo todo, pero era algo que no era capaz de decirle, referirle su antigua vida de miseria en La India podía herir los sentimientos de aquella joven, si es que los tenía. Ya lo dudaba.

Terminó de firmar y se puso en pie.

—Una novela al mes durante doce meses, sin derechos, ¿te daría igual? —Recogía los contratos.

—¿Doce novelas en un año? Escribiría veinte. —Irina se retiró de la mesa.

—No podrías hacer eso. —La tenía junto a la puerta, le daba la espalda.

La joven se giró levemente hacia él.

—Señor Larsson, sabes mejor que nadie que siempre dependí de mis historias para sobrevivir.

No esperaba que alguien como ella fuese capaz de sacar el tema, manteniendo su semblante superior y soberbio. Aunque Irina no buscara la compasión ni lo más mínimo, sus palabras lograron que él tuviese que desviar la mirada. Momento que ella aprovechó para abrir la puerta. Se escapaba.

—¿Ya te vas? —Rodeó la mesa rápidamente.

—Claro que me voy, mi tiempo es escaso, ya lo sabes. —La detuvo, cogiéndola del brazo, una vez fuera no se atrevía a decirle nada, hablar en público con Irina siempre era un riesgo. Ya había comprobado que a ella poco le importaba quién la escuchase. No quería ni pensar en la gira que esperaba.

—Pero tengo que hablarte de la promoción. —Tuvo que soltarla, Irina siempre hacía un gesto extraño cuando él la tocaba—. Y de esa novela que estás escribiendo.

Jayden alargó la mano para entrecerrar la puerta, pero Irina metió el pie para impedírselo. Se oyó un golpe seco de la puerta contra la punta de la bota de la joven.

—No hay novela y en media hora tengo cita en la peluquería.

Peluquería.

Se fijó enseguida en el brillante y liso pelo de Irina. No entendía qué peluquería necesitaba. Intentaba escabullirse cuando no llevaba en la editorial ni media hora. Y cuando atravesara la puerta no sabía cuándo podría acceder a ella de nuevo.

—¿Y cuándo piensas volver? —No soltaba la puerta, estaba seguro de que si la liberaba ella saldría corriendo.

Ella dio un paso atrás, Jayden supuso que era por la cercanía. Estaba comprobando que a ella no le gustaba que la tocaran ni que se acercaran demasiado.

—Te llamaré. —Dio un puntapié en la puerta, que sonó de gran manera, para que él la dejara salir.

Joder.

Desde fuera se habría escuchado el golpe. Liberó el picaporte enseguida y ella empujó con ambas manos.

—Me llamarás. —Sentía que la mariposa se escapaba.

Apenas le había dado tiempo a nada de lo que tenía pensado hablar con ella. Así nunca podría avanzar. Cogió aire despacio, había tenido a Irina allí, pero aún seguía sin poder responder a toda

esa gente que lo llamaba en busca de ella.

Volvió a coger la puerta y la cerró, ella volvió a poner el pie. Se oyó de nuevo el golpe.

—Dime qué hago con Nadia y con toda la gente que te busca. —Se inclinó hacia ella a pesar de saber que no le gustaba.

La vio entreabrir la boca un instante, un gesto que reconoció y que él mismo solía hacer cuando se angustiaba. Un fragmento de aire que calmara el ahogo.

—Seguro que se te ocurren decenas de cosas que hacer con Nadia. —Volvió su expresión de siempre.

Sabe que lo he notado. Quiere salir de aquí.

Pero Irina había vuelto a arremeter contra él con aquella ironía soberbia.

—¿Hace falta que te ayude? —Alzó las cejas, esperando respuesta.

Jayden apretó el picaporte, se había prometido mantener la calma con ella. Seguro que no era tan difícil, lo acabaría consiguiendo.

Irina entornó los ojos hacia él.

—Con ella yo me olvidaría del sexo doméstico…

Pero ella siempre se lo ponía terriblemente difícil.

—¡Deja ya esas cosas!

—Solo respondo a tus preguntas —sonrió con satisfacción.

Que a ella le complaciera verlo así lo encendía aún más.

—Intento trabajar y no ayudas en absoluto. —Estuvo a punto de soltar la puerta. Ella estaba pendiente y eso le hizo sujetarla con aún más fuerza.

Si quieres salir de aquí, tendrás que colaborar.

Se le agotaban todas las estrategias, hasta se abochornó de su gesto, pero no tenía más opciones.

Irina quitó el pie y Jayden pudo cerrar. Se cruzó de brazos.

—Tu madre era el filtro entre el mundo y yo —dijo con cierta ira—. Ella decidía qué entrevistas debía hacer o a los eventos que debía ir. —Entornó los ojos hacia Jayden—. Pero si lo dejo a tu criterio seguramente me enviarás a todos los sitios que nos inviten y no me dejarás vivir.

Y Jayden tenía que reconocer que aquella fue su primera intención. No podía hacer ningún gesto que lo delatara.

La oyó suspirar.

—Once meses —dijo Irina sacudiendo la mano para que se apartase—. Vale, haz lo que te plazca.

Le apartó la mano del picaporte con el codo para salir de allí.

—¿Me llamarás? —No pudo esconder la ironía—. ¿Cuándo?

Sabía que una vez que volara no habría más forma de encontrarla que buscándola con insistencia.

—Cuando quiera. —No le sorprendió su respuesta. Era algo que ya sabía.

Irina soltó la puerta y se encaminó hacia la salida con aquellos pasos apresurados que sonaban en el suelo como cascos de caballo. La oficina se paralizaba a su paso formando un silencio

extraño.

Abrió la puerta de cristal sin mirar atrás, sin despedirse de nadie, sin ni siquiera reparar en un solo empleado. Después de diez años no había hecho ningún vínculo con nadie cercano que no fuese su madre y eso era más que llamativo. Irina decía que hubiese preferido a Madison, pero acababa de rebasarla sin cruzar palabra con ella.

La silueta glamurosa de la escritora desapareció cuando se cerró el ascensor. Jayden cogió aire con fuerza mientras cerraba la puerta. Siempre le dejaba una tensión que perduraba durante un buen rato. Aún olía a aquella mezcla de aromas dulces del perfume de Irina.

Se apresuró a abrir la ventana.

Es como un repelente de insectos.

No sabía cómo ella podía aguantar el llevar encima algo tan intenso.

El aire limpio de una planta quince entró en el despacho. Desde la ventana podía ver la avenida y decidió esperar para ver salir a Irina del edificio.

No tardó demasiado en caminar con el mismo paso apresurado por la acera hasta el borde de la carretera. Compleja, grosera, maleducada y soberbia, parecía estar dispuesta a hacer su trabajo imposible. Pero le gustaba observarla. Era más, le gustaría poder observarla durante horas.

No puedes ser real.

En poco tiempo había visto rastros de que no todo lo que podía ver en Irina era todo lo que había en ella. Y ahora que estaba comenzando a leer sus escritos era imposible, realmente imposible, que alguien con aquella personalidad de plástico transmitiese de aquella manera.

Irina se disponía a cruzar al otro lado.

Tú pareces no sentir nada, pero tus escritos sienten todo el tiempo.

Aun él sin tanta sensibilidad para aquellos temas, y sin ser lector del género, lograba sentir cómo latían aquellas hojas del manuscrito que tenía junto a la cama.

Mi madre lo vio en ti desde el principio.

Aunque en aquel principio Irina era muy diferente. Nada tenía que ver la niña que solía observar en el jardín con aquella mujer que había lanzado lenguas de lava en el pasillo de la editorial a todo el que se le había acercado. Contuvo la sonrisa al recordarlo y se llevó la mano a la frente, donde tuvo varios días la postilla de aquel paraguas del demonio.

Su teléfono comenzó a sonar y se sobresaltó. Tuvo que regresar a su mesa para cogerlo.

—Dime que no te he pillado en una reunión importante. —Oyó la voz irónica de Elliot.

—No seas imbécil, no te hubiese respondido.

—Últimamente no haces más que trabajar y aunque hiciste una escapada furtiva con Nolan la otra noche, me dicen que también fue por trabajo.

No quería ni imaginar que Nolan les contase, las bromas no pararían. Volvió a llevarse la mano a la cicatriz.

—Así que he pensado que te vendría bien despejarte —le dijo—. ¿Qué te parece si este fin de semana nos vamos a alguna parte? Lisy no deja de preguntar por ti.

Lisy, la chica a la que tanto le gustó cuando Elliot la llevó a su casa. Después de la lamentable llamada de Desmond, abriéndole los ojos de la realidad sobre su madre, no hubo más en su vida. Ni amigos, ni cenas ni risas ni mucho menos compañía femenina. Tampoco era que echase de

menos nada de eso.

—No puedo estar todo un fin de semana fuera —suspiró.

—Venga ya, no tienes nada que hacer los fines de semana.

—Claro que sí, tengo que mirar la agenda de Irina. Tiene algunos eventos que…

—¿Irina? La escritora excéntrica, tráetela.

Ni loco.

—No.

—Mejor, la idea es que te olvides por completo del trabajo.

Cerró los ojos apretando los párpados, ni desmayándose se olvidaría del trabajo. Era imposible, una cadena atada al tobillo que le pesaba todo el tiempo.

—Cenar y dar una vuelta, poco más —suspiró—. Poco más.

—Insuficiente, pero mejor que nada —rio Eliot—. Tú trabaja, yo me encargo de reunirlos a todos.

Colgó con Elliot, prefería ver la tele, dormir y leer todo lo que tenía acumulado. Se había llevado a casa todos los ejemplares de Irina desde aquel fenómeno *Rojo escarlata*. Si quería aprender de la manera correcta, debía hacerlo desde el principio.

Se asomó por la ventana de nuevo, ya no había ni rastro de Irina.

Irina

Joder.

Cuanta más prisa tenía por llegar a casa más atascos cogían al taxi. Se ahogaba, había abierto la ventanilla, pero el ruido de los coches no la calmaba, al contrario. Tenía calor a pesar de no llevar abrigo a finales de otoño.

—Buenos días, señorita Yadav. —El portero del edificio donde vivía siempre le daba los buenos días, aunque ella nunca le respondía.

Tuvo que frenar antes de entrar en el ascensor, salía una pareja.

—Ni me molesto en darte los buenos días —le dijo la mujer, que ya le había reprendido su mala educación más de una vez.

Irina la rebasó para entrar, le dio al botón y se giró para ponerse de frente a la puerta.

—Casi nunca son buenos para usted, señora Lancom —respondió mientras la puerta emitía el aviso antes de cerrarse—. Las ojeras de su marido me dicen que ha pasado la mayor parte de la noche fuera. Y las de usted que el resto de la noche se la ha pasado registrando su ropa, su cartera y su móvil —sonrió mientras se cerraba la puerta.

Idiota. Divórciate de una vez, si sabes que te los pone una y otra vez.

La puerta estaba a solo tres metros del ascensor. Entró y lanzó las llaves y el bolso al mueble de la entrada. El bolso se ladeó y cayó al suelo, parte de su interior se esparció, pero no reparó en él.

El salón era demasiado grande, siempre se lo pareció, pero no encontró otro piso más pequeño

en aquella zona de Nueva York. Bajó las cremalleras de las botas y las dejó atrás mientras se apresuraba hacia la alfombra.

Mierda.

Si abría las ventanas el frío entraría y se desestabilizaría el climatizador, pero le daba igual. Tenía calor y necesitaba que el ambiente se congelase. Dejó tirada la chaqueta junto al sofá, el orden nunca fue con ella, algo que no le abochornaba en absoluto.

No sabía por qué demonios Margaret lo había hecho, no era justo que lo hiciese, no cuando ella había encontrado su forma idónea de vivir o más bien de sobrevivir.

Se sentó en la alfombra.

¿Por qué ahora?

Margaret no lo sabía, aunque no la creía tan estúpida como para no deducirlo. Lo escribió una y otra vez, era Jayden en su cabeza con otro nombre, otro rostro y otro cuerpo. Lo fue tantas veces… Hasta que lo creyó desaparecido.

Sentía calor, un calor que no se calmaba ni con una ráfaga de aire frío, lamentó no haber comprado un piso más alto. Se quitó la camisa y la camiseta interior, hasta el sujetador se lo sacó por la cabeza sin desabrochar.

No puede ser.

Tiró falda y medias, toda su ropa estaba esparcida a su alrededor. El calor no se iba ni aunque sus manos comenzaran a enfriarse. Su caja de cristal fallaba por primera vez en años.

Era Jayden, el Jayden real y no las copias que solía crear en los comienzos de su carrera literaria. Y Margaret se lo había puesto de nuevo delante.

«Eso» regresa.

«Eso» regresaba sin remedio, solo había hecho falta compartir un rato a solas junto a Jayden, sin el bullicio de un club nocturno o sin la tristeza sublime de la despedida de Margaret. «Eso» regresaba y con ello todo lo que siempre rodeó al más real de sus personajes.

Y sintió alegría de poder tenerlo cerca otra vez y poder observarlo como tanto le gustaba. Y sintió aquella sensación ligera y embelesada que le provocaba su presencia. Y sintió curiosidad por saber qué había hecho durante todos esos años lejos de sus ojos. Y sintió aquella ira incandescente al ver a su secretaria o incluso al pensar en Nadia pretendiéndolo, como un día pasó con Jesica o aquella chica de rasgos orientales que hacía piruetas en la piscina y algunas otras que solía ver deambulando junto a él en casa de Margaret.

Mierda.

Sentía aquel abanico de sentimientos que solo se había prometido canalizar a través de sus novelas.

No existen, es mentira.

No podía ser, no en ese momento. Sería por la pérdida de Margaret, le habría cogido con la piel demasiado fina, demasiado sensible. No, era imposible, nunca habría ningún príncipe gris para ella.

Respiró hondo.

Es solo eso.

Volvía a estar sola, quizás aún no se había habituado a su nueva situación.

Es solo eso, Irina.

Sentía cómo el vello se le erizaba, su cuerpo se enfriaba al fin.

Once meses.

Daba igual qué pudiera pasar después. Después de once meses su futuro estaba en blanco. Su guía solo le marcó once meses más.

Se puso en pie, desnuda, y notó aún más la temperatura. Sus pies comenzaban a hormiguearle de frío y tuvo que sacudir todo el cuerpo. Con frío siempre se calmaban todas aquellas sensaciones físicas que le producían esas cosas que no le gustaban. Con el frío acababa el enfado, la ira, la pena y todo lo que no le gustaba que estuviese en su interior.

Cogió una manta del sofá y se envolvió con ella.

Diez años antes

Jayden

Buscaba a su madre por la planta baja. Hacía rato que había escuchado el timbre, estaría en la biblioteca con Irina, así que se dirigió hasta allí.

La puerta estaba abierta y el interior vacío. Hasta lo que sabía, ninguna había salido de la casa. Buscó en un salón donde a Margaret le gustaba merendar, también se encontraba desierto. Anduvo por la casa hasta el salón principal. En el jardín podía ver a Irina sentada en una de las hamacas. Parecía estar sola, tenía la espalda encorvada, había algo apoyado en sus muslos. Vio el extremo de un bolígrafo moverse a gran velocidad. No entendía qué podía estar escribiendo a ese ritmo, cuando simplemente parecía estar haciendo rayas sobre la hoja de un cuaderno.

—Jayden. —Oyó la voz de su madre a su espalda—. No salgas al jardín ahora.

—¿Por qué?

Le impedía salir al jardín de su casa solo porque una niña estaba allí tranquila garabateando en un cuaderno. Apretó los labios.

—Está haciendo un ejercicio. —Margaret se asomó al ventanal—. Si la interrumpes, contaminarás lo que escribe.

—¿Contaminar? ¿Soy un apestado? —A pesar de intentar hacer una ironía se derramó algo de enfado en su tono.

Un apestado en su propia casa, no podía creerlo.

Margaret rompió a carcajadas y le tocó la cara como si fuese un niño. Aquel gesto lo enfureció aún más. Ella volvió a mirar a Irina.

—Trabajar con artistas no es sencillo —dijo y él la miró de reojo.

—Ellos escriben, tú les publicas si te gusta. No debería ser más.

Margaret negó con la cabeza.

—No es la forma de trabajar que me gusta. —Entornó los ojos hacia la niña que, ajena a ellos, no dejaba de escribir. Jayden también la miró un instante, parecía más una muñeca con cuerda infinita, no despegaba el bolígrafo del papel. Lo que fuera que escribiese seguramente sería ilegible—. Me gusta estar con ellos durante todo el proceso, esa es la dificultad de mi trabajo.

—Porque a ellos les gusta estar solos y tú insistes en estar todo el tiempo.

Margaret negó con la cabeza.

—No a todos los artistas les gusta estar solos, se suele hablar de la soledad de los artistas, pero no es verdad, son personas como cualquier otra. Es más. —Puso una mano en el cristal, observando a Irina—. Hay artistas que nunca deberían estar solos.

Jayden también observaba a Irina. Era un auténtico robot motorizado escribiendo.

—Hay personas con una sensibilidad superlativa. Imagina que fuesen de cristal, se rompen continuamente. La soledad les hace un daño que no se puede reparar de la noche a la mañana.

También él se apoyó en el ventanal como su madre.

—¿Ella es de cristal? —dijo, aunque «mecánica» hubiese sido una palabra más acertada según su punto de vista. Su madre asintió con la cabeza.

—Y lo está descubriendo ahora. —Era curiosa la manera que tenía Margaret de mirar a Irina. Jayden tuvo que apartar la mirada, no podía evitar que aquella forma que tenía su madre de tratar a la niña india le encendiese algo en el pecho.

—Te da pena, siempre te pasa igual. Todos te dan pena. —Se retiró del ventanal.

—A cualquiera que conociera una pequeña parte de la vida de esa niña le daría pena. Pero no es eso —negó con la cabeza.

Solo tenía que mirar el rostro de Margaret para saber que con Irina era diferente que con el resto de personas que había ayudado.

—Todas las veces que te ha pasado y no escarmientas. —Abrió la boca para respirar—. ¿Y si tampoco llega a ser lo que esperas?

Margaret sonrió al escucharlo.

—No lo has entendido, Jayden. —Su mirada no se apartaba de Irina—. No me importa que no llegue a ser lo que espero de ella y sus novelas.

Aunque no le cogió de sorpresa, sus palabras hicieron que el ardor de su pecho aumentase.

—Voy a pedirle que cene con nosotros en Navidad —añadió su madre.

—No eres ninguna ONG. —Se alejó de ella. No estaba de acuerdo con su forma de actuar con todo necesitado que tuviese cerca porque siempre acababan aprovechándose de sus buenas intenciones. Pero de ahí a meterla en su casa de aquella manera era algo a lo que se negaba.

Margaret no se movía de su lugar, seguía pegada al ventanal mirando a Irina a pesar de saber que su hijo comenzaba a enfadarse.

—Siempre te quejas de que estamos solos esa noche.

—Pero no me refería a invitar a un extraño.

—Irina lleva ya unos meses viniendo a casa. Además, puedes invitar a algunos de tus amigos. Trae a Jesica.

—¿Qué Jesica? —Hacía meses que Jesica no aparecía por allí.

La mujer se sobresaltó.

—Perdón, a la otra chica, no recuerdo el nombre.

—Kyra. —Tampoco podía culpar a su madre por no estar al tanto.

—Tráela también. A Nolan, a Elliot, a quien quieras.

—Preferiría cenar solos.

Su madre lo miraba de reojo mientras él se acercaba a la puerta que accedía al jardín.

—¿Puedo salir ya sin contaminar lo que quiera que esté haciendo? —Lo invadió cierto bochorno al oírse infantil y estúpido al reflejar evidentes celos delante de su madre. Ella contuvo la sonrisa.

Margaret asintió.

Llevaba tanto tiempo mordiéndose el labio inferior que cuando fue consciente tenía los dientes clavados y la boca llena de finos pellejos que tuvo que escupir en el césped.

A pesar de llevar un abrigo grueso y tener la capucha puesta, las manos se le estaban helando y no podía escribir a tanta velocidad. La escritura automática le encantaba, lograba transportarse por completo, estaba ansiosa por compartir con Margaret lo que había salido.

Se sobresaltó, asustada, cuando vio una silueta en el suelo.

Jayden.

Llevaba una sudadera azul marino, le encantaba cómo le quedaba aquel color. El pelo de ondas de Jayden estaba completamente alborotado, pero hasta despeinado tenía la caída justa para enmarcar aquel rostro perfecto. Tenía ambas manos metidas en los bolsillos, contando con los bajos grados del jardín, era lo que ella misma tendría que hacer. Apenas podía mover el bolígrafo.

—Puedes hacer como si yo no estuviera. —Lo acompañó con una mueca.

Irina bajó la cabeza hacia el cuaderno. Ya casi había acabado, pero su mano no podía moverse.

—No puedo hacer mucho más —respondió, mirando la punta del bolígrafo, hasta a este le costaba pintar. Le echó vaho con la boca para poder terminar la frase que estaba escribiendo.

Jayden dio unos pasos hacia ella. No haría mucho que se había duchado, aún olía a jabón: un olor neutro que podía apreciar desde la hamaca.

—Mi madre quiere que algún día sea editor. —Irina volcó la libreta para impedirle leer nada de lo que estaba escribiendo—. Pero es difícil cuando no logro entender a los artistas. —Él se giró hacia el ventanal, su madre ya no estaba—. Ni siquiera entiendo a los editores.

Irina no respondía, la frase que tenía en mente se convirtió en un párrafo. Aspiró el aire, notando más intenso aquel olor a gel de ducha. Otra frase se le vino a la mente y continuó más abajo.

—Está claro que no pertenezco a vuestro mundo —añadió el chico casi en un murmullo.

Tuvo que volver a darle calor al bolígrafo, no entendía cómo Jayden podía estar allí fuera con una sudadera de algodón sin temblar un ápice.

—Debo de estar al otro extremo de vuestro mundo.

La tinta le permitió escribir con rapidez una frase tras otra. Se hizo el silencio un instante, podía oír la punta del bolígrafo rasgar el papel, volvía a enfriarse, apenas pintaba ya, pero logró terminar lo que quería escribir.

—Ni siquiera sé qué hago aquí —añadió.

Irina levantó la cabeza hacia él.

—¿En el jardín? —Con el frío que hacía tampoco ella sabía por qué estaba allí, teniendo chimeneas y calefacción por toda la casa.

—¡En esta casa! —negó con la cabeza e Irina desvió la mirada. Su tono de voz era alto y desagradable.

La joven enseguida se puso en pie.

—Porque es tu casa. —Jayden estaba furioso, no sabía si habría vuelto a discutir con

Margaret. Madre e hijo, últimamente, tenían muchas discusiones. Y ella no tenía la menor idea de cómo hacer para que abandonase aquella expresión, aquel tono brusco, aquella estela que la incomodaba.

—Y no tardará mucho en ser también la tuya. —Ya no alzaba la voz, pero su tono seguía siendo brusco.

Jayden dio unos pasos rodeando la hamaca.

—A mi madre le encanta ayudar a los necesitados. A veces hasta los recoge. —Se giró hacia Irina para mirarla de frente—. Y algunos la estafan, la engañan y la meten en líos.

Dio otro paso hacia ella. Su cuerpo se inmovilizó con la cercanía de Jayden. Su altura la obligó a levantar la barbilla para no quitarle la mirada de los ojos.

—Mi madre dice que eres de cristal, pero el cristal es claro y transparente. ¿Eres clara y transparente tú? ¿O eres una más? —Entornó los ojos—. ¿Qué pretendes conseguir con mi madre?

Ella negó con la cabeza y dio un paso atrás, él la sujetó.

—Antes era un niño, pero ahora no pienso dejar que nadie la vuelva a engañar nunca más. —No la soltaba—. Un solo hijo, un hijo que no tiene el don para escribir ni el de ver el talento en otros. Y llegas tú.

Liberó su antebrazo, logrando entender por qué Jayden se comportaba así. Estaba aprendiendo que los hombres tardaban más en madurar, pero él era un caso bastante llamativo de ello. Por un lado, el miedo de que alguien volviese a aprovecharse de las buenas intenciones de su madre y por el otro, los celos de que Margaret se hubiese volcado por completo en su aprendizaje.

Pero ella sabía la realidad. Ella no había ido a rellenar ningún hueco en la familia, principalmente porque no había huecos en aquella escueta familia. La devoción que Margaret sentía por su hijo no podía igualarse a nada.

Abrió la boca, Jayden tenía que saber que ella no era como el resto, que no pretendía usurpar el trono de la casa Larsson y que a ojos de su madre nunca tendría competencia, ni con ella ni con nadie.

—¡Jayden! —Ambos giraron la cabeza hacia la puerta del jardín a la vez al oír el nombre.

Era la sustituta de Jesica, la chica de las piruetas. Llevaba un abrigo cruzado negro, con unas llamativas rayas, y unas botas de pelo sobre unos leotardos de lana con dibujos blancos. Era muy diferente a Jesica, pero su estilo original le gustaba.

Kyra dio unos pasos hacia ellos, sus piernas, con aquellas botas anchas, parecían patas de elefante.

—Tu madre me ha dicho que estabas en el jardín —dijo, llegando hasta Jayden.

No dirigió ni una mirada a Irina, todo su campo de visión estaba centrado en él.

—No te esperaba hoy. —En su voz pudo apreciar que, aunque no la esperara, le daba alegría de verla. Curioso el cambio de Jayden con la nueva chica, lograba ver la diferencia positiva respecto a Jesica.

Esta le gusta más.

Su cuerpo reaccionó enseguida, el ardor interior acompañó a una corriente que le llegaba desde el ombligo hasta las costillas. Una extraña sensación de ira placentera.

Kyra alargó la mano y agarró la de Jayden, se oyó un beso sonoro y luego se dejó caer en él. Y el ardor interior de Irina aumentó dentro de un cuerpo que temblaba de frío.

Bajó los ojos, concentrándose en aquellas ráfagas que mezclaban calor y frío iniciando una sudoración inmediata en las axilas.

Qué demonios.

Oyó la voz de Kyra y se sobresaltó. Miró a la chica, pero sus ojos no lograron centrarse de inmediato. Le hablaba a ella, desconocía si había sido su segundo intento de dirigirse a ella, pero la miraba como si fuera tonta. Ya estaba acostumbrada, todos los que rodeaban a Jayden al principio solían mirarla con aquella expresión compasiva con la que se mira a un paria o a un discapacitado. Una vez pasado el tiempo y conociendo las intenciones de Margaret con ella, aquella compasión se tradujo en una burla contenida. Estaba convencida de que todos ellos compartían la forma de pensar de Jayden. Ella no llegaría a nada, ni siquiera era capaz de sacar la voz cuando se le hablaba, aunque esta parte ya la llevaba mejor. Pero la llevaba mejor cuando no la interrumpían en medio de un ejercicio, arrasando su cuerpo de sensaciones que no conocía y que no le gustaban.

Sudaba sin remedio, notaba la humedad en su camiseta interior de algodón, pronto llegaría hasta su sudadera y esta lograría empapar el abrigo. Tenía las manos heladas, pero su interior no dejaba de arder.

Kyra alzó las cejas, quizás estaba esperando un saludo por su parte, ni siquiera la había escuchado.

—Hola —se apresuró a decir aún contrariada.

Pero pudo comprobar en el rostro de ambos que no era la respuesta que tenía que dar a lo que fuera que hubiese dicho Kyra. A todo aquel calor interior que no dejaba de humedecer su ropa interior se unió la vergüenza de parecer imbécil.

Bajó la barbilla y miró el césped. Qué lejos se sentía de todos los que rodeaban a Jayden, ellos eran alegres, despiertos y parecían estar a gusto aun rodeados de gente. En cambio, ella siempre parecía estar acabada de levantar. Dormida y lenta mientras observaba cada gesto, cada estímulo y cada sensación que todo ello le producía en el interior.

Los olores le invadían, al del césped helado y al de gel de ducha de Jayden se les unía la estela de Kyra, y no tardó mucho su propio olor corporal. Aquel sudor intenso y escandaloso que solía producir su cuerpo, más dependiente de su estado mental que de la temperatura exterior.

Kyra buscó la mirada de Jayden aún divertida.

—Jayden me dijo que ya estabas escribiendo una novela —dijo Kyra.

Era eso.

Le había preguntado por la novela.

Joder.

Tenía el cuaderno y el bolígrafo sobre la hamaca.

Rojo escarlata.

Estar, observar, pensar, sentir y memorizarlo todo, demasiadas cosas que le hacían parecer dormida y lenta. Nunca podría estar entre gente y no parecer lela.

Allí, en medio de un ejercicio, había escrito partes de su novela que se mezclaban con otros

párrafos sin sentido. Y tenía al ser que lo inspiró delante, a tan solo un metro.

Y en aquel cuaderno podía darle tantos colores como quisiera hasta alcanzar el que más le gustaba.

Rojo.

—¿Y la vas a publicar cuando la acabes? —La oyó preguntar, pero su expresión divertida no se eliminaba por completo. Como si creyera que ella fuese capaz de escribir tanto como era capaz de hablar.

—Sí, no… si sale bien… —Y la verdad era que no la culpaba por pensar eso.

Y su olor propio eclipsaba el del césped, gel de ducha y el perfume de Kyra. Dio un paso atrás para alejarse de ellos y que no pudiesen apreciarlo.

—Mi madre dice que, ya que Irina estará con nosotros esta Navidad, puedes venir y también el resto. —Metió su mano entrelazada con la de Kyra dentro de su bolsillo. Lo vio hacer una mueca—. Y la verdad es que me encantaría.

Claro que le encantaría. Supuso que una cena con su madre y ella, que no solía abrir la boca, sería tremendamente aburrida para alguien acostumbrado a otro tipo de reuniones.

Navidad.

Navidad era cuando Nueva York se llenaba de distintas luces y adornos excesivos. Decían que las familias solían reunirse, a ellos mismos en el centro de acogida les daban una cena especial. Aún no había aceptado la invitación de Margaret, lamentaba no poder estar con Chio, una chica que acababa de llegar de Corea del Norte y que por alguna razón que no entendía prefería estar con ella, aunque apenas hablase, que con el resto de chicas mucho más alegres y seguramente también divertidas.

—Claro, a mí también me encantaría. —Qué podría responder. No cabía otra respuesta. Si ella misma estuviese en la situación de Kyra, con todas sus habilidades sociales y su posición junto a Jayden, también le encantaría. O al menos era así como lo sentía cuando lo vivía a través de las letras.

Le azotó otra corriente entre las costillas que aumentó el fuego y con este el sudor. Sin embargo, sus manos seguían heladas, apenas notaba la punta de los dedos.

—Vamos dentro, ya no se puede estar aquí fuera. —Oyó decir a Jayden y no se sintió aludida. Se lo decía a Kyra.

Miraba al suelo, pero vio sus siluetas moverse.

—¿Ella se queda aquí? —preguntó Kyra.

Jayden empujó a la chica hacia la puerta.

—Está haciendo no sé qué ejercicio —él respondió en un murmullo y Kyra echó una risa casi inapreciable, pero Irina tenía el oído fino. Desvió la cara hacia la piscina.

—Adiós, Irina. —Oyó la voz de la joven.

Sus dedos apenas podían moverse, pero, aun así, los sacudió para despedirla mientras se acercaba hacia el agua.

Los olores de ambos se alejaron, pero llegaban otros nuevos. El de la piscina, los productos que llevaba un agua depurada que se convertía en escarcha. Se inclinó y puso una rodilla en el bordillo.

Tocar la escarcha hacía que no pudiese sentir su mano.

Es como si no existiera.

No había conocido el frío hasta que no llegó a Nueva York. En Agra los inviernos eran solo frescos por la noche. Pero en Nueva York, al caer la tarde, se helaba todo. Hasta una piscina podría parecer una pista de hielo a primeras horas de la mañana.

Colocó la otra mano sobre el agua con aquella capa fina de cristal de hielo. Y dejó de sentirla.

Pero su cuerpo no dejaba de sudar.

Quitó las manos del agua y se desabrochó la cremallera del abrigo para dejarlo caer al suelo. Podía ver el vaho de su propio aliento. Notaba la sudadera húmeda y esa humedad no tardó en enfriarse. Se sacó la prenda por la cabeza y quedó en camiseta interior, más mojada aún que la sudadera. El olor era completamente desagradable, se alegró de estar sola.

Y su cuerpo se enfriaba, las corrientes desaparecían de sus costillas. Y sentía cómo el fuego iba desapareciendo y con él el malestar. Un escalofrío la hizo sacudirse, el frío había entrado por su espalda. Se inclinó sobre la piscina y colocó ambas manos de nuevo sobre el hielo.

Todo desaparece.

El tembleque le llegaba hasta los tobillos, todo su cuerpo se sacudía expulsando aquella maraña de sensaciones. Podía notarlas salir con cada vaho de su respiración aunque el aire que respiraba le quemara la nariz.

Y una serie de imágenes y recuerdos sucedieron por su mente. Imágenes que solían hacerla apenarse o incluso llorar en otras circunstancias, pero que en ese momento un estado helado no la dejaba sentir.

Con el frío acaba todo.

La inundó la tranquilidad al haber encontrado un refugio.

Mi caja de cristal.

Cerró los ojos. Había muchas partes del cuerpo que había dejado de sentir.

Oyó un sonido y abrió los ojos con rapidez. No le dio tiempo de reaccionar, la escarcha se resquebrajó y sus manos se hundieron atrayendo todo su peso hacia aquella agua escondida bajo el hielo. Fue como golpearse la cabeza, le dolía a pesar de que el agua no podía doler. Dejó de sentir todo el cuerpo por completo, pero esa vez no era placentero, el frío era tan intenso que hasta dolía. Quedó inmóvil bajo el agua, apenas podía abrir los párpados. Se dejó inmersa en un limbo extraño entre el sinsentido y el dolor.

Notó ruido y una vibración en el agua que formó una corriente que le cosquilleó en la cara. Y la corriente la empujó con fuerza hacia arriba, sacándole la cabeza del agua. Pero el frío extremo aumentó aún más al salir a la superficie.

—Irina. —La voz de Margaret se oyó desesperada.

Una segunda corriente volvió a empujarla con más fuerza, esa vez su cuerpo estaba presionado. Entreabrió los párpados helados, Jayden la había subido al bordillo.

Él no necesitó ayuda, subió apenas sujetándose con una mano.

—¿Te has mareado? —preguntaba Margaret.

Jayden tiró de ella para levantarla. Notó un cepo alrededor de la cintura, sus piernas colgaban.

—Vamos dentro, tenéis que meteros en agua caliente ahora mismo —añadió Margaret.

No sabía ni cómo sus pies podían andar entre el peso de las botas mojadas y el frío. Rebasaron a Kyra, que quedó inmóvil viéndolos pasar.

Me mira como si estuviese loca.

Completamente loca a sus ojos y no sintió vergüenza ni bochorno alguno.

Solo frío.

Podía sentir la presión que Jayden hacía en su cuerpo para no dejarla caer, pero aquello no le produjo el placer que debería sentir.

Solo frío.

Dentro las personas del servicio de Margaret llevaban toallas para envolverlos y subieron a las habitaciones donde estaban los baños. Antes de pisar el último escalón de la planta superior se giró levemente para mirar a Kyra, que se había quedado abajo.

—Estás completamente loca, estamos a menos dos grados. —Oyó refunfuñar a Jayden en su oído.

La afable y risueña Kyra la miraba con ojos diferentes. Podría deducir los diferentes motivos de su nueva forma de verla y le hubiese encantado poder observarla aún más tiempo mientras la miraba.

Porque ahora mismo todo me da igual.

Con el cuerpo y el alma congelados era más fácil.

Jayden la soltó y ella accedió a un baño de invitados mientras él se dirigió hacia su habitación.

Ya había vapor y la bañera se llenaba. Margaret entró tras ella.

—Quítate ahora mismo la ropa —le dijo—. Dios mío, vais a coger una pulmonía.

La mujer acudió al pasillo, supuso que corrió a comprobar que su hijo también hacia lo mismo.

Pero Irina no quería quitarse la ropa aunque todo su cuerpo temblara. El espejo comenzaba a empañarse, su reflejo se emborronaba. Podía apreciar los labios azulados y la piel más blanca de lo que la había tenido nunca. La nariz comenzó a enrojecerse por el calor.

Margaret regresó a los pocos minutos.

—¿Todavía estás así? Métete ahora mismo dentro de la bañera —le reñía de una forma que le gustaba. Mezcla de enfado y preocupación.

Le gustaba aquel trato cercano de alguien a quien le importaba que estuviese bien, su cuerpo comenzaba a reaccionar. Y enseguida su mente fue consciente de que Jayden la había sacado de la piscina. Y la corriente eléctrica regresó de nuevo.

No, por favor.

La propia Margaret le quitó la camiseta interior al ver que no reaccionaba.

—Irina, ¿qué demonios te ha pasado? —Quizás comenzaba a ser consciente de que la otra parte de la ropa de Irina estaba en el suelo del jardín, junto a la piscina.

El agua quemaba tanto que no era capaz de meter un pie. El vapor llenaba el baño por completo.

—No quiero entrar ahí —dijo sin dejar de mirar el agua.

Entrar allí, quitarse el frío, significaba volver al estado de siempre y no quería.

Margaret se sentó en una banqueta que había junto a la puerta.

—No te has mareado, no has resbalado. Estabas en ropa interior. —Alzó la camiseta mojada de Irina—. ¿Qué estabas haciendo?

Irina recordó a Kyra y su forma de mirarla desde el salón. Sonrió.

—He encontrado mi caja de cristal.

Diez años después

Jayden

—Dime que no es mejor plan que el tuyo de la semana pasada —reía Nolan.

Jayden miró a los lados por si alguien más los estaba escuchando. Elliot estaba a unos metros con las chicas. Estaba contando alguna anécdota de la semana en el trabajo porque Rebeca intervenía de vez en cuando. Se oyeron carcajadas.

Lisy lo miraba cada poco. Aunque Rebeca esa vez acudió con más compañía femenina y todas parecían dispuestas a atenderlo detenidamente, ella era la que más le gustaba. Pero Lisy no parecía saberlo y no lo perdía de vista cuando alguna otra mujer se le acercaba.

—Aun así, no ha habido forma de sacarte de tu casa —añadió Nolan.

El teléfono de Jayden sonó.

Irina.

Ya las noches eran frías y solían quedarse en el salón. Pero había demasiado ruido y abrió la puerta corredera para salir. Irina no lo llamaba nunca, ni siquiera para devolverle una llamada. Tampoco en aquella semana le había respondido a los mensajes ni correos. No entendía qué podría querer un sábado por la noche.

Se detuvo a mirar el móvil, meditando si debía cogérselo o no. No debería responderle, no era horario de trabajo. Podría haberlo llamado cualquier otro día, él solía estar más de doce horas disponible. Pero ella prefirió hacerlo en fin de semana y casi de madrugada.

Resopló y le dio a la pantalla del móvil.

—¿Qué te pasa? —fue lo único que se le ocurrió responder y no de la forma más amable.

Silencio, era extraño un instante de silencio. Irina nunca tardaba en replicar y más con la forma en la que él le había hablado.

—Yo trabajando y tú de fiesta. —Su voz irónica, un cañón lleno de cuchillos que nunca paraba—. Nada nuevo ni sorprendente.

No puede ser.

Apartó el móvil del oído y lo miró como si pudiese ver a Irina a través de él. Volvió a colocárselo.

—Llevo toda la semana trabajando, podrías haberme llamado cualquier otro día. —Había que echarle paciencia a aquella niña. Y él no estaba por la labor de ser paciente.

Una noche, solo una noche para olvidarme del trabajo.

—Cualquier otro día no te necesitaba. —Por la voz sabía que estaba sonriendo.

—¿Me necesitas? —Miró la hora—. Pues lo siento, pero ahora no puedo.

Qué bien sentaba decirle esas palabras a Irina.

Se oyeron las risas dentro del salón, de nuevo Irina guardó silencio. Fue consciente de que su silencio era para oír y se alejó más de la puerta corredera.

—Así que el lunes hablamos. —Su primer arrebato era colgarle, pero quiso saber qué más

podría decirle Irina.

Quería verla molesta, enfadada, con un berrinche de niña caprichosa sin capricho. Por fin se sintió firme y fuerte frente a ella.

—Vale. —Pero no sonó molesta en absoluto.

Apretó los labios, hasta cuando quería enfadarla solo conseguía enfadarse él. La llamada se cortó.

Y encima es ella la que me cuelga.

Respiró hondo antes de entrar de nuevo.

—¿Algún ligue a esta hora? —preguntó Nolan—. Porque Lisy se desilusionaría muchísimo. La pobre chica lleva toda la noche esperando que le eches cuenta. —Le dio en la nuca—. ¿Qué te pasa? Esa chica te encantaba.

Miró el móvil.

—Estoy cansado, te dije que no quería nada de esto.

Esperaba algún mensaje gráfico por parte de Irina mandándolo a tomar por culo de nuevo. Pero no hubo nada, solo silencio. Dudó si había hecho lo correcto.

—¡Jayden! Ven aquí, les estoy contando lo de este verano —lo llamó Elliot.

Levantó los ojos hacia el grupo. Iba a tener que poner de su parte si quería divertirse.

Irina

Bajó del taxi a una manzana del bloque de Jayden. Cuando el taxista la vio bajar sin abrigo y echar a andar como si nada se quedó perplejo.

Llevaba un vestido de punto, palabra de honor, a pesar de que estaban en la primera ola de frío de final del otoño. Unas mangas de tubo le cubrían solo los antebrazos y parte del codo. Le encantaba cómo sonaban los tacones sobre la acera en el silencio de la noche. Alzó los ojos, se apreciaba la luz en el ático. Se alegró de haber acertado a la primera, Jayden no se había alejado de casa.

El vello se le erizó con el frío. Arriba podía encontrarse cualquier situación.

Jayden

Lisy lo había arrinconado y se lanzó a su cuello. Imaginaba que esperaría a que se fueran todos, pero la chica prefirió adelantarse por si a alguna otra se le había ocurrido hacer lo mismo.

Empujó a Jayden hacia el pasillo, las risas ya sonaban lejanas. En la oscuridad pudo notar escurrirse el vestido de la joven. No llevaba sujetador. Se apretó contra él.

Aquel no era el plan que tenía en mente, en su cabeza rondaba todo menos mujeres, pero llegados a ese punto era muy difícil echarse atrás, máxime cuando llevaba un mes sin sexo alguno. Y Lisy era una mujer con demasiadas armas y, por lo que podía apreciar, estaba

dispuesta a usarlas todas.

Le desabrochó los botones del pantalón y le abrió la camiseta.

Irina

«Las mujeres guapas siempre van al ático», le había dicho amablemente el portero. Irina entró en el ascensor y le dio al botón del ático.

—Y entre cordero y cordero se coló el lobo —sonrió al portero y este se sobresaltó. Pudo ver su cara emblanquecer y levantarse de la silla de la portería mientras se cerraba la puerta.

Supuso que el hombre tomaría el montacargas para detenerla, no lo creyó tan estúpido para usar las escaleras. Pero que ser guapa fuera un pase de seguridad para subir al ático no era muy fiable por mucho que se hubiese repetido una semana tras otra.

Se miró al espejo antes de salir del ascensor. El maletín dorado contrastaba con su ropa color rosa chicle.

Llamó al timbre y lo hizo dos veces por si el ruido no los dejaba escucharlo. Tenía al portero en la espalda, había sido realmente rápido en subir. La puerta se abrió. Se encontró con el rostro de Nolan, que alzó las cejas tanto que parecía que se le saldrían de la frente.

Irina se giró hacia el portero señalando a Nolan con el pulgar.

—Sorpresa superlativa al verme, significa que me conoce y que esta vez usted no la ha cagado, pero ha dejado la portería sin vigilancia para nada —le soltó—. Téngalo en cuenta para la próxima vez y compruebe quién debe entrar o no en este edificio.

No esperó a ver la reacción del hombre. Tampoco era cierto del todo lo que le había dicho. Ella se había colado allí de mala manera, no estaba invitada.

Entró con rapidez y Nolan tuvo que apartarse de la puerta para que no lo arrollara.

—Jayden no puede ahora. —Nolan corría tras ella mientras Irina recorría el grupo del salón con la mirada sin dejar de avanzar.

Oyó murmullos en los que pudo apreciar su nombre, «Irina Yadav». Giró hacia un pasillo sin luz y abrió la puerta que accedía a él. Nolan la agarró del brazo.

Lo miró de reojo, su rostro apurado solo podía significar una cosa; aquel pasillo la llevaría hasta Jayden.

Pero Nolan quería detenerla, así que movió su pie apoyando el finísimo tacón en medio del pie de Nolan, justo en esa parte dura que llevaba al tobillo, y dejó caer por completo su peso en él. Él gritó y la soltó por reflejo.

Ser consciente de lo que pudiese estar pasando pasillo adentro hizo que agradeciese ir con escueta ropa. Se la puso a conciencia, últimamente no se fiaba mucho de la dureza de su cristal.

Jayden

Apenas habían entrado en la puerta del dormitorio, donde habían caído sus pantalones. Lisy solo

tenía un fino tanga de encaje blanco. Oyó la voz de Nolan, la puerta del pasillo se había abierto. Fue un alarido extraño. Tras el alarido se encendió la luz.

Qué coño…

Y oyó unos pasos firmes que ya conocía bien.

No puede ser.

No podía ser real.

La luz del dormitorio se encendió y Lisy dio un grito. Sí, sí era real, en el umbral estaba Irina con un escueto vestido rosa y una maleta dorada que hacía juego con unos tacones de aguja que supuso que eran los culpables del alarido de Nolan.

Su amigo también irrumpió en el umbral para sujetar a Irina, Lisy dio otro grito y Nolan se tuvo que apartar y alejarse de la puerta.

—¿Qué haces aquí? —le reprochó mientras Lisy se tapaba con los brazos en la pared del dormitorio.

Irina retiró con el pie, y sin prisa, los pantalones del suelo y los echó a un lado. Las medias de la chica las enganchó con uno de sus tacones finos e interminables, las lanzó al otro lado y entró en la habitación.

—Vete ahora mismo. —No era fácil acercarse a ella para empujarla fuera cuando él mismo estaba en calzoncillos y aún con un abultamiento considerable dentro. Aunque después de aquella intromisión este no tardaría en desaparecer.

Pero a Irina poco le importó que ambos estuviesen en ropa interior, ni el abultamiento de Jayden, aún menos lo que acababa de interrumpir. Atravesó la habitación y llegó hasta la cama donde dejó caer su maleta.

—Irina, ¿qué haces? —Si ya para él era tenso al extremo, no quería ni pensar lo que estaría pasando la pobre Lisy. Máxime cuando su ropa estaba aún en el pasillo y este parecía estar lleno de ojos que se asomaban a curiosear tan surrealista escena.

Irina se giró para mirarlo, había sacado varios tacos de folios agrupados con clips.

—Trabajar —respondió. Miró de reojo a Lisy—. Y no me van los tríos, así que también te estoy jodiendo el polvo. —Bajó los ojos hacia sus genitales. Jayden le dio la espalda en cuanto fue consciente de qué observaba ella—. Una pena que apenas estuvieseis empezando.

No podía ser real, ella no podía ser real. Había soñado con ella numerosas veces, tantas como noches pasaron desde su encuentro en el funeral, y en todas ellas lograba ridiculizarlo. Pero eso sobrepasaba las ilógicas escenas que su mente inconsciente alcanzó a crear.

—De ninguna manera, fuera de aquí. —La agarró del brazo. El pecho entero le ardía. No podía permitirle aquellas libertades, un pulso que, si Irina ganaba esa vez, estaría completamente perdido. A ella no le importaba perderle el respeto a límites inimaginables y también a todo el que estuviese cerca de él. No era capaz ni de mirar a Lisy.

La vio levantar el tacón, Irina no le daba ni margen para pensar, apartó enseguida el pie de ella. Su empeine rozó aquella aguja que punzaba tanto como el paraguas. Por suerte pudo zafarse del cepo.

—Necesito que me ordenes la novela —dijo ella cogiendo los folios de la cama.

—¿Qué? —No daba crédito. Ordenar una novela cuando durante semanas no se había

dignado a responderle un mensaje ni una llamada en horarios diurnos y laborales. Y justo en el momento menos oportuno irrumpía en su casa, arrasándolo todo como estaba comprobando que solía hacer siempre.

Definitivamente Irina estaba loca, no podía tener otra explicación. Ella sacudió el brazo.

—Esa chica está desnuda, sé un caballero y trae su ropa, que creo que está tirada en el pasillo —dijo con frescura mientras buscaba entre sus hojas—. El pasillo está lleno de curiosos. —Torció los labios en una mueca—. Y de mujeres deseando verla pasar vergüenza solo porque deseaban ser ellas las que estuviesen aquí dentro contigo. —Pasó una de las hojas—. Hasta que llegué yo, claro, entonces es mucho mejor estar fuera.

Era evidente, nadie querría estar en el lugar de Lisy tras la entrada de Irina. La garganta le quemaba, quería gritar. La vergüenza delante de sus amigos y de los que habían ido con ellos, a algunos ni siquiera los conocía. Aquellas libertades extremas que se permitía Irina… Entornó los ojos hacia ella con furia, pero realmente le daba igual todo. Su ira, los sollozos de Lisy y todo lo que hubiese en el pasillo.

—Irina. —Cogió aire, pero este se cortó—. Estás acabando con mi paciencia.

—La chica que solloza sigue desnuda. —Ni siquiera lo miró al decírselo, como si él se hubiese olvidado de Lisy.

Abrió el armario para buscar alguna camiseta, dándole la espalda a Irina. Necesitaba despertar de aquella puñetera pesadilla.

—Nunca te bajes las bragas tan rápido con un tío de estos si quieres que te eche más cuenta que al resto. —La oyó a su espalda mientras buscaba en el armario—. No es la forma.

—¡Irina! —Dejó caer varias camisetas.

—El primer día que faltes a una de estas reuniones se tirará a otra. —No parecía haberlo escuchado o más bien le importaba poco que él le reprendiera—. Y así pasa con uno, con otro, y con el tiempo te ves pasada de edad y sola, y empiezan los complejos y las faltas de autoestima. Cuando el problema realmente son ellos, que nunca ven mal el momento para meterla en donde sea…

—¡¡Irina!! —esa vez alzó más la voz y ella se calló para mirarlo.

Se había puesto una de las camisetas que habían caído al suelo lo más rápido que pudo y se giró hacia las dos. Lisy estaba aún en la pared cubriéndose como podía, pudo verle los ojos, estaba aguantando las lágrimas. Irina estaba junto a la cama, seguía buscando entre sus folios como si la situación hubiese sido cualquier otra.

Le da todo exactamente igual.

Cogió una toalla y fue a cubrir a Lisy con ella.

—Esto no puedo permitirlo —resopló.

—¿Que haya acabado una novela en pocos días? ¿Demasiado trabajo para ti? —Lanzó uno de los grupos de folios a la cama—. Tendrás otro sitio más cómodo, supongo. No me gusta la cama para trabajar.

Jayden la miró mientras negaba con la cabeza. Lo de aquella mujer era de otro mundo. Cogió sus pantalones del suelo, tenía que salir al pasillo a por el vestido de Lisy.

—No puedo permitirte que vengas a mi casa sin avisar, de madrugada. Que me faltes al

respeto. —La joven se acurrucó tras él—. Y que otros sufran con tu locura.

—¿Con mi locura? —Irina alzó las cejas, luego miró a Lisy, sabía que Jayden se refería a ella. Negó con la cabeza—. Así es como acaban la mayoría de mujeres que se acercan a ti, solo que tú nunca las has tenido delante para verlas. —No dejaba de mirar a Lisy—. Exactamente así.

Esto no puede estar pasando.

Tenía que sacar a Irina de allí como fuese y tenía que hacerlo rápido. Se lanzó hacia ella, por suerte no esperaba su reacción. Eso que decía continuamente de que podía deducir pensamientos y movimientos no lo tenía tan afinado.

La cogió en peso y se la echó al hombro, estaba dispuesto a ponerla de patitas en la calle. Para su asombro, ella no opuso objeción. Esperaba que lo patalease, que lo insultase. Pero Irina dejó caer su peso con tranquilidad en su hombro.

El vestido de punto se le arrolló en parte y tuvo que mirar de reojo para comprobar que podía sacarla al pasillo en aquella postura, a la vista de todos, aunque después de lo que había hecho no se merecía ninguna condescendencia. Si dejaba que Irina actuase así, estaría completamente perdido.

—Preámbulo y capítulo uno. —La oía decir bocabajo a su espalda.

El lunes le digo a Desmond que busque al mejor psiquiatra de Nueva York.

Salió al pasillo con ella, Nolan se apartó y tras este el resto de invitados de la noche.

Menudo espectáculo.

Atravesó el salón.

—No puedo leer bien bocabajo —protestó y él resopló.

—Vas a la calle ahora mismo. —Abrió la puerta y se la bajó del hombro. La dejó justo en el felpudo de fuera. Agarró la puerta para cerrarla antes de que ella pudiese decir nada más—. Hasta el lunes.

Irina metió los folios entre la puerta y el marco, no pudo cerrarla.

Mierda.

—¿El lunes? No, el lunes tengo cita para las uñas —respondió desde el otro lado de la puerta. No podía cerrarla, pero temía abrirla. Aquella mujer era un auténtico tsunami.

—Pues cuando acabes. —Empujaba los folios para fuera.

—No acabaré.

—Entonces el martes. —Cuando fuese, pero que se marchara ya.

—Voy al balneario con Chio.

—Miércoles. —Casi los tenía fuera todos, la puerta cedía.

—No sé lo que tengo el miércoles, pero ya me buscaré un plan.

Cerró los ojos, aquella mujer era completamente imposible. No entendía cómo su madre le había dejado a cargo semejante problema, ni tampoco cómo el resto de los editores estaban ofendidos por no quedarse con ella. De haber podido, se la hubiese regalado y con mucho gusto.

No podía más con el fuego en el pecho. Abrió la puerta y apartó los folios. Irina, sin embargo, estaba tan tranquila como siempre, para ella no había pasado absolutamente nada tenso ni bochornoso. Le daba igual los ojos que los observaban, que lo hubiese pillado en medio de una escena íntima, que la hubiese tenido que echar de su casa, que la hubiese sacado de su cuarto

echada al hombro. Seguía tan fresca y soberbia como siempre.

—La próxima vez que me veas será para la firma de la rescisión del contrato. —Sacudió los folios, algunos se habían doblado con la puerta.

—Imposible, ya firmaste el lunes la gira y los compromisos. —A sus amenazas sí que no iba a ceder.

Ella entornó los ojos.

—Alegaré tantas excusas como pueda para ausentarme. No habrá eventos, ni firmas ni nuevas novelas. —Ladeó su cabeza—. No firmaré ninguna nueva adaptación a la pantalla. No existirá Irina Yadav y tu gestión habrá sido un fracaso. Los buenos autores irán viendo lo que les espera y en pocos años tu sello editorial ni siquiera estará en el catálogo de una librería.

Irina llevaba sus amenazas al límite. Si era verdad y lo cumplía, estaba perdido.

—He dejado el resto de mi novela sobre tu cama. —Puso la palma de la mano hacia arriba y la movió—. Y no quiero que le eches un mal polvo encima. Así que, devuélvemela.

Abrió la boca para coger aire. Si la amenaza de Irina era un farol haría el imbécil, pero arriesgarse a que lo cumpliera era un riesgo que no podía permitirse correr. Se había prometido muchas cosas el primer año de su gestión y la principal era ella. Aquella nueva campaña de *marketing*, el nuevo lanzamiento tendría que ser un éxito de ventas rotundo. Frunció el ceño y se llevó la mano al entrecejo, sentía punzadas hasta en la sien. Espiró aire con fuerza, por mucho que buscase en su mente no encontraba ni una sola razón de por qué a la mujer que tenía delante la llamaban la reina de la romántica. Estaría mucho más cercana a las novelas de terror.

Cerró los ojos, ni siquiera tenía tiempo de pensar. Irina estaba en la puerta, tenía el salón lleno de gente, y supuso que Lisy no había sido ni capaz de salir del dormitorio.

Arrastró la mano hasta su frente, desde el primer día Irina pareció dejárselo claro cuando lo marcó en aquel lugar.

Estoy en sus manos.

Ceder era caer a sus pies. Le montaría otra de esas una vez y otra si no conseguía lo que quería y en el momento que se le antojase.

Una pesadilla continua.

Apretó los labios y abrió del todo la puerta despacio, apartándose para dejarle vía libre para entrar, sabiendo que en cuanto Irina cruzase la puerta estaría perdido.

Irina miró el camino libre, ni siquiera le vio satisfacción alguna en su cara. Hasta salirse con la suya le daba exactamente igual.

Sus tacones sonaron firmes de nuevo en el suelo de madera.

—Todavía tienes a una chica desnuda llorando en tu habitación —le dijo al rebasarlo sin ni siquiera mirarlo—. Eres demasiado lento para todo. Ve de una vez y sé amable.

¿Encima?

—Está llorando por tu culpa —replicó enseguida, parecía que ella aún no era consciente de quién había formado todo aquello.

—Y está desnuda por la tuya. Empatamos en culpa de bochornos ajenos.

Ya estaba arrepintiéndose de haberla dejado pasar.

Irina entró en el salón y Jayden pudo ver las caras de los invitados, sorprendidos porque

finalmente no la había echado de allí y hasta curiosos por qué más iba a hacer aquella loca. Resopló con fuerza. Si ella no se iba, entonces no tendría más remedio que despedirlos a ellos. Cogió aire por la boca y lo echó de golpe.

Con esta tía me voy a quedar sin negocio y sin amigos. Un payaso a donde quiera que vaya.

La escritora giró la cabeza para mirarlo, por un momento pensó que de verdad podía saber los pensamientos de los demás. Cuando lo miraba en silencio era aún peor que cuando su lengua lanzaba cuchillos.

—Tengo hambre. —Torció los labios—. Ni se te ocurra ofrecerme los restos de la cena.

Tuvo que apretar los dientes para no responderle todo lo que se merecía.

—Tienes un restaurante en esta misma calle. —No pudo evitar el tono irónico. Era un sueño que Irina saliese de allí aunque fuese para cenar.

—Pues llama y que me suban algo. —Volvió a darle la espalda.

Jayden alzó las cejas.

Tiene una cara que se la pisa.

—Tus invitados… —Se detuvo a mirarlos—. Saben que tienen que irse, pero quieren aprovechar hasta el último minuto para meter el ojo, sus vidas deben ser terriblemente aburridas. —Ladeó la cabeza para mirar a unas chicas que estaban junto a Rebeca—. Y esas de ahí no se irán hasta que salga la chica del dormitorio. —Encogió la nariz—. La envidia lleva a disfrutar con el sufrimiento ajeno y… —Tuvo que agarrarla para empujarla hacia la cocina y que se callase de una vez. Si no podía sacarla de la casa, al menos debía de evitar que estuviera en el mismo sitio que los demás. A ella le importaba poco que todos la escuchasen cuando comenzaba a decir sandeces, seguramente acertadas, de todo el que se le pusiera delante.

—Ahí tienes toda la comida que quieras. —Le señaló un frigorífico americano—. Puedes comer hasta que revientes, pero no se te ocurra salir de aquí hasta que todos se vayan.

Aún la agarraba de ambos brazos, el olor de Irina en la cercanía era tan denso que hasta incomodaba en la nariz. Ella giró la cabeza para mirarlo.

—¿Tu amiga desnuda también se va?

Jayden entornó los ojos mirando a Irina. De cerca podía apreciar las manchas de colores amarillos, azules y verdes en sus iris. Unos colores quizás inapreciables si fuera una persona de piel clara, pero auténticamente sublimes combinados con la piel dorada de la raza india. Una imagen que nunca tenía margen de contemplar con detenimiento porque otras particularidades incómodas de Irina se lo impedían.

Resopló, claro que Lisy tendría que irse junto con el resto. Y seguramente Irina lo sabía, ella siempre parecía saberlo todo. Como también sabía que se acabaría saliendo con la suya desde que puso un pie en el ático. Sin embargo, ella esperaba su respuesta.

Está loca y va a volverme loco a mí.

—Si ella quiere, por supuesto que se quedará —respondió y ni siquiera sabía por qué le decía eso cuando la realidad era que necesitaba que todos, incluida Lisy, saliesen de allí cuanto antes.

Pero su respuesta quedó perdida y sin efecto porque ya la atención de Irina se había ido hacia otra parte de la cocina.

—Hay un gato sobre la encimera —dijo como si ya no le interesase si Lisy se iba o no.

—No salgas de la cocina —le advirtió de nuevo, sacudiéndole el brazo para que le atendiese, pero ella seguía mirando al gato que andaba despacio bordeando la encimera de madera.

—¿Quién es? —preguntó Irina y la vio morderse el labio inferior. No era la primera vez que la veía hacer eso. Aquel gesto lo transportó muchos años atrás, a la casa Larsson, cuando Irina era una niña callada, Margaret vivía y él tenía una décima parte de los problemas que tenía en la actualidad.

—Se llama Chelsie y ni se te ocurra insultarla, ofenderla o molestarla porque entonces te pondré de patitas en el ascensor aunque me amenaces con meterle fuego a la editorial —replicó.

La vio contener la sonrisa, un gesto reflejo natural y humano que poco pegaba con ella, y aquello hizo que le aflojase la presión que hacía en su brazo. Irina alargó la mano hacia la gata y rozó los pelos de su pecho.

—Preguntaba por la otra gata, la que está en celo. —Dejó de tocar a Chelsie.

Jayden quedó inmóvil. Irina era tremenda e imposible. No podía ser que en medio de aquel circo estuviese interesada en quién o qué pudiese ser Lisy. Y que encima aprovechara la situación para mofarse.

Ya no era cuestión de la editorial, ni de la carrera de Irina ni de su trabajo ni nada de lo que su madre había dispuesto para él. En ese momento era también su vida personal, la suya, que llevaba años siendo independiente sin permitir que nada ni nadie entrase en ese plano. Y ninguna mujer autoproclamada diosa suprema iba a meterse allí.

—No es de tu incumbencia. —Se dirigió hacia la puerta de la cocina—. Y no estaría de más que te disculpases con ella.

La miró antes de salir y ella se cruzó de brazos.

—No puedo salir de la cocina, ¿o sí?

Él levantó ambas manos. Prefería que no se disculpase con nadie y que se quedase allí. Ya no se fiaba de qué más podría decir. Cerró la puerta y la dejó allí dentro con Chelsie.

Irina

—Tiene miedo a que salga de aquí —suspiró.

Chelsie la miraba como podría haberla mirado la dueña y señora de una casa que acababa de invadir de mala forma. Aquel descaro la hizo sonreír. La gata tenía el pelo blanco con manchas naranjas. Un gato de pelo largo, similar al gato de Chio que era un persa de nariz plana. Pero Chelsie no tenía la cara plana. El pelo más oscuro se abría en sus ojos formando una línea similar a la del maquillaje egipcio de las estatuas.

—Así que tú eres la reina de esta casa. —Amplió su sonrisa al recordar la amenaza de Jayden. Aún se acordaba de cómo solía dejar cuencos con agua y comida para gatos callejeros en el muro de la casa Larsson y cómo Margaret se quejaba por el olor a orines que dejaban los animales por culpa de su hijo.

La gata no dejaba de observarla.

—Poder observar sin que nadie te preste atención —murmuró, intentando acercar la mano a su pecho de nuevo. Ya le hubiese gustado poder ver a través de Chelsie, ella podría descubrirle tanto como deseara saber sobre Jayden. Verlo todo, como si fuese una película, aunque aquello significara salir de la caja de cristal.

Chelsie se encogió formando un arco con el cuerpo. Todo el pelo del lomo se le erizó y emitió un sonido extraño. No entendía mucho de felinos, pero era evidente que no le gustaba. Sonrió.

—No os gusto a ninguno y lleváis razón. —Dejó de insistir con el animal. Apoyó los antebrazos en la encimera—. A unos les he jodido la fiesta, a otros la cama y a ti la tranquilidad de la cocina. Soy un estorbo para todos.

Entornó los ojos hacia la gata.

—Pero eres la única que se atreve a transmitírmelo, el resto solo me mira como si estuviese loca. —Dio golpes suaves en la encimera con las uñas y Chelsie enseguida dirigió sus ojos hacia ellas. Al gato de Chio le encantaban sus uñas, quería descubrir si era un gusto habitual en aquellos seres sinceros—. Una bruja, una mujer soberbia, egoísta, que no tiene la más mínima empatía ni sentido de la vergüenza. Sin educación, sin delicadeza, sin sensibilidad y seguramente sin alma. Corrompida por el éxito y la adulación. —Seguía dando aquellos golpes veloces alrededor de Chelsie mientras hablaba—. Que escribe sobre seres sensibles y el más grande sentido del amor. —Alzó las cejas al decirlo. La gata alzó también una pata e intentó coger sus dedos en el aire, vio la garra encogida y las uñas felinas a medio asomar.

Se apartó de la gata y abrió el frigorífico. Estaba lleno cacharros de plástico con comida que no podía ver. Le quitó la tapa a uno y emitió un: *¡guaaggg!* Odiaba las espinacas.

Sacó varios cacharros más. Podía ver a través de las tapas de cristal y por los colores ya sabía que no le gustaban.

La puerta de la cocina se abrió, demasiado poco tiempo había tardado Jayden en echar a la gente. Aunque por los murmullos comprobó que aún había algún rezagado. Jayden solo iba a cerciorarse de que no se había escapado de la cocina.

—Aquí solo hay cosas verdes, no me gustan —protestó en cuanto lo vio.

Él la miró como si hubiese dicho algún sacrilegio.

—En la bandeja de abajo tienes pescado y carne. —Volvía a salir.

Rebuscó en más cacharros. Era cierto, había carne, pero tenía peor pinta que los brócolis y las espinacas de la parte de arriba.

—Menuda mierda. —Cerró la puerta del frigorífico.

Con el hambre que tenía pensaba que podía comerse cualquier cosa, pero la alimentación de Jayden era tan tremendamente sana que era incapaz de comerla.

Comenzó a abrir muebles de la cocina, encontrando unas barras de frutos secos. Desenvolvió una y le dio un mordisco. Encogió la nariz y la escupió al suelo. Miró la barrita.

—Esto parece comida de pájaros, qué asco. —Miró a Chelsie, esta observaba la barra masticada a trozos en el suelo, pero no se movió de su lugar.

La puerta se abrió de nuevo.

—Mejor que no. —Oyó decir a Jayden.

—Claro que sí. —Era una voz de mujer.

Irina alzó las cejas, la puerta se cerró otra vez.

La gata en celo ha salido, ha visto la cara de satisfacción de las otras y ahora quiere limpiar un poco su dignidad poniéndome en mi sitio.

Entornó los ojos hacia la puerta cerrada.

¿Por qué Jayden no la deja?

Contuvo la sonrisa, Jayden ni siquiera se fiaba de que alguien cabreado le dijera cuatro verdades. Cogió aire y agarró su bolso, Chelsie tenía metido el hocico en él.

—Mira que sois cotillas los animales —negó con la cabeza.

Cogió un frasco de cristal con pulverizador y levantó los brazos. Echó dos veces en cada axila y luego dos veces más en su pecho. Miró de reojo a Chelsie, los gatos no tenían el olfato tan fino como los perros, estos solían estornudar con los perfumes. Pero aun así Chelsie se alejó de ella.

Dejó el bolso esta vez en una mesa que Jayden tenía en la cocina. No había tenido tiempo de mirar bien el ático de Jayden. Se lo esperaba con una decoración moderna y minimalista, de esas de líneas rectas y frías. Sin embargo, había fallado. La casa combinaba la madera, el mimbre, el acero negro y las alfombras de pelo. Un estilo acogedor, lejos del clasicismo de la casa Larsson, pero muy cercano a lo que debía de ser un hogar.

Ella había encargado decorar el suyo como un castillo de hielo, una mezcla de madera blanca grisácea con exceso de cristal, espejos y brillos por todas partes. El hogar de una princesa congelada, un lugar frío y solitario. Le gustaba la soledad tanto que nunca optó por ningún personal de servicio fijo, únicamente una mujer solía ir un día a la semana a ordenarle aquel caos en el que solía vivir. Solo un día a la semana su casa estaba presentable para recibir visitas. Pero allí no solía ir nadie, de sobra sabían sus amigas que a ella no le gustaba recibir visitas en casa. Pero a Jayden no le importaba llenar su casa de gente a la que apenas conociese. Ya lo hacía en la casa Larsson, allí todo el mundo era bienvenido y Margaret no se oponía a que su casa pareciese un club social de jóvenes o a veces una discoteca nocturna.

También, al contrario que ella, Jayden parecía ser ordenado, al menos la cocina estaba impecable. Cada mueble estaba destinado a una serie de cosas relacionadas y el frigorífico con cada ración de comida. Su cocina estaba prácticamente vacía, su costumbre era pedir comida a demanda cuando tenía hambre. Podía darse un atracón y no volver a comer hasta el día siguiente o el siguiente. Luego regresaba un hambre atroz que tenía que saciar como fuese.

Había estado tan metida en la novela que no sabía si había llegado a comer el día anterior. Su estómago rugía. La puerta de la cocina se volvió a abrir.

—Lisy, no. —La puerta se volvió a cerrar.

Así que se llama Lisy.

Le dio con el pie al trozo de muesli que había caído al suelo y se acercó a la puerta.

¿Dejo que limpie su dignidad?

La tal Lisy solo había estado en un mal sitio en un mal momento. Si ella hubiese llegado algo antes, no habría sufrido bochorno. En cambio, si hubiese tardado algo más el bochorno hubiese sido de monumento.

Tuvo que contener la sonrisa, si Margaret pudiese ver aquello… Se mordió el labio.

Tú lo sabías, Margaret.

Acercó la mano hacia el picaporte, desde allí podía oír a Jayden intentando disuadir la idea de la chica de decirle cualquier chorrada, seguramente serían palabras profundas sobre moral, educación y ética.

Cogió aire y abrió la puerta.

Lo bueno de un recibidor abierto al salón era poder tener campo de visión suficiente para verlo todo. Lisy estaba a dos metros de la puerta y Jayden se interponía con su espalda enorme.

Vio a Nolan con su abrigo en el brazo, junto con otra mujer que le sacaba media cabeza en altura. A esta le seguían dos chicas más, las que antes había visto divertirse con la escena.

Lo he visto demasiadas veces.

En la realidad y en la fantasía se repetía una y otra vez.

Jayden se giró al oír la puerta. Tenía que reconocer que era divertido verlo con la duda de a dónde acudir, si a sujetar a Lisy o a ella.

—¿Te crees con derecho para hacer lo que has hecho? —Rodeó a Jayden para ponerse delante de ella.

Irina vio a los pocos invitados que quedaban cambiarse de lugar para poder verlas tras Jayden.

—Ser quién eres no te da derecho a faltar al respeto de esa manera —continuó.

Sé que lo necesitas. Necesitas explotar, sacarlo y llevas razón con todo lo que dices.

—Ya está bien, mañana hablamos. —Jayden tiró de Lisy.

El interior comenzó a arderle. Notaba las corrientes al final de la espalda.

Entornó los ojos hacia Lisy, tenía que reconocer que era preciosa, tanto como las protagonistas de sus novelas. La chica había reaccionado a la voz de Jayden, Irina sabía muy bien que aquel «mañana hablamos» le había despertado algo que apagaba su enfado. De la misma manera que a ella le aumentaba la corriente en sus riñones.

Lo siento, no puedo dejarte.

—Eres todo lo que se dice de ti —añadió Lisy dando un paso atrás. Las palabras de Jayden habían surtido efecto en ella.

Abrió la boca, ya era hora de responder.

—Irina, vete a la cocina. —Jayden interpuso su mano entre ellas en cuanto la vio abrir la boca —. Entra ahí.

Pero ella no se movió de su lugar. Miró a Lisy y luego dirigió sus ojos al grupo de la entrada que, por lo que podía apreciar, no pensaba marcharse hasta que aquello acabase.

—Esto estaba lleno de gente —comenzó—, así que era probable que alguien entrase ahí, pero eso no lo meditaste porque solo querías adelantarte al resto.

La chica quedó tan paralizada como esperaba. Irina la miró entornando los ojos.

—Fuiste atrevida, algo que puede llegar a sorprender de alguien que se abochorna y solloza solo porque la descubren —negó con la cabeza—. O el calentón te hizo ser más valiente de lo que luego puedes soportar o querías acabar de comerte el plato antes de que pudiesen comer los demás.

Se oyeron murmullos de los de la entrada. El bochorno que Lisy tendría en el dormitorio era solo el comienzo y seguiría aumentando si Jayden no se la llevaba de allí.

—En ninguno de los casos tendría yo la culpa —añadió.

—¡Irina! —Jayden movió el brazo empujándola para que se fuese de allí, pero ella ya se giraba para regresar a la cocina.

Se detuvo con la mano ya en el pomo.

—Y no te llamará, posiblemente no vuelva a hablar contigo. —Le daba la espalda—. Solo quería que salieses de aquí para evitar que iniciaras una absurda discusión conmigo que solo te haría pasar más vergüenza y dejarlo a él en peor lugar. —Giró la cabeza para mirarla de reojo—. Los hombres son muy fáciles de predecir, mucho más que las mujeres, solo tienes que observarlos lo suficiente, sin perder el tiempo contemplando su casa, indagando sobre su trabajo o su vida a través de lo que te cuenten los demás.

Entró en la cocina y cerró la puerta, ni siquiera se paró a ver la reacción de Jayden, su expresión empeoraba cada vez que ella abría la boca y hacía ya varias frases que lo tenía sobrepasando el límite.

Chelsie se sobresaltó al verla entrar otra vez. Irina se encorvó levemente, tenía una punzada en el estómago, el hambre la estaba matando. La tensión que a veces se le filtraba cuerpo adentro aumentaba esas ansias por comer.

—Soy capaz hasta de comerme las espinacas. —Se irguió y se dirigió decidida hacia el frigorífico.

Jayden

O se marchaban ya todos o aquello se pondría peor por imposible que le pareciese. No era capaz de mirar a Lisy ni al resto de personas que aún quedaban allí.

Nolan esperó el último para salir.

—Te dije que era mejor pasar fuera el fin de semana —le dijo su amigo.

Jayden lo miró desesperado.

—Esto me está superando —resopló y Nolan se echó a reír.

Le dio unas palmadas en el hombro.

—Suerte con ella. —Salió al pasillo donde estaba el ascensor.

Lo vio alzar las cejas con ironía antes de que la puerta se cerrase. Al fin silencio, lo agradecía sobremanera. Apoyó una mano en la puerta ya cerrada y bajó la cabeza, necesitaba tranquilizarse y pensar antes de regresar con Irina. Apretó los párpados, era imposible tranquilizarse y pensar después de todo lo que había pasado, las imágenes se le sucedían una y otra vez, cada cual peor.

Madre mía.

Irina había conseguido salirse con la suya y lo había hecho a la tremenda. Resopló.

Se retiró de la puerta y se dirigió hacia la cocina. Había tres puertas de muebles abiertas y el cajón de los cubiertos.

Irina estaba sentada en la mesa, tenía un tenedor en la mano y uno de sus cacharros de plástico delante.

—La comida es horrible. —La oyó decir.

Encima con exigencias.

Jayden cogió el túper.

—Si lo hubieses calentado, no estaría tan malo. —Le dio al botón del microondas.

Mientras se calentaba fue cerrando todo lo que Irina había dejado abierto. Algo crujió bajo sus pies, había restos de una barrita de cereales esparcidos por el suelo.

Con todas las reuniones que solía tener en su casa y ninguno de sus invitados formaba la mitad de lo que ella había hecho en media hora escasa que hacía desde que puso un pie en el ático. En todos los sentidos, la cocina estaba revolucionada.

—Para qué sacas tantos si solo pensabas comerte uno. —Guardaba los cacharros que había dejado sobre la encimera.

Ella miraba el tenedor, quizás buscaba las iniciales que solían tener los cubiertos Larsson. Jamás se le ocurrió grabar los cubiertos de su casa.

—Estaba comprobando si en todos había los mismos hierbajos. —Soltó el tenedor.

El microondas pitó, pero Jayden no acudió a él. Se giró hacia Irina.

—Llegas a mi casa sin avisar, arrasas con todo lo que se te pone por delante y encima te quejas. —Sacó el cacharro del microondas y lo dejó caer en la mesa—. Si la quieres en un plato, lo coges tú. Y si quieres otra cosa, te la preparas tú.

Puso una mano sobre la mesa.

—Soy tu editor, únicamente tu editor —repitió las palabras que Irina le dijo unos días atrás—. Un editor no es un vigilante, ni un padre ni un hermano, mucho menos un sirviente que esté dispuesto cada vez que se te antoje.

Ella metió el tenedor en las espinacas y se lo llevó a la boca como si no entendiese su idioma o como si su voz fuese solo un murmullo. Gastar energía en hablarle era para nada. Le daba todo exactamente igual. Y su actitud impasible lo hacía querer explotar.

Arrastró la silla para retirarla de la mesa y se sentó a la izquierda de Irina, necesitaba decirle demasiadas cosas sobre su conducta. Giró la cabeza para mirarla, al menos comía callada, que ya era algo. Engullía casi sin masticar y eso lo desconcertó.

—Comes demasiado rápido, te sentará mal. —Estaba enfurecido, quería seguir echándole la bronca por su lamentable comportamiento, ni siquiera sabía por qué había detenido su sermón para decirle aquello. Quizás porque estaba viendo que acabaría atragantada y con la noche que llevaba podría esperarse cualquier cosa. No era su día de suerte, estaba claro.

—Me sentará mal de todas formas. —Volvió a llevarse el tenedor a la boca y él le impidió comer—. Tengo hambre —protestó a su gesto.

—No puedes comer así aunque tengas hambre. —Le quitó el tenedor.

Es como una niña de dos años.

—Claro que puedo. —Le arrebató el tenedor que le había quitado.

Jayden se lo quitó de nuevo aun sabiendo que iniciaría una lucha, ahora por otra cosa.

—¿Por qué eres tan difícil para todo? —Alejó el tenedor de ella para que no pudiese llegar a él, Irina dio un zarpazo al aire, era una ventaja ser más alto que ella.

—¿Tu madre no te dejó un manual? —dijo, mirando el túper de las espinacas. Había desistido

en forcejear con él, supuso que porque en fuerza bruta sabía que no tenía muchas opciones contra él. Le vio las intenciones de comer directamente del cacharro, pero retiró la mano abandonando la idea—. Dame el tenedor.

—Si comes calmada. —Le acercó el tenedor sin fiarse mucho de lo que ella podría hacer. Lo soltó en la mesa—. Y no, no me dejó un manual. Solo a ti.

Entornó los ojos hacia ella aprovechando que estaba concentrada en el tenedor y la comida. Nunca tenía mucho margen de observar a Irina y menos aún cuando estaba callada. De hecho, cuando callaba su imagen se tornaba celestial, nadie esperaría el número que había montado escasos minutos atrás. El labio superior de Irina formaba un montículo bajo su nariz, una forma similar a la de una almeja abierta, unos labios excesivamente gruesos. Los labios de la muchacha siempre le llamaron la atención cuando la veía en la casa Larsson, por aquellos años no era frecuente ver unos labios así en una mujer, salvo por rasgos raciales. Sin embargo, últimamente esa era precisamente la forma de labios que toda mujer anhelaba y que conseguía en cualquier clínica estética.

La forma de su cara ya no era tan ovalada ni tan delgada, quizás sus labios tenían una medida más proporcionada con el resto del rostro. Siempre fue hermosa, solían comentarlo en su grupo cuando veían a Irina deambular por allí. «Cuando crezca…».

Y la niña creció.

Y no erraron en sus pronósticos. Irina era bella, bella para perderse mirándola y que el tiempo se detuviese. Pero también había desarrollado otras particularidades imposibles de soportar.

Le vio la piel llena de puntitos diminutos, tendría frío, pero no la veía temblar lo más mínimo y era extraño que tampoco eso la hiciese quejarse. Cayó en la cuenta de que Irina entró en el dormitorio únicamente con aquel minivestido y no había nada más en el salón. Había llegado hasta su casa con escasa ropa y sin abrigo, de madrugada en pleno noviembre.

No podía buscarle explicación a cada acción de Irina, no la había en la mayoría de los casos. Sin embargo, en ese momento en el que la tenía delante, comiendo de aquella manera extraña, podía ver resquicios de la niña de la que tanto solía hablar su madre. Irina no nació el día que llegó a la casa Larsson. Había sido rescatada de una vida que no alcanzaba a imaginar. Y si la rescataron con catorce años quería decir que tenía los recuerdos suficientes de aquel pasado como para no olvidarlo nunca.

Enseguida detuvo sus pensamientos. Pensando aquellas cosas no podría descargar todo su enfado con ella, este se disipaba por momentos. Y si ya estaba perdido, lo único que necesitaba era que encima Irina saliese impune.

Y ya no sé ni por dónde iba.

Apoyó el codo en la mesa e hizo lo mismo con la frente en su mano. No había terminado con ella, de hecho, ni siquiera había empezado a recriminarle su conducta. Y ni qué decir tenía que no pensaba ponerse a trabajar a aquellas horas porque a ella se le hubiese antojado no esperar a otro momento.

—Irina. —No la miraba, seguía con la frente apoyada en su mano. Su voz sonaba derrotada —. Quiero poner todo de mi parte. Pero no puedes hacer esto. —No sabía si explicándoselo como si fuese una niña conseguiría algo. Seguramente no, sería tan inútil como decírselo a gritos.

Sonaba tremendamente imbécil hablándole así.

—¿Venir a tu casa? —Ella sabía muy bien a lo que se refería.

—Venir arrasando a mi casa. —Tuvo que sujetarle la muñeca, volvía a engullir sin masticar.

Liberó su muñeca de él para seguir comiendo.

—El lunes en la editorial no te oí quejarte de mi conducta con el resto de editores, tus empleados. ¿Por qué con tus amigos sí te molesta? —Tuvo que apretar los labios al oírla. A eso era difícil responderle—. Claro, tus empleados lo merecían por ponerte en duda y no valorarte.

Desvió la cabeza, no había forma de poder tranquilizarse con ella cerca. Se levantó y se dirigió a uno de los muebles. Buscaba alguna infusión que le ayudase con aquel calor interno. Volvió a pisar los restos de la barrita del suelo, que crujió. Aquel crujido le aumentó el calor.

—¿Cómo hacía mi madre para estar cerca de ti y no acabar loca? —protestó mientras cogía un sobre azul.

—Es tarde para esa pregunta —respondió Irina.

Jayden bajó la cabeza y apretó la mandíbula. No iba a darle ni un segundo de margen. Con cada frase iba a matar.

—Yo no sabía que iba a dejarte a mi cargo. —Se giró para mirarla—. Ni sabía que iba a ser tan difícil soportarte.

Chelsie se apartó para que él pudiese acceder a la cafetera automática. Pulsó el botón de agua caliente.

—Qué ruido más desagradable. —La oyó protestar. Resopló.

Voy a acabar desquiciado.

El agua acabó de salir y metió dentro de la taza la bolsita.

—¿Siempre dices lo que piensas? ¿No te callas nada?

—No digo todo lo que pienso. —Acabó de comer y dejó el tenedor en la mesa. No pensaba recogerlo, ni él esperaba que lo hiciese—. De hecho, también pienso que me vas a decir de nuevo que me marche a casa, que, aunque hayas echado a todos, no piensas hacer absolutamente nada esta noche. Y me lo estaba callando.

No puede ser.

Le dio la espalda para abrir de nuevo el mueble, sacó otro sobre azul y lo metió en la taza.

Mejor dos.

—Y ¿por qué te he dejado quedarte entonces? —Tenía que defenderse de alguna forma.

—Para tener tiempo de pensar en la forma de disuadir mis represalias. —Apoyó ambos codos en la mesa y la barbilla en los dorsos de las manos—. Pero piensas realmente lento.

Lo miró de reojo. Tuvo que volver a darle la espalda para perderla de vista.

—No has acertado esta vez. —Se bebió la infusión de una vez y dejó la taza en la mesa algo más fuerte de la cuenta—. No pienso trabajar hasta mañana, pero no te irás a ninguna parte.

Se dirigió hacia la puerta de la cocina y Chelsie se metió entre sus piernas para pasar al salón.

—No voy a dejar que salgas de madrugada con esa ropa y sin abrigo, no llegarías ni a la segunda manzana sin que te atraquen o algo peor. —Y no pensaba mirarla ni dejar que le viese la cara—. Ya sabes dónde está mi dormitorio, así que elige cualquier otro.

Salió de la cocina y cerró la puerta. Quizás había conseguido desconcertarla, no había

replicado y ella siempre replicaba. Tendría que haberla mirado y ver su reacción.

Se detuvo, mirando la puerta de la cocina cerrada. No se oía nada dentro, Irina seguiría sentada, la silla hubiese sonado en el suelo. Negó con la cabeza, no pensaba volver a entrar. No pensaba llevarla hasta un dormitorio, ni ser amable con ella, no se lo merecía.

En el pasillo oyó sonar su teléfono. Con todo aquel circo lo olvidó dentro. Cerró la puerta de su dormitorio. Era Nolan.

—Me he ido preocupado, ¿cómo ha ido? No me digas que estás trabajando —decía su amigo.

—No estoy trabajando. —Quitó el maletín de Irina y los folios de la cama y los puso en el suelo—. Y no pienso trabajar hasta mañana.

—¿Se ha ido?

—No, creo que está en la cocina aún —espiró con fuerza—. Que se quede esta noche, no puedo dejarla salir sola a estas horas.

—Pues hace un rato la pusiste en la puerta —rio Nolan.

—Era más temprano y con todo lo que se formó no se me pasó por la cabeza. —Se quitó los zapatos.

—Madre mía —Nolan dio una carcajada—. Qué terremoto de mujer.

Se quitó los pantalones y se cambió de camiseta.

—Es una lucha continua, no te imaginas. Y no puedo con ella.

—¿Y si no la enfrentas? ¿Lo has probado?

—Lo he probado todo. Es imposible no enfrentarla. Te busca los cojones directamente.

Nolan rompió en carcajadas. Oyó cómo llamaban a la puerta.

—Te dejo, está llamando a la puerta.

Las carcajadas de Nolan aumentaron.

—Que pases una feliz noche, amigo —negó con la cabeza con la ironía de Nolan.

Colgó y se levantó para abrir la puerta. Ya era algo que llamase, Irina no era de pedir permiso para nada y no tenía echado el cerrojo.

—¿Qué? —Se había propuesto no tener la más mínima cordialidad con ella.

—Necesito ropa para dormir. —Se cruzó de brazos—. No puedo dormir con esto.

Él miró su vestido.

—Duerme sin ropa.

Irina alzó las cejas.

—Me da asco dormir sin ropa en sábanas ajenas —replicó.

Jayden se inclinó hacia ella.

—Ya sabes que la próxima vez que vayas a casa de alguien, sin avisar y de madrugada, tienes que llevar sábanas propias. O un pijama.

Fue a cerrar la puerta, pero Irina puso la mano para que no pudiese. Mucho se temía que si no le daba ropa no lo dejaría dormir en toda la noche. Resopló, soltando la puerta y dirigiéndose al vestidor. Cualquier ropa suya le estaría enorme. Cogió una camiseta blanca de algodón con mangas largas. Sería un vestido para Irina.

Ni siquiera se la dio en la mano, se la lanzó para que la cogiese en el aire. No esperó las gracias, ella no se las daría.

—Y cierra la puerta —le dijo, dirigiéndose hacia la cama.

Quizás había sido demasiado brusco con ella, pero estaba cansado. Había sobrepasado todos sus límites, el de paciencia hacía ya buen rato y a aquellas horas hasta el de cordura.

Se tumbó en la cama. Esperaba que al menos pudiese pegar un ojo.

Oyó su teléfono. Era Elliot el que se interesaba por él, pero este fue menos atrevido y le envió un mensaje. Comenzó a explicarle que Irina seguía allí y que él ya estaba en la cama.

Irina

Dos puertas más adelante del dormitorio de Jayden encontró una cama pequeña, el resto eran camas dobles y demasiado grandes.

Cerró la puerta, la gata de Jayden no dejaba de observarla andar por la casa. Decidió dejar el pasillo encendido, en su casa siempre lo hacía.

Aquel dormitorio no tenía baño, la única incomodidad que le encontraba, el resto que había visto sí tenían, pero necesitaba un lugar pequeño para dormir.

Se quitó el vestido y lo dejó en un sillón de mimbre que había junto a la cama. En la camiseta de Jayden entrarían dos Irinas y le llegaba hasta el principio del muslo, un minivestido ancho, pero con el que podría dormir. Olía a jabón de lavar, ni rastro del olor de su dueño.

Se miró el cuerpo con aquella prenda y la corriente en los riñones se hizo intensa. Había comenzado en la cocina, la primera vez que logró pararla, cuando salió al salón y aún estaban los invitados de Jayden. Pero la segunda vez llegó para quedarse, por eso no fue capaz de rebatir con Jayden el trabajar a aquellas horas. Por suerte se fue pronto a dormir.

Se quitó los zapatos y sus pies tocaron el suelo. Era madera y con la calefacción no hacía frío allí dentro, pero su cuerpo tenía frío, aquel frío intenso y desagradable que la azotaba cuando su interior tomaba temperatura.

No, no, no.

Ya no estaba acostumbrada a aquel malestar, lo soportó en los principios, solo en los principios.

No, ahora no. Para.

Miró sus pies descalzos. No podría dormir con los pies descalzos si quería detener aquel malestar. No estaba en su casa, no podía apagar la calefacción, desnudarse y salir a la terraza a enfriarse por completo por fuera y por dentro. Tendría que dormir con aquel contraste de temperatura que la hacía sudar de calor y temblar de frío, todo a la vez, de forma constante mientras más sensaciones la recorrían por dentro.

Se acuclilló en el suelo y cerró los ojos.

Para.

Pero con los ojos cerrados se le vino la imagen a la mente, podía verlo claro, tan claro como solía ver cada escena de sus novelas. La luz del dormitorio de Jayden se encendía una y otra vez en su mente. La escena se repetía y su calor y aquellas corrientes en los riñones no cesaban.

—¡Para! —Se estrujó las sienes.

No era nuevo para ella, aquello le recordaba a la casa Larsson, al jardín, a Jesica, a Kyra, a la cena de Navidad… Cuando ella aún vivía fuera de su caja de cristal.

Jayden

La conversación con Elliot se alargaba y la infusión parecía funcionar. Estaba más tranquilo. Oyó la puerta de nuevo y alzó las cejas.

No me va a dejar dormir en toda la noche.

—Abre. —Ya estaba metido en la cama, no quería ni levantarse.

La puerta no se movía.

—Pasa. —Alzó más la voz por si no lo había oído.

Mira que es…

Retiró las sábanas y se levantó. Volvía a abrirle la puerta en calzoncillos y camiseta, pero Irina también lo había visto ya sin ella esa misma noche, así que era la menor de sus preocupaciones.

La vio soltar el labio inferior de entre sus dientes en cuanto abrió y este volvió a coger su forma redondeada. Bajó los ojos para mirarla, sin tacones su estatura se reducía considerablemente. Tenía que reconocer que hasta su camiseta le quedaba bien. Aquella piel bronceada perennemente resaltaba con los colores claros, pero el blanco sin duda era el color que mejor le iba a Irina.

Lo que no sabía era cómo iba a quitarle aquel olor dulzón al algodón. Dudaba que se fuera con un solo lavado. Sacudió la mano.

—¿Te echas perfume para dormir? —Tuvo que dar un paso atrás. Desconocía de dónde sacaba Irina tan tremendo perfume, no sería ni siquiera comercial, tendría que ser algún tipo de extracto que ella misma encargaba a su gusto como hacía con los zapatos, con la ropa y con todo lo que se ponía encima. Todo era lo que quería y tal y como lo quería.

Pero Irina no replicaba con ningún cuchillo verbal. Quizás sería por el cansancio y el sueño, para haber escrito tan rápido habría dormido poco durante esos días, algo parecido a lo que había pasado con la comida.

Se agarró al marco de la puerta.

—¿Qué quieres ahora? —También él estaba cansado.

—Necesito unos calcetines.

Jayden alzó las cejas. La última cosa que se esperaba que pidiese Irina.

—Calcetines. —Quería comprobar si lo había escuchado bien.

—Sí, calcetines. —Ella se cruzó de brazos de nuevo.

—Pero si tú eres puro glamur —respondió con ironía—. ¿Para qué quieres unos calcetines?

—Para dormir.

Sus cejas se alzaron aún más. Tal y como veía a Irina, se la imaginaba con camisones de seda, batas transparentes con mangas de plumas y zapatillas de tacón con pompones. Nunca con unos

calcetines.

Contuvo la sonrisa.

—¿Tienes? ¿O los necesitas para echar los rastros de tus masturba…?

—Vale, vale, te los doy. —Sería por el sueño por lo que había tardado tanto en reaccionar así con él. Más lenta que de costumbre, pero siempre letal.

Irina esperaba fuera, le resultaba extraño haberla visto entrar con tanta decisión cuando él estaba dentro con Lisy y ahora no era capaz de atravesar el umbral. Quizás porque estaban solos y con escueta ropa.

Le acercó los calcetines a la puerta. Se apoyó en el marco para mirarla regresar a su habitación.

—¿Alguna vez podrías dar las gracias? —Pero ella ni se detuvo ni se giró, ni mucho menos le respondió. Aquella actitud le encendía—. Estaba en la cama y me has hecho levantarme, qué menos que lo agradezcas.

Tampoco se detenía.

—Tienes un surco en la parte de delante de los calzoncillos, lo tienes desde que te corté el rollo con la gata en celo. Si te vas a la cama, deberías al menos ponerte unos limpios.

Irina cerró la puerta de su habitación. Jayden respiró hondo por la nariz.

¿De dónde ha salido esta mujer?

Cerró la puerta con algo más de inercia de lo que debería, lo que la hizo sonar. Irina lo habría escuchado.

Y estará satisfecha por haberme encendido una vez más.

Se quitó los calzoncillos, Irina llevaba razón, estaban manchados. El calor le subía hasta la garganta.

A ver si viene a por algo más. No pienso abrirle siquiera.

Se metió en la cama, esperando que esa vez fuese la definitiva.

Como vuelva no le abro.

Se dio la vuelta en la cama para tumbarse de lado. Se oía un ruido de fondo, agudizó el oído por si era Irina de nuevo. No era ella, sería Chelsie en el salón, se oía al otro lado.

Dejó caer la cabeza e intentó relajarse. Tenía que procurar, aunque fuera difícil, alejar de su cabeza todo lo que había pasado, hasta el hecho de tener a Irina a tan solo dos habitaciones de él, o no podría pegar ojo en toda la noche.

Oyó otro sonido, esa vez más continuo. Alzó de nuevo la cabeza. Era un sonido que reconocía bien, el sonido de la lluvia en el ático. Resopló.

Se me va a pasar hasta el efecto de la infusión.

Un golpe seco en la cabeza hubiese sido más efectivo, al menos podría olvidarse de todo. Le invadió la vergüenza en cuanto volvió a su mente cada anécdota de la noche. Le costó alejarlas, perdió la noción del tiempo hasta que al fin llegó el leve y placentero mareo que precedía el sueño.

La puerta sonó de nuevo y se sobresaltó.

No puede ser otra vez.

Se tapó la cara con la mano.

—¿Vas a dejarme dormir? ¿O piensas estar toda la noche jodiendo? —alzó la voz lo suficiente como para que ella se enterase.

Oyó a Irina responder algo desde el pasillo.

Tiene la maleta aquí dentro.

—Necesito mi cuaderno y mi bolígrafo.

Se destapó y se sentó en la cama. Aquello era una pesadilla. Se pasó la mano por la cara antes de coger el maletín de Irina. Abrió la puerta y se lo puso en el suelo.

—Mejor llévatela entera.

Dio un paso atrás para cerrar de nuevo la puerta, ya sabía que ella no daría las gracias, que no le dirigiría ni una sola mirada. Quedarse allí era exponerse a que ella lo humillara una vez más.

Irina se inclinó para cogerla. Ya se había puesto los calcetines que le quedaban enormes, tanto como la camiseta. Con aquellas pintas no era tan notoria la soberbia a la que lo tenía acostumbrado, verla recoger la maleta del suelo, en silencio y sin protestar, hizo que se le removiera algo en el pecho y se arrepintiera de no habérsela dado a la mano. Irina se tornaba similar a la niña india que conoció antaño, una pobre chica sin casa ni familia que no tenía absolutamente nada para enfrentarse al mundo, salvo una mente privilegiada.

Y fue suficiente.

Entornó los ojos, no podía dejarse engañar. Ya no tenía nada de desvalida y pensar en ello lo había tenido demasiado tiempo en el umbral de la puerta como un imbécil. Era egocéntrica, egoísta, déspota y grosera. Pronto arremetería contra él.

Ella iba ya a medio camino hacia el salón.

No piensa dormir en toda la noche. Y no me va a dejar pegar ojo a mí.

Resopló, mirando hacia el interior de su habitación. Luego miró el pasillo, Irina ya no estaba, oyó el ruido de una silla arrastrarse. Cogió aire y se dirigió hacia el salón para ver qué pretendía hacer.

El salón estaba vacío, vio encendida la luz de la cocina. Chelsie estaba en pie en el umbral con la puerta medio abierta y se había asomado dentro, también ella querría comprobar qué estaba haciendo tan inquieta invitada.

Cuando abrió la puerta al completo vio a Irina sentada en la mesa escribiendo de aquella forma automática y robotizada que tanto le llamó la atención en el jardín de los Larsson.

Ella ni siquiera reparó en él cuando entró. Y lo prefería así, tanta era la curiosidad por ir a buscar qué andaba haciendo que no se paró a ponerse algo más de ropa. Se miró con disimulo por si volvía a tener alguna mancha bochornosa en su ropa interior, pero no había nada.

Entró en la cocina y abrió uno de los muebles para coger una taza. Ya no sabía si volver a tomarse una infusión relajante o perder definitivamente la esperanza de dormir y echarse un café.

Se giró para mirar a Irina, ella seguía escribiendo sin parar.

—¿No habías terminado la novela? —preguntó, era imposible leer nada con aquella caligrafía.

—No —respondió tan rápido que lo sobresaltó.

—¿No?

Y para qué leches vienes a buscarme de madrugada y has formado todo lo que has formado.

—Tienes que ordenarla y decirme lo que falta. —Seguía escribiendo sin parar.

—¿Que yo te diga lo que falta?

Retiró el bolígrafo del cuaderno.

—Sí, te he dicho que la escribí a trozos, como un puzle y ahora tú la ordenas y me dices si falta algo —le hablaba como si fuese tonto y eso lo encendía sin remedio.

Cogió dos bolsitas azules del mueble, no sabía si dormiría, pero las necesitaría de todas formas.

—¿Cómo voy a saber si falta algo si ni siquiera conozco la historia?

Irina negó con la cabeza.

—Tu madre lo hacía.

Jayden entornó los ojos.

—¿Le entregabas trozos de novelas y ella te decía qué escribir después? —No daba crédito.

Ella cerró el cuaderno de golpe y se puso en pie.

—Al principio sí. —Dio unos pasos hacia el mueble donde Jayden había sacado la taza—. Solo las primeras, después el resto salieron en línea y completas. —Se puso frente a él. Le dio la taza—. Quiero de eso.

Bajó los ojos hacia la taza vacía. Verdaderamente ella pensaba que él sería algo así como su sirviente.

—¿Y si solo fue al principio por qué esta la has escrito así? —Ya que hablaban de trabajo ni por asomo perdería el tiempo discutiendo en quién preparaba la taza.

—Salió así. —Cogió el cuaderno—. Y siguen saliendo más trozos.

Jayden alzó las cejas. Irina se había sentado de nuevo y cogió el bolígrafo. Salió de la cocina. En la penumbra del salón pudo ver a Chelsie en uno de los sofás. Corrió al dormitorio y se puso un pantalón de algodón. De regreso se detuvo en el salón, abrió un arcón y cogió una manta. Regresó a la cocina.

El agua ya salía por los grifos de la cafetera, llegó a tiempo de pararla antes de que se llenase la taza.

Irina seguía escribiendo palabras ilegibles para él. Tenían un problema. Su inexperiencia y con la artista en medio de un receso. Abrió la manta, Irina tenía la piel completamente erizada desde que estaba en el pasillo.

—Vienes de noche, sin abrigo y con poca ropa, y, sin embargo, aquí dentro te mueres de frío. Eres complicada hasta para eso. —Le echó la manta por los hombros.

Luego le puso delante la taza.

—¿Esto me dejará lela? —preguntó y él hizo el esfuerzo de no reír.

—Has dicho que querías —negó con la cabeza—. Es melisa, ayuda a dormir.

Ella acercó su nariz a la taza, Jayden no sabía cómo no había quemado su sentido del olfato llevando siempre aquellos olores encima.

—Huele a limón, como los parches repelentes de insectos.

—Algo así, sí. —No sabía si era el contraste. Pero cuando Irina se tornaba más normal era realmente cómodo hablar con ella. Una comodidad placentera que le hacía mantener la esperanza de que podría conseguir trabajar con ella y de que todo saliera bien.

Dio unos pasos hacia la mesa. No sabía si sentarse o quedarse en pie, ahora que Irina había guardado aparentemente las armas era mejor no provocarla lo más mínimo. Pero tampoco sabía qué era lo que la provocaba.

—¿Desde cuándo no escribes novelas así a trozos? —preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—Desde la cuarta novela. —Volvió a oler la taza y arrugó la nariz—. Irina Yadav no es un fraude, si es lo que piensas.

No provocarla parecía sumamente difícil.

—Ni se me había pasado por la cabeza —se apresuró a decir. Pero comenzaba a tener sentido que su madre la dejase como autora exclusiva de él. Quizás esperaba que aquello le volviese a pasar y era natural que lo hiciese inmediatamente después de su muerte.

Retiró la silla y se sentó a su lado, como hizo aquella misma noche mientras ella cenaba. La miró entornando los ojos.

—Pero si tú solo consigues escribir a trozos y yo soy un inexperto, inepto e inútil, tenemos un problema. —Esperó que Irina no tomase mal su ironía. Solo intentaba quitarle importancia al asunto. Porque lo cierto era que tenían un problema de narices. Él no era capaz de sustituir a su madre en aquel sentido, no tenía ni idea de cómo ayudarla.

Irina movía la bolsita dentro de la taza. Quizás su locura no era tan terrible, ahora que lo pensaba. No había ido a buscarlo de aquella manera espantosa porque hubiese terminado una novela. Lo había buscado porque no había podido hacerlo, o al menos no como debería. Aquel huracán que entró por la puerta del ático arrasándolo todo era solo la desesperación de alguien que había perdido su luz de guía.

Cogió aire y lo soltó de golpe. Con su soberbia y su despotismo, Irina no estaba muy distinta a él. Completamente perdida. Y al igual que él al principio la buscaba de manera desesperada, por si encontraba en ella algo de Margaret que le ayudase en lo que tenía encomendado, ella había recurrido a él. Aun así, no podía justificar sus modos.

—Va a salir bien —dijo, aunque seguramente ella no lo creería. Pero era lo que él necesitaba que le dijesen cuando tomó el testigo de su madre como director de Larsson. Y nadie lo hizo.

Si Irina hubiese sido una persona normal, hubiese acercado su mano hasta la de ella y se la hubiese estrechado. Pero tocar a Irina de aquella manera podía significar terminar con el contenido de una taza hirviendo sobre el pecho.

Se mantuvo en su lugar. Por primera vez, desde que tomó el relevo de Margaret, sintió que había sido acertado en algo. Sentirlo hizo que un abanico de orgullo le invadiera el pecho y fue tan intenso que el escozor le llegó hasta la garganta. Podría haber numerosas razones por las que su madre lo dejó a cargo de Irina y aquella era una de ellas, estaba completamente seguro.

Pero, entre todas aquellas excentricidades de la estrella de las letras, no había conseguido verlo. Se alegró de haber insistido con ella y hasta se alegró de que ella fuera tan temeraria cuando quería salirse con la suya. De otra manera, ninguno de los dos hubiese acabado allí, en la cocina, con aquel inadecuado atuendo para estar hablando de trabajo, pero habiendo avanzado un gran paso a la hora de entenderse. Y eso no lo habría conseguido ningún gran editor de la editorial, ni de la suya ni de ninguna otra.

La enorme distancia que siempre sintió entre Irina y él acababa de aminorarse. Y estaba seguro de que, de haber podido presenciarlo su madre, donde quiera que estuviese, estaría orgullosa.

Sintió la humedad en los ojos y el escozor de la garganta aumentó. La falta de Margaret se reflejaba en Irina, a ambos les había cambiado la vida a la vez. Nadie más que ellos entendería lo que era eso.

—Vamos a solucionarlo, confía en mí. —Se inclinó para sacar los folios de la maleta dorada de Irina.

Ella había alzado las cejas.

Ya va a empezar.

—Vale, no tengo ni idea, pero puedo aprender. —Ella alzó aún más las cejas—. Me dijiste que escribías todos los días sobre hombres como yo, ¿no? Entonces seguro que sabré qué necesitan las novelas.

Irina soltó la taza y apoyó los codos en la mesa.

—Sí, escribo sobre hombres como tú, solo tengo que aumentarle las neuronas, afinar su trato con las mujeres y eliminar todas las veces que pareces el tonto del pueblo.

Mucho estaba tardando.

Contuvo la sonrisa. Nada de lo que le dijese Irina era capaz de eliminar todo lo bueno que estaba sintiendo. Dejó la melisa a un lado. Ya no necesitaba nada que lo tranquilizase.

—Sigue escribiendo, yo me pondré con esto. —Colocaba los grupos de folios en la mesa.

Notaba cómo ella lo miraba de reojo. Quizás podía apreciar su cambio y el esfuerzo que hacía para no sonreír. Algo bueno lo había invadido, cosa impensable cuando estaba acostado en la cama con aquel malestar. Oyó el bolígrafo de Irina rasgando el papel, comenzaba a gustarle el sonido en el silencio de la noche. Ya ni siquiera se apreciaba la lluvia de fondo. Jamás pensó que fuese a ser tan agradable tener a Irina en casa, era más, estaba orgulloso de tenerla en casa con unos calcetines de deporte y una camiseta de varias tallas más.

La miró con disimulo, estaba de nuevo concentrada en su cuaderno. Que ella estuviese completamente ausente le permitió observarla con detenimiento y también sonreír sin temer a todo lo que se le ocurriese decirle.

Cogió un grupo de folios. Entre los que estaban tirados en la cama, y los que atrancaron la puerta, parecía que había sacado el manuscrito del cubo de la basura. Tuvo que contener la risa al mirarlo. Las hojas habían sobrevivido a una batalla.

Y menuda batalla.

Era consciente de que no sería la única batalla que tendría que librar con Irina, vendrían muchas más, pero también estaba seguro de que en cada una de ellas aprendería algo que lo haría dar un paso más hacia ella. Esa era la verdadera herencia que le había dejado su madre.

No importaba el estado de las hojas del manuscrito, tampoco que estuviesen de madrugada trabajando con extraña indumentaria, y ya casi no importaba todo lo que había pasado aquella noche para llegar hasta allí. En aquel momento, sentado a escaso medio metro de Irina, estaba completamente convencido de que ambos estaban donde debían estar.

Diez años antes

Jayden

Notó el agua de la bañera demasiado caliente, seguramente estaría solo templado, pero tal era la temperatura de su cuerpo que era como meter el pie en una olla de sopa caliente.

Aquella niña no se había mareado ni perdido el equilibrio en el borde de la piscina. El agujero en la escarcha era demasiado pequeño, el que haría un cuerpo en vertical. Nadie caía en vertical.

Logró meterse despacio y sus pies comenzaron a coger temperatura. Tenía que conseguir sentarse en la bañera y permanecer allí hasta que todo su cuerpo se calentase. Negó con la cabeza. Por culpa de aquella niña iba a pasar todas las fiestas navideñas metido en cama con un resfriado de narices. Luego recordó que su madre la había invitado a cenar precisamente en esa fiesta familiar y ya casi no necesitó agua, su cuerpo comenzó a hervir sin remedio.

Se sentó, aunque le quemase todo el cuerpo, y se dejó resbalar hasta que el agua le llegó al cuello. Se mojó el pelo, hasta la cabeza la tenía helada.

—¡Jayden! —Su madre se asomó a la puerta.

Se giró para verla.

—Pasa. —Ya tenía una edad en la que no estaba cómodo desnudo delante de ella, pero con el jabón el agua comenzaba a hacer espuma.

Margaret arrastró una banqueta y se sentó junto a la bañera.

—¿Está bien? —Ni siquiera la nombró, pero su madre sabía que se refería a Irina y asintió.

—Sí, está bien —respondió, cogiéndole la cara.

—No se ha caído. —Estaba convencido. Dudaba si decírselo a su madre o no, pero sentía que debía soltarlo.

—Lo sé —respondió su madre y su respuesta lo sobresaltó.

Abrió la boca para añadir algo, pero no sabía por dónde empezar. Desvió la mirada de Margaret.

—¿Quiere llamar la atención? ¿Ponerse mala y no regresar al centro? ¿O simplemente quiere morirse? —Le dio un manotazo al agua.

—¿Te acuerdas de lo que te dije antes? Ella solo busca no romperse.

Miró a su madre como si esta estuviese tan loca como Irina. Ambos caerían malos porque ella buscaba algo que no había entendido bien. Y Margaret estaba tan conforme.

Bajó la mirada hacia el agua, pronto rebosaría. Cerró el grifo.

—¿Y si solo busca su sitio en esta familia? —se atrevió a decírselo. Ella frunció el entrecejo —. Ella es todo lo que te gusta. Podría ser, ¿no?

Se hizo el silencio. Jayden sabía que su madre ya había apreciado su recelo con Irina, era más que evidente, pero nunca lo había hablado abiertamente con ella.

—Jayden, no es eso…

—Yo no soy lo que tú esperabas de mí. Y acabas de descubrir lo que siempre has buscado, una futura estrella. Y la casualidad ha querido que esa futura estrella no tenga familia ni a dónde ir. —No pudo seguir hablando.

Margaret le metió los dedos entre el pelo.

—¿Que tú no eres lo que yo esperaba de ti? —Casi rio al decirlo.

Ella retiró su mano de él.

—Llevaba semanas recorriendo centros y aún no estaba decidida a hacerlo. Solo buscaba una primera toma de contacto. Una colaboración con donaciones periódicas. —Oyó la voz de su madre y él bajó la cabeza—. Una mujer me enseñó las instalaciones. —Notó cómo le tiraba de la oreja—. Había unos niños jugando en el patio, llevaban unos babis de cuadros azules. —Jayden sonrió—. Justo cuando iba a irme noté cómo me tiraban de la chaqueta. —Volvió a meterle los dedos entre el pelo—. Tenías cinco años.

Apenas tenía recuerdos de aquella época, más allá de la ropa, pero sí recordaba aquel día, la primera vez que vio a Margaret.

—Tuve que agacharme para escucharte. Me señalaste a un chico que estaba sentado en un banco con una pelota y pediste que lo llevase conmigo. «Llora todas las noches, no es feliz aquí, no debe estar solo». Exactamente eso.

El agua se enfriaba. Jayden giró la tuerca que abría el tapón y abrió el grifo para que cayera agua caliente de nuevo.

—Y aquel día salí de allí con los papeles de tu preadopción. —Le apretó la nuca—. ¿Que no eres lo que yo esperaba de ti? —Margaret sonrió—. Hoy no te lo has pensado y te lanzaste para sacar a Irina entre agua y hielo. Claro que eres todo lo que yo esperaba de ti. Eres mi hijo, Jayden, nadie te quitará tu sitio.

Se levantó de la banqueta.

—Tu novia sigue abajo, ¿quieres que suba? —preguntó antes de irse.

Jayden había encogido las rodillas para apoyarse en ellas.

—¿Puedes decirle que no me encuentro bien? —respondió y Margaret asintió.

Su madre ya se marchaba del baño.

—Mamá —la llamó y ella se detuvo—. Siempre me has dicho que quieres que trabaje contigo. —Giró la cabeza para mirarla—. Todo lo que has hecho por mí continuará en el trabajo —suspiró—. Trabajaré en la editorial, aprenderé todo lo que necesite para que estés orgullosa de mí —Margaret asintió—. Pero antes quiero saber qué soy capaz de hacer sin tu ayuda, sin la ventaja del apellido que me diste.

Su madre asintió de nuevo al oírlo.

—Sabes que no estás obligado a trabajar conmigo si no es lo que quieres.

—Claro que quiero —se apresuró a responder—. Y me gustaría poder llegar algún día a hacer todo lo que tú haces. Pero, si no pruebo lo que puedo alcanzar solo, nunca sabré si los logros son porque los merezco.

—Me parece bien. —No esperaba tan buena acogida de su propuesta. A su madre verdaderamente le había gustado. Aquello lo llenaba de tranquilidad, siempre pensó en que molestaría. Acababa de quitarse un gran peso de encima.

—¿De verdad está bien Irina? —Sin aquel peso, con parte de su preocupación liberada, podía interesarse por ella con más sinceridad—. Puede pasar aquí la noche si quieres quedarte más *tranqu*…

Margaret negó con la cabeza y él no acabó la frase.

—Es mejor para ella estar en el centro.

No acabó de entender aquello. No tenía sentido, en un centro de acogida no podría estar mejor que con ellos. Pero su madre lo decía demasiado segura.

—Lo que pueda parecerte más natural, normal y cotidiano no funciona con Irina, solo la pondríamos peor —añadió Margaret.

Cerró la puerta al salir.

10

Diez años después

Jayden

Había bostezado ya tres veces, la luz de la mañana entraba por la ventana. Pero Irina no había bostezado ni una sola vez. No había vuelto a hablar, ni a meterse con él, solo escribió en aquel cuaderno del que a veces arrancaba las hojas y se las ponía encima de los folios haciéndole el trabajo caótico e imposible.

Jayden había leído varios grupos de folios, pero si Irina no le decía de qué iba la novela era difícil que fuese capaz de hacer nada con ella. Él también se había hecho con un cuaderno donde iba esquematizando personajes y secuencias, una forma de demostrarle a Irina que estaba haciendo algo cuando la verdad era que estaba tan perdido como al principio.

—Tengo hambre. —La oyó decir en el mismo tono autoritario de siempre.

Y, como aquellas formas no le gustaban, se hizo el sordo. Ella lo miró de reojo.

—Dime que no tengo que comer otra vez espinacas o brócolis fríos. —Esa vez sí tuvo que levantar la vista hacia ella, pero seguía sin abrir la boca—. Vale, tengo un restaurante abajo.

Irina cerró la libreta.

—No entiendo cómo tienes tantas visitas si tratas así a tus invitados —protestó, apoyando los codos en la mesa.

Jayden alzó las cejas sin dejar de observarla.

—Será que mis invitados tienen mejores formas de tratarme —respondió.

Irina se inclinó hacia él.

—Ya he visto sus formas. —La manta resbaló de sus hombros y cayó sobre la silla—. ¿Esas formas prefieres?

Qué difícil es todo con esta mujer.

Lo miraba de aquella forma irónica y altiva, esperando respuesta. Sabía muy bien por donde iba Irina, de nuevo mofándose de lo que encontró cuando llegó a su dormitorio.

Y yo estoy demasiado cansado para batallar con ella.

Tuvo que echar su espalda atrás para alejarse y ella se irguió en su silla con media sonrisa. Jayden resopló y se puso en pie.

—¿Qué quieres desayunar? —preguntó, sacando platos.

—Sorpréndeme. —Irina miraba las notas que había hecho Jayden.

—No, no, de eso nada. —Sacó leche del frigorífico—. Haga lo que haga dirás que es incomible. —Ya comenzaba a conocerla.

—Entonces no te lo pienses mucho y haz lo que sea.

Ni siquiera levantó la cabeza para mirarlo. Con la silenciosa y apacible noche que habían

pasado volvía a las andadas. No importaba una noche sin pegar ojo, ella parecía tan despierta como siempre, sin un ápice de cansancio, ni mucho menos de guardar las armas.

No iba a pensárselo mucho, llevaba razón. Para qué perder el tiempo, no iba a satisfacerla aunque le hiciera un desayuno de dioses. Cogió pan de molde, unas cuantas galletas y una porción de mantequilla y miel. Llenó un vaso de leche, por supuesto, sin calentar. Y se lo puso por delante a Irina, junto al plato del pan de molde crudo.

No esperaba agradecimiento alguno, ella tenía motivos para protestar. Irina miró el plato.

—Me parece bien la miel, las galletas y hasta el pan crudo. —Cogió el bote de miel para extenderla por el pan—. Pero la leche me gusta caliente.

Imposible acertar, mejor ni esmerarse.

No pensaba calentársela, que se levantase ella. Sacó un bol para hacer la mezcla de las tortas que le gustaba desayunar mientras ella untaba la mantequilla en las galletas. Vio a Irina alzarse en la silla para ver qué había vertido en la sartén.

—Quiero de eso. —La oyó decir.

Giró la cabeza para mirarla.

De verdad que cree que estoy a su servicio.

Pero era mejor no decirle nada, él había hecho una torta de más. De alguna forma presentía que ella se la pediría. Cualquier cosa con tal de no dejarlo tranquilo.

Le echó una torta en su plato y se sentó en la otra silla, esperando a que le dedicara su «gran ovación» a tan delicioso manjar.

La observó por el rabillo del ojo mientras ella cortaba un trozo y se lo comía. Tuvo que aguantar la risa.

—¿Esto desayunas? —Escupió el trozo en una servilleta.

—No son para comerlas solas —comenzó a untarlas con crema de cacahuete.

Irina miraba como las preparaba. Jayden cogió la miel e hizo una espiral sobre cada torta. Luego espolvoreó trozos de nueces encima.

Estaba esperando a que Irina dijese algo, demasiado estaba tardando.

—Quiero una de esas. —La oyó decir y no pudo evitar reír.

—Ya has visto cómo las he preparado, haz lo mismo con la tuya.

—Pero esas ya están preparadas. —Acercó con rapidez el tenedor y Jayden cruzó el cuchillo, el tenedor quedó encajado en él.

—Pero estas son mías. —Movió el cuchillo para retirar el tenedor de Irina de su plato—. Además, seguro que dirías que son lo peor que has comido.

La vio con los labios apretados y entornó los ojos hacia él.

—Podría decir mil cosas menos eso. —Desistió con el tenedor—. He llegado a comer cosas que ni imaginas.

Supuso que se refería a Agra, a su infancia. No podía hacerse una idea y prefería no saberlo. Pero Irina no lo decía con lástima alguna, seguía con la misma soberbia de siempre. Por no sentir, no sentía ni su pasado. Algo no del todo negativo teniendo en cuenta todo lo que habría pasado. Él solo sabía una parte, quizás la parte blanda, la que Margaret quiso que supiese.

—¿Has vuelto a ir a Agra? —Tenía curiosidad.

La curiosidad hizo que perdiera una de las tortas, algunos trozos de nueces se esparcieron por la mesa.

—Cuando piensas eres demasiado lento. —Miró orgullosa la torta en su plato—. No, no he vuelto a ir.

—¿Por qué?

—Porque allí no hay nada mío. —Cortó un trozo y se lo llevó a la boca. Esa vez no escupió nada. Jayden contuvo la sonrisa, sabía que no iba a elogiarle lo más mínimo, pero, cociéndola, el hecho de que no se quejase era un auténtico cumplido.

—¿No hay nadie que puedas visitar? Sitios que recuerdes…

—Los recuerdos no están en Agra ni en ninguna parte que se pueda visitar. Están en mi cabeza y van conmigo a todas partes. —Volvió a comer de nuevo la torta—. Como los tuyos, como los de todo el mundo.

Y llevaba razón, a él no le hacía falta visitar el cementerio ni la casa Larsson para recordar a su madre. La tenía presente en cada momento y donde quisiera que fuese.

Miró todos los folios y cuadernos de la mesa.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a mi madre? —Otra de las curiosidades que quería resolver.

—Unos días antes de que la sedaran. —No sabía por qué, pero era algo que suponía. Margaret se encargaría de avisarlos a todos antes de no poder hablar con ellos.

—¿Tú lo sabías? —No quería preguntarlo, no quería saber la respuesta. Su intuición le dolía en aquel sentido. Sin embargo, su voz fue más rápida que la mente.

Irina no respondió. Claro que lo sabría, desde el principio. Ella estaba siempre con Margaret, tanto en Nueva York como en las giras. Irina sabía cada paso del proceso de la enfermedad de su madre. La parte en la que él se sentía más culpable, no pudo estar en ese tiempo y ese tiempo pasó, lo perdió, no había vuelta atrás.

—¿Y no te dijo nada de esto? —Cogió uno de los cuadernos y lo puso entre los dos.

—¿Que iba a dejarme al pelmazo del hijo dirigiendo mi carrera? No.

Ni lo miró al decirlo.

—Puedo hacerlo bien. —Y lo decía convencido.

Irina alzó las cejas y levantó el cuaderno con las notas de Jayden.

—Se te ve a leguas que estás perdido desde el primer día. Tus empleados no te toman en serio aunque tu madre te haya dejado a cargo de la gallina de los huevos de oro. Están deseando que la cagues, hasta yo estoy deseando ver cómo la cagas. —Hasta se incluía en ese grupo que no creía en él con un descaro sorprendente.

—Claro que sí puedo hacerlo bien. —Le quitó el cuaderno—. Pero tienes que dejar de insultarme y esa actitud que… —negó con la cabeza—. Es imposible ni siquiera hablar contigo. No podemos trabajar así.

No recibió respuesta, ni siquiera una mirada. Ella seguía comiendo tan fresca la torta robada. Jayden estuvo a punto de preguntarle que, si tan esperanzada estaba en que él hiciese un ridículo monumental en su trabajo con ella, por qué acudió a él. Pero eso era asegurarse de que no volviera a ir hasta él. Así que optó por callarse. Que Irina no volviese a recurrir a él era malo,

tanto para él como para ella, y también para el trabajo que tenían que hacer.

El teléfono de Jayden emitió un sonido. Alargó la mano para cogerlo.

—La gata en celo quiere comprobar si anoche dije la verdad. —La miró de reojo antes de observar la pantalla. Irina y aquellas predicciones continuas ya lo estaban hartando.

Alzó las cejas al mirar el móvil. Era Lisy.

—Puedes excusarte con que llevas toda la noche trabajando y vas a dormir. —Irina miró la hora—. O también puedes decirle que venga en un rato porque la escritora pirada se va a su casa. Sería maravilloso para su moral.

Irina se levantó de la silla.

—¿Qué haces? Tú hoy no vas a ninguna parte. —No había pensado en ello, Irina estaba allí y no había qué pensar. Pero ella quería marcharse y él no quería de ninguna manera que se fuese.

Soltó el móvil y se levantó para interponerse entre ella y la puerta.

—Te sentarás ahí y ordenaremos la novela.

Ella se cruzó de brazos.

—Mi trabajo es escribirla, no hay más. Yo ya he terminado aquí. —Lo miró, esperando respuesta.

Qué podría responderle sin sonar desesperado. Toda aquella tranquilidad y confianza que había sentido durante la noche se disipaba. Había sido un imbécil, no podía retener allí a Irina. Decirle abiertamente que, por alguna razón que no podía explicar, no quería que se marchase era hacer que ella tuviese una nueva mofa para arremeter contra él lo que quedase de contrato.

—Apártate de la puerta y llama a tu amiga. Aprovecha tu último día libre de la semana —añadió, levantando la barbilla.

Jayden se apartó para dejarla salir. Momento que Chelsie aprovechó para entrar derecha al arenero.

Recogió la cocina mientras buscaba qué excusa le serviría para retener a Irina, o al menos para hacerla volver en pocos días. Se sentó en la mesa, ojeando lo que Irina había escrito a mano, no sabía qué esperaba que hiciese con eso, apenas podía leerlos, la caligrafía era terrible.

Un olor dulzón e intenso llegó hasta él. Se levantó de un salto, Irina estaba dispuesta a marcharse sin decirle una palabra. Cuando salió de la cocina ella ya estaba en la entrada dispuesta a salir. No sabía cómo en tan poco tiempo le había dado tiempo de peinarse y maquillarse como una estrella, ni mucho menos de dónde había sacado todo lo necesario para hacerlo cuando el bolso era de tamaño medio.

Había vuelto a echarse tanto perfume que era imposible acercarse a ella sin estornudar.

—Irina —la llamó, pero ella hizo oídos sordos.

Oyó la puerta cerrarse antes de que le diese tiempo a dar un paso.

Mierda.

La hubiese llevado a casa, le hubiese prestado un abrigo. Era temprano, haría pocos grados en la calle y ella solo llevaba un minivestido de algodón. Llenó sus pulmones de aire, aún impregnado de Irina, y lo expulsó de golpe.

Su móvil volvió a emitir un sonido. O bien Lisy seguía insistiendo o bien sus amigos se interesaban por él.

Dio un brinco cuando vio la pantalla y cogió el teléfono con rapidez. Era Teresa, preguntaba por Irina, que no le había escrito en toda la noche.

«Ha estado aquí. Se acaba de marchar».

«Me dijo mi hermano que llegó anoche. No sabía nada de ella. Perdona».

Desconocía qué le había contado Nolan, aunque con Teresa le daba igual. Ella conocía bien a Irina, no le sorprendería nada de lo que pasó.

«Teresa, ¿tienes algo que hacer a mediodía? Me encantaría poder hablar contigo sobre ella».

Tragó saliva al leer su propio escrito. Era la primera vez que invitaba a una mujer a comer para, precisamente, hablar de otra mujer. Pero necesitaba dar un segundo paso hacia Irina.

Diez años antes

Jayden

Como siempre por aquellas fechas, su madre había llegado justa a los días navideños. A pesar de que toda Nueva York estaba ya decorada desde hacía un mes, la casa Larsson apuraba hasta horas antes de la cena para poner al menos un árbol que reflejase que estaba en fechas de celebración.

El trabajo de Margaret estaba directamente relacionado con aquellas fechas, eventos y firmas en centros comerciales de los autores más célebres. Acababa de llegar aquella misma mañana del último de sus viajes.

Le gustaba hacer la cena ella misma, normalmente solo para dos, aunque esa vez sería diferente.

Había invitado a todos sus amigos, pero ellos no podían ausentarse de la cena familiar. Únicamente consiguió que se acercasen más tarde. Sin embargo, Kyra sí que había podido escabullirse de la mayoría de compromisos. Iba a pasar la tarde en casa de unos tíos después de ayudar en casa a preparar los regalos de los más pequeños. Pertenecía a una familia numerosa y era la mayor de siete hermanos, algunos de pocos años. Jayden supuso que era una mezcla de madre y hermana. Muchas veces la vio con más responsabilidades de las que debería tener una joven de su edad, pero supuso que así era la forma de vida de las familias numerosas.

Había bajado al trastero a por el árbol y lo cargó hasta el salón donde iban a cenar. Recordaba que los primeros años Margaret ponía una escalera para que pudiese decorar la parte de arriba. Ya no la necesitaba, levantando el brazo llegaba sin problema a la estrella.

Abrió la caja de los adornos. Era curioso, en casa toda la decoración se iba sustituyendo por otra, salvo la navideña. Esta siempre era la misma. Era un árbol y unos adornos que Margaret compró con él en su primera Navidad en casa. Fue él quien lo eligió todo, una decoración excesivamente infantil ahora que la veía con otros ojos, pero ella siempre la mantuvo aunque él fuese creciendo.

Estaba esperando a que Margaret acabase de hacer la cena para que lo ayudase, no le gustaba hacerlo solo. Ya había encendido la chimenea y había desaparecido el frío de aquel salón que tan poco solían usar, demasiado grande para dos personas. Y también lo era para las cuatro que cenarían allí esa noche.

Cogió uno de los muñecos de adorno. Era un pequeño Santa Claus de peluche, de barbas de lana y ropajes de fieltro. Era uno de sus preferidos de niño. Recordaba otro de sus adornos preferidos, pero no lo había visto en ninguna de las tres cajas que había subido del sótano. O bien estaba más al fondo, bajo toda aquella maraña de luces y guirnaldas, o bien se rompió el último año.

—Jayden. —Oyó la voz de su madre y sonrió. Estaba deseando que llegase.

Se acercó a él.

—Aún me queda hacer el postre. —Se puso de rodillas junto a una de las cajas.

—Que le den al postre, ayúdame con esto. —Sacaba una tira de luces—. O no me dará tiempo de terminarlo.

Margaret sacó varias guirnaldas y las puso en el suelo.

—Tengo que terminar el postre, hoy tenemos invitadas. —Apoyó una mano en el hombro de Jayden para ponerse en pie—. Además, te he buscado una ayudante.

Jayden alzó las cejas. Supuso que su ayudante tenía la piel dorada, como si acabase de pasar todo un verano en una barca en medio del mar.

—¿Ella sabe qué es Navidad? —preguntó con ironía, enchufando un reno luminoso para comprobar que funcionaba.

Margaret entornó los ojos. Vio una leve decepción en su madre, quizás después de su conversación unas semanas atrás no esperaba que Jayden volviese a ironizar con Irina.

—No, no lo sabe —respondió, cruzándose de brazos—. Pero es especialista en soledad, miseria, harapos, hambre y sobre todo en supervivencia. Podrías al menos enseñarle que el mundo es algo más.

Bajó la cabeza enseguida, avergonzado.

—Mientras otros niños soñaban con los regalos de Navidad ella deambulaba sola por una ciudad atestada de gente sin tener a dónde ni quién acudir, a los seis años, a los ocho, a los nueve, a los diez, a los doce…

Jayden levantó ambas manos.

—Lo he entendido. —Prefería no saber nada más.

Se puso en pie, sacudiéndose el pantalón que se le había llenado de purpurina. Su madre le puso la mano en el hombro.

—Ella está muy lejos del resto de personas que conoces —añadió—. Nunca podrás tratarla como a los demás, ¿entiendes?

Asintió sin saber qué exactamente quería decir su madre. Era consciente de que nunca fue del todo amable con Irina. Quizás se pasó de soberbio en algunas ocasiones, en un principio porque no creía que Margaret pudiese conseguir nada de ella en lo literario. Luego por los evidentes celos que la sola presencia de Irina le provocaba. Se sintió imbécil como el que más.

—Llevo toda mi vida entre personas y a veces ni yo misma sé cómo hacerlo —suspiró. Luego apretó el hombro de su hijo—. Por eso te pedí que te acercaras a ella. Tienes un don para las personas, solo hay que ver la cantidad de amigos que tienes —rio y Jayden tuvo que sonreír también—. Pero he decidido no volver a pedirte que seas su amigo, ni mucho menos que la integres en tu grupo. No debí presionarte con eso.

—No tiene importancia. —Bajó la cabeza. A esas alturas ya eso era lo de menos.

Dejó caer parte de su peso en Margaret y esta dio un paso atrás perdiendo el equilibrio. Jayden la sujetó enseguida, a veces se le olvidaba su estatura y peso, ya no era un niño.

—Sí, sí que la tiene. Irina es cosa mía, solo que no esperaba que fuese a ser tan… difícil —suspiró de nuevo—. La combinación de su carácter con la vida que ha llevado hace que se haya

formado una mezcla que… —Guiñó ambos ojos. Sacudió la mano—. Olvídalo, no tengo que meterte en mis asuntos. Y no debí hacerlo nunca, solo quería saber qué pasaba si la dejaba en tus manos.

Él alzó las cejas.

—Pues ya ves que ninguna de las veces que me he acercado a ella ha salido bien —ironizó él y Margaret negó con la cabeza—. Pero puedo probar una vez más, prometo al menos que no acabará en la piscina.

Margaret se apartó de él riendo.

—Va a ayudarme con el árbol, ¿no? —Dio unos pasos atrás para acercarse a aquel enorme abeto artificial a medio montar—. Confía en mí.

Su madre entornó los ojos mirándolo durante unos segundos.

—Confía en mí —repitió.

Ella abrió la boca para decir algo más, pero alguien llamó a la puerta. Ambos se giraron hacia ella.

—¡Irina! —Margaret sonrió y su sonrisa se convirtió en risa.

Jayden alzó las cejas. O Irina había aumentado la edad en los pocos días que hacía que no la había visto o bien en el centro se equivocaron de tutelada para enviársela.

Quizás fuera porque era la primera vez que llevaba el pelo suelto, aquel pelo liso que siempre se recogía en la nuca con una goma. Llevaba un vestido de manga larga gris claro, ni muy largo, ni muy corto, en forma de campana, mezcla de atuendo entre mujer y niña. Por lo que podía apreciar apenas llevaba maquillaje, pero con aquel color de piel privilegiado poco necesitaba aquellos ungüentos que tanto les gustaban a todas las chicas que conocía.

—Estás preciosa. —Oyó decir a su madre que ya había llegado hasta Irina.

Margaret pasaba una mano alisándole el vestido. Jayden comprendió que debía de ser un regalo de su madre. De ahí que Irina vistiera con una elegancia a la altura de Margaret Larsson, lejos de los entallados y escotes que solían llevar las chicas de su edad.

Entornó los ojos hacia ellas. Ya que Margaret hablaba con la joven, y no estaban pendientes de él, podía observarla bien. Por alguna razón sabía que no debía mirar a Irina más de lo debido si esta se daba cuenta. Su madre no le había aclarado nada sobre dónde estaba la dificultad con aquella chica callada. En un principio, cuando la conoció, pudo apreciar una timidez superlativa, pero luego esa timidez no le parecía clara. Quizás Irina prefería observar a hablar. Eran demasiadas veces las que la había visto observar a través del ventanal cuando él estaba allí con sus amigos, hasta estos se mofaban de la curiosidad de la joven. Bromeaban con él mismo, le decían una y otra vez que Irina se había prendado de él y que por eso los observaba. Pero o bien Irina no entendía las mofas o bien le daba igual y seguía observando. Algo realmente incómodo cuando, además de observar, escribía en un cuaderno.

«Tu madre te ha puesto una vigilante, por eso se empeña en que la lleves cuando sales con nosotros», decían Nolan y Elliot. Hasta él mismo lo pensó, sin embargo, ahora Margaret le había dicho algo que sonaba bien diferente.

Una mente brillante, una personalidad de cristal, un carácter complejo.

Repasaba en su mente un resumen de todas las pinceladas que su madre solía decir sobre ella.

Podría resultar creíble de cualquier otra chica, pero Irina era aparentemente simple, apenas había escuchado su voz unas pocas veces. No era precisamente la imagen que tendría de alguien con aquellas particularidades. Pero si Margaret, con la trayectoria que tenía, le aseguraba que a veces ni ella misma sabía cómo hacerlo, supuso que el tema tenía que ser serio y ahora encajaba aquel incidente de la piscina.

—Jayden, aquí tienes a tu ayudante. —Su madre lo sacó de sus pensamientos.

Irina

Jayden estaba en medio de cajas y trastos tirados en el suelo. El olor de Margaret se fue alejando, la dejaba sola en el salón con él. Bajó la cabeza y se mordió el labio, no había vuelto a verlo desde la noche de la caída a la piscina. Sabía que estuvo dos días con fiebre por su culpa, tendría que disculparse. Sin embargo, su cuerpo no reaccionó de ninguna manera a aquella temperatura helada, ni un simple resfriado, absolutamente nada. Supuso que quizás su cuerpo, por causas evidentes, estaba más inmunizado a todo que el de Jayden.

—¿Sabes cómo se pone esto? —preguntó él y ella negó con la cabeza.

Oír su voz hizo que el sentimiento de culpa aumentase. No sabía cómo tendría que actuar en aquel caso, ¿debía preguntarle cómo estaba? Eso sería sacar el tema, quizás ya olvidado por él. Ya se encontraba bien, tan impecable como siempre. Su pelo ondulado estaba más peinado que de costumbre, también su ropa era diferente a la habitual. Fuera como fuese, la imagen de Jayden siempre lograba hacerla tan ligera que podía sentir los pies levitar del suelo.

Él la miró de reojo.

—Voy a poner las luces mientras tú sacas las cosas de las cajas, ¿vale? —Su voz sonaba distinta a las otras veces. Quizás Margaret le había dicho que fuese más amable con ella o quizás aquellas fiestas familiares sacaban la parte sensible a las personas. Eso solían decirles en el centro cuando les explicaron en qué consistía y cómo se celebraba aquella fiesta, teniendo en cuenta que cada uno venía de una parte del mundo con su cultura, creencias y costumbres. La conclusión que sacó después de aquella clase de inclusión parecía certera.

Todo el mundo se esfuerza en ser bueno en Navidad.

Se arrodilló en el suelo y se dio cuenta de que estaba lleno de purpurina. Lo lamentó por aquel vestido gris con bordes de terciopelo negro que Margaret le había regalado. Era bonito y supuso que habría costado un dineral, pasó la mano por él para sacudirlo, nunca había tenido un vestido con una tela tan suave.

Agradeció estar en el suelo, los zapatos que iban con el vestido tenían tacón y, aunque no era muy alto, sus empeines no estaban acostumbrados a aquella postura. Le dolían bastante. Tampoco estaba acostumbrada a llevar pantis, picaban, sonaban al roce y eran tremendamente incómodos.

Estar arrodillada en el suelo sin poder sentarse sobre los talones la hacía no saber cómo ponerse. Se mordió el labio, pensando. Se quitó los zapatos y los dejó a un lado, al menos así

podría curvar los pies por completo y sentarse cómoda.

—Ve ordenándolos por tamaños, así será más rápido colgarlos. —Oyó la voz de Jayden que estaba al otro lado del árbol, este era tan grueso que no podía verlo—. ¿El centro donde vives no está decorado?

—Sí. —Empezó a sacar cajas con estrellas, bolas, pequeños muñecos, diminutos instrumentos y lazos, y los agrupaba en el suelo.

Jayden se asomó tras el árbol, estaba esperando a que dijera algo más, esperó unos instantes y al comprobar que no había más palabras por su parte volvió tras el árbol.

—¿Cómo estás en el centro? ¿Te gusta? —Su voz era más cercana, aquella fiesta debería ser realmente buena si conseguía aquellos cambios en las personas.

—Claro que me gusta. —Jayden rodeó el árbol y ya regresaba a donde estaba ella—. Somos todos diferentes y algunos ni siquiera hablan el idioma, pero estoy lo mejor que podría estar.

—¿Tienes amigos allí? —Se arrodilló junto a otra caja.

—Mi compañera de habitación, Chio. Pero aún está aprendiendo inglés.

Sacó un muñeco completamente redondo y se detuvo a mirarlo. Era uno de esos de cara redonda y gorro rojo, aquel personaje que todos adoraban. Pero solo tenía una cabeza grande, sin cuerpo, y unos pies pegados a ella.

—¿Sabes quién es? —preguntó Jayden.

Irina observaba el muñeco, tenía que reconocer que el personaje tenía carisma.

—Santa Claus —respondió—. Una noche al año se monta en un trineo volador y reparte regalos.

—Exacto. —Se inclinó hacia ella para ver el muñeco.

—Cuando era niño me acostaba en la cama y hasta creía oír los cascabeles del trineo —rio—. Te parecerá de imbécil, supongo, pero realmente creía que era de verdad.

Irina negó con la cabeza.

—Otros niños solían asustarme con historias de monstruos que raptaban niños. Creo que aquí lo llamáis «el Momo». —Levantó los ojos hacia Jayden y él asintió—. Solía ver sombras por las noches.

Él se echó a reír.

—En macabro es similar. —Cogió el muñeco de las manos de Irina. Torció los labios—. También imaginaba sombras después de ver películas de miedo a escondidas de mi madre.

Jayden había sonreído y ella lo imitó. Él la miró de reojo y en su expresión fue consciente de su propia sonrisa. Le desconcertó su propio gesto y aún más lo que le había transmitido el joven para causar esa sonrisa. Entendió que a través de aquellos objetos esparcidos por el suelo podía haber toda una vida, la de Jayden. Que estos habían presenciado cada año las ilusiones y madurez de un niño que de verdad creía que un ser mágico repartía regalos esa noche. Bajó los ojos hacia los adornos, mucho más infantiles que con los que los cuidadores habían decorado el centro. Aquellos eran objetos fríos, sin historia, sin embargo, en estos podía notar que estaban repletos.

—Pero al final Santa Claus no existe y, por suerte, el Momo tampoco —añadió Jayden.

Irina metió la mano en la caja de nuevo y sacó un reno de pelo. Parecía estar relleno de arena,

pesaba tanto que no sabía qué rama podría soportar aquel peso. La miraba sonriente con sus ojos saltones, podía imaginar cómo sería esa mirada para un niño rodeado de regalos y chocolatinas. Una mente virginal e inocente para la que el mal no existía, ni tampoco el hambre ni las penurias.

Recordaba su primera Navidad en el centro, en la que los cuidadores insistían en ver películas o leer cuentos navideños y solo uno de estos llamó su atención. Se titulaba *La cerillera* y contaba la historia de una niña que mendigaba por la calle mientras otros celebraban en familia aquella festividad. Le encantaba la forma en la que el autor narraba cómo la pequeña veía a través del cristal mesas repletas de comida, chimeneas para calentarse y calidez familiar.

A través de un cristal.

En la versión edulcorada que leyeron en el centro la encontraban dormida a la mañana siguiente. Irina buscó al autor y otras ediciones, algo le decía que aquel final no encajaba con el realismo con el que narraba el contraste entre la felicidad y la más absoluta tristeza. En la versión antigua la niña apareció muerta, había muerto de frío después de haber gastado todas las cerillas.

Un gran escritor Hans Christian Andersen, que en tan escueto relato hacía que le escociese la garganta solo de recordarlo. Una obra maestra de pocas páginas que lograba transmitir tan acertadamente lo que había sentido una y otra vez cuando tenía la misma edad que la niña de los fósforos.

Dejó el reno en el suelo, no se había equivocado, era guardián de numerosas historias, Jayden se había apresurado a cogerlo.

—Claro que existe el Momo —dijo Irina metiendo de nuevo la mano en la caja. Él se sobresaltó y dejó de mirar el reno para mirarla a ella.

Siempre estuvo al otro lado del cristal. Él nunca sabrá lo que es estar mirando por la ventana y yo nunca sabré lo que es estar dentro, junto a la chimenea.

Sin embargo, estaba cerca de una chimenea. Quizás a ella nunca se le acabaron las cerillas como a la niña del cuento.

—El Momo a veces me robaba. El Momo llegó una noche y me dijo que tenía que casarme con un señor cuando yo tenía doce años, pero escapé. El Momo me raptó para ofrecerme a turistas a cambio de dinero, pero logré escapar otra vez. —No miraba a Jayden, sin embargo, sabía que él había quedado inmóvil. Irina acababa de tocar con su mano una bola de cristal enorme y pegada a una base que pesaba demasiado para sacarla con una sola mano—. El Momo tenía muchos nombres y muchas caras. Supongo que Santa Claus también.

Sacó la bola con ambas manos, era de esas esferas que si las movías caía nieve en su interior, en esta caía sobre una casita del color del chocolate. Un muelle hacía que el diminuto trineo de Santa Claus flotara encima de la casa.

—¿Algún año te has quedado sin regalo de Navidad? —preguntó. Jayden seguía inmóvil, negó con la cabeza—. Entonces es que existe.

La nieve quedó en la base, la giró para que volviera a moverse, pero era tan pesada que se le resbalaba. Jayden enseguida puso la mano para ayudarla, parecía que ya podía respirar después de oír aquel escueto y rotundo relato. Se desplazó en el suelo hasta ponerse frente a ella.

—Ese es mi adorno favorito, pensaba que se había perdido. —Los dos miraban cómo volvía a caer nieve y purpurina sobre la casa.

Jayden era consciente del peso de sostener un objeto como aquel y acercó su otra mano para que Irina no soportase tanto peso en el aire.

—En mi cabeza yo estaba en esa casa, durmiendo mientras él traía mis regalos. —Sus manos eran grandes, conseguían envolver la base de la bola y las manos de Irina en medio. Notaba el calor que desprendía ir pasando a su piel—. Pero no siempre estuve dentro de esa casa.

Ya solo había flotando algunos trozos de nieve. Notó una corriente entre las costillas. Margaret nunca le había dicho nada ni ella logró preguntar. Sabía que era soltera, que nunca había estado casada y tampoco le refirió ningún amor importante en su vida. Pero no era eso lo que más le llamó la atención. Entre las numerosas fotos de Jayden en el despacho y las salas de la casa Larsson, nunca tenía menos de unos cuatro o cinco años.

—Nací en Australia, pasé unos años en un colegio interno allí, hasta que me trajeron a Estados Unidos a un orfanato. —Ya no caía nieve, pero Jayden sujetaba la bola tan firme que no podía darle la vuelta—. Por suerte, si hubo momos, no los recuerdo.

Lo notó apretar las manos.

—A la de tres —dijo él, contó y giraron la esfera poniéndola derecha de nuevo. La nieve y la purpurina comenzaron a caer mientras el muelle mecía el trineo.

Podría tirarse horas mirando cómo caía la nieve en aquella bola enorme a través de la cual podía ver el rostro de Jayden, tan ensimismado como ella.

—Muchos nombres y muchas caras —repitió él y lo vio sonreír a través del cristal—. Eso explica que pasen los años y la ilusión sea parecida aunque los regalos pasen a un segundo plano. —Entornó los ojos hacia la casa de chocolate—. Sigo en esa casa —murmuró pensativo.

Levantó los ojos hacia ella y su expresión al mirarla le recordó a la de Margaret. Pero que esa vez fuese el lejano Jayden el que la mirase así hizo que la nieve y la purpurina pareciesen caer en la boca de su estómago produciéndole un cosquilleo persistente que hizo que tuviese que bascular su cuerpo.

—A la de tres. —Fue ella la que lo dijo, necesitaba que dejase de mirarla así.

La giraron a la par, aunque Irina no hacía fuerza alguna y era Jayden el que soportaba todo el peso. La volvieron a colocar, cada vez que la giraban y toda la esfera se llenaba de aquellas motas blancas con purpurina le gustaba más.

—Si alguna vez regresa el Momo, con cualquier cara o cualquier nombre, recuerda que puedes recurrir a un muro de dos metros para espantarlo. —Lo oyó decir y tuvo que reír. La nieve de su interior era más abundante que la de la esfera y se multiplicaba por segundos.

Oyó algo en la puerta. Irina se giró, Margaret estaba apoyada en el marco riendo.

—Pero mira que sois lentos —dijo con ironía—. Menos mal que han llegado refuerzos.

Kyra acababa de llegar. Intentó quitar las manos de la esfera, pero Jayden la tenía atrapada.

—Ya casi he terminado, en unos minutos estoy con vosotros —dijo Margaret yéndose de nuevo.

Irina miró aterrada como la señora Larsson se iba del salón. No sabía la razón, pero necesitaba que estuviese cerca. Miró a Kyra de reojo.

—¿Tanto pesa esa bola? —En su tono bromista Irina notó algo que hizo que aquella lluvia de su interior hirviera en su estómago.

Seguía con las manos atrapadas.

—No es lo que pesa, es lo que significa. Si se rompe tendremos un drama. —Jayden se alzó de rodillas—. Sujétala —le pidió a Irina para ponerse de pie.

Notó el peso completo del adorno mientras Kyra besaba a Jayden.

—No es bueno tener ese tipo de arraigos con objetos —dijo ella mirando la esfera—. Si tuvieras hermanos lo entenderías —rio.

Jayden le quitó la bola de las manos y se la llevó a la mesa.

—¿Tienes hermanos, Irina? —le preguntó.

Kyra tendría que conocer su situación, no venía a cuento la pregunta. Aunque, si lo meditaba, podría estar en acogida y tener hermanos, otros chicos del centro sí los tenían. Negó con la cabeza.

La novia de Jayden suspiró.

—Yo podría daros unos cuantos…

Caminó hacia el árbol medio vacío y lo rodeó.

—Es enorme, en mi casa con los cafres no duraría ni media hora. Lo rompen todo —resopló —. Romper, romper, su afición preferida.

También está al otro lado del cristal.

Hermanos, familia… siempre le llamó la atención cuando llegaba la noche y veía encendidas las luces en las casas y los bloques de pisos. Quizás porque allí dentro había un mundo que no conocía.

Kyra llevaba un vestido rojo que entallaba su esbelta figura. Tenía que reconocer que, aunque para su gusto Jesica tenía la cara más dulce y hermosa, la silueta de Kyra poca competencia tenía. Y ella sabía sacarle partido fuese con vestidos, abrigos o con pantalones cortos de deporte.

Irina se miró el vestido, lo tenía lleno de purpurina, lo sacudió sin mucho éxito. Siguió sacando adornos de las cajas mientras Jayden los colocaba en el árbol con ayuda de Kyra. Ellos charlaban sobre gente que no conocía. Pudo comprobar que la joven estaba muy aburrida, o tenía mucho tiempo libre a pesar de tener una familia tan numerosa o bien estaba practicando para narrar novelas. Porque no podía ser posible tal punto de perfección narrativa en detalles a la hora de contar los chismes.

Le doy un boli y Margaret lo fliparía.

Siendo aparentemente invisible pudo enterarse de varias historias que bien podría entremeter en una de sus novelas.

Quizás ella también podría ser escritora.

Sacudió la cabeza. Cualquiera podría contar una historia de amor, eso era fácil. De hecho, las librerías estaban llenas de novelas que solo contaban historias. Eso estaba lejos de lo que Margaret le estaba enseñando. Ella lo sentía como si esa mujer metiera la mano en sus entrañas, las agarrase fuerte y las sacara para ponerlas encima de la mesa. Eso era exactamente.

Y duele.

Con el tiempo dejaría de doler, supuso. O esa era la esperanza que albergaba. Tenía allí muy cerca el ejemplo de que por mucho que viese a Kyra con Jayden no dejaba de doler un ápice, al contrario, su interior se calentaba hasta hervir y querer salir corriendo hacia la piscina de nuevo.

Y aquello lo volvía a sentir igual de real cuando lo narraba una y otra vez en algunos relatos. Se miró el estómago, ¿por qué ardía más que otras veces?

—Se va a morir cuando se entere de que estoy en tu casa ¿Irina no entiende bien el idioma? —Oyó murmurar a Kyra y se sobresaltó. Seguramente le habrían dicho algo y ella no había respondido.

Miró a la chica, tenía un teléfono en la mano y se lo ofrecía.

—¿Puedes hacernos una foto? —le dijo despacio, como si ella fuese lela.

Irina miró el árbol, o ellos habían sido veloces o llevaba más tiempo pensando del que suponía. Cogió el teléfono.

No tenía ni idea de cómo se manejaba un cacharro de aquellos, pero podía ver a través de la pantalla, así que Kyra se lo había puesto fácil. Esa acción la había hecho numerosas veces en Agra, en los alrededores del Taj-Mahal, donde todo el mundo quería inmortalizarse por si fallaba la memoria.

Alzó el móvil, en la pantalla se veía con más luz. Kyra se puso de perfil y rodeó el cuello de Jayden, casi colgándose de él.

Es cualquier cosa menos natural.

Artificio de pareja perfecta de dos jóvenes de belleza por encima de la media, que se aman y son felices, junto a un árbol de Navidad.

Un cuento perfecto.

Pulsó la pantalla varias veces. No quería preguntar si se hacía así y parecer aún más imbécil de lo que ya se mostraba.

—¿Ha salido bien? —preguntó Kyra.

Muy guapos y perfectos, sí. Creo que eso es lo que querías.

Alzó las cejas ante su pensamiento mientras le quitaba el móvil. Sabía que volvía a perderse en sus reflexiones internas, alejarse de Jayden y de Kyra sin remedio. La oyó decir algo de subirla a Facebook para que la viese una chica que no le caía bien, según había dicho antes, porque buscaba a Jayden continuamente. Según le habían explicado, las redes sociales eran algo así como revistas de cotilleos, pero a nivel particular. Todo el mundo enseñaba su vida, la mejor parte, claro está.

Eso es lo que quería Kyra, una foto para la red social.

—¿Por qué? —preguntó y Jayden y Kyra la miraron.

Sintió sus miradas como si un mudo hubiese hablado por un milagro. No respondían, supuso que no la habían entendido bien.

—¿Por qué la pones ahí para que la vea todo el mundo? —Esa vez fue más explícita.

Si solo quieres que la vea una persona, sería más correcto enviársela a ella directamente.

Kyra miró a Jayden esperando que él respondiese. Irina entornó los ojos hacia ella, era quien tenía que responder, le había preguntado a ella y no a Jayden.

No sabe qué responder.

Porque sonaba demasiado ridículo si lo decía en voz alta, por eso no le respondía. Seguía arrodillada, con los pies descalzos y llena de purpurina dorada. Tenía tanto calor en la boca del estómago que pronto comenzaría a sudar.

—Irina no entiende de redes sociales, no la dejan tenerlas aún —dijo Jayden y sonaba apurado. Ni siquiera sabía cómo conocía aquel detalle sobre sus permisos. Se lo habría dicho Margaret, ella le daba mucha importancia a las redes desde el punto de vista comercial cuando comenzasen a publicar.

Pero Jayden lo decía apurado, como excusando su pregunta, cuando ella no había preguntado nada fuera de lo normal. Bajó la cabeza para mirar su vestido con la purpurina pegada. Tendría que sentirse abochornada, tendría que sentirse pequeña, debería querer salir corriendo de allí y esconderse. Pero no sintió nada.

Levantó los ojos hacia Kyra y notó el bochorno ajeno. Únicamente le había hecho una pregunta.

Poner la foto para que la vean todos solo porque quieres que la vea una joven con la que no te llevas bien.

Ladeó la cabeza. Cuando narraba solía explicar el mínimo detalle sobre cada acto de sus personajes, pero en la realidad eso parecía sentar mal. La realidad no gustaba si no era tras los filtros de una foto modélica.

Era curioso, ahora que lo meditaba. Podría narrar a Margaret o podría narrar a su compañera Chio y estas no inmutarse con sus palabras. Eran tal y como se mostraban y sus acciones eran naturales, nada por lo que abochornarse. Pero ya estaba viendo que no era lo habitual.

Narrarlos.

Era lo que hacía día y noche, no importaba mucho si ellos eran reales o no, los narraba todo el tiempo.

Miró de reojo a Jayden, seguía apurado por algo, quizás por temor a que ella pudiese decir algo más. Al mirarlo la nieve regresó a su estómago fresca y ligera. A Jayden sería un placer narrarlo en voz alta, aunque este también tendría por lo que abochornarse en algunos momentos, como cuando le podían los celos contra ella. O en aquel preciso instante en el que temía que pudiese salir por su boca una palabra que iniciase una disputa entre féminas. Y no precisamente entre cualquier fémina, sino su novia y la protegida de su madre. Mala combinación.

Se sacudió la purpurina. Si Kyra se había quedado sin palabras con una estúpida pregunta, no quería ni imaginar si le hubiese dicho algo sobre cómo había echado chispas cuando la encontró en el suelo con Jayden y aquella bola de nieve.

Suspiró. Las personas del mundo real no estaban preparadas para oír la verdad natural que hay tras sus actos o conversaciones concretas. Entendió entonces por qué nunca faltaban las cortinas en los teatros. Su trabajo consistía en descorrer esas cortinas y narrar lo que había tras ellas en un papel.

Diez años después

Jayden

No sabía si Teresa le había dicho algo a Irina de que él quería hablar con ella. Ni tampoco sabía hasta qué punto todo lo que quería saber pudiese estar sesgado por la lealtad entre amigas.

La hermana de Nolan fue puntual. Con aquella sonrisa amable, lejos de la ironía de su hermano, se sentó en la mesa frente a él.

—Gracias por venir. —La verdad era que no esperaba cooperación alguna.

—Mi hermano me dijo que estabas realmente desesperado. —Hizo una mueca—. Así que aquí estoy.

Se alegraba de que los padres de Nolan lo obligasen a llevar a su hermana pequeña a todas partes. De otra manera, ella no hubiese conocido a Irina ni él tendría a quien recurrir. Fue gracias a Teresa que la encontró la primera vez, se la debía.

—¿Ella lo sabe? —Necesitaba saberlo. Así podía saber si Teresa realmente le hablaba con libertad o solo decía una parte de todo lo que quería saber.

—Claro que lo sabe, me dijo hace tiempo que recurrirías a mí. Dice que eres demasiado lento para todo, así que, más o menos, calculó que sería esta semana o incluso la que viene.

Puso el codo en la mesa para apoyar la frente en su mano. Solo acababa de comenzar y ya, hasta sin estar presente, Irina conseguía quitarle las ganas de vivir. Si quería verlo hundido o colgado de una viga del ático, lo estaba haciendo realmente bien.

No podía actuar ante Teresa, perdería el tiempo y encima se mofarían de él más aún de lo que ya harían Irina y sus amigas.

—Vale, sí, me tiene desesperado —confesó y Teresa sonrió. Jayden levantó la cabeza—. A veces dudo si lo hace queriendo, le gusta poner a las personas al límite. —Alzó las cejas—. Hasta temo comenzar la gira y llevarla a eventos… —Apretó los párpados—. No sé si con vosotras también lo hace.

Resopló, recordando cada bala de «metralleta Irina» que había soltado contra él desde el día del cementerio. Levantó los ojos hacia Teresa, esta reía.

—Dime que es un papel, que no es real. No puede ser real. —Cogió la carta del restaurante—. A veces está en silencio o dice cosas medio normales y entonces pienso que todo va a ir bien. Pero luego vuelve a decir sandeces y esa esperanza desaparece.

La risa de Teresa aumentó.

—Lamento decirte que no es un papel —respondió, ojeando la carta.

Jayden guiñó ambos ojos.

—¿Con vosotras también actúa así? —Pensaba que sería diferente. Le decían que Irina no actuaba así con Margaret.

Teresa asintió con la cabeza.

—Y con tu madre también —añadió y Jayden notó cómo se derrumbaba un edificio en su

cabeza.

Abrió la boca para añadir algo, pero el camarero ya estaba allí para tomar nota. Pidió sin pensar mucho, quería aprovechar aquella conversación y solo contaba con el tiempo de la comida. Ella tampoco tardó mucho.

—Me habían dicho que con mi madre era diferente. —Aún no se recuperaba. Su esperanza de poder llegar hasta Irina se alejaba.

Teresa abrió la servilleta y movió los cubiertos.

—Aún no has pasado el suficiente tiempo con Irina como para entenderlo, pero por lo que me dices ya has percibido que a veces no te es tan desagradable su compañía, ¿verdad?

Jayden la señaló con el dedo. Exactamente eso era lo que más le llamaba la atención. A veces Irina cambiaba de talante, lo comprobó aquella misma noche. Pudo estar horas junto a ella. Pensar en su compañía hizo que se abriese un abanico extraño en su pecho. Lo había tenido durante toda la mañana, si Irina hubiese sido cualquier otra ya le habría escrito preguntándole cómo estaba y hubiese podido hablar con ella hasta que aquella sensación vacía y desesperada se disipara. Pero ella no era cualquier otra, era Irina Yadav y si se dignaba a responderle lo dejaría aún peor.

—Es exactamente así como actúa con nosotras —añadió Teresa.

Jayden negó con la cabeza.

—Entonces llevo razón, hace un papel con el resto de mortales. —El camarero llevó las bebidas.

La joven negó con la cabeza.

—Hay una parte de Irina que es igual para todos, es una persona solitaria, no le gusta que nadie invada su casa… —Jayden hizo un ruido con la boca y Teresa detuvo el relato.

—Pues bien que llega avasallando casas ajenas —murmuró y la chica se echó a reír. Supo que Nolan se lo había contado todo.

Teresa sacudió la mano para que se centrasen en lo que estaban hablando.

—Hay un círculo alrededor de ella que no se debe traspasar. Y todos, incluida tu madre, lo hemos respetado siempre. —Se detuvo para dar un sorbo al refresco—. Luego está esa parte a la que llamas difícil.

—Imposible —puntualizó Jayden y ella alzó ambas manos.

—Cuando Irina habla seguramente te enfadas y eso hace que no analices bien lo que dice.

—Es complicado analizar tal ristra de groserías.

Teresa alzó las cejas al oírlo.

—¿Esa ristra de groserías se las inventa?

Llegaron los platos, lo que le dio margen para pensar la respuesta.

—A veces. —Ni siquiera la miró al decirlo.

—Se las inventa solo cuando te las dice a ti, ¿verdad? —reconoció la ironía de Nolan en su hermana—. No se las inventa cuando se las dice a los demás.

No sabía si la carne estaba demasiado hecha o si la garganta se le había estrechado, pero le costó trabajo tragarse aquello.

—Sean ciertas o no, no tiene derecho a decir esas cosas a todo el mundo que se le ponga por

delante. —Tuvo que beber para que la carne bajase del todo.

Teresa había alzado las cejas.

—¿Por qué a veces con algunas personas actúa diferente? —La oyó preguntar.

—No lo sé, ¿sois iluminados dignos de su respeto? No tengo ni idea, dímelo tú.

Ella guiñó ambos ojos.

—Tú ya lo has vivido.

Recordó a Irina en la cocina de su casa, oliendo la melisa o dejándose tapar con una manta. También la recordó en la puerta de su habitación recogiendo la maleta del suelo aunque él en ese momento no anduviera muy fino de modales. Suspiró.

—¿Tiene algún problema mental? —respondió.

Teresa puso los ojos en blanco.

—Pues explícamelo. Porque el que va a terminar tarado soy yo. —Volvió a probar un segundo trozo de carne.

Esa vez esperó a que él tragara, quizás había sido demasiado evidente la vez anterior cuando le soltó la certeza de las groserías de Irina.

—Irina siempre es igual, no es una actuación, ella no cambia. El que cambia eres tú sin ser consciente.

Apoyó el codo en la mesa y se puso la mano en la sien. Irina seguramente era inestable y sus amigas, por lo que podía comprobar, le seguían la corriente.

Cómo voy a ser yo.

Cogió aire por la nariz sabiendo que su conversación con Teresa no le aclararía nada, sino todo lo contrario.

—Es tu amiga, pero no intentes excusarla. Sabrás por tu hermano las formas en las que se presentó en mi casa.

Ella contuvo la risa.

—Y la culpa de que actúe así, ¿también es mía?

—No se trata de tener la culpa. —No podía hablar con la risa.

Esperó a que Teresa acabase de reír.

—Y con ese carácter tan… «original». —No sabía cómo calificarlo sin ofender a Teresa—. ¿Cómo es su relación con los hombres? Quiero decir… —La expresión de ella lo hizo dudar.

—Sé lo que quieres decir. Y, sí, tiene relaciones con hombres, pero no suelen ser ni largas ni formales. Ya te he dicho que ella tiene una zona que no se puede pisar.

Agradeció no tener nada en la garganta, no hubiese podido tragar. No imaginaba a Irina intimando con nadie con aquel carácter y el hecho de que existiese la posibilidad de que en esa intimidad ella pudiese mostrarse de otra manera, le hervía por dentro aún más que cuando ella lo atacaba con sus groserías.

—Estaba preocupada por ella. Llevaba una semana sin verla, era la primera vez que volvía a escribir desde que no está tu madre.

Aquello le interesaba, le interesaba tanto que soltó el cubierto para escucharlo con atención.

—Irina suele vivir en un caos continuo, ¿no has ido nunca a su casa? —Jayden negó con la cabeza, pero podía imaginarlo según la vio actuar en la cocina—. Ese caos supera los límites

cuando escribe. Mal come, mal duerme… Tu madre solía estar muy encima de ella en ese sentido.

Sabía que la relación de su madre con Irina traspasaba el marco laboral. Comenzaba a entender las razones.

—Me dijo que comenzaba una novela y he estado escribiéndole cada día, pero anoche no me respondió. Luego Nolan me contó que estaba en tu casa y, como seguía sin responderme, recurrí a ti. —Teresa entornó los ojos—. La verdad es que me ha sorprendido. ¿Dices que es imposible? Has retenido a Irina Yadav toda una noche —comenzó a reír—, todo un logro.

Jayden movió la mano quitándole importancia.

—No la dejé irse de ninguna manera.

Teresa negó con la cabeza.

—No dejarla ir no es suficiente —sonrió y Jayden sabía que era verdad. Por la mañana no tuvo forma de retenerla—. Tú cambiaste, por eso se quedó.

Ni siquiera fue del todo amable con ella en un principio, estaba enfadado, hasta alzó la voz en alguna ocasión. Sin embargo, fue pasando el tiempo y todo fue mejorando hasta llegar aquel silencio placentero del final. Un silencio que según Teresa no fue obra de Irina, sino de él mismo.

Esto es de locos.

Contuvo la sonrisa, aunque la situación era para llorar. Sin embargo, rememorar la noche, y de alguna forma recobrar ese sentimiento placentero, lo hizo sonreír sin remedio.

—Cuando me enteré de que tu madre dejó a Irina a tu cargo que sepas que me alegré.

Le agradeció las palabras a Teresa, realmente necesitaba que alguien le dijese algo positivo.

—Serás la única. —Tuvo que contener la sonrisa de nuevo al recordar la reacción de Irina—. Inexperto, inepto… todos sinónimos de inútil.

Ella volvió a reír. Luego miró a Jayden.

—Así te describiría en una novela —añadió y él frunció el ceño.

Esperaba que dijese algo más, pero ella callaba, se terminaba su plato de pasta.

—En cuanto a su pasado, ¿sabes si queda algo? ¿Tiene algo que ver con ese carácter?

Teresa negó con la cabeza.

—Una vez oí decir a tu madre que uno de los problemas de Irina son sus sentimientos. Según ella, había que tener en cuenta que la mayoría de sentimientos, los más normales para nosotros, solo los había vivido a través de los libros. Creció sin hilos familiares, absolutamente nada. Sola, Jayden. Luego llegó aquí y, por muy buen trabajo que quieran hacer los cuidadores, la afectividad real con la que crecemos la mayoría de humanos tampoco la tuvo. Todo eso se unió a que su trabajo es precisamente ese, la explosión de sentimientos humanos. Añade una personalidad transparente y una incapacidad de gestionar todo eso que no ha vivido.

Se rompe todo el tiempo.

Recordaba las palabras de su madre.

—A veces yo misma tampoco lo logro entender del todo. Intento imaginar algo parecido a lo que le pasa con las enfermedades comunes. Irina nunca enferma, su cuerpo se ha hecho inmune, más que inmune, es como si estuviese blindada. —Aquello le recordó a Jayden el chapuzón en la

piscina helada, sus días de fiebre mientras ella, que estuvo más tiempo bajo el agua, no tuvo ni un leve resfriado—. Pues eso.

No tenía más ganas de comer, había perdido el apetito por completo. En vez de aclarar nada, estaba enredando más las ideas que tenía en la cabeza. Y esta ahora no estaba lúcida del todo. Era consciente de que nadie, aunque su madre hubiese estado viva, podría ayudarle con Irina. Ya estaba comprobando que ella no actuaba de la misma manera con todo el mundo, ni siquiera con él mismo todo el tiempo, pero Teresa aseguraba que los cambios de Irina dependían de quién tuviese delante.

No hay a quién le quepa eso en la cabeza.

Diez años antes

Irina

Durante la cena estuvo callada todo el tiempo; salvo cuando Margaret le preguntaba, una maniobra para que entrase en conversación continuamente. Pero ella prefería callar y comer mientras su mente no dejaba de dar vueltas a los momentos previos a la cena.

Tenía la bola de nieve a unos metros y la miraba de vez en cuando. Debía reconocer que le gustaba infinitamente más cuando la nieve revoloteaba en su interior entre Jayden y ella. Sus manos habían vuelto a enfriarse, aquel calor que le había transmitido él se había ido evaporando hasta desaparecer. Y la bola permanecía inerte en la mesa con la nieve y la purpurina pegada a la base.

A mí también me gustaría estar dentro de esa casa.

Si pudiese sentir aquel calor en todo el cuerpo, no dudaría que permanecería en el interior de la casa toda la vida. Aquel sentimiento no dolía, como ocurría con el frío extremo, solo que este la hacía vaciarse y el otro la llenaba al completo.

Ya entendía por qué Kyra buscaba todo el tiempo la mano de Jayden, acto que también solía hacer Jesica. Hasta a Margaret le había observado un continuo tacto con su hijo cuando le apretaba el hombro o incluso lo sacudía. Quizás Jayden lograba transmitir algo similar a todo el mundo.

Ya habían llegado sus amigos y si no fuese porque Margaret había pedido permiso para quedársela aquella noche en casa, ya hubiese llamado para que pasaran a recogerla. Estar entre aquellos jóvenes no le gustaba en exceso y no tenía ganas de observar, aquello le haría pensar demasiado y esa noche su mente no quería dejar sitio a nada más, un único hecho lo ocupaba absolutamente todo. Por primera vez, no tuvo que jugar a imaginarlo ni tampoco tuvo que escribirlo, era real.

Pero el resto de la realidad dolía más que antes. Al igual que en el mundo real aquel contacto con Jayden era más intenso, aquello que le hervía por dentro también aumentaba.

—Irina, ven con nosotros. —Era su voz, hasta él había notado que ella estaba ausente.

Jayden

Irina se había apartado del grupo, ni él ni su madre habían logrado que dijera nada más que unas pocas palabras. Lo había escuchado, fue como despertarla de un sueño, hasta podía notarle los ojos adormilados al mirarlo. Se inclinó en el sillón para coger impulso y levantarse.

Le encantaba la nariz de Irina, era alargada y recta, luego se ampliaba en la parte de las aletas. Tenía el hoyuelo de debajo muy marcado, quizás por aquel labio superior tan grueso. Cuando se

mordía el labio inferior este prácticamente desaparecía y solo se veía el de arriba, y ni aquel gesto lograba afearle en absoluto.

La observó mientras ella se acercaba recordando lo que le había dicho antes de la cena. Supuso que aquella belleza llamativa, precisamente el tipo de belleza que haría presumir a cualquier chica, para Irina tuvo que ser un lastre más a su situación.

—No la obligues. —Notó el brazo de Kyra rodeándole la cintura. Sabía que desde que llegó y lo vio en el suelo con Irina se había despertado un extraño recelo en ella—. No quiere estar con nosotros.

Pero Irina se estaba acercando con su labio inferior mordido, haciendo que su boca adquiriera más que nunca la forma de una enorme almeja como las que acababan de cenar.

Fijó los ojos en sus labios, cuando Irina estaba cerca era difícil mirar hacia otro lado. Solo de pensar lo que pudiesen haber hecho con ella en otro lugar hacía que su estómago se diese la vuelta por completo.

—Tu madre debe estar encantada. —Oyó decir a Kyra y lo hizo en el mismo tono con el que preguntó si la bola pesaba demasiado.

Miró a Kyra, conocía su carácter, amable hasta que algo no le gustaba y entonces embestía. Lo había hecho con Jesica hasta el punto de que ella se alejara del grupo de amigos. Y lo hacía con cada mujer que mostraba un mínimo interés por él. Y también lo acabaría haciendo con Irina antes de que acabase la noche.

—¡Irina! —La voz de Teresa hizo que la joven girase la cabeza. La hermana de Nolan metió el hombro y empujó a Irina—. Margaret me ha dicho que puedo coger un libro de la biblioteca, ¿me ayudas a elegirlo?

Entornó los ojos, Irina solía mirar a Teresa de una forma diferente al resto. No sabía por qué aquella chica sencilla le llamaba tanto la atención. Teresa había sido tan acertada en el momento en el que se había llevado a Irina que hasta le estaba agradecido.

—¿Hoy se queda? —preguntó Kyra viéndolas alejarse.

Sabía que se refería a Irina. Era algo inútil de ocultar, asintió con la cabeza.

—¿Y por qué yo no puedo? —Se puso delante de él, tapándole por completo la visión de Irina y Teresa—. No es justo.

—No es lo mismo.

Kyra miró a Margaret de reojo.

—No soy de su agrado. —Ya estaba comenzando a decir gilipolleces. Las mismas que decía Jesica o el resto. Margaret Larsson imponía, no podía negarlo, pero jamás mostró ningún desagrado con ellas.

—No digas tonterías.

—No son tonterías, no pertenezco a su círculo. Estoy muy lejos de ser una intelectual y mis padres tienen trabajos corrientes. —Le cogió la cara—. Y tú eres su único hijo.

—¿Qué tiene que ver eso? —Se apartó de Kyra y ella volvió a pegarse a él.

—Que quiere para ti alguien acorde. —Se cruzó de brazos—. ¿Una escritora, quizás?

Se giró para mirar la puerta de la biblioteca.

—Te presiona para que hagas amistad con esa niña aunque no tenga nada. Tiene que estar

segura de que llegará lejos, por eso su empeño.

Conociendo la verdad, comenzaba a hervirle que ella lo viera con otros ojos.

—Kyra. —Fue firme y rotundo—. Te equivocas y no quiero volver a hablar de eso contigo.

Ella le lanzó una mirada felina. Nunca solía pagar sus enfados con él, sino con la que ella pensase que era la causante de los conflictos.

—Vale. —Hizo una mueca con los labios.

Lo besó en la mejilla y se apartó de él. La observó alejarse con sus característicos contoneos hacia la mesa de los pasteles.

Se sobresaltó cuando Nolan le tocó el hombro.

—¿Y mi hermana? —le preguntó.

—En la biblioteca con Irina.

—Irina. —Nolan lo señaló con el dedo—. Eso mismo estábamos hablando hace un rato, que… quizás sea una estupenda idea hacerle caso a tu madre y que la traigas de vez en cuando.

Le agarró el dedo a Nolan.

—Ni se te ocurra. —Fue tan rotundo como con Kyra—. Ni a ti ni a ninguno ponerle una zarpa encima a Irina.

Nolan empezó a reír.

—No lo digas muy alto, a ver si va a escucharte Kyra. —No dejaba de reír.

—No es por eso, idiota. Hay más razones, ¿sabes? —Le dio una colleja para que dejase de reír.

—¿Y tu novia está de acuerdo con esas razones? —Todos conocían el carácter de la joven.

Miró hacia la mesa de pasteles, Kyra no estaba allí. Dio unos pasos recorriendo el salón, tampoco la veía a través del ventanal en el jardín.

—¡Jayden! —lo llamó Nolan, pero ni siquiera se giró para mirarlo.

El Momo.

Se apresuró hacia la biblioteca.

Irina

La biblioteca de Margaret era extensa y estaba llena de calles, sin embargo, sabía qué era lo que quería encontrar Teresa. Ojalá hubiese tenido terminado *Rojo escarlata* para poder ofrecérselo. Llegaría el día en que pudiese hacerlo, ya faltaba menos.

—Podrías empezar por este. —Tocó uno de los dos que Teresa tenía entre las manos.

—Vale. —Le devolvió el otro para que lo colocase. Teresa la miraba sonriendo—. Debe ser maravilloso trabajar escribiendo historias.

—Aún estoy empezando —respondió, metiendo el libro entre la estantería—. Pero estoy convencida de que nunca querré hacer otra cosa.

—Yo no sería capaz de escribir ni una hoja. Lo mío es el dibujo. —El libro encajó en el fondo de la librería y giró su cabeza para mirar a Teresa—. Dibujo ropa. El próximo curso comienzo en

una escuela de moda.

Irina la miró con detenimiento mientras alzaba levemente las cejas.

—¿Diseñarás ropa?

—Claro, creo que para mí es algo parecido a lo que para ti es esto. —Alzó el libro.

La otra parte creativa de su cabeza se encendió. Cuando imaginaba historias lo hacía al completo, vestuario incluido, hasta tenía dibujos de algunos modelos imposibles.

—Cuando escribo también imagino la ropa de mis personajes. —Oyó el sonido de los tacones en la entrada de la biblioteca. Desde donde estaban no podía ver quien era—. Tengo un cuaderno lleno de dibujos, pero no creo que sea ropa que se pueda llevar por la calle.

—¿En serio? ¿Puedo verlos? —Aquello pareció ilusionarla de verdad.

Fue a responderle, pero vio a Kyra y su impresionante vestido rojo acercarse a ella entre los estantes de libros.

—Irina. —Y era una sorpresa que fuese a verla directamente a ella—. Me ha dicho Jayden que hoy te quedas a dormir.

Llegó hasta ellas. Irina miró de reojo a Teresa y alzó las cejas, la chica estaba completamente emblanquecida, ¿estaba asustada?

—Con ese estilo de niña desvalida, virginal e inocente vas dando pasos sutiles. —En ese momento, la que tuvo que emblanquecer fue ella misma—. Te lanzaste a la piscina sabiendo que Jayden estaba cerca. Y ya he visto que ni siquiera sabes sostener sola una puñetera bola de Navidad. Ahora pasas la noche en la casa Larsson, bajo la protección de su dueña. Una jugada maestra para seguir tu camino hacia él.

Celos, esos de los que me habla Margaret que hacen desvariar. Muy diferentes a los que yo siento, los míos duelen por dentro.

Kyra podría ser un personaje de una historia. Era muy fácil para ella imaginarla así y seguramente sus rodillas dejarían de temblar y ella no podría decirle ni una sola palabra más. Pues, como decía Margaret, en sus historias únicamente mandaba ella.

La joven no llevaba bien que las explicaciones a sus actos se dijesen en voz alta, descorrer el telón de su teatro le llevaría tan solo un segundo. Uno solo y se acabó. Le hubiese gustado poderle decir a Teresa que no se angustiase tanto, que todo estaba bien, que Kyra no podía hacerle daño al decirle aquello porque el mayor daño que le producía era tan solo con su existencia y situación junto a Jayden, y ese daño estaba más que hecho.

No necesita esto.

No lo necesitaba, ella era todo lo que a Irina le gustaría ser, aunque comenzaba a dudar al verla en aquel estado.

Cogió aire y abrió la boca para responder.

—¡Kyra! —Jayden llegaba sonriendo—. Te estaba buscando.

Cogió la mano de la joven y tiró de ella para que lo siguiese. Los vio girar tras el último estante y se esfumaron. Una bonita imagen de una pareja que podía ser la causa de muchas envidias. Y, aun así, Kyra no parecía feliz.

¿Será que no acaba de acertar con la paleta de colores para colorear a su príncipe?

En sus clases de dibujo, cuando ella no solía acertar en la mezcla, comenzaba a echar pintura

para intentar arreglarlo hasta que el resultado era un color similar al de la mierda. El color que consiguió Jesica y quizás el que en un tiempo lograría también Kyra.

Expulsó el aire contenido, Teresa también parecía más relajada.

—¿Tienes aquí esos dibujos? —le preguntó, intentando obviar lo que había pasado.

—Están en mi maleta, creo que la han dejado arriba. —Tiró de Teresa y emprendió el camino hacia la salida de la biblioteca.

Irina

En cuanto Teresa se marchó fue a la habitación de invitados que le habían preparado. No había vuelto a ver a Jayden ni a Kyra desde la biblioteca. Ni siquiera él se había despedido de sus amigos.

Repasaba sentada en la cama los bocetos que le había enseñado a Teresa, ella los estuvo mirando uno por uno, con algunos de ellos se llegó a reír, sin embargo, le pidió un lápiz para otros con el que los reformó para, según ella, adaptarlos a la moda actual. Le parecieron atrevidos y tremendamente originales. Nadie pasaría desapercibido con aquella mezcla de épocas, estilos y colores.

Cuando soñaba despierta esa era precisamente la ropa que solía llevar. Se mordió el labio inferior mientras dibujaba un nuevo modelo. Le encantaban los cinturones anchos llenos de hebillas, las cuerdas de corsé y los volantes de tul y encaje.

Después de dibujar intentó dormir, pero su mente se encontraba demasiado llena como para coger el sueño. Uno de los trucos que utilizaba para vaciarla era escribir durante una hora en un cuaderno. Pero temió que al vaciarla esa vez se perdiese la parte real de todo lo que no dejaba de dar vueltas en su cabeza. En esta ocasión prefería dejarlas dentro aunque algunas dolieran.

Así que solo le quedaba la otra vía de escape, la que le permitía salir volando por una ventana y luego regresar sin que sus pensamientos se alterasen; la lectura.

Se levantó de la cama y salió al pasillo. Llevaba un pijama de algodón, lamentó no haber cogido una manta para envolverse, la casa Larsson era tremendamente grande y a aquellas horas de la madrugada también fría. Iba descalza, no quería despertar a nadie hasta llegar a la biblioteca.

Rebasó el primer salón, estaba todo por el medio, no era habitual verlo tan desordenado y con el suelo lleno de confeti y tiras de flecos.

Llegó hasta la biblioteca y encendió la luz. Le encantaba el olor que desprendían los libros, era el olor de la antesala de los sueños, de poder ser otros, de vivir muchas vidas sin moverse de donde estaba. Y de olvidarse del mundo real.

Estaba segura de que Margaret lo tendría, era un clásico y a ella le encantaban los clásicos. Ordenaba los libros por orden alfabético del apellido del autor.

La A…

Se mordió el labio, estaba de los primeros, más finos que los que lo rodeaban y mucho más

alto; *Cuentos de Andersen*.

Lo abrió y encontró el índice.

—*La pastora de porcelana, La princesa y el guisante, El intrépido soldadito de plomo, El patito feo, El traje nuevo del emperador*… —Si todos los relatos eran tan intensos como el que ya conocía, no tenía dudas de que le encantarían—. *La niña de los fósforos*.

Sonrió cerrando el libro y se retiró de la estantería. Apagó la luz de la biblioteca y salió al salón principal.

De regreso a su dormitorio pasó por delante de la puerta del otro salón donde habían cenado, aún quedaban dulces de Navidad en la mesa. Frenó en seco, no tenía demasiada hambre, pero una chocolatina en forma de reno, rellena de crema de avellanas, no le venía mal a nadie.

Entró en el salón, las luces del árbol seguían encendidas y estas alumbraban lo suficiente como para que no tuviese que encender nada más. Comprobó que de los rellenos ya quedaban pocos. Había otros negros, que mezclaban el sabor a naranja, que no le gustaron mucho y otros de dulce de leche que, aunque no eran como los de avellana, también se dejaban comer.

Retiró una silla y se sentó, poniendo el libro sobre la mesa. Alzó la vista hacia la bola de nieve, nadie la había movido de su lugar. La arrastró hacia ella mientras cogía una de aquellas chocolatinas. Oyó el crujir del chocolate y enseguida se le humedeció la lengua. Le encantaba cuando el chocolate se derretía en el paladar.

Se puso el resto de la chocolatina entre los dientes para poder mover la bola con las dos manos, la dejó de nuevo en la mesa. La nieve cubrió el agua moviéndose sin parar.

Notaba el cristal frío, nada que ver a cómo lo había sentido antes de la cena. Cogió aire y lo expulsó de golpe. Recordarlo hacía que de nuevo cayese aquella lluvia entre las costillas. Pero su momento rápido cambió de escena de la misma manera que cambiaba de capítulo cuando escribía. Y se vio en la biblioteca junto a Teresa y frente a Kyra, que la miraba con aquella soberbia. Y Jayden llegó por el pasillo con una sonrisa que ya ella había podido ver de cerca…

Cerró los ojos y se inclinó sobre la bola, apoyando la frente en ella. Los copos ya le dejaban ver la casa. Notó humedad en los ojos, tan intensa que tan solo con pestañear se derramarían. Fue consciente de que ella nunca podría estar dentro de aquella casa.

Se apartó de la bola, tuvo que aspirar por la nariz para absorber el acuoso moco que siempre acompañaba al agua salada de los ojos. Abrió el libro, con la tenue luz era difícil leer, lo inclinó para aprovechar mejor la luz del árbol.

—En una ciudad de Dinamarca, durante la última noche del año, la Nochevieja, la nieve comenzó a caer y hacía un frío terrible. Una niña caminaba por la calle, a pesar del frío y de la oscuridad, iba descalza y con la cabeza descubierta, pues era muy pobre. —Tuvo que detener la lectura para tragar y volver a aspirar los mocos. Los ojos le rebosaron por los rabillos.

Jayden

Pensaba que era por la mañana cuando abrió los ojos, pero en el reloj descubrió que no había dormido más de hora y media. No había tardado en conciliar el sueño, para su asombro. Después

de la discusión con Kyra en el jardín y su poca meditada decisión de acabar con ella, pensaba que estaría toda la noche dándole vueltas. Pero no le dio vueltas en absoluto, había hecho lo correcto. Había abierto los ojos al completo, esa chica solo le daría problemas con aquel carácter posesivo. No era lo que quería en su vida.

Escuchó un ruido en la planta de abajo, en el silencio de la noche no era difícil escuchar si alguien deambulaba por la casa. Los empleados no trabajaban a aquellas horas, así que o bien era su madre o Santa Claus verdaderamente existía. Bajó los pies de la cama, solía dormir en ropa interior y así hubiese salido de su habitación si no tuviera invitados en casa. Se puso un pantalón de algodón y una camiseta de manga larga y salió al pasillo. No vio luz en la planta de abajo.

Bajó las escaleras a oscuras hasta llegar al salón principal. Tampoco parecía haber nadie en la biblioteca. Sin embargo, se escuchaba un murmullo en el salón donde habían cenado.

Colocó la espalda en la pared e inclinó levemente el cuerpo hacia el marco de la puerta, no quería aparecer de la nada y asustarla.

—Tomó una cerilla y la rozó contra la pared. Parecía una vela pequeña y la protegió con las manos. Imaginó que estaba sentada junto a una gran estufa de hierro encendida. ¡Qué maravilloso era el calor! Acercó la punta de los pies para calentarse. Pero en aquel instante, la llama se apagó. —Irina dejó de leer y por un momento pensó que se había percatado de su presencia.

Oyó un ruido contra la mesa de madera. No se atrevía a asomarse, menos aún ahora, quería seguir escuchando la lectura. Irina continuó.

—Su llama iluminó la pared haciéndola transparente y a través de ella podía ver el interior de la casa…

Apoyó la nuca en la pared y cerró los ojos. Le gustaba la voz de Irina, aquel leve acento extranjero cada vez se difuminaba más en su habla y cuando leía era casi inexistente.

—La niña alargó los brazos, pero entonces la cerilla se apagó y solo tocó la fría y dura pared. —Irina volvió a detenerse. Oía un leve respirar y otro sonido que no supo identificar.

¿Está llorando?

Dio un paso para entrar en el salón, pero ella retomó la lectura. Conocía el cuento, uno de los más famosos de Andersen. Triste, oscuro y lleno de contrastes. Una niña deambulando sola y muerta de frío. Una niña invisible que nadie se detuvo a ayudar. Una pequeña que intentó alcanzar todo de lo que carecía a través de la imaginación, pero esta se desvaneció una y otra vez.

—Había muerto congelada durante la última noche del año. El sol del nuevo año brillaba sobre su cuerpo sin vida. Tenía el regazo lleno de cerillas quemadas.

Oyó espirar a Irina, a él mismo le brillaban los ojos y le escocía la garganta. Un cuento de niños que no acababa en la palabra FIN, sino en el silencio que se producía después. Pero oír ese cuento en la voz de Irina intensificó ese sentimiento que solía provocarle el relato. Tuvo que respirar por la boca para aliviar el resquemor de la garganta.

Esperó un tiempo prudente, algo le decía que debía esperar. Luego inclinó su cuerpo despacio y se asomó. La vio sentada en una silla con los codos sobre la mesa y apoyando la barbilla en las manos. Miraba la bola de nieve, ese era el sonido contra la mesa que escuchó.

—Irina —no lo dijo muy alto, pero aun así ella se sobresaltó.

Se puso enseguida en pie, como si estuviese haciendo algo malo, y él levantó la mano.

—Oí un ruido y albergué la esperanza de que fuese Santa Claus —dijo con ironía, intentando difuminar el bochorno de Irina—. ¿Tampoco puedes dormir?

El libro de Andersen que ella tenía sobre la mesa había sido suyo unos años atrás.

—Cuentos infantiles para el insomnio. —Cogió el libro, solía leerlos por la noche con su madre.

Vio una chocolatina mordida sobre la mesa. La verdad era que el dulce a aquellas horas apetecía siempre. Cogió una y la desenvolvió.

—¿Qué te dijo Kyra? —Esperaba preguntárselo al día siguiente, pero ya que la tenía delante no podía esperar.

—No tiene importancia. —Hizo el amago de llevarse la chocolatina a la boca, pero la soltó en la mesa. Irina no se había vuelto a sentar, seguía de pie y con ella en pie él no se atrevía a sentarse.

—Claro que la tiene. —Tampoco le apetecía ya la chocolatina.

Ella negó con la cabeza. La miró, ya no llevaba el vestido, volvía a vestir de sencillo algodón. Pero a ella poco le hacían falta los artificios. Le encantaban sus rasgos raciales y aquel color de piel que, hasta alumbrado únicamente con las luces del árbol de Navidad, lucía dorado.

—De todos modos, Kyra ya no vendrá más por aquí. —Irina alzó las cejas al oírlo. Jayden movió la mano quitándole importancia. Luego bajó la mano hasta el antebrazo de Irina y la resbaló hasta su muñeca—. Sea lo que sea, lo siento.

Sintió el peso muerto de la mano de Irina, ella la había aflojado en cuanto la tocó.

—No es la primera vez que Kyra hace eso… —Dudaba si hacerlo o no, pero al final resbaló su mano una vez más y cogió aquel dorso que parecía inerte, intentando comprobar si reaccionaría.

Pero la mano de Irina estaba completamente muerta y demasiado fría. Supuso que al contacto con él no tardaría en darle la temperatura que necesitaba. Ella aún tenía el pelo suelto y se lo retiró de los hombros echándoselo hacia atrás. Le hubiese gustado decirle que a ella ya no le harían falta más cerillas porque hubo quien no pasó de largo cuando la vio deambulando sola. Pero no sabía cómo iba a recibir eso Irina.

Rozó su cara al retirar la mano de su pelo, la tenía tan fría como los dedos. Abrió la mano y le cubrió la mejilla.

—¿Por qué tienes tanto frío? —La calefacción estaba programada todo el tiempo, era imposible tener frío allí dentro. Pero ella estaba congelada, como si acabase de salir de la piscina de hielo.

Bajó los ojos hacia los labios de Irina, ya había perdido aquel brillo que llevó durante la cena, y se mostraban completamente desnudos, con aquella forma peculiar y sobredimensionada a un rostro aún sin acabar de definir, pero que iba por el camino de la belleza superlativa.

Dio un paso hacia Irina, las sombras de las luces no lo dejaban verlos al completo. Notaba a través de su piel el frío en la cara de la muchacha, pero esta no conseguía tomar temperatura, ni tampoco sus dedos. Apretó su mano envolviéndolos por completo.

Le encantaba la imagen de Irina, recordaba la primera vez que la vio en la biblioteca. La sorpresa de que su madre hubiese encontrado de forma repentina a un nuevo descubrimiento de los que tanto le gustaban y que este fuera tan diferente a los anteriores. La ilusión de Margaret y ciertas particularidades de Irina, que le llamaban más la atención de lo que debería, hicieron que se comportase de una manera bochornosa. Nada de lo que hiciese podría compensarlo ya.

Arrastró la mano hacia la nuca de la joven, esa parte no estaba tan fría como el resto del cuerpo.

De cerca y sin sombras, los labios de Irina lo perdían completamente. Se inclinó despacio hacia ella.

—¿Por qué? —preguntó ella y él se detuvo.

Nunca ninguna chica, ni mayores y con más experiencia que ella, le había hecho una pregunta similar cuando él intentaba besarlas. Pero, ahora que ella le preguntaba, supuso que quizás una acción así merecía siempre una explicación.

La vio morderse el labio inferior y este se escondió por completo, y sus ganas de hacerlo aumentaron. Cogió aire, tenía que meditarlo. Irina tenía unos años menos y encima era la protegida de su madre. No era como besar a cualquier otra chica. Tenía que soltarla, disculparse e irse de allí. Eso era lo correcto y su deber como hijo de Margaret Larsson.

—Porque llevo toda la noche queriendo hacerlo —respondió, no podía decirle más que la verdad.

La joven lo miraba observando cada uno de los movimientos de su cara.

—Entonces no deberías de haber discutido con Kyra por su enfado. —Tuvo que bajar los ojos. Kyra solía meter la pata demasiadas veces con todas las chicas, pero esa vez tenía razones, no podía negarlo.

Miró los labios de Irina de nuevo, eran como el centro del capullo de una rosa y esa vez el deseo de meterse en ellos aumentó.

—Su enfado debería de haber sido solo contra mí. Tú no tienes la culpa.

Tenía que apartarse de ella y tenía que hacerlo antes de que su cuerpo no hiciera caso a la razón. Fue la primera vez que temió perderse, quizás porque ahora la chica era alguien cercano, o así lo sentía. Aquella joven era la debilidad de Margaret, al fin la obra maestra que llevaba queriendo encontrar durante toda su carrera.

Tenía que soltarla y alejarse de ella de inmediato, pero su cuerpo no obedecía a la orden. Cogió aire despacio y bajó la cabeza, sin mirarla sería más fácil. Retiró la mano de su nuca.

—Lo siento. —Solo le quedaba soltar los dedos de Irina, que seguían completamente inertes y fríos.

Si su madre se enterase de lo que había intentado hacer, no sabía cómo podría reaccionar. Irina tenía solo dieciséis años. Además, la reacción de ella fue extraña; si no hubiese querido se habría alejado, pero tampoco tuvo ninguna acción que lo invitase a continuar. Inmóvil y con la piel completamente helada, era la primera vez que vivía una situación así.

Le soltó la mano, no había conseguido quitar el frío ni un ápice, era más, su propia piel comenzaba a contagiarse con aquella temperatura inusual en el interior de una casa.

Estuvo a punto de volver a decir que lo sentía, pero nada de lo que dijese borraría su actitud

bochornosa.

Dio unos pasos hacia atrás y giró para salir de allí. Subió, intentando no hacer ruido.

Irina

Pensaba que no iba a conseguir dormir. Sin embargo, se quedó dormida casi encima del libro de Andersen. Abrió los ojos con los golpes en la puerta. Lo primero que notó fue el olor peculiar del papel cuando este, además de impreso, estaba ilustrado.

Se alzó sobre los codos. Había leído todos los cuentos durante la noche y, aunque algunos le gustaron sobremanera, su preferido seguía siendo la niña de los fósforos.

Bostezó a la vez que oyó un segundo golpe en la puerta.

—Irina. —Era la voz de Margaret—. Vamos abajo, Santa Claus ya pasó por aquí.

Frunció el ceño. Retiró el edredón y se bajó de la cama para abrirle a Margaret.

—Venga, vamos. —Tiró de ella—. ¡Jayden! Si tardas bajaremos sin ti.

Lo oyó protestar desde el fondo del pasillo. A la luz del día todo recuerdo parecía más surreal. Hasta dudó si lo había soñado u ocurrió de verdad. Soñaba con él muchas veces, podría ser. Pero en ninguno de sus sueños recordaba el frío y esa vez sí lo hacía. No era lo mismo, no lo había soñado.

Vio a Jayden en el pasillo. Llevaba un chándal gris, precisamente el color con el que ella lo veía todo el tiempo.

Pasó por su lado y dio los buenos días sin ni siquiera mirarla. Hasta Margaret entornó los ojos hacia él.

—De pequeño era él el que me levantaba temprano y corría dando gritos al árbol —dijo, negando con la cabeza—. ¿Ahora baja protestando porque prefiere seguir durmiendo?

Bajó tras su hijo y le dio un golpe en la nuca.

—Te hubiese dejado en los ocho años de haber podido. Ni un año ni centímetro más.

Irina tuvo que contener la sonrisa. Supuso que llegarle a su hijo apenas a los hombros complicaba las cosas a la hora de educarlo.

La sensación de entrar en aquel salón en ese momento era diferente y no por el regalo, el segundo que recibiría en su vida, el primero fue el vestido. Sino porque el salón pasaba a ser uno de los escenarios de las fantasías que solían moverse en su cabeza, quizás su escenario más real y seguramente preferido.

Estar cerca de Jayden en presencia de Margaret resultaba medianamente tenso. Lo que había ocurrido no había tenido nada de malo, pero el hecho de que ella lo desconociese le creaba una especie de deslealtad hacia su mentora.

Margaret le preguntó una vez si alguien la había besado. Y su respuesta fue rotunda.

Absolutamente nadie.

Ardua tarea debería ser narrar un beso sin haber sido besada jamás, pero, al igual que podía narrar épocas que no había vivido entre gente que no conocía, sabía hacerlo y era certera. Sin

embargo, era curioso que hubiese podido ser Jayden el primero en hacerlo. Cuando tantas veces lo escribió y aún más veces lo imaginó en su cabeza.

—Estos son tuyos, Irina —le dijo Margaret.

No esperaba regalos, no sabía cómo agradecerlo. Jayden estaba en el suelo abriendo los suyos. Los de Irina estaban a su lado, se diferenciaban en los colores, Margaret había usado diferentes papeles. Le hizo gracia que los de su hijo fuesen de motivos infantiles.

Se sentó en el suelo, le encantaba el sonido del papel al romperse, sonaba a curiosidad, ilusión, sorpresa, unas de tantas cosas que nunca había vivido.

El primer paquete tenía ropa, unos *jeans* y un jersey con un oso. El siguiente eran libros, cómo no. Una colección de clásicos entre los que estaban las novelas de las más grandes madres de la novela de romance. Una edición de tapa dura con pastas barrocas.

—¡Qué maravilla! —Y aquel olor a libro nuevo que le encantaba.

El siguiente regalo fueron cuadernos, unos cuadernos sin anillas y de páginas amarillentas que parecían libros robustos y elegantes, le encantaron. No sabía ya cómo agradecer tantas atenciones.

El siguiente regalo era fino y cuadrado. Rasgó el papel, era una carpeta azul lisa. Le dio la vuelta y vio el símbolo Larsson. Abrió la carpeta y tenía dentro unos folios.

Los ojos se le humedecieron de inmediato. Era un contrato editorial. Sería autora Larsson por los próximos cinco años. Y le hubiese firmado veinte, no tenía dudas.

Miró a Margaret de reojo, esta sonreía. También había abierto algún regalo. Una bufanda, un perfume, un marco de fotos, una pulsera… Jayden tenía gran aprecio a su madre.

A Irina aún le quedaba un último regalo. Bajo el papel había una caja alargada. La abrió, era como un cofre y en su interior brillaba un bolígrafo plateado. Pudo leer grabado en él «Irina Yadav».

Hubiese firmado ya aquel contrato, pero era algo que ya le había explicado Margaret. Era menor y había que hacerlo con un representante y, además, Margaret lo estaba preparando en un despacho de abogados. Supuso que ya había terminado y por eso se lo había envuelto como regalo, pero aun así tendría que hacerlo en presencia de alguien de la organización que estaba a cargo de ella.

Jayden había abierto todos sus regalos, un teléfono nuevo, una cámara de vídeo y más tecnología que ella no entendía.

Oyó el grito de Margaret. Se giró hacia ella.

—Irina, por Dios. —Le había llevado un único regalo. Solo uno. Pero sabía que era lo que Margaret estaba esperando.

Se lo habían anillado en una imprenta cualquiera, unas anillas grandes y feas, pero no tenía importancia. Letras normales en la primera hoja para que se leyese claro aquel *Rojo escarlata*. Un manuscrito completo de ciento cincuenta y seis mil palabras, que serían un libro de unas quinientas o seiscientas páginas.

—Estará a tiempo para publicarlo en unos meses. —Y le vio en los ojos la ilusión que tendría un niño pequeño con su juguete más deseado—. Entonces tendrás diecisiete años.

Margaret le apretó el brazo.

—Una escritora con diecisiete años —comenzó a reír—. Creerán que estoy loca.

Jayden levantó la cabeza para mirarla. Desconocía qué podría estar pasando por su cabeza al oír a su madre, pero lo vio sonreír.

Irina tuvo que dejar de mirarlo, Jayden estaba allí dentro de esa novela y de otras tantas que había comenzado y que aún no había podido continuar.

Con muchos nombres y muchos rostros.

Como el Momo, como Santa Claus. Tuvo que contener la sonrisa. Jayden ya estaba de pie, y se había puesto junto a ella, mirando a su madre que pasaba una y otra página con rapidez. Luego los miró sonriendo.

—Ya ha comenzado. —Levantó el manuscrito. Miró a uno y a otro, estaba verdaderamente feliz—. Lo veo, puedo verlo. Y me encanta.

Diez años después

Jayden

Otra semana más sin saber nada de Irina, sumaban ya tres desde que la tuviese en el ático. La publicación se acercaba y con ella eventos y una gira. No había manera de comunicarse con ella de nuevo. Ni siquiera podía enseñarle las pruebas del libro en papel.

También se acercaba el estreno de una nueva temporada de una de sus adaptaciones. La productora la había solicitado para que formase parte de un vídeo de promoción e Irina seguía sin responder tan siquiera a uno de sus mensajes.

Con uno de los ejemplares en papel de «El camino de las esmeraldas», la nueva novela, bajo un brazo y el manuscrito de la novela inacabada en el otro cogió el ascensor para ir a casa de Irina.

Había decidido hacer unos cambios en la portada, no sabía si Margaret ya le habría enseñado a Irina el primer proyecto, dudaba de que pudiera ver la definitiva, pues esta llegó a su correo estando ya su madre muerta. Era cierto que no entendía de libros, pero pensó que su experiencia en *marketing* le ayudaría a mejorarla y se arriesgó. A los empleados de la editorial les gustó el cambio, pero, como ya le demostró Irina, no podía fiarse de lo que decían cuando no se les daba la espalda.

El timbre sonó y esperó respuesta. Tenía que reconocer que desde que tomó la decisión de ir a verla cierto nervio lo hacía respirar acelerado. Tuvo que llamar una segunda vez, igual tampoco estaba en casa como la última ocasión.

Oyó un ruido al otro lado de la puerta.

—No pienso abrirte, vete. —Allí estaba la causa de aquella tensión que lo hacía hiperventilar. Había que preparar la mente antes de tratar con Irina.

Empezamos la batalla temprano.

Supuso que así o peor sería en los viajes. Aviones, presentaciones, comidas y más que no sabía cómo iban a resultar codo con codo con ella.

—He traído un ejemplar de la novela, quiero que la veas. —Quizás jugando con la curiosidad podría conseguir algo.

—La novela la veré en la presentación. —La habría despertado, su voz no sonaba como siempre.

Jayden expulsó aire por la nariz y la boca.

—He cambiado la portada, quiero saber si te gusta. —Le quedaban pocas balas en el cargador.

—Contaba con ello, así será una sorpresa, vete de una vez.

Intentó mantener la calma, Irina lo estaría mirando por la pantalla de la mirilla.

—También traigo el manuscrito. —Bajó la cabeza para mirarlo—. Ordenado y con un

esquema de lo que creo que le falta.

—¿Lo has hecho solo? —Esa vez sí que pareció interesarle.

—Claro que lo he hecho solo.

Es una novela inédita y sin registrar, cómo iba a dejar que nadie me ayudase y la leyera.

—No me sirve —resopló al oírla—. La visión de un hombre es simple y superflua. Busca ayuda de una mujer.

Jayden guiñó ambos ojos.

—¿A quién voy a pedirle…? —No daba crédito y hablarle a una puerta cerrada era ridículo y bochornoso.

—A quien quieras, conoces a muchas mujeres.

Su voz comenzaba a tener la frescura de siempre, ya se andaba despertando del todo.

—Tú eres una mujer, con mi visión y la tuya es suficiente.

—No sirve mi visión, soy la autora. Cuando acabes vienes a buscarme.

Mierda.

Solo le quedaba el último recurso, uno que pensó utilizar en casos de emergencia desde su conversación con Teresa.

—Irina. —Ni siquiera sabía si seguía tras la puerta—. No me pienso mover de aquí hasta que me abras.

—Pues pídele al portero una silla. —Oyó al otro lado.

Lo que esperaba oír, ni más ni menos.

—Irina, Desmond me dijo que mi madre solía tener una llave de tu apartamento. —El modo de cuidarse de la joven era conocido por todos y Margaret siempre estaba pendiente de ella.

Al final, el modo más efectivo para conseguir algo es exactamente el suyo.

Levantó la llave para que pudiese verla por la mirilla.

—Si no me abres, entraré de todas formas. Y no me amenaces con policía porque me da exactamente lo mismo. Voy a entrar y estaré dentro hasta que vengan y me lleven esposado.

—Sería una campaña de *marketing* sin precedentes, me gusta. Adelante.

Metió la llave en la cerradura sin dudarlo, había rezado porque no la hubiese cambiado, ella sabía que él la tendría. La llave cedió y sonó el cerrojo, según Desmond no había más cerrojos interiores porque a Margaret le daba miedo que a ella le ocurriera algo y no poder acceder.

Irina no estaba en la entrada. Dio unos pasos y llegó a un salón con amplios ventanales, dos abiertos de par en par, eso explicaba la corriente y el frío del ambiente.

Ventanas abiertas, calefacción apagada y mantas.

No quería buscarle explicación a aquello.

Irina tenía pocos muebles. La tele estaba colgada en la pared. Una mesa de cristal con cuatro sillas, ninguna puesta en su sitio. Había botellas de plástico vacías en la mesa y papeles con dibujos de muñecas de piernas muy largas. Se acercó a ellos, las muñecas eran una plantilla y lo único pintado a mano era la ropa, supuso que aquellos eran los vestidos que luego Teresa rediseñaba convirtiendo fantasías en prendas de vestir.

En la parte de enfrente, donde estaban los ventanales, había dos sofás de dos plazas, eran de formas rectas, el respaldo demasiado bajo como para estar cómodo sentado y de piel. A aquella

temperatura sería como sentarse en un sofá de hielo. Aunque en vista de lo que podía, Irina lo usaba para dejar tirados los abrigos.

El único mueble era un aparador con objetos plateados de formas extrañas, un bolso, un manojo de llaves y el móvil. En la pared tenía un espejo rectangular con el marco de pequeños cristales.

A un lado del salón estaba la cocina. Tenía la encimera llena de bolsas de plástico blancas con recipientes de corcho de comida a domicilio. También el fregadero estaba hasta arriba de vasos, platos y cubiertos sucios. Dejó el libro y el manuscrito sobre la mesa, junto a los dibujos.

—¿Irina? —la llamó.

Resopló al ver que no respondía. Se metió en un pasillo que había a la izquierda. Encontró una habitación abierta con una mesa de escritorio y un ordenador. Tenía algunos cuadernos encima, bolígrafos de colores y más botellas de agua vacías.

A la derecha otra puerta lo llevaba a un pequeño baño, este estaba intacto. Supuso que sería el baño de invitados, dudaba que alguien lo hubiese estrenado.

La habitación de Irina era la última, su puerta estaba justo donde acababa el pasillo y se abría con una puerta corredera.

—¿Irina? —Llamó a la puerta.

No había forma con aquella mujer. Resopló, ya comenzaba a arderle el pecho. Abrió la puerta.

La cama sería de dos metros, fue lo primero que vio. Ella estaba dentro, tapada hasta las orejas, y acostada de lado encogida como un feto.

Lo de esta mujer es de traca.

Ropa y cojines tirados por el suelo, a la izquierda dos puertas. Una que llevaba al baño en el que se podía ver más ropa tirada por el suelo. Y un vestidor enorme repleto de perchas, la mitad de ellas mal puestas o vacías, con más ropa tirada por el suelo.

Podía ver una montaña de zapatos de todo tipo a uno de los lados del vestidor.

Menudo caos, por Dios.

Desmond le decía que Margaret solía mandar a dos empleadas de la casa Larsson a ordenar la casa de Irina. Aun sabiéndolo, aquel caos no dejaba de sorprenderle. Había estado en apartamentos de muchas mujeres y estas solían tenerlos impecables. Lo de Irina no sabía cómo llamarlo.

Se acercó a las ventanas, aquellas sí debería abrirlas con urgencia.

—Irina, levántate —le dijo, subiendo las persianas del todo.

Abrió una de las ventanas.

—Un editor no es un vigilante ni un padre —respondió ella girándose para ponerse del otro lado.

Más botellas de agua vacías en la mesita de noche, alguna en el suelo, supuso que le había dado con alguna almohada. No había forma de andar por la habitación sin pisar nada.

Rodeó la cama para abrir la otra ventana.

—Irina, fuera de la cama ya. —Hasta sonaba ridículo decirlo.

Ella se alzó levemente.

—¿Fuera de la cama ya? Señor Larsson, se me acaba de caer un mito.

Encima cachondeo.

Retiró la colcha y las sábanas para destaparla. Alzó las cejas, podría esperarla con cualquier indumentaria, hasta vestida de calle, o incluso desnuda. Era la primera vez que veía a una mujer con un camisón que le llegase hasta los tobillos, al parecer de vuelo y con un volante en la parte de abajo. No sabía si era el tipo de camisón que llevarían las mujeres en el barroco, pero desde luego no una del siglo veintiuno.

—No pienso levantarme. —Aún destapada, seguía inmóvil.

Al menos tampoco ha llamado a la policía.

Quizás el primer farol que le había oído a Irina.

Metió un brazo bajo sus rodillas y el otro en su espalda, la hizo rodar para que cayera en ellos y la alzó en peso.

—Claro que vas a levantarte. —Supuso que lo pondría a parir con todos los sinónimos que supiese sobre insultos y, siendo escritora, seguro que sabía muchos.

Era difícil caminar entre cojines con ella en brazos, pero Irina era ligera, lo que le facilitaba las cosas.

—No se puede entrar así en casas ajenas —dijo ella, no pataleaba ni se resistía como la otra vez que la cargó en peso. Y, por suerte, tampoco lo insultaba.

Bajó los ojos para mirarla, ya estaban en el pasillo.

—La que va a hablar. —Pero a ella le daba exactamente igual lo que le dijese. Debía tener la cara más dura que el mármol del suelo.

La bajó junto a una de las banquetas de la cocina.

—Y recoge esto, no me gusta trabajar entre basura —añadió él.

Lo miró de reojo, alzando levemente las cejas. Supuso que ya estaría acostumbrada a que todos, incluida Margaret Larsson, le reprendieran por aquel desorden superlativo.

Tiene que estar cargando la metralleta.

Rompería en cualquier momento. La miró, esperando que llegaran los insultos, pero ella cogió por el asa cada una de las bolsas y se fue para la puerta de salida. Jayden se asomó, esperaba que no se atreviese a bajar la basura con aquel atuendo, aunque ya con Irina se lo esperaba todo. Oyó una puerta en la planta, algún lugar destinado a la basura, lo cual era aún más llamativo que tuviese la basura dentro de casa cuando podía dejarla a unos metros de la puerta.

Entró de nuevo en casa y cerró la puerta. Podía ver mejor el camisón, verdaderamente parecía de otra época. Entendió que la razón de que Irina llevase aquel estilo extravagante no era solo a la vista de todos. La razón era real, aunque ya comenzaba a creer que toda Irina era real.

Ella se sentó en una de las banquetas, frente a él, quizás esperando a que comenzase a hablarle del libro y del manuscrito. Pero Jayden la miraba en silencio, siempre era placentero contemplar a Irina cuando callaba.

—Si vas a pensar mucho, me vuelvo a dormir y me despiertas cuando acabes. —Pero eso de estar callada solía ser por poco tiempo. Realmente no sabía qué iba a ser de él viajando con ella y tenerla así por todo el mundo.

Suspiró. Cogió el libro y el manuscrito.

—Así ha quedado con la nueva portada. —Lo giró para que lo viese del derecho.

Irina lo miró sin reacción alguna. Imposible saber si le gustaba o no.

—¿Por qué no adjuntaste la portada en ninguno de tus numerosos correos? —preguntó sin apartar la vista del libro.

Porque necesitaba algún tipo de cebo para que vinieses a mí.

—Quería que la vieses en persona. —Empujó el libro para acercárselo.

Ella levantó los ojos entornados.

—Y para verla en persona tengo que estar presente… en persona, claro. —Dejó caer la barbilla en su mano.

Jayden apartó el libro enseguida, con cierto bochorno, y colocó el manuscrito en su lugar.

—Creo que he sabido ordenarlo, aquí tienes lo que pienso que falta. —Y aquello sí que llamó su atención. Enseguida se inclinó sobre las notas de Jayden.

Ahora sí.

Le dejó un tiempo para que leyese todo lo que había escrito.

—Versión masculina de la historia, pero me puede servir para ver hasta dónde llega la estupidez de los hombres. —De alguna forma, esperaba no recibir elogios de ningún tipo. Levantó los ojos para mirarlo—. Al final, me vas a ser útil.

Bostezó y él tuvo que tragar saliva para no contagiarse del bostezo.

—Pasado mañana es el estreno de la temporada nueva —le dijo. No era sorprendente que lo supiese siendo amiga de Chio—. Así que prefiero dormir hoy. —Movió la mano—. Lo tendrás la semana que viene.

Cogió el manuscrito y se lo llevó pasillo adentro. Al rato sintió una puerta cerrarse.

No me lo puedo creer.

Ya se lo había dicho, pero no esperaba que fuese tan literal. Fue hacia el pasillo, la puerta del dormitorio estaba de nuevo cerrada. Se asomó al despacho y vio el manuscrito sobre la mesa.

¿Se acuesta y me deja en el salón?

Albergó la esperanza de que Irina hubiese ido al baño o a vestirse.

—¿Irina?

No obtuvo respuesta, se oyeron las persianas. Llamó con la mano a la puerta, se recordó a sí mismo al otro lado mientras ella no dejaba de molestarlo.

—Has entrado por tu propio pie. Puedes irte tal y como llegaste. —Alzó las cejas al oírla.

Cogió aire de aquella forma exagerada, como solo lo hacía cuando estaba cerca de Irina. Cuando estaba a punto de perder la paciencia.

—Vas a dormir. —Y no era una pregunta. Puso la mano en el pomo.

—Sí.

—¿Desde cuándo no comes?

—Tengo sueño, no hambre.

—No funciona así.

—Dormir cuando se tiene sueño, comer cuando se tiene hambre. Claro que funciona así, es común para todos los animales.

Miraba su mano en el pomo. Abrir no era lo correcto, pero con Irina la corrección no servía de nada.

—Vístete y bajamos a desayunar, yo tampoco he comido nada hoy. —Sabiendo que iba a ir a ver a Irina, le fue difícil desayunar.

—Eres un tío plasta, ¿lo sabes?

Dudaba si abrir o no, entrar le iba a servir de poco si no sacaba a Irina en brazos de nuevo.

—Vístete o te saco en camisón a desayunar —probó antes de intentarlo a la tremenda.

—No lo harás. Si me sacas a la calle en camisón, sería peor para ti y tu estúpida campaña de *marketing* que para mí. Yo no tengo vergüenza.

Y no lo dudo.

Fue a abrir la puerta y recordó las palabras de Teresa. Era su propia conducta lo que hacía a Irina actuar diferente. Pero aún no sabía qué era lo que la hacía ser diferente. Había vuelto a verla normal, en la cocina, cuando le dijo que recogiera las cosas aunque no se lo dijese de las mejores formas. Lo mismo le pasó en su casa, no importaba que él fuese amable o no, eso no condicionaba nada.

Sacando a la calle a Irina a la fuerza no adelantaría nada, pero no podía dejarla vivir en aquel caos, con aquel descontrol de horarios y comidas. Ni siquiera sabía cómo podía estar cómoda en aquella casa tan fría y poco acogedora.

Se apartó de la puerta y salió del piso de Irina.

Irina

Aunque ya hacía rato que Jayden se había ido no podía volver a coger el sueño. No le habían disgustado del todo las notas sobre el libro, ella siempre había trabajado la sensibilidad masculina desde la fantasía. Jayden se lo había acercado al terreno real. Le gustaba la idea, desde hacía un tiempo temía que sus historias se hiciesen monótonas. Se había obligado y comprometido con editorial y lectoras a publicar varias novelas al año y ese era el peligro del compromiso. Que no llegase a innovar al mismo ritmo con el que escribía. Jayden le abría la puerta a un nuevo estilo de hacer novelas. Acabar con el protagonismo dispar en el que siempre ganaban las féminas. Con su ayuda podría trabajar a sus príncipes grises desde dentro, le encantaba la idea.

Tenía que reconocer que, a pesar de su inexperiencia y desconocimiento, Jayden se lo estaba tomando en serio haciéndolo lo mejor que podía. Sonrió a sus pensamientos.

Tienes que estar muy orgullosa, Margaret.

Le escoció la garganta y le brillaron los ojos, tuvo que cerrarlos, se estaban calentando y las lágrimas saldrían. Margaret ya sabría todo eso y cómo actuaría su hijo al frente de la empresa. Ella siempre hacía las cosas estando completamente convencida.

Y me dejó a su cargo.

Conociendo bien su carácter difícil, que no lo ayudaría en absoluto. Pero a Jayden no le había frenado su forma de ser imposible.

También lo sabía.

Oyó la puerta de nuevo y abrió los ojos de golpe. Haría una media hora que se había ido Jayden.

Qué hace aquí otra vez.

Se estiró en la cama mientras se escuchaba ruido en el salón. Puertas de muebles abrirse y cerrarse, algo similar a cuando llegaba la señora de la limpieza.

Qué demonios está haciendo.

Se incorporó y bajó los pies de la cama. No buscó sus zapatillas, prefería notar el mármol en la planta de los pies. Abrió la puerta del dormitorio y dio unos pasos por el pasillo hasta llegar al salón.

Jayden estaba en la esquina, donde estaba la cocina. Había bolsas de papel, color marrón, similar al cartón. Él la había visto, pero la ignoró. Seguía abriendo y cerrando muebles.

—Es de mala educación husmear muebles ajenos —le dijo, cruzándose de brazos.

La temperatura del suelo del salón era terriblemente fría al llevar las ventanas abiertas desde la tarde anterior. Notó cómo se erizaba el vello de sus brazos bajo la manga del fino camisón.

—Ya creo que los dos hemos rebasado el límite de la educación. —Seguía sin mirarla.

Sentía curiosidad por qué habría dentro de aquellas bolsas.

—¿No tienes ni una puñetera sartén? —protestó—. No hay nada en ninguno de los muebles. ¿Qué haces cuando tienes hambre?

Irina ladeó la cabeza dando unos pasos hacia la cocina.

—Hay una aplicación en el móvil que te trae lo que quieras cuando quieras. No importa lo que te apetezca ni la hora que sea. —Se asomó dentro de las bolsas—. La comida viene a ti por arte de magia.

Jayden la miraba de reojo, como si estuviese diciendo una estupidez.

—Vives en un caos. —Cogió la bolsa en un movimiento rápido para que dejara de husmear —. En una casa a seis grados, sin comida, entre basura y ropa tirada.

Ya había visto lo que había en la bolsa. Jayden pretendía hacer el desayuno, pero no contaba con que no habría nada para hacerlo.

—Una casa sin ventanas, sin comida, entre basura y trapos —dijo ella entornando los ojos. No tuvo que decir más, sabía que Jayden lo había entendido. Así fue siempre su hogar.

—Ya llevas aquí mucho tiempo para haberte acostumbrado a otra cosa. —Sus palabras no parecieron tener efecto en él—. No puede ser sano vivir así.

—Pues aquí estoy, viva y sana.

Se había dado por vencido, dejó de buscar nada más. Se giró hacia ella.

—Te vendrás a mi casa, así que recoge todo lo que necesites que nos vamos.

Tuvo que encoger los dedos de los pies como si quisiese agarrarse al suelo para mantenerse en pie.

—No pienso ir a ninguna parte. —Lo vio contener la sonrisa, él contaba con que diría eso.

—Claro que vendrás. —La rebasó y se dirigió al pasillo.

—¿A dónde vas? —Su barbilla comenzaba a temblar del frío.

—A hacer tu maleta.

Lo siguió por el pasillo hasta la habitación.

—Tú no tienes ni idea de lo que me haría falta. —Puso una mano en la puerta del vestidor para cerrarlo.

—Pues dime, ¿qué te haría falta? —Jayden también puso una mano en la puerta. Irina empujó, pero esta no se movió un ápice.

—Todo. —Seguir empujando contra la fuerza de Jayden era inútil.

Él alzó las cejas.

—Con todo te refieres a lo que hay en las perchas o también a lo que tienes por el suelo de la habitación, a lo del suelo del baño, a esa montaña de ahí o… ¿eres capaz de encontrar ahí dos zapatos iguales? —Cogió uno por la correa y lo dejó caer en la montaña—. Coge lo que sea, ya mandaré a alguien a por el resto.

Irina lo miraba mientras él cogía una maleta del altillo y la echaba sobre la cama. Alzó las cejas.

—Irme a tu casa. —Realmente él no lo habría meditado lo suficiente. Tendría que estar desvariando. Se acercó a él hasta que las puntas de sus pies descalzos rozaron la puntera de los zapatos de Jayden—. ¿Qué es un editor?

Jayden no se movió a pesar de la cercanía, esa vez no contaba con aquel olor excesivo que, aunque ella ya no lo apreciaba, era tan incómodo para otros. La miraba en silencio, le dejó tiempo para pensar su respuesta. Le estaba gustando aquella evolución de Jayden, le gustaba tanto que su caja de cristal peligraba y hasta a través de las plantas de sus pies, pegadas al frío mármol, era capaz de entrar en calor.

Había algo que a pesar de los años no había cambiado en él, aquellas pestañas rizadas, bordeándole los ojos, de un color castaño similar al de su pelo y que solo se apreciaban en todo su esplendor en la cercanía. Cuando reconocía sus antiguos rasgos la memoria de su cuerpo se activaba, era como un reflejo, una acción automática y rápida que no se podía detener. A veces olvidaba que él era el hijo de Margaret Larsson, aquel Jayden de los comienzos que tan idealizado tuvo en su mente. Aunque en ese momento lo viese cercano, más pequeño, más inepto y demasiado tonto. Tendría que haberla mandado a la mierda desde el primer día y, sin embargo, allí estaba junto a una maleta abierta y dispuesto a abrirle las puertas de su casa con todo lo que eso conllevaba.

Lo vio contener la sonrisa.

—Para ti ahora supongo que un editor es un tío plasta —dijo, tirando del asa de la maleta para apartarla y sentarse en la cama. Lo oyó suspirar—. No te voy a engañar, de todos modos, es inútil engañarte. —Hizo un gesto con la cara y la hizo sonreír levemente. Comenzaba a conocerla, tuvo que encoger los dedos de los pies en el suelo, su cuerpo reaccionaba y el temor de que comenzara todo aquello le producía cierto martilleo en el pecho—. Mi madre no te dejó a mi cargo porque yo fuese el mejor editor, ni el más indicado para tu carrera —negó con la cabeza —. Ni siquiera creo que ella quisiera que yo fuera tu editor, pero no había otra forma de que me tuvieses cerca. —Lo vio mirar su mano y hasta la intención de cogérsela. Estuvo a punto de apartarla, pero Jayden desistió de su intención antes—. Y de que yo te tuviese cerca a ti.

Se puso en pie y suspiró de nuevo.

—Desde que me hice cargo del sello Larsson he estado perdido, pero eso ya lo sabes desde el

primer día. —La rebasó para dirigirse a la puerta de la habitación—. Eres grosera, maleducada e insoportable. —La miró de reojo—. Pero solo cuando estás tú siento que todo va a ir bien.

Recorrió con la mirada la habitación.

—Además, tampoco se te puede dejar sola —negó con la cabeza. Puso la mano en la puerta —. Vístete, te espero en el salón.

Cerró la puerta y la dejó sola.

Irina bajó la cabeza. Tuvo que coger aire por la boca, era imposible respirar por la nariz. Los dedos de sus pies seguían encogidos en el suelo, tan fuerte que le dolían. No era inmune al despliegue de sinceridad de Jayden. Ella intuía que él quería tenerla cerca, supuso que sería solo por su manera de evadirlo cada vez que intentaba contactar con ella, pero realmente no esperaba que hubiese algo más.

Margaret pensó en los dos cuando tomó aquella decisión. Era evidente que no había otra manera de mantenerlos juntos que mediante un contrato. Le brillaron los ojos al pensarlo. Ambos estaban perdidos, era evidente. Su caos había aumentado desde que ella no estaba, sus novelas ni siquiera fluían en orden, hasta el mero hecho de construir historias en ese momento le parecía más difícil que nunca.

Estar cerca de Jayden, día y noche, conllevaba consecuencias también para ella. Unas consecuencias que no sabía gestionar y a las que le tenía pánico. Nunca aceptó marcharse con Margaret, pero sabía que ella estaba ahí, no era necesario.

Recordó la noche que corrió a buscarlo sin meditar consecuencias. El brillo de sus ojos aumentó y su respiración se aceleraba.

Qué hago.

Algo le decía que tomase la decisión que tomase, se acabaría arrepintiendo.

Jayden

Oyó los tacones en el pasillo. Aunque pareciese imposible, Irina había conseguido encontrar dos zapatos iguales.

Había tardado menos de lo que esperaba, contando con que era una mujer con gusto por el excesivo arreglo. Allí estaba Irina con aquel aroma que desprendía una estela repelente y con un atuendo extravagante. Ladeó la cabeza mirándolo.

—Tú llevas la maleta. —Ni siquiera reparó en él, iba derecha hacia la puerta.

Tuvo que sonreír a pesar de que estaba convencido de que aquella decisión de llevarla con él le iba a dar más de un dolor de cabeza.

15

Jayden

—Estás completamente loco. —No esperaba que Nolan lo entendiese—. Te va a arruinar la existencia. Acabarás lanzándote por la terraza del ático.

Tuvo que reírse, quizás Nolan no se equivocase mucho. Sentía a Irina trasteando en el dormitorio de invitados. Nada de lo que dijese Nolan, ni siquiera los miedos repentinos que le entraban cuando lo consideraba en el peor de los casos, podían nublarle, ni un ápice, la sensación que le producía tener a Irina en casa. Una sensación esperanzadora que le ilusionaba. No recordaba haber sentido felicidad desde que muriese su madre y la causante de todo lo bueno que volvía a sentir era aquella mujer extravagante que ocupaba la habitación de al lado.

—Seguramente, pero correré el riesgo. —Se asomó al pasillo con el móvil pegado a la oreja.

Nolan rompió a carcajadas.

—Cuando quieras visitas nos llamas —dijo su amigo entre risas—. O tráela a alguna cena.

—Primero voy a ver cómo se adapta. —Hizo una mueca.

Oyó un ruido fuerte. Algo se había caído en la habitación.

—¿Ya ha empezado a destrozarte la casa? —Nolan también lo había oído.

—Luego hablamos, voy a ver lo que le pasa.

Hasta Chelsie pasó veloz por el pasillo y se asomó a la habitación de Irina. Jayden llegó tras ella y la gata enroscó enseguida el cuerpo alrededor de su pierna. La escritora arrastraba una mesa de escritorio. La lámpara que había encima se había caído y roto en el suelo.

—No te muevas. —Irina estaba descalza, como había observado que solía estar la mayor parte del tiempo, y había cristales en el suelo. Había desplazado la mesa a la otra punta de la habitación—. ¿Qué quieres hacer con la mesa?

La vio morderse el labio.

—Odio escribir mirando a la pared. —Volvió a tirar de la mesa.

—Que no te muevas más y ponte unos zapatos. —Se apresuró a ir a por una escoba.

Es un huracán y eso que acaba de llegar.

Aquella era una de las consecuencias de tenerla en casa, sabía que esas serían las consecuencias más livianas. Volvió a la habitación a recoger los cristales, Irina ya había colocado la mesa en el sitio que quería, supuso, y por supuesto seguía descalza, como si no hubiese oído nada de lo que le había dicho.

—¿La lámpara era suya? —preguntó, mirando a la gata—. Me mira como si hubiese cometido un crimen.

—Todo lo que hay en esta casa es suyo —rio él. Los trozos grandes estaban recogidos, pero podría haber más pequeños por alguna parte—. Ponte unos zapatos.

—No me gustan los zapatos.

—Pues tienes miles.

—Porque no se puede ir por la calle descalza.

Lo rebasó para salir al pasillo, pisando donde había caído la lámpara como si no le importase cortarse en un pie. Chelsie levantó la cabeza para verla pasar. Irina se iba hacia el salón.

Y me deja recogiendo esto solo.

Oyó la puerta de la terraza abrirse. Y al sonido Chelsie corrió, seguramente para salir.

A ver si no rompe nada por allí ahora.

No se veían más cristales grandes, pasó la escoba una segunda vez. Y regresó con una aspiradora por si quedaba algo más. Irina seguía en la terraza. Aunque daba el sol, allí siempre hacía frío en aquella época. Decirle algo sobre que se calzase o se pusiera aunque fuese una manta sería inútil. Suspiró, cerrando el armario de la limpieza.

Al final, va a tener razón Nolan y me lanzaré de cabeza.

La parte buena era que con Irina en casa podía rehacer la agenda. Aunque no sabía hasta qué punto ella no protestaría. No era una mujer que tolerase una dirección, como no toleraba tampoco lo que pudiera decirle aunque fuese por su bien. Nunca había conocido a nadie que necesitase tanto ser cuidado y que se dejase cuidar tan poco.

A Irina apenas se le podía hablar, ni mucho menos tocar, tan solo la cercanía corporal le molestaba. Ahora que lo pensaba, jamás vio a su madre tocarla. Margaret conocía bien aquellas peculiaridades de Irina y las respetaba a pesar de ser una mujer cercana y dada a los abrazos. Estuvo presente cuando Irina le entregó el manuscrito de su primera novela terminada, un regalo navideño. Su madre mantuvo la distancia y él sabía lo que le costaría hacerlo.

Hasta que su nariz se acostumbrase a aquel olor lo pasaría mal. Ya ni podía oler el ambientador de la casa, todo estaba impregnado de Irina. La miró a través del cristal de la terraza, ella observaba los edificios de alrededor, todos tan altos como los del ático. Supuso que Irina, amante de las bajas temperaturas, permanecería más tiempo fuera que dentro, tendría que comprar un calefactor de los que se ponían al aire libre, como los que se usaban en las terrazas de las cafeterías, o acabaría recogiendo en la terraza una estatua de hielo. Las temperaturas que cogía de madrugada en pleno diciembre eran sumamente bajas.

Salió corriendo hacia el ordenador para pedirlo cuanto antes.

Irina

Hacía rato que habían llamado a la puerta, desconocía si Jayden esperaba visita, algo que no le importaba en absoluto. Ella seguía en la terraza mirando a través de las paredes de cristal los altos edificios que la rodeaban. Nadie con sentido común saldría a la terraza cuando el sol se iba y comenzaba a enfriar. Pero ella estaba ansiosa por que anocheciera y se encendieran las luces de los numerosos pisos de cada planta. Un auténtico espectáculo para su vista y sus sentidos.

Era diciembre y en diciembre llegaban fechas que con los años acabó entendiendo. Era curioso que, aunque aún las calles apenas comenzasen a decorarse, notase en el aire un olor inapreciable que le indicase que el invierno había llegado y todo lo que traía con él.

Las luces de las casas comenzaron a encenderse, pequeños cuadrados y rectángulos de luz amarilla. Entornó los ojos, decenas de hogares frente a sus ojos que durante el día podían pasar desapercibidos, pero que cuando caía la noche, la humedad y el frío se tornaban llamativos y atrayentes. Y sin saber por qué le producía inmenso placer contemplarlos.

El ático se quedó a oscuras por completo, hasta Chelsie se había metido dentro. Con la oscuridad podía observar mejor aquellas luces lejanas y perderse en ellas.

Estaba al final de la terraza, la primera parte, pegada a la puerta corredera, tenía un pequeño techo de madera. Pero ella había decidido irse al sofá lejano, el que estaba pegado a la pared de cristal. No le gustaban las alturas, tardó más de media hora en que su cuerpo dejase de sentirse ligero cada vez que miraba hacia abajo. Pero ya comenzaba a acostumbrarse a la altura y no era tan terrible como creía, desde arriba la vista era más extensa, podía ver cientos de edificios en toda la ciudad y de noche era un espectáculo maravilloso. Desde allí hasta podía alcanzar las avenidas comerciales, mucho más escandalosas, que producían un destello en el cielo que desprendían las luces brillantes. Aquello hacía que el contraste con la tranquilidad de los alrededores hiciese los pequeños cuadrados amarillos de los hogares más agradables de mirar.

Se sobresaltó cuando Jayden encendió la luz, esta iba por capas, primero llegó la de la parte techada, luego otros focos medios y los últimos estaban al final, donde se encontraba ella. Lo miró, él estaba junto a la puerta y accionaba con la mano los controles de la luz. Pero algo en su expresión lo hizo detenerse al mirarla y no llegó a encender las últimas. Irina notó cómo las luces que sí había llegado a encender disminuían su intensidad al nivel de una pequeña antorcha.

Jayden se metió dentro de nuevo, en ese momento el ático era uno más de los rectángulos de luz del paisaje. Frunció el ceño, se escuchaba a Jayden rasgando algo dentro, cinta adhesiva despegándose y más cartón roto.

Alzó las cejas, él salía fuera con algo tumbado bajo el brazo. Desde allí parecía el sombrero de un hombre de hojalata. Era un aparato largo con una forma cilíndrica transparente y arriba aquel copete metálico.

Lo llevó hasta donde estaba Irina.

—Llegarán más la semana que viene, en esta época es prácticamente imposible encontrar un cacharro de estos. —Lo puso en pie, aquel cilindro tenía su altura.

Irina lo tocó, había visto objetos similares en la calle, estufas de exterior. Jayden la encendió y en la parte baja del cilindro se formó una especie de llama. Cada vez hacían aquellos cacharros más reales. De inmediato, comenzó a desprender calor y apartó la mano.

Notó algo en el cuello, era suave, excesivamente suave, una pelusa larga con un tacto que en la piel era más que agradable. Jayden se la extendió para que le cayera por los hombros y la envolviese entera.

Irina bajó la cabeza para mirar la manta, era otra diferente a la que le puso la otra noche. Esa era más mullida y tremendamente extensa, por lo que podía apreciar, también abrigaba más. Tenía un color blanco roto, como el color del pelo de las ovejas. Y olía a estar recién sacada de un plástico.

—No sé qué demonios tienes con el frío —murmuró él arrastrando la estufa para acercarla más a donde estaba ella.

Y no sé qué demonios tienes tú con no dejar que me enfríe.

—Me gusta el frío. —Se pasó la mano por el hombro para dejar resbalar la manta de su espalda hasta la silla.

—Hay personas resistentes al frío. —Jayden giró la rueda de la estufa y la llama aumentó—. Suelen tener la piel caliente aunque estén a bajas temperaturas y con poco abrigo. Pero tú te enfrías como el resto de los mortales, te tiembla hasta la barbilla. Y no hace falta tocarte para saber cómo tienes las manos o los pies.

Le puso otra vez la manta por encima.

—En un rato te llamo para la cena. —Se fue dentro de nuevo.

Irina lo miró de reojo mientras él salía. Su cara rozaba el suave pelo de la manta, la movió para volver a sentir el roce.

Se giró para seguir mirando a través del cristal el resto de bloques, cada vez más luces se encendían. Las personas volvían a casa después del trabajo y comenzaba la otra vida para muchos, quizás ese fragmento de tiempo en el día que era la verdadera vida para la mayoría.

Cogió aire y lo espiró con fuerza. La manta tomaba temperatura en el lado que estaba la estufa, aquello la hizo inconscientemente inclinarse hacia ese lado. Tenía que reconocer que el calor tenía el peligro de atraerle de forma desesperada. Y lo peor venía después, una vez que el calor te llevaba a su núcleo y conseguía envolverte, era muy difícil separarse de él. Puesto que una vez que el cuerpo se calentaba por completo, el frío sobrevenía más temeroso y desagradable.

Metió la mano bajo la manta y bajó la barbilla. Su espiración dejaba de producir vaho. Perdió la noción del tiempo, en su cabeza se cruzaron las escenas que faltaban para su novela y eso la hacía divagar sin remedio en una especie de sueño profundo con los ojos abiertos.

—Irina —la llamó Jayden—. Ven a la cocina.

Se puso en pie. No tenía idea de la hora que era, pero para ella era temprano para cenar.

Por eso no quería el calor.

Quitarse la manta de encima fue un suplicio. Enseguida se le erizó el vello de todo el cuerpo. Lo hubiese pegado a la estufa por completo hasta que se quemase para quitarse aquella sensación desagradable.

Entró al salón aún con el vello erizado. Jayden estaba en la cocina. Chelsie la observaba como la intrusa que era en aquella casa. Contuvo la sonrisa al mirarla, tenía curiosidad por saber qué tendría que decirle si pudiese hablar. No tenía dudas de que la gata tendría una manera de decir las cosas similar a la de ella y, seguramente, lo primero que le dijese sería que cuándo pensaba marcharse de allí.

Entró en la cocina. Esperaba la comida en la mesa, pero allí no había nada. Tampoco había comida en el microondas ni en ninguna parte. Jayden la esperaba con los brazos cruzados. Ella lo imitó.

—¿Y la cena? —La había llamado para la cena, pero no había cena.

Y él esperaba que le preguntase aquello. Lo vio sonreír.

Me encanta.

Otra de las cosas que no cambiaban en Jayden, una sonrisa que podría mirar durante horas. Su

cuerpo reaccionaba rápido y sin remedio. Era incapaz de pararlo, como tampoco podía detener que en ese momento su cuerpo buscase el calor de una estufa o un radiador, tenerla cerca, pegada a la piel hasta quemarse. Eso mismo sentía con Jayden.

—Estás en mi casa, pero no esperes que vaya a convertirme en tu sirviente. —Lo oyó decir y ella alzó las cejas—. De hecho, hoy harás tú la cena.

—Entonces cenaremos agua. No sé hacer comidas. —Seguía con los brazos cruzados.

—Contaba con eso —volvió a sonreír.

Y no puede gustarme más.

Jayden le pidió con la mano que se acercase. Dio unos pasos desconfiada. Sobre la encimera de madera había un aparato con una pantalla.

—Con esto podrás hacer comidas sin saber cocinar. —Lo encendió.

Irina se mordió el labio inferior mirando aquel aparato que ocupaba un sitio considerable.

—Es un robot de cocina y hace prácticamente de todo. —En la pantalla salió un menú—. Elige lo que quieras y te va diciendo qué tienes que hacer. Yo no estaré aquí todos los días y no quiero que sigas comiendo porquerías.

Ella acercó la mano hacia la pantalla, no parecía difícil de manejar. Solo tenía un recipiente y una tapadera. Supuso que aquello sería algo así como «cocina para tontos».

—Y yo tampoco quiero comer las porquerías que guardas en el frigorífico —respondió ella entrando en menús de pasta.

Lo miró de reojo, él seguía con aquella expresión burlona.

—Estupendo, hoy no comeremos porquerías. A ver qué eres capaz de hacer. —Se sentó sobre la mesa dispuesto a observarla.

—No pienso hacer nada contigo ahí vigilando. —Tiraba de la tapa, pero esta no se abría.

—Estaré aquí por si necesitas mi ayuda.

—No voy a necesitarla.

—¿No? —Entornó los ojos, esperando a que ella se cansase de tirar de aquello—. Para abrirla tiene un botón.

Con la uña tan larga era complicado darle a aquel botón, pero logró abrirlo.

—Déjame el libro de instrucciones y vete. —Miró el recipiente por dentro. Tenía unas cuchillas en el fondo.

Jayden volvía a contener la sonrisa.

—Vete de una vez. —Le estaba encantando su compañía y aquella forma irónica de intentar enseñarle a valerse por sí misma.

Lo vio abrir un cajón y sacar una libreta. La lanzó para que cayese cerca de ella.

—Estaré en el salón. —Oyó aquel tono burlón. Pero ni siquiera eso le ofendió. Ella misma tenía interés por comprobar cuán incomible podría ser su propia comida.

Miró la puerta de la cocina ya cerrada.

Bajó la cabeza y miró sus pies descalzos sobre la madera. El tacto de la madera pulida en la planta de los pies producía un agradable cosquilleo. Sonrió.

Irina llevaba una hora en la cocina. Era extremadamente ruidosa, supuso que al no saber dónde estaba nada le habría llevado más tiempo preparar lo que fuese que estaba haciendo. Pero no había querido insistir en ayudarla. Como decía su madre, no podía hacer con Irina lo que haría con cualquier otra persona. Comenzaba a entenderla o eso quería creer y ahora que la tenía cerca todo el tiempo podría observarla y aprender mejor cómo tenía que comportarse con ella.

Oyó la puerta abrirse.

—Ya está —le dijo en aquel tono unánime que no expresaba nada.

Tenía curiosidad por saber qué es lo que había hecho. Al menos no había perdido la paciencia y había puesto empeño. Eso con Irina ya era todo un logro.

Entró en la cocina. Había cacharros por todas partes, cuchillos de varias clases sobre la tabla. Restos de verdura a medio cortar y un poco de aceite derramado. No quería ni mirar el suelo.

—Menuda batalla. —Intentó mantener la calma ante aquel desastre.

Sin embargo, la comida estaba servida en la mesa en dos platos. No había cubiertos ni mantel. Solo un plato para cada uno.

Irina había hecho macarrones con carne picada y verdura. Una de las recetas más simples, no solía comer algo tan contundente para la cena, pero lo importante no era la comida. Esperaba que al menos estuviese comible.

Cogió los cubiertos y servilletas y se sentó a comer junto a Irina. Probó la comida, había seguido la receta al pie de la letra porque se podía comer sin queja. No pensaba decírselo, a Irina era mejor no regalarle los oídos.

La miró de reojo y alargó enseguida la mano para sujetarle la muñeca. Aquella forma terrible y ansiosa de comer no podía ser sana.

—¿Por qué comes siempre así? —Había intentado encontrar explicación. Y la única que encontraba era la propia costumbre. Supuso que en otros tiempos tendría que comer así. Primero, por el hambre atroz y segundo, para que no le quitasen lo que comía o para comer más que otros si estaban compartiendo—. No es robado, nadie va a quitarte el plato hasta que termines. Mastica bien.

Irina tenía la boca llena de comida. La vio masticar dos veces, esperando entre una vez y otra. Tuvo que contener la sonrisa. Aquella mujer era realmente complicada por donde quisiera que la mirase, pero al menos llevaba un tiempo sin soltar dardos, sin ser del todo desagradable y, al parecer, poniendo de su parte.

—Desmond dice que aún no has pasado por su despacho. —Llevaba tiempo queriendo hablar de aquello con ella—. Tampoco a él le coges el teléfono ni le respondes a correos.

Desmond llevaba las finanzas de Irina. También el administrador le había dicho que a Irina se la podría engañar fácilmente, que ni siquiera miraba las gestiones, que firmaba contratos sin leer y que cualquier día acabaría arruinada.

—¿Qué quiere ahora ese pesado? —Volvió a llenarse la boca.

—Larsson tenía unos derechos universales de todo lo que llegaba. Comisiones por traducciones, comisiones por adaptaciones a audiovisual, por *merchandising* y por todo lo que tuviese que ver con tus creaciones, tu firma o tu nombre.

Esperó a que terminase de tragar.

—Todos esos porcentajes mi madre los guardó al margen de las cuentas de la empresa, solo quedándose con los ingresos en el idioma original. Y ese dinero Desmond se dedicó a invertirlo desde el principio. —Irina seguía comiendo como si no estuviese escuchando o no pareciese importarle—. Y ella te lo dejó como herencia a ti.

Irina no se detuvo, no lo miró, no reaccionó a sus palabras. Cogió otra cucharada más y la engulló.

Jayden sabía por Desmond que las cuentas de Irina eran sobradamente holgadas. Pero aquellas cantidades que guardó Margaret habían ido creciendo durante años hasta llegar a una cifra considerable hasta para alguien con una cuenta bancaria como la de Irina.

También Desmond le había dicho que Irina solía ser sumamente generosa con la organización que la acogió. Que las cantidades anuales que donaba para que siguieran con su labor eran estratosféricas. A pesar de sus excentricidades comenzaba a darse cuenta de que Irina no necesitaba ni ese dinero ni cualquier otro, el dinero era algo que no le importaba, tenerlo, donarlo, gastarlo o perderlo le daba exactamente igual.

Dio gracias a Dios de que diera con Margaret Larsson y su administrador, con otro tipo de personas le hubiese ido realmente mal. Y en un futuro, si no se cuidaba, podría acabar mal.

—El martes iremos —dijo Jayden al ver que ella no hablaba.

—¿Como que iremos? No sé qué voy a hacer el martes.

Alzó las cejas, mirándola. Irina era desordenada hasta para las prioridades.

—Pues ya tienes plan, ir a ver al administrador. —Apenas iba por la mitad de su plato y ella ya estaba acabando.

—Ya iré otro día. —Acabó de comer y se levantó.

—No vas a ir otro día, vas a ir el martes —respondió. Irina se iba dejando el plato vacío en la mesa—. ¿Y esto?

Ella se giró, apoyó una mano en la mesa y se inclinó hacia él. Era extraño que ella acortara distancias, pero lo estaba haciendo. Su nariz habría entrado en fatiga olfativa porque ya no notaba tan intenso el dulce olor que solía desprender Irina.

—Me has traído a tu casa, pero no pienso ser tu sirvienta —replicó—. Yo he hecho la cena. Tú la recoges.

Quitó la mano de la mesa, rodeó la silla donde estaba sentado y salió de la cocina. Se giró para verla salir.

Es tremenda.

Hubiese reído, pero las condiciones en las que había dejado la cocina quitaban las ganas de reír. Apoyó el brazo en el respaldo de la silla y se puso la mano en la frente. En hacer la cena él y recoger hubiese tardado menos que lo que le llevaría recoger todo aquello.

Chelsie entró y dio un suave maullido. Recorrió con la mirada toda la encimera llena de trastos y restos de comida. Ni siquiera había sitio para que pudiese subirse, volvió a maullar. Hasta el gato podía ver el desastre.

16

Jayden

No había mucho margen para poder observar a Irina en casa, tuvieron que salir temprano a las entrevistas, al día siguiente se estrenaría la nueva temporada de una de sus adaptaciones. La productora les envió un coche para recogerlos.

Irina llevaba uno de sus híbridos entre abrigo y vestido, de excesivo vuelo, como el del día del cementerio, pero esa vez de un color morado mucho más llamativo y con unas cuerdas en la parte delantera que recordaban a un corsé.

Le resultaba llamativo cómo Irina era bien conocida en todos los ámbitos. La gente se limitaba a recibirla, llevarla hasta el lugar de la entrevista y a hacerle las preguntas pertinentes. Nadie se acercaba a ella o le sacaba la más mínima conversación. Solo eran capaces de mirarla a media distancia. Parecía que la lengua de la escritora de romance más famosa del mundo era temida por todos.

Llegaban a la última entrevista, una famosa revista de moda que ya había hecho algún que otro reportaje a Irina. La llevaron a maquillaje, Jayden no sabía qué más maquillaje necesitaba cuando había salido del ático con más pintura que un cuadro de Van Gogh. Pero los maquilladores siempre se empeñaban en echar más.

Luego la pusieron en un sillón y unos fotógrafos graduaron la luz para comenzar con las fotos.

—¡Jayden! —Oyó una voz de mujer y se giró de inmediato. Sonrió enseguida al reconocerla. Era Agatha, una compañera de universidad. Lo saludó de manera efusiva—. Qué alegría verte después de tanto tiempo.

—Sabía que Bram trabajaba por aquí, pero no me había dicho que tú también.

Agatha se cruzó de brazos.

—Llevo un par de años, él es el veterano. —Miró a su alrededor—. Debe estar por aquí.

Pasaba un joven con unas carpetas en la mano.

—¿Has visto a Bram? —le preguntó.

—Ha ido un momento a dirección —respondió él.

—Dile que venga, que tenemos visita. —Agatha no dejaba de sonreír. Luego miró a Jayden —. ¿Y qué haces por aquí? Trabajo, supongo.

Asintió a su pregunta.

—¿En qué andas ahora? —Se retiró de los focos y tiró suavemente de su brazo para que la siguiera—. ¿Quieres un café?

Jayden se giró hacia Irina. Esta estaba sentada en un sillón de cristal bastante extravagante, como toda ella. Escuchaba las indicaciones del fotógrafo y, para su asombro, atendía sin rechistar. Parecía que la Irina que trabajaba era más profesional de lo que esperaba.

—¿Tardarán mucho? —Señaló al fotógrafo y a Irina.

Agatha los miró ladeando la cabeza, fruncía el ceño, luego alzó las cejas.

—Ah, claro, olvidaba que eres el hijo de Margaret Larsson. —Volvió a fruncir el ceño—. ¿Trabajas con Irina?

Jayden profirió media sonrisa, no era ningún secreto que Irina era cruz de plomo.

—Ahora soy su editor. —Seguramente Agatha no sabía que su madre había fallecido y sacar el tema era contar la historia desde el principio. Así que prefirió callarse.

Agatha volvió a tirar de su brazo.

—Ven, espérala en la sala de al lado. —La siguió por un pasillo hasta una habitación con varias mesas en la que olía a café—. No sabía que Irina estaría por aquí hoy. ¿Quién la entrevista esta vez? —Hizo una mueca.

—Creo que se llama Ángela. —Tenía ya un cacao de nombres y apellidos en la cabeza que sin agenda no se aclaraba.

—Sí, Ángela, le tocó a ella esta vez. —Hizo otra mueca.

Jayden no pudo evitar reír.

—No voy a mentirte, nadie quiere entrevistarla. ¿Cómo es trabajar con ella? —Agatha pulsaba los botones de la máquina del café.

—Muy… instructivo. La verdad es que estoy aprendiendo más de lo que esperaba. —Realmente no sabía cómo explicarlo—. Está siendo toda una experiencia. —La joven volvió a fruncir el ceño. Le dio una taza de capuchino—. ¿Qué es lo que pasa con ella?

Lo sabía, pero quería escucharlo claramente. Ya se imaginaba lo que todo el mundo decía a la espalda, ahora quería comenzar a saber qué era lo que eran capaces de decir a la cara.

Agatha abrió la boca para responder. Se oyeron los tacones de Irina firmes por el pasillo y estos se detuvieron en la puerta de la sala.

—¿Ya has acabado las fotos? —le preguntó, pero Irina enseguida dirigió sus ojos hacia Agatha.

Ya la conocía, por lo que pudo apreciar. En dos años eran varias las visitas que Irina habría hecho a la revista.

—¿Quién me hace la entrevista? —le preguntó y Jayden desvió la vista hacia el café.

—Ángela —respondió Agatha dando un paso atrás. Jayden le apreció cierta prosa que no tenía instantes antes.

—No me suena de otras veces. —La vio sonreír—. Le habéis largado el trabajo a la nueva.

Ya empezamos.

Tenía que intervenir.

—¿Conoces a Agatha? Éramos compañeros en la universidad.

Aquello hizo reaccionar a Irina, seguía en el umbral sin moverse, pero los miraba a uno y a otro.

—Tu madre me presentó a un compañero tuyo empleado en esta revista… —Entornó los ojos hacia Agatha—. ¿Antes eras un tipo calvo con barba de pico?

Jayden dio una carcajada y a punto estuvo de salírsele el café por la nariz. Hasta Agatha tuvo que reír.

—No, ese es Bram, también trabaja en la revista —dijo él cogiendo una servilleta del lateral de la máquina por si se había manchado. Intentó contener otra carcajada o se pondría perdido con

el café.

Agatha seguía sonriendo tras la risa.

—Jayden me ha dicho que ahora es tu editor —le dijo—. Es estupendo.

—¿Sí? ¿Por qué es estupendo?

Tuvo que desviar la mirada de nuevo hacia la máquina. Irina le pondría en muchas peores, tenía que comenzar a acostumbrarse a aquello. Notó la incomodidad en Agatha, había cometido un error con Irina, con la risa de su comentario se había confiado. Irina sabía perfectamente que no caía bien en la revista y la joven le estaba sonriendo. Comenzaba a tener sentido lo que le dijo Teresa sobre que no era ella, sino las acciones de otros las que la hacían ser así.

—Quiero decir que Jayden es muy bueno. —Intentó salir del paso de alguna manera.

Irina asintió con la cabeza.

—¿Bueno en algo concreto o más bien en general? —preguntó ella y Jayden vio cómo Agatha quería hundirse en el suelo y desaparecer.

No respondió y no la culpaba. Con Irina tenía que aprender a intervenir para evitar situaciones como aquella.

—Vamos a la entrevista. —Soltó la taza en una mesa y aprovechó que Irina estaba en el umbral para llevarla fuera.

—¡Jayden! —No sabía por qué, pero encontrarse con conocidos no resultaba agradable en presencia de Irina.

Bram se acercaba por el pasillo.

—El tipo calvo con barba sigue calvo y con barba. —La oyó decir en tono aburrido—. Resultaba más interesante la otra posibilidad.

Madre mía.

Bram la había oído y se detuvo junto a Agatha contrariado. En ese momento la incomodidad se extendió también a él, a todos excepto a ella, claro. Irina seguía tan fresca como siempre.

—Lucas —Bram llamó al chico de la carpeta que antes había ido a buscarlo—. Acompaña a la señorita Yadav al despacho de Natalia.

Jayden vio cómo Irina se mordía levemente el labio que se escondía bajo la concha de su labio superior. El color rojo intenso que le habían puesto los de maquillaje hacía que aquel efecto fuese aún más llamativo.

—Los que más cobran dejan el trabajo incómodo al becario. —Dio unos pasos hacia el chico de la carpeta—. Porque así aprenderán más, supongo, o eso es lo que intentarán hacerle ver una y otra vez mientras ellos toman café en un pasillo.

Miró a Agatha.

—Es la primera vez que te alegras de verme por aquí. Ya sé por qué es estupendo. —Rebasó a Bram y siguió su camino por el pasillo con aquel taconeo firme en el suelo.

Jayden no sabía con qué cara mirarlos. Con lo correcta que era Margaret no sabía cómo podía lidiar con aquello. Cogió aire por la boca y lo expulsó despacio, intentando que no le vieran ni un ápice de ansiedad.

—Vamos —le dijo Bram, no se atrevió a hablar hasta que no perdió a Irina de vista—. Te acompañamos mientras la esperas.

Le resultaba curioso el por qué pocos respondían cuando Irina comenzaba a lanzar aquellos dardos sin piedad. Quizás porque era tan certera cuando hablaba que animarla a seguir solo serviría para sacar más trapos sucios de cada uno. Sin embargo, era una ventaja que fuese quitándole la máscara a cada uno y descubriendo las verdaderas intenciones. Quizás ahí estaba la razón por la que a él, a Margaret o a Desmond les firmaba todo lo que le pusieran por delante sin mirar. Porque sabía que ellos no iban a engañarla.

Recordó las palabras de Irina en la puerta de la editorial. La ventaja de escribir sobre personas, todo lo había visto demasiadas veces. Su madre, en la obsesión porque Irina llegase a un nivel en sus historias, la hizo observar, analizar, anotar cada comportamiento y buscar las razones por las que las personas actuaban de una manera o de otra. No importaba lo que quisiesen mostrar, ella conocía la verdad como si fueran sus propios personajes.

Eso serían todos para ella. Personajes como los de su mundo imaginario, pero en el mundo real. Y los observaba inspeccionándolos, aprendiendo cuando no entendía una reacción o lanzando dardos contra la falsedad, trucos o máscaras aunque las intenciones de los enmascarados no tuviesen maldad. En ese momento tenía claro que Irina no actuaba siempre igual, lo había visto con él mismo a ratos o en la forma en la que atendía al fotógrafo o seguía al becario.

Ahora entendía la fascinación de su madre por aquella niña. Irina no era como el resto, era excepcional. Y estaba convencido de que cuanto más ahondara en ella más le fascinaría.

Una media hora, no más tardaría en hacer aquella entrevista, y regresaría quizás a tensar la situación de nuevo. No sabía las razones, no había tenido en cuenta lo difícil que era mediar entre ella y el mundo, pero, aun así, solo quería que regresara cuanto antes y volviera con él.

Mediar entre ella y el mundo.

Cada vez entendía mejor el legado que le dejó su madre.

17

Jayden

El día de entrevistas se había hecho terriblemente largo. Solo habían parado para comer en un restaurante. Y ya era de noche y bien tarde cuando llegaron a casa. Era llamativo que Irina, que solía protestar por la mayoría de cosas, no se quejara ni una sola vez de la apretada agenda del día. Su madre no solo la enseñó en el terreno literario, sino en toda la profesión. Y a pesar de tener aquel carácter complejo y repartir tortas verbales por doquier, a la hora de hacer entrevistas o sesiones de fotos, era una auténtica estrella de las letras.

Se habían duchado y esa vez Jayden prefirió hacer la cena él que dejar que Irina volviese a poner la cocina hecha un desastre. Aquel día habían estado allí dos empleadas de la casa Larsson para arreglar el ático.

A pesar de la muerte de su madre conservaba la casa y su personal. Una casa vacía que no tenía intenciones de ocupar, pero que le daba pena vender o alquilar. Y mucho más despedir empleados que su madre conservó durante años. Aquella casa sería una carga económica, pero en su pensamiento estaba el mantenerla hasta decidir qué hacer con ella.

No tuvo que buscar a Irina, sabía que después de la ducha estaría en la terraza. La llamó para cenar, pero esta no se movió. Entornó los ojos, ella misma había encendido la estufa y por las llamas pudo comprobar que lo había hecho a tope. Estaba pegada a ella en un sillón. También le había gustado la manta que le compró el día anterior, la más térmica que encontró.

Salió para comprobar qué hacía que no reaccionara a su voz. Sonrió al mirarla. Irina cambiaba sin aquella capa gruesa de maquillaje y pinturas de colores. Para su gusto estaba mejor en su versión sencilla de piel dorada brillante y labios desnudos.

Irina se había quedado dormida hecha un ovillo junto a la estufa. Cogió aire despacio, el ambiente en la terraza era helado, pero las mejillas de Irina estaban sonrojadas.

Había muerto de frío…

Recordó a Irina leyendo el cuento de la niña de los fósforos en el salón de la casa Larsson.

Acercó los dedos a la mejilla de Irina, estaban templados. Le gustaba sentirlos así y no la piel fría y rasposa por el vello erizado que siempre solía tener.

Tú no morirás de frío.

Ese día habían visitado platós de televisión, radio, revistas con fama en todo el país y algunos periódicos de tirada nacional. Nadie que hubiese visto a Irina con aquel vestido morado vaporoso, los tacones interminables que se apoyaban en el suelo sonoros y seguros y con aquella mirada escudriñadora podría deducir, ni de lejos, que una parte de ella era solo alguien que siempre vivió al borde de morir de frío porque no sabía vivir de otra manera.

Pasó los dedos por su cara hasta su barbilla, Irina le despertaba sentimientos que ni siquiera conocía. Comenzaba a darle las gracias a su madre por brindarle la oportunidad de aquella tarea. Y hasta le emocionaba la confianza que Margaret debió tener en él para encomendarle a alguien

como Irina.

Tocarla dormida le pareció hasta una falta de respeto, sabía que despierta ella no se lo permitiría. Pero era placentero poder acariciarla y sentir aquella temperatura confortable de su cara. Hasta la nariz, que solía ser la última parte de la cara en calentarse, estaba templada.

Tuvo que apartar la mano, no quería aprovechar la situación, no le parecía correcto. Se apenó de que ella no le dejase hacerlo en otras circunstancias. Espiró aire y se inclinó en el suelo.

—Irina —susurró, pero el sueño de Irina era profundo. Tuvo que sonreír. Quizás quedaba más en ella de la niña india de lo que pensaba. Y no solo de lo que él llegó a conocer, sino de lo de mucho más atrás. A aquella parte en la que ella solo dio pinceladas. Cuando el Momo tenía muchas caras y muchos nombres y ella solo tendría el refugio de las fantasías a través de los fósforos como la niña de aquel cuento.

Metió un brazo bajo ella y la rodeó con el otro. La cargó y se levantó con ella. Ya en pie la miró por si se había despertado, pero no se movía un ápice.

La metió dentro y la llevó hasta la habitación. Tuvo que retirar con un pie el vestido morado que había llevado durante el día, que estaba en el suelo.

No hay manera de que recoja nada.

La puso sobre la cama, tuvo que moverla a un lado y a otro mientras destapaba la cama. Consiguió meterla dentro de las sábanas y la tapó con el edredón. La manta la echó por encima también, ya dormida podía destaparse de manera inconsciente si tuviese calor.

Se inclinó para mirarla por última vez. Mientras dormía sus labios dejaban un pequeño hueco en la parte central que dejaba entrever los dientes. Le subió el edredón hasta el hombro y se irguió enseguida. Ya sabía el efecto que producían en él los labios de Irina, máxime si se mezclaba con aquella encrucijada de sentimientos que le producía su presencia.

Se retiró de la cama y se dispuso a cerrar la puerta. Le echó una última mirada antes de cerrar.

18

Jayden

Llevaba todo el día en la editorial. Desconocía lo que había estado haciendo Irina mientras tanto, pero podía esperarse cualquier cosa cuando llegase a casa. Sabía que después de la comida llegaban una maquilladora y un peluquero para arreglarla. Tenía el estreno de la serie. Irina solía ser una de las invitadas, quizás una invitada insustituible. La creadora de una serie medieval producida por una plataforma digital con seguidores en todo el mundo. En los últimos dos años las ganancias de Irina con sus adaptaciones audiovisuales estaban ascendiendo de forma considerable. Mantenía una buena relación con los productores, algo extraño en ella, quizás la mediación de Chio era indispensable. Pero ellos estaban satisfechos con Irina y el resultado se estaba viendo en el volumen de espectadores.

—¿Irina? —Ni siquiera sabía si ya habían terminado con ella.

Abrió la puerta de la cocina y se asomó, era una de las cosas que más temía. La cerró de golpe y esperó que estuviese cerrada cuando llagaran los que arreglaban a Irina. Buscó a Chelsie por el salón, tampoco estaba. Curiosa al extremo, estaría alrededor de Irina y el trabajo más extravagante que hubiese podido hacer Teresa.

Se metió en el pasillo, el olor dulce y empalagoso ya era el ambientador natural de la casa. No se escuchaba a nadie, quizás había salido ya.

La puerta de la habitación de invitados estaba abierta. Vio a Chelsie sentada en el umbral, como una estatua, mirando fijamente hacia el interior.

—¿Irina? —Prefería avisar antes de asomarse.

—Extremadamente lento para todo. —La oyó responder.

Jayden contuvo la sonrisa, llegó hasta la puerta. Irina se ponía unos pendientes colgantes. Llevaba un vestido de una tela que mezclaba el verde claro y el lila. La parte del cuerpo era una especie de corpiño de escamas, similar a una armadura, pero con colores pastel. La parte inferior era vaporosa y larga hasta el suelo, de gasa con los mismos tonos.

Habían maquillado a Irina con el borde de los ojos tan marcado de negro que le recordó a los ojos de la gata Chelsie. Para el pelo le habrían puesto postizos porque llevaba un recogido de trenzas que luego caía por su espalda hasta la cintura.

La Edad Media llevada a la fantasía. Estaba convencido de que ni los protagonistas de la serie llevarían un atuendo tan llamativo. Luego no le extrañaba que las revistas de moda, a pesar de no soportarla, la reclamaran una y otra vez.

—Lento —repitió Irina—. Y eso que solo tienes que ponerte un traje y peinarte. —Fijó sus ojos en él. Con aquel borde oscuro sus motas de colores resaltaban aún más—. Lo de afeitarte si eso, para otro día.

Tuvo que contener la sonrisa de nuevo. Tenía que reconocer que Irina rebasaba los límites de lo espectacular con aquel atuendo. Si lo que buscaba era llamar la atención, lo haría sin remedio.

—Yo no voy a ir —le dijo. Su madre no siempre iba a aquellos eventos y entendía el por qué. Después de haber pasado todo el día anterior con Irina de un lado para otro tenía que poner al día el resto del trabajo.

La vio alzar las cejas. Era extraño que Irina reaccionase a algo.

—Tengo aún trabajo por hacer. —Miró la hora en el reloj, no entendía por qué quería excusarse con Irina. Realmente pensaba que a ella le importaría poco que él la acompañase. No le dio importancia. Pero ella lo estaba esperando—. Hasta tenía una reunión… —Ella seguía con las cejas alzadas—. Tú estás acostumbrada a ir a eventos así, no es la primera vez. Y tienes a Chio y…

—Claro que estoy acostumbrada a ir a eventos así, como a las entrevistas de ayer, a esa reunión entre editoriales de mañana y a las decenas de presentaciones que me tienes preparadas. Y tu agenda dice que a todo eso vendrás conmigo.

Cogió un pequeño bolso que había sobre la cama con las mismas escamas de su corpiño. Guardó su móvil y un pequeño frasco de cristal.

Jayden abrió la boca, su primera intención fue seguir disculpándose. Le había cogido tan desprevenido que Irina esperase que iría con ella que no sabía qué decir. No sabía si le había fallado de alguna forma, temió que eso anulara los pequeños pasos que estaba dando hacia ella.

Chelsie se apartó al paso de Irina, que atravesaba la puerta para salir. Se detuvo junto a Jayden. Los tacones que llevaba eran aún más altos que los de costumbre, podía mirarla más de cerca. Le notó unas pestañas demasiado espesas y largas, otro añadido a su imagen de siempre, como las largas trenzas del pelo.

—Esperaba que te sintieses atraído por un evento así —le dijo sin mirarlo—. Focos, cámaras, una alfombra roja, actores famosos, productores de la mayor plataforma internacional. —Lo miró de reojo—. Nada de eso debería estar por delante del trabajo. Y no lo está para ti.

Irina levantó la barbilla dirección al salón. Jayden se apartó para dejarle paso.

—Tu madre debe estar orgullosa —añadió.

Apartó el vestido, dejando fuera su pierna izquierda para dar un paso más largo sin que la gasa le molestase al andar. Los tacones sonaron por el suelo de madera. Jayden había quedado inmóvil, completamente petrificado mientras la estela dulzona de Irina se diluía en el aire. La gasa de su vestido se perdió al salir del pasillo. Oyó la puerta del ático abrirse y luego cerrarse.

Le brillaron los ojos y el escozor de la garganta fue inmediato. Se apoyó en el marco de la puerta y dejó caer su frente en él. El cansancio y la tensión de aquellas semanas en las que tuvo que probarse a sí mismo una y otra vez y demostrar al resto que no era un inepto inútil. Las horas sin sueño, las interminables horas de trabajo… estaban mereciendo la pena.

Nadie había sido capaz de darle unas palabras de ánimo, mucho menos de reconocimiento. Era muy difícil trabajar con seguridad cuando todos los que lo rodeaban estaban deseosos de que fallase para demostrar que no merecía el cargo, ni el puesto ni la herencia Larsson. Él mismo no era un verdadero Larsson. Desmond lo sabía, tampoco él le había hecho nunca una mínima señal que le hiciese pensar que todo iba a ir bien.

Pero en medio de todo aquel caos tremendo en el que estaba sumido había una persona extraordinariamente peculiar que le acababa de decir las palabras que él había estado buscando

durante toda su vida.

El brillo de sus ojos aumentó, espiró aire con fuerza. Ahora podía hacerlo, nadie salvo Chelsie lo veía. No tenía que contener nada. Volvió a espirar y esa vez las lágrimas cayeron. Siempre buscó el reconocimiento de Margaret. Vivir pensando que no merecía su suerte le había llevado a demostrarse a sí mismo una y otra vez qué hubiese sido de él sin el apellido Larsson y todo lo que este conllevaba.

Trabajar lejos del negocio familiar, independizarse y vivir solo, sobreviviendo por él mismo, todo habían sido pruebas que necesitaba. Y luego estaba su madre, alguien que volcó todo su amor y confianza en él, por lo que se empeñó en que ella nunca sintiera que se había equivocado al elegirlo a él.

No importaba que desde que ella muriese nadie le hubiese dado ni una sola muestra de confianza. Ya no importaba lo que sus empleados hablaran a su espalda, ni tampoco los comentarios de editores de la competencia, hienas que esperaban el mínimo descuido para atacar como carroñeros. Irina Yadav le había dicho que su madre estaría orgullosa.

La echaba de menos, la culpa de no haber pasado pegado a ella los últimos años lo mataba. No entendía por qué no se lo dijo cuando se enteró de su enfermedad. Algo que meditaba cada noche y le impedía dormir. Margaret sabía de aquella necesidad suya de demostrar y demostrar. Quizás no quería privarle de la oportunidad de valerse por sí mismo, de lograr méritos propios, algo que le ayudaría a la hora de afrontar su verdadera obligación como Larsson.

Conociendo a Margaret como la conocía, esa teoría tenía que ser lo más cercano a la verdad.

Solo tenía palabras de agradecimiento con ella, hasta después de su muerte se preocupó por él. Margaret le dejó una gran herencia, propiedades, dinero y una empresa que trabajar. Pero también le dejó su mayor tesoro, su descubrimiento, su obra maestra…

Sabía que yo la necesitaría.

Y seguramente también sabía que ella lo necesitaría a él.

Irina

El coche de la productora la dejó en la misma puerta del ático, exactamente donde la recogió. Aquella noche estaba en la portería el mismo hombre de la vez que se coló en casa de Jayden. En esa ocasión estaba autorizada, no pudo decirle nada, pero lo vio refunfuñar a su paso a través del espejo del ascensor.

En cuanto acabó la proyección se marchó a casa, cuatro horas le habían dejado los pies hechos polvo y la cabeza como un bombo. No sabía por qué en aquellos eventos todo el mundo intentaba hablarle a la vez.

No podía negar que le gustaban aquellos espectáculos. En primer lugar, por ver en una pantalla algo similar a lo que en un pasado pudo ver proyectado en una pared perdida en sus pensamientos. Por el otro, por lo que aprendía en conducta humana sobre los privilegiados del mundo.

Llamó al timbre. Jayden aún no le había dado llaves del ático, algo injusto cuando él sí tenía

las de su casa. No era excesivamente tarde, esperaba que estuviese despierto porque si no tendría que dormir en el felpudo de la planta con la gasa del vestido como almohada.

No tardó en abrirle, hasta Chelsie había acudido a la puerta más a curiosear que a recibirla con alegría. Era un gato, no se le podía pedir que actuase como un perro.

—No te esperaba tan pronto —le dijo Jayden dejándole paso.

Se quitó los zapatos enseguida, eran criminales, una bestialidad. Y eso que estaba acostumbrada a tacones XL.

No llevaba abrigo, a aquellos eventos se solía llegar sin abrigo para lucir los trajes en las fotos. Pero estos esperaban en un guardarropa para salir después de la fiesta hasta el coche y del coche a casa. Teresa, al saber de sus gustos por las temperaturas extremas, se había ahorrado hacerle la capa a juego.

Entró en el salón agradeciendo la calidez. Buscó el radiador de pared y se acercó a él. Con el vestido de gasa podía notar el calor mucho mejor que con la ropa de algodón. Pegó su cuerpo al aparato, podía notar cómo quemaba a través de las medias.

Oyó cómo Jayden cerraba la puerta. Ni siquiera le había dicho palabra al llegar, solo quería estar dentro, una necesidad similar a lanzarse a beber tras un ejercicio severo a pleno sol.

—¿Cómo ha ido? —preguntó él, pero ella observaba el portátil de Jayden en el sofá junto a una manta.

—Como siempre. —No había nada que destacar. Ella sabía todo el guion, no podían sorprenderle de ninguna manera. Aunque era fascinante ver la edición final de la serie.

Se quemaba la pierna, pero le daba igual, no podía despegarse del radiador.

Jayden no dejaba de observarla.

—En vez de estar pegada ahí, ¿por qué no vas a cambiarte?

Bajó la cabeza para mirarse la pierna y separó aún más la gasa para que diera directo en la media.

—Porque, aunque me ponga el pantalón más grueso que tenga, seguiré pegada a esto —respondió, comprobando en la pantalla los grados—. Por eso me gusta el frío, no usar abrigo, ni estufas ni mantas ni radiadores.

Acercó la palma de la mano, esta tardó más en notar la quemazón.

—Porque una vez el cuerpo prueba el calor, no quiere desprenderse de él —añadió, pegando la otra mano—. Al contrario, en un rato este calor me parecerá poco y querré más. Y aunque comenzase a sudar, en cuanto el calor disminuya un ápice, pasaré frío.

Se mordió el labio inferior.

—El frío no se echa de menos, no importa si aumenta o disminuye, no es algo que te cree necesidad de acercarte ni te cuesta despegarte de él. El frío es solo frío.

Jayden estaba muy cerca, a su espalda. Notó un roce en la parte que dejaba libre el corpiño, justo en su hombro. Su cuerpo se inmovilizó de inmediato, aunque Jayden no acababa de apoyar su mano en ella.

Lo notó dudar hasta que al fin el roce se intensificó y sintió el peso apoyado en ella. Cerró los ojos al sentirlo, lo que ocurría al contacto no era muy diferente a lo que le transmitía el calor, supuso que las consecuencias eran las mismas.

—Nunca saliste de la piscina de hielo. —Lo oyó decir.

La humedad fue automática a pesar de estar aún cerrados. Jamás nadie se acercó a ella tanto como Margaret y ahora Jayden lo estaba replicando. Solo le habían hecho falta unos días cerca de ella para verlo.

Entendió que, a la hora de que su mentora decidiera sobre su futuro, lo hizo pensando en ella, principalmente en ella. Ninguno de aquellos editores experimentados hubiese dado un solo paso hacia ella.

Echaba de menos a Margaret, era peor que apartar la pierna del radiador. Esa falta dolía en el pecho y en el estómago, escocía en la garganta y hacía que tuviese ganas de llorar y de abandonarlo todo.

Margaret pensó en ella, en su soledad, en su frío y en aquel carácter que hacía que nadie fuese capaz de acercarse. Y allí estaba, pegada a un radiador que ardía y con Jayden pegado a su espalda.

Cogió aire por la nariz, de forma rápida e intensa, pensando que así cortaría las ganas de llorar. Pero aquel gesto solo aumentó el escozor de la garganta. Jayden le pasó un brazo por la espalda para rodearle la cintura y la empujó levemente hacia él para que dejara caer parte de su peso en él. Aquella acción aumentaba el escozor y le rebosaba los ojos, pero el radiador dejaba de atraerla a medida que su cuerpo se pegaba al de Jayden. Notó cómo él resbalaba la mano por su hombro hasta su muñeca. Inclinó la cabeza hacia su hombro y apoyó los labios en ella.

Espiró todo el aire que le quedaba, aunque aún permanecía inmóvil. Había notado las primeras lágrimas caerse.

—A mí también me duele que no esté. —Lo oyó decir y al hablar notó el aliento en su piel. Aquella sensación fue placentera al límite. Jayden le cogió la mano y se la apretó.

Irina giró la cabeza, retirándola de Jayden, las lágrimas no se detenían y no quería que la viese llorar, pero no era capaz de apartarse de él por completo y salir corriendo. Correr no era lo que quería.

Él aflojó el abrazo, la giró para ponerla de frente a él y le miró los ojos, era inútil limpiarse o disimular. Ver que Jayden no se encontraba muy diferente a ella misma hizo que no hubiese nada por lo que abochornarse.

—Pero no nos dejó solos. —Le cogió la cara—. A mí me dejó su obra maestra. Y a ti…

A mí me dejó lo mejor que tenía.

Las lágrimas aumentaron y tuvo que abrir la boca para calmar los pinchazos de la garganta.

Jayden no había acabado la frase, tenía los ojos fijos en sus labios. Una escena que la transportó a otra época y a otro lugar. La había vivido una vez y no fue a través de las letras.

Él se inclinó despacio, de la misma forma que lo hizo aquella vez. La antigua escena acababa ahí, no había más en su recuerdo cada vez más distorsionado por su propia fantasía.

Cerró los ojos, por primera vez no quería ver el resto de una escena sin predecir, sin meditar la causalidad de las acciones. Solo quería concentrarse en cómo respondería su cuerpo, si alguna vez acertó en aquellas sensaciones cuando creaba aquellas historias que conquistaron a millones de personas.

Jayden le atrapó su labio superior con los suyos y notó cierta tirantez que no tardó en

aflojarse. Llegó un cosquilleo, los labios de él no terminaban de retirarse, los sintió encajarse atrapando ahora su labio inferior. Esa vez no tiró de él, sino que se apretó contra ella. Y allí se quedó inmóvil, quizás esperando algo por su parte.

Pero ella no podía moverse. No era el primer hombre que la besaba, en la realidad y en la fantasía la habían besado demasiadas veces. Pero los besos y todo lo que venía después no era más que una sensación externa, similar a cuando lo leía en los libros, que a veces le despertaba un instinto sexual inherente en el cuerpo humano. Pero todo ello fue a través de su cristal, en medio de una piscina de hielo.

En ese momento el frío había desaparecido por completo, se asomaba fuera de la caja de cristal. Y fuera de la caja su cuerpo no sabía cómo recibir todo aquello. Se apartó de él despacio y alzó los ojos para mirarlo. No le importaba la razón de las acciones, sabía que fuera de las cajas que aprisionaban sentimientos, y lejos del hielo que anulaba sensaciones, los cuerpos a veces actuaban irracionales.

Notaba su propio pecho moverse al aspirar y espirar por la boca una y otra vez sin tregua. Y solo habían hecho falta unos segundos de los labios de Jayden para que ella entrase en ese estado.

Él le cogió la cara con ambas manos, arrastró el pulgar para quitar alguna lágrima y volvió a inclinarse hacia ella. Cerró los ojos de nuevo. La lengua de Jayden entró en su boca y de inmediato se incendió su entrepierna. Nada había tenido que ver el primer beso inocente con la forma en la que le succionaba los labios para invadirla una y otra vez. Apenas había sido capaz de recuperarse del primero y ahora sus genitales ardían pegados al cuerpo de Jayden y, si se separaba de él un ápice, estos buscaban el contacto otra vez.

Se apartó de ella y la soltó, el pecho de él también se movía con su respiración acelerada. Jayden la miraba esperando a que ella dijese algo, pero por una vez no quería decir todo lo que se le pasaba por la mente. Demasiadas veces había narrado aquella escena, necesitaba vivirla aun a sabiendas de que se arrepentiría después.

Irina alzó una mano hacia el pecho de Jayden y apoyó su palma en él. Nunca le habían importado las reacciones físicas de los hombres en aquella situación, sin embargo, se concentró en su palma notando el vaivén de su respiración, pero la tela de la camisa no le permitía apreciar mucho más. Desabrochó algunos botones con la otra mano y consiguió meter la primera hasta tocarlo sin barreras, quería comprobar si agudizando el sentido podía notar los latidos. Y, sí, los notaba levemente, aunque eclipsados por aquel movimiento brusco.

—Irina, para. Porque si seguimos… —Se pegó a él sin apenas oírlo. En ese momento su oído solo quería prestar atención a una cosa.

Se inclinó hacia él y le pegó la cara en el pecho desnudo. Ahora sí podía sentirlos plenamente, acelerados, llevaban un ritmo similar al de la respiración. Jayden apoyó las manos en su espalda. No la sujetaba, no la apretaba, no la retiraba de él, simplemente la dejaba elegir estar donde quisiera. Quizás no se atrevía a tocarla, ni se atrevía a seguir, tampoco a parar. Ya comenzaba a conocerla e hizo lo que debía hacer. Estarse quieto mientras ella escuchaba.

La respiración de Jayden se fue calmando despacio, el ardor de sus genitales ya no era tampoco tan intenso. Le resultaba curiosa la inmediatez con la que se había encendido para luego

tardar tanto en apagarse. Y, sin embargo, cualquier otro gesto de Jayden contra ella la hubiese vuelto a encender con igual o más fuerza. Así respondía el cuerpo humano en su instinto más primitivo.

Retiró el oído del pecho de Jayden y volvió a poner la mano, él se tranquilizaba, el vaivén había bajado considerablemente en ritmo y movimiento. Continuaba callado mientras ella apartaba la camisa de sus hombros. Siempre le encantó la piel de Jayden, aunque nunca hubiese llegado a tocarla, y le llamaba la atención aquella forma redonda de sus hombros. Recordaba el sonido que hacía cuando Margaret le daba una palmada y recordó una tarde, a través del cristal de la casa Larsson, ver a Kyra apoyarse en él para hacer una acrobacia. Siempre se preguntó de qué estaba hecho aquel príncipe gris.

Completamente inmóvil y callado, un lienzo limpio que ella podría comenzar a colorear. Aunque bien sabía que fuera de la caja de cristal, sin un teclado o un cuaderno, ella no disponía de colores ni pinceles.

Levantó la cara para mirarlo, recordando las veces que se imaginó justo en el lugar que se encontraba en ese momento cuando entonces todavía se atrevía a soñar con ella misma aún sin saber en qué consistía estar así delante de él.

Se mordió el labio inferior, aquella forma de succionar completamente dentro de su boca y de esconderlo como si así ella también pudiese esconderse en una cueva oscura, desaparecer.

Jayden seguía esperando a que ella terminase, a que ella pensase aunque nada de lo que estuviese haciendo le indicase absolutamente nada de lo que pasaría después. Se había calmado por completo en ese sentido, ya su pecho apenas se movía. Era momento de parar, retirarse de él e irse a la cama. La mañana siguiente todo seguiría como siempre, ella regresaría a su caja de cristal donde seguiría narrando sin importarle si a alguien le molestase escuchar. Y él…

Detuvo sus pensamientos un instante. Su mirada estaba en las dos curvas que formaban la barbilla de Jayden. No estaba segura de si solía describirlo bien en sus historias, estas se estiraban cuando sonreía haciéndolas casi imperceptibles.

Después de haber viajado por medio mundo, y de haber visto a miles de personas, nunca encontró un lienzo más hermoso que el de Jayden.

Retiró las manos de él y bajó los brazos. Podría haberse tirado allí de pie, inspeccionándolo, toda la noche. Jayden se quedó quieto unos instantes más, supuso que para estar seguro de que había terminado. Movió los hombros para subirse la camisa de nuevo y sonrió. No importaba cuántas veces lo hubiese visto sonreír, la forma que adquiría su cara y los hoyuelos a los lados de la boca le seguían encantando como siempre.

—¿Ya? —le preguntó él.

No acabaría ni en cien años.

Dio unos pasos para rodearla, lo volvía a tener a la espalda. Le notó las manos en el pelo.

—No pensarás dormir con todo esto —le dijo con media sonrisa.

Consiguió sacar un peinecillo que sostenía el enramado de trenzas de su propio pelo, luego sacó otro y, por último, quitó el principal. El peinado se deshizo por completo, la tirantez desapareció y también el peso. Jayden logró quitar el añadido que salió de una pieza. Cayeron varias horquillas al suelo. Le dio las trenzas de pelo que le pusieron las peluqueras al peinarla y

ella las cogió.

Jayden seguía callado mientras le deshacía las trenzas, lento, pero sin desesperarse cuando alguna se le resistía, hasta que Irina vio su propio pelo caer sobre el pecho formando ondas. Él trató de peinarlo con las manos.

—Te quedaban bien —le dijo—. Pero me gusta más tu pelo de siempre.

Sonreírle al cumplido significaba invitarlo a volverlo a hacer. Y ella tenía que entrar de nuevo en su zona confortable, donde no cabían observaciones así.

Notó sus manos en la espalda soltando las cuerdas del corpiño. Sola le hubiese sido complicado ir tirando de ellas hasta sacarlas arandela por arandela. A veces llegaba tan cansada de los eventos que, cuando tenía trajes complicados de quitar, dormía vestida con ellos. Pero esa vez el corpiño se aflojaba de su cuerpo liberándola de cierta presión.

Jayden se detuvo a la mitad, no hacía falta quitar más, el vestido saldría por la cabeza sin problema.

—¿Tienes hambre? —le preguntó, retirando sus manos de ella.

Negó con la cabeza. Se sujetaba la parte de delante del corpiño, sin cuerdas se le caía hacia delante. Cogió aire despacio y enfiló el pasillo camino hacia su dormitorio.

Cerró la puerta, se sacó el vestido y lo echó a un lado, las medias las tiró encima de este. Abrió el armario y cogió un camisón largo, como con los que solía dormir en su casa. Se lo puso y salió al pasillo para entrar en el baño. Con agua caliente se restregó la cara, lo peor de aquellos maquillajes era la dificultad a la hora de quitárselos. Usó líquidos, un jabón y unas toallas especiales, todo lo que tenía, y aún no estaba segura de que se hubiese ido del todo.

Regresó al dormitorio y se metió en la cama. Se puso de lado y cruzó las piernas. Apretaba los dientes, el frío regresaba a su exterior mientras su interior aún ardía y era la sensación más desagradable que recordaba. Era como tener fiebre en un pico de gripe, aquel malestar que hacía sudar sin dejar de temblar. Tenía que apretar los dientes para que no le temblase la barbilla.

Estaba comprobando que fuera de la caja no entendía nada, sería incapaz de sobrevivir.

19

Jayden

No había molestado a Irina desde que la noche anterior se metiera en su dormitorio. Realmente era complicado. Aún más que cuando creía que solo tendría que lidiar contra su soberbia. Eso iba más allá. En ese momento entendía a su madre cuando le decía que a veces no sabía cómo hacerlo con Irina.

El vapor de la ducha había nublado todo el baño, no era muy diferente a cómo eran sus ideas. La parte visible de Irina, la egoísta, la déspota y la grosera era solo la punta de todo lo que había bajo el agua.

Irina es de cristal, se rompe todo el tiempo.

Recordaba las palabras de Margaret la misma noche que Irina cayó a la piscina helada de la casa Larsson. Y no tenía dudas de que la noche anterior Irina se había roto. Lamentó haber sido tan torpe y no haber entendido las palabras de su madre. Lamentó no haber preguntado qué había que hacer cuando Irina se rompía.

Salió de la ducha y se puso frente al espejo para terminar de secarse, casi no podía verse con el vaho del agua. Era un imbécil, llevaba diez años creyendo que había salvado a Irina de una piscina helada, una hazaña heroica que su ego a veces recordaba. Pero no había salvado a nadie, simplemente la sacó del agua.

Recordaba que tuvo que estar un rato en agua caliente para quitarse aquel frío helado que parecía meterse dentro de la piel. Recordaba que enfermó y tuvo que hacer cama. Margaret le dijo que Irina siempre estuvo bien, ni un solo resfriado. Ahora tenía sentido. A él el frío le duró solo unos minutos. Irina aún lo conservaba.

Miró la hora, no podía demorarse en vestirse, esperaba que Irina ya estuviese levantada. Tenían una convención con todas las editoriales de Nueva York. Una prueba más, la primera vez que todo el gremio lo vería como director editorial. Y como no podía ser de otra manera tendría que llevar a su novelista más internacional, la estrella de su sello. Esperaba que ella no se lo pusiera difícil, necesitaba que saliera bien, la imagen de Larsson, y la suya propia, dependían de esa convención.

Oyó los tacones en el pasillo. Se alegraba de que el cansancio por el estreno de la serie, sumado a lo de la noche anterior, hiciese a Irina retrasarse a la hora de levantarse temprano y vestirse.

Pero Irina había sido más rápida que él.

Se afeitó, se vistió y se perfumó, apresurándose a salir, aún en el pasillo se colocaba la chaqueta.

La encontró junto a la puerta de la entrada con un traje amarillo de esos que tanto le gustaban, tipo abrigo con demasiado vuelo, y que emulaban a los trajes históricos pero adaptados a la moda actual.

Volvía a llevar el pelo completamente liso y demasiado maquillaje para aquellas horas de la mañana. Las pestañas espesas de la noche anterior continuaban con ella, pero sin aquellas líneas negras bordeándole los ojos no se veían tan exageradas.

Irina estaba dispuesta a ser el centro de atención de la convención, como lo era siempre en todos los eventos literarios, por todas sus peculiaridades.

—Buenos días. —Volvía a tener aquella estela empalagosa a su alrededor que marcaba el límite que no debía traspasar hacia ella.

—Lento. —Fue la respuesta de Irina mirando la hora en su móvil.

Sintió que los pasos dados hacia ella se habían desvanecido. Quizás la culpa fue de él, no tendría que haberse atrevido a tal acercamiento con ella. Con Irina no podía comportarse como con el resto, ya se lo dijo su madre.

Bajó la mirada, sabía que podría pasar, no lo meditó lo suficiente antes de hacerlo.

—¿Nos vamos? ¿O vas a seguir ahí, pensando, hasta que se haga tarde? —Abrió la puerta y salió del ático.

Jayden alzó las cejas. Tendría que armarse de paciencia de nuevo.

Irina no abrió la boca en todo el camino. Tenía el codo apoyado en la puerta del coche y se sujetaba la barbilla. Volvía a tener la expresión indiferente de siempre, no parecía preocupada, ni que hubiese pasado una mala noche, y mucho menos incómoda o nerviosa. Volvía a ser el ser congelado y fresco de siempre. Algo verdaderamente temible en una convención de aquel tipo.

Dejaron el coche en un aparcamiento subterráneo e hicieron andando el resto del camino, que no eran más de cinco minutos.

—¿Quieres parar a comer? —le preguntó, estaba resultando realmente incómodo tener a Irina sin dirigirle ni una mirada todo el tiempo.

—¿Quieres ser el último en llegar? —respondió ella enseguida.

Jayden se detuvo. Se había prometido tener paciencia con ella, mucha más de la que tenía antes. Las cosas habían cambiado, sabía más de ella, conocía parte de las razones de sus rarezas y, por encima de todo, quería sacarla de una vez de aquella piscina de hielo. Pero entrar en una reunión de los más grandes del gremio con una Irina con el aguijón preparado no le beneficiaría en absoluto.

—Irina, eres consciente de lo que esto significa, ¿verdad? —Ella se había parado a un metro de él.

—Describe mejor «esto».

—La imagen que pueda dar hoy. —Le sujetó el brazo. Se dio cuenta enseguida del error de su gesto y la soltó.

Irina lo miró de reojo.

—Temes que pueda hundir tu imagen. —Ladeó la cabeza—. Claro que puedo hundir tu imagen, ridiculizarte, dejarte en evidencia y como un inútil que intenta jugar al empresario de un gran sello editorial. Hasta puedo coquetear con la competencia y dejarte aún peor.

A eso mismo se refería, palabra por palabra.

—Pero piensa que, al igual que puedo hacerlo contigo, también podría hacerlo con todos los que acuden a esa convención. —Alzó las cejas—. Estáis en absoluta igualdad de condiciones.

Siguió el camino y tuvo que apresurarse para seguirle el paso. No entendía cómo con aquellos tacones enormes podía andar tan rápido. La respuesta de Irina no lo tranquilizaba en absoluto.

Diez años antes

Irina

Esperaba a Margaret, durante tres semanas habían estado trabajando en el manuscrito de su primera novela y ya había fecha de publicación. Sería en primavera, en tan solo cuatro meses.

Estaba nerviosa y hasta muerta de miedo. Su presentación en el mundo editorial y literario, algo que marcaría su futuro para bien o para mal. No quería decepcionar a Margaret, ella merecía que su novela fuese un éxito rotundo. Ella no tendría problemas en ofrecerle una y otra novela, las que hiciesen falta aunque no durmiera, si el resultado era el que Margaret merecía por todo lo que estaba haciendo por ella.

No soportaría un fracaso y decepcionarla, o más bien entristecerla por haberse equivocado con una idea y con un escritor una vez más.

Oyó voces y de inmediato se le aceleró el pulso. Reconoció la voz de Jayden y las risas de sus amigos. Bajaban de la planta alta.

Se acercó al cristal del jardín, tendría que haber esperado fuera, últimamente ellos no solían salir allí, era más difícil cruzárselos. Desde la noche de Navidad Jayden no había vuelto a cruzar más palabras con ella que las cordiales más necesarias.

—Hola, Irina. —Fue Nolan el primero en hablar.

Ella esbozó una media sonrisa. A los otros dos chicos no los conocía, pero la saludaron también. Jayden iba el último, le hizo un simple gesto rápido con la cara.

Irina los siguió con la mirada hasta que salieron al *hall* y de ahí hacia fuera de la casa.

Sentía que había pasado a ser una silla, una columna o cualquier parte insignificante y cotidiana de la casa, prácticamente transparente. Se mordió el labio inferior absorbiéndolo por completo dentro de la boca.

21

Diez años después

Jayden

Tenía que reconocer que tan solo con llevar a Irina Yadav como autora suya ya tenía la mayor parte del trabajo hecho. Sí notaba la curiosidad a su alrededor en las editoriales de la competencia. Era alguien desconocido, pero a esas alturas ya todos sabían que era el hijo de Margaret Larsson.

Irina tuvo que dedicar mucho tiempo a entrevistas y estuvo más de una hora en una mesa redonda con tres autores más debatiendo sobre modas literarias. Ya no le sorprendía que poca gente del gremio se atreviese a acercarse a Irina, ni siquiera sus compañeros de letras. Verlos obligados a compartir debate con ella no dejaba de ser divertido.

Se habían llevado a Irina a un encuentro de blogs literarios y él quedó entre editores de otros sellos, aquello estaba a punto de terminar y no veía la hora. El estómago ya le rugía de hambre, Irina no consintió que parasen a comer nada antes de entrar y ya era mediodía.

Un editor que apenas le llegaba al pecho se había presentado como Fabián. No sería mucho mayor que él y ya le había dicho hasta en tres ocasiones en su corta conversación con él que comenzó con dieciocho años en la profesión.

Esperaba que Irina no tardase mucho, aunque sabía que ella solía demorarse si estaba entre lectores. Era parte de una de las particularidades de Irina, su relación con los que la leían.

Aguantó el tipo como pudo ante aquel editor bajito que le tenía la cabeza como un bombo haciéndole el repaso de la cantidad de ferias internacionales que estaban por llegar, quizás para comprobar si él asistiría y estar al tanto de su ruta de trabajo. Fuera como fuese, ya le estaba inflando los cojones.

—Jayden. —Lo agarró del brazo y lo apartó a un lado—. Voy a serte sincero. Mi editorial ha intentado durante años quitarle a Irina a tu madre. No me gusta la falsedad, ni estar aquí hablando contigo mientras pensamos en la forma de robarte a tu gallina de los huevos de oro. Así que seré claro. Estamos preparando una oferta para Irina.

Si en la previa ya le estaba inflando, con eso ya lo remataba.

—Estáis en vuestro derecho. Es más, es algo que me esperaba. —No podía decirle otra cosa. Sabía que en cuanto todos se enterasen de la muerte de Margaret saltarían como hienas sobre Irina.

Fabián alzó las cejas.

—Con tu madre en vida fue imposible, no fuimos los únicos. Otros ofrecieron incluso más y no hubo manera.

Jayden sonrió, era un orgullo oír esas palabras, pero también aumentaba su responsabilidad. Todos pensaban que Irina sería más fácil de seducir y hasta él mismo lo pensaba. Irina le debía lealtad a su madre, no a él.

—Ahora en confianza. —Fabián se inclinó hacia él—. Que Irina es insoportable no es ningún secreto, ya puedes ver que nadie se atreve a acercarse a ella. Incluso en el caso de que termináramos con ella en nuestro sello hay editores que se niegan a llevarla. Me tocaría a mí.

Aquel imbécil de medio metro se atrevía a referirle que él sería el nuevo editor de Irina y encima diciendo de ella cosas que no le estaban gustando. Esperaba que Irina acabase pronto.

—Cuando murió tu madre teníamos cierto interés por saber quién se quedaría con Irina y fue una sorpresa que fueses tú. Pensábamos que se la quedaría Jake. —Movió la mano—. Yo lo único que quiero saber es si merecen la pena los beneficios con tener que soportarla.

—¿A qué te refieres con soportarla? —El pecho le estaba ardiendo demasiado. Y eso que él mismo llegó a decir algo parecido unos meses atrás.

—Estúpida, soberbia, grosera… —Frunció el ceño—. No hace falta que yo te lo diga y es bueno que sepas que a estas alturas no tienes forma de intentar ocultarlo porque todos la conocemos de sobra. Pero, claro, luego están las tiradas indecentes que vende en menos de una semana y supongo que hasta su carácter no parece un impedimento, ¿me equivoco?

Jayden se alzó para mirar si Irina se acercaba. Seguía en aquel escenario, en un sofá, mientras un grupo le hacía preguntas. Se volvió para mirar a aquel imbécil que no tenía ni idea sobre Irina.

Para él, y supuso que para todos los que estaban allí, Irina era solo una máquina de hacer dinero. Hasta para los propios editores de su sello lo sería. Por eso su madre no la dejó con ninguno de ellos.

—Fabián. —Le costó hasta recordar el nombre. Ya no lo olvidaría, lo grabaría a fuego por si llegaba el caso—. Dile a tu director editorial que Jayden Larsson le da vía libre para ofertarle a Irina cuando quiera y cuanto quiera. No voy a dejar que os la llevéis ni ahora, ni nunca.

Fabián guiñó ambos ojos.

—Vaya, lo tienes tan claro como lo tenía Margaret —sonrió—. Con Irina tuvimos nuestras dudas, la mayoría de autores no se mantienen en la cima mucho tiempo, acaban cagándola en algún libro o simplemente dejan de escribir. Y entonces ni tú, ni yo ni creo que nadie querríamos a Irina cerca —rio.

Se lo acababa de aclarar mejor, veían a Irina como una máquina de hacer dinero con fecha de caducidad, una vez la máquina se estropease, la tirarían y la reemplazarían. Se inclinó hacia el editor, era tan bajo que tuvo que encorvarse levemente para mirarlo. Le puso una mano en el hombro.

—Aunque no escriba en años, aunque escriba y no venda un solo libro, Irina permanecerá en el sello Larsson.

Notó el olor dulzón invadiendo todo. Soltó el hombro de Fabián y se irguió enseguida.

—¿Nos vamos ya? —La oyó decir, clavando los ojos en el pequeño editor—. Fabián de Clever. —Entornó los ojos y Jayden comprobó que su mano enorme sobre un hombro intimidó la mitad de lo que podía hacer la mirada de Irina—. Son peores que los plastas de discoteca.

Tuvo que aguantar la sonrisa. Fabián apretó los labios.

—Llevo un par de meses esperando vuestra oferta, ¿tardará mucho? —preguntó Irina con ironía.

Fabián movió el hombro que le había cogido Jayden.

—Lo mismo no llegará nunca —le respondió—. No eres tan necesaria, Irina Yadav.

—Con los *stocks* que os están sobrando últimamente claro que sería necesaria, tanto como para que tu jefe se ponga su mejor corbata de sapo para venir a verme.

Jayden alzó las cejas, no culpaba a los que no querían ni acercarse a ella. Tenía que reconocer que él mismo había tenido ganas de tornearle la cara a aquel tío instantes antes, pero tampoco podía dejar que Irina actuase así y no hacer nada.

—Irina, vámonos. —Pasó por su lado, no se atrevió a tocarla. Pero ella no se movía, seguía mirando al hombre.

—Es él el editor más cargante de Clever, habla tanto que dicen que te deja el oído con un pitido, como la música en los conciertos. Y como tú eres nuevo, lo habrán mandado a vacilarte con posibles ofertas que planean hacerme —negó con la cabeza. Dio unos pasos hacia Fabián y Jayden no tuvo más remedio que agarrarla—. Sé muy bien que si firmara con Clever serías mi editor, Fabián… no recuerdo tu apellido. —La vio hacer una mueca—. Prefiero al de dos metros.

Se alejó de Fabián sin dejar de mirarlo hasta colocarse junto a Jayden.

—Además, a mis lectoras les ha encantado. —Alzó las cejas—. Y, como sabes, las lectoras mandan.

Le dio la espalda al editor. Jayden tuvo que contener la sonrisa. Que Irina fuese un auténtico tornado que lo arrasase todo volvía a ser una satisfacción. Una satisfacción algo incómoda, pero, al fin y al cabo, él había empezado diciendo estupideces de mal gusto sobre ella y tratándolo a él con una superioridad que no venía a cuento. Irina no había sido correcta, pero a él podían darle por el culo.

Salieron de allí con los mismos pasos apresurados con los que habían entrado.

—Sé lo que dicen todos de mí, para qué guardar las formas —le dijo.

—¿Te da igual que piensen así? ¿Que nadie quiera ni acercarse? —Salieron a la calle.

Jayden buscó con la mirada algún restaurante, el que fuese.

—Sí. Todos llevan razón. Soy lo que soy, pero ninguno se atreve a decírmelo aunque sea verdad y lleven razón. Prefieren decirlo a la espalda, reír, criticar y guardar las formas delante de mí. Pero a mí las formas no me valen. Soy escritora, me importa un pimiento lo que la gente haga si no es lo que piensa.

Pasaron por la puerta de un restaurante italiano y Jayden se detuvo. Desde allí, aunque filtrado a través del aroma de Irina, podía apreciar el aroma a pasta y masa de *pizza*.

—Prefieres al de dos metros. —Tuvo que reír. Las formas de Irina siempre eran peculiares, pero aun así le gustó escucharlo.

—Que te prefiera antes que a ese tío no es algo que deba engrandecer tu ego —respondió ella y su risa aumentó—. Y a mis lectoras les has fascinado, a Nadia, mi representante en el extranjero, le encantas y hasta a esa chica de la revista que no recuerdo el nombre y que está deseando que la llames. Tu compañera de la universidad. —Su forma fresca de hablar hacía que no pudiese dejar de reír—. Y trabajo entre mujeres. Al final, no vas a resultar tan inútil.

—Me alegra oír eso. —Irina no reaccionó a su ironía. No sonreía, ni siquiera le vio estar aguantando risa alguna. Volvían a los comienzos, pero o los comienzos no fueron tan malos como él pensaba o bien se estaba acostumbrando a la forma ser de Irina y esta ya no le parecía

tan desagradable.

El teléfono de Jayden sonó, era Nolan.

—Voy a hacerte un gran favor —le dijo su amigo—. Sé dónde van esta noche «tu escritora» y sus amigas.

Jayden frunció el ceño. Ni siquiera sabía que Irina pensaba salir. Pero veía que ya había hecho sus planes.

—Y nos hemos apuntado todos, tú también. Así no me pondrás excusas para salir.

—No tengo ni idea de lo que me estás diciendo. Luego hablamos.

—Lo que tú digas. Te conozco y sé que estarás más tranquilo cerca de ella que en casa esperando a que llegue.

—Luego hablamos —lo cortó.

Guardó el móvil. Vio a Irina suspirar.

—Mi gran amiga acaba de traicionarme. —Alzó las cejas esperando a que él dijese algo.

Que Irina hiciese sus planes, contando que era viernes, le parecía bien. Pero le hubiese gustado que ella misma se lo dijese y no Nolan. Encima parecía que sus amigos habían hecho un plan paralelo y él parecería el pelmazo que no era. Así que mejor que se quedara en casa.

Miró a Irina, esta se había girado hacia el restaurante y leía la carta que estaba colgada en la puerta. Nolan tenía razón, estaría más tranquilo donde fuese que estuviera Irina que en casa. Y, siendo Irina a quien se refería, eso sonaba extraño. Cerca de Irina era difícil estar tranquilo.

Le esperaba una noche movidita.

Diez años antes

Irina

Estaba ultimando con Margaret todo lo de la presentación. Faltaba solo un día, justo la siguiente tarde a la misma hora ella estaría sentada en una librería presentando su primera novela. Margaret había sido muy ambiciosa con la primera tirada, al menos esperaba que esta no se quedase en un almacén.

Estaba tan nerviosa que le temblaban hasta las piernas. Era la tercera vez que iba al baño en la tarde, una diarrea continua que sabía que no se acabaría hasta que todo pasase.

Margaret había mandado a su ama de llaves a prepararle una tila. Ella había tenido que atender el teléfono, también estaba intranquila, aquella era la prueba de fuego. Aunque a ella no le transmitía más que seguridad, confiaba plenamente en el trabajo que había hecho Irina.

Tenía su primer traje de trabajo bajo una funda sobre el sillón. A la presentación acudirían monitores y compañeros del centro, además de todos los invitados de Margaret. También recibiría a la prensa antes de presentar el libro, al parecer era llamativo que una niña extranjera publicase una novela con un gran sello editorial con tan solo diecisiete años. Fuera por interés o curiosidad, el aforo completo estaba asegurado.

El miedo la invadía por oleadas, cuando llegaban no podía ni controlar las manos, sentía que no iba a ser capaz de hablar. Se equivocaría y haría un ridículo que ni Margaret ni el prestigio Larsson iban a poder arreglar.

Se encogió en el sillón y rodeó sus piernas con los brazos para parar el temblor de las rodillas. Estaba muerta de miedo. Era cierto que Margaret estaría con ella todo el tiempo, pero, al igual que el trabajo de un escritor era solitario, ella estaba sola frente un teclado y una pantalla de ordenador. La presentación de un libro era pura soledad entre ella y todos lo que habían acudido a escucharla.

El miedo era un viejo conocido suyo. Pero era un sentimiento que por mucho que lo viviese una y otra vez nunca lograba acostumbrarse. Siempre lograba emblandecer su cuerpo hasta que perdiese el control de sus movimientos reflejos, le cerraba la garganta y el estómago, le tapaba la nariz, le aceleraba el pecho y la respiración y la hacía vaciarse defecando sin parar.

Cuando en Agra oía que comenzaban a desaparecer niños, por cualquier motivo, se tiraba días escondida, justo en la postura en la que estaba en ese momento y en el mismo estado. Luego caía en una especie de limbo soñoliento que le duraba unos días más.

Conocía bien el miedo y lo que iba después, pero eso no lo hacía más liviano, sino aún más temible. Sabía lo que le esperaba aquella noche y las horas previas a la presentación. Y el sueño y el letargo posterior, aunque la presentación fuese un éxito, nadie la libraría del curso natural de su mente y su cuerpo.

Oyó la puerta principal de la casa y un murmullo.

—¿Mamá? —Oyó decir a Jayden y ella levantó la cabeza.

Otro murmullo. No estaba solo, pero esa vez no lo acompañaban las risas de sus amigos. Era el susurro fino de una mujer.

Irina apenas podía pestañear, tenía la sensación de pesadez en los párpados, como cuando se le ponían malos los días de viento.

—Tiene que estar aquí. —Era la voz de Jayden.

Levantó la cabeza para mirar a la puerta de la biblioteca. Vio a Jayden entrar y entornó los ojos. Había una extensión de Jayden en el umbral, llevaba a alguien de la mano.

—¿Y mi madre? —Al menos esa vez se dirigía a ella, no había nadie más.

Le temblaba la barbilla, en medio de un ataque de terror le era muy difícil hablar. La chica que sostenía Jayden se asomó.

Esa vez era morena y de pelo rizado y largo. Hermosa como Kyra, como Jesica, las mujeres que solían gustarle a Jayden. Ella miró a Irina con curiosidad, eso quería decir que ya le habían hablado de ella, la niña india que frecuentaba la casa Larsson. Y le hubiese encantado conocer qué exactamente le había dicho Jayden sobre ella.

El dolor en el pecho se hizo intenso y los retortijones en la barriga, el tembleque de las piernas y los brazos. Apretó las rodillas con fuerza.

—Está en el jardín. —Tarde, pero logró responder.

Era la primera vez que aquella chica entraba en la casa, miraba perpleja cada estantería y vitrina de la biblioteca.

No ha reparado mucho en mí.

Le habían hablado de ella, pero no demasiado. Y seguramente mucho menos le habrían dicho lo que Jayden intentó hacer la noche de Navidad.

Le brillaron los ojos. No estaba preparada para recibir el dolor en aquel momento, la debilidad que le provocaba la inseguridad la ponía en el límite de lo vulnerable y allí abajo no podía soportar absolutamente nada.

Sobre la mesa redonda de la biblioteca estaban los folios de todo lo que tendría que decir la tarde siguiente, junto a un ejemplar de *Rojo escarlata*. Tendría que estar repleta de ilusión y no con aquella angustia que le había vuelto el estómago del revés.

Un estómago que, en ese momento, al ver a Jayden y a aquella chica, sentía hecho un gurruño y pegado a la columna. El ano volvía a vibrarle, se vaciaría de nuevo aunque ya quedara poco que echar.

Iros de aquí de una vez.

No le gustaba que nadie la viese cuando tenía el cuerpo desnudo y menos Jayden y su nueva novia. Ya le importaba poco que pensasen que era imbécil, eso ya no parecía tener importancia cuando su cuerpo entero estaba viviendo un malestar que le llevaba el alma. Solo quería que pasara, necesitaba que pasara. Pero en vez de parar estaba aumentando.

—¡Jayden! —La voz de Margaret hizo que ambos se girasen y diesen la espalda a la biblioteca.

Los ojos se le llenaban de lágrimas, dio gracias de que Margaret hubiese llegado a tiempo. Ella se los llevaría de allí. Ya solo podía ver parte de una pierna de Jayden tras la puerta

entornada de la biblioteca.

Apoyó la frente en las rodillas, estar encogida hacía que no le doliese tanto el estómago. Pero no sabía qué hacer con el dolor del pecho y el de la garganta. No había forma de escapar de aquel Momo. Este no tenía rostro ni nombre, pero estaba allí y seguiría con ella donde quisiera que fuese. No podría esconderse en ninguna parte.

En el umbral podía verse el vestido de Margaret.

—La presentación es mañana —les decía. Irina se puso las manos en la sien y las apretó contra la cabeza como si quisiera comprimirla. Si reducirla a la forma de una torta pudiese quitarle el dolor, no le hubiese importado perder la cabeza.

El vestido de Margaret se movió, ya estaba dentro de la biblioteca, y Jayden y su novia fuera.

—No, no hace falta que vengáis. Ya tenemos aforo completo y además vosotros estáis acostumbrados a otros ambientes. Mejor que aproveches el tiempo.

Gracias.

Sabía que a Margaret le habría encantado que Jayden fuese a la presentación, que su hijo presenciara el inicio del proyecto que más le ilusionó en toda su carrera. Pero ella tenía una intuición de otro mundo y de alguna forma sabía que la presencia de su hijo y de aquella nueva joven no ayudarían en la primera presentación de una escritora con demasiadas complejidades.

Margaret no sabía nada de lo de Navidad. Ella no le había dicho una palabra y estaba convencida de que Jayden tampoco. Sin embargo, Irina dudaba que la intuición superlativa de su mentora la llevara a deducir.

Oyó la puerta cerrarse y levantó la cabeza, pensaba que Margaret ya estaba dentro, pero, no, estaba completamente sola.

Gracias.

Los ojos se le llenaron de lágrimas de nuevo, notaba la humedad hasta por dentro de la nariz y la garganta. Bajó la cabeza y la apoyó en las rodillas. Rompió a llorar.

Diez años después

Jayden

Irina había salido de su habitación directa hacia la puerta. Solo le había dicho adiós con la mano, sin mediar palabra. Llevaba un fino abrigo capa, que se abrochaba con un botón enorme en el hombro, sobre un minivestido que no pudo apreciar, pero conociendo a Irina podía imaginarlo.

Aunque la puerta principal estaba cerrada, aún se oían los tacones de Irina en el vacío de la planta. No entendía cómo, si iban al mismo sitio y con la misma gente, ni siquiera le había esperado y se marchaba sola.

Abrió la puerta por si el ascensor aún no había llegado. Irina estaba en pie cerca de la puerta, el ascensor emitió un sonido.

—Espera —le dijo Jayden.

Ella giró la cabeza hacia él.

—Vamos al mismo sitio. —Era consciente de que Irina intentaba zafarse de ir con él, pero él sí quería ir con ella, entre otras cosas porque era un absurdo coger dos taxis viviendo en la misma casa.

Ella entró en el ascensor.

—Voy al mismo sitio que tú, pero no voy contigo. —Pulsó el botón del ascensor de la planta baja y Jayden se apresuró a entrar antes de que cerrara.

Irina volvía a ser Irina, pero no le importaba. Ya entendía muchas cosas de ella y aún le quedaban muchas más por descubrir. Cada vez le importaba menos lo que le dijese.

—Acepté venir a tu casa, pero no para que estuvieses persiguiéndome todo el tiempo. —El ascensor bajaba. Jayden aguantaba la respiración. El perfume de Irina en tan reducido espacio era una tortura para la nariz.

Movió la mano en un intento inútil de difuminar aquel olor que ya solo reconocía como alcohol puro.

—¿Por qué leches te echas cuatro litros de perfume antes de salir? —Volvió a mover la mano. Se asfixiaba, tuvo que respirar—. Y otros cuatro al levantarte y al acostarte y cada vez que vas a tu dormitorio.

—Para que no se acerquen durante mucho tiempo los plastas. —La puerta se abrió y Jayden salió el primero. Necesitaba aire—. Es como un repelente.

—Desde luego. —Rebasaron la portería y salieron a la calle.

—Pero contigo no acaba de funcionar. —La oyó decir y él alzó las cejas.

No había ningún taxi en la puerta. Esperaba que Irina hubiese pedido alguno, pero no.

—Creo que será más rápido llegar a la avenida que pedir un coche —dijo, dándole a Irina en el codo.

Ella lo miró con aquella expresión que le hacía sentir imbécil aunque no hubiese dicho nada.

—Llevas unos zapatos tan planos como tu cerebro, para ti es más fácil y rápido llegar hasta la avenida y buscar un taxi. —Abrió su bolso—. Yo lo esperaré aquí.

Jayden cogió aire. No le extrañaba en absoluto que nadie quisiese acercarse a Irina. Y le comenzaba a contrariar su carácter aunque fuese el de siempre. En ese momento no parecía funcionar eso que le dijo Teresa de que eran las acciones propias las que hacían que Irina comenzase a soltar groserías por la boca. O quizás sí, estaba claro que ella quería ir sola y él se empleaba en lo contrario y por eso le hablaba así.

—Vete a la avenida —añadió. Ya no tenía dudas de que era eso.

Jayden se cruzó de brazos.

—Ya te conozco bien, Irina. —Se inclinó hacia ella—. No quieres que vaya y como me da exactamente igual lo que quieras y pienso ir… —la señaló— contigo y tus amigas, piensas darme la noche todo lo que puedas.

Ella sonrió levemente, había acertado.

—Pero no vas a conseguir ponerme al límite como hacías en un principio. Ya no puedes. —Alzó las cejas, mirándola—. Conmigo ya no te funciona.

La vio dar un paso hacia la carretera, no le había molestado un ápice lo que le estaba diciendo

Un taxi con la luz de libre se acercaba calle abajo e Irina se puso delante de él. Jayden tiró de ella y la pegó a él con rapidez. Era la primera vez que veía a alguien llamar a un taxi sin hacer señal alguna, solo poniéndose delante de su camino con riesgo de atropello.

El taxi frenó. Jayden oyó al conductor despotricar. Su propio pecho le había dado un vuelco y había quedado acelerado. Irina se soltó de él y se fue hacia una de las puertas.

—No me conoces lo suficiente, Jayden Larsson, ni siquiera te conoces a ti. —Abrió la puerta del coche y, para su asombro, se echó a un lado para dejarlo entrar primero. Jayden entró desconfiado, pasaría un buen rato hasta que sus pulsaciones se normalizasen—. Siempre funciona.

Irina cerró la puerta, quedando ella fuera. El taxi se puso en marcha. Jayden se giró enseguida para mirarla, esta se montaba en un segundo taxi.

Pero cómo lo hace.

Había vuelto a quedar como un imbécil. Irina sabía que él quería ir con ella a pesar de no haber cruzado palabra. Sabía que la seguiría o que insistiría. Se había adelantado y había pedido dos coches.

Resopló. Las pulsaciones se le aceleraron aún más. Solo proponerse no alterarse con las acciones de Irina no servía de nada. Ella siempre iba un paso por delante y contra eso era imposible.

Diez años antes

Irina

—¿Irina? —Estaba sentada frente a Margaret en la mesa del restaurante, las dos solas. Había vuelto a perderse en sus pensamientos. Aún sentía su estómago pegado a la base de la espalda, la sensación no se iba—. Ya ha pasado todo. Lo has hecho bien. Se han vendido todos los ejemplares de la librería. Y mañana serás noticia en la prensa.

Margaret acercó una mano hacia la suya, pero se detuvo a milímetros de ella.

—Todo va a ir bien —añadió.

Ella no era capaz de alzar los ojos, miraba su plato de comida que aún no había probado. Solo el pensar en llevarse comida a la boca le daba náuseas. Era como si no necesitara comer para seguir viva, como si la comida no fuese vital. Algo impensable unos años atrás, donde el hambre solía perdurar días.

—¿Es lo que querías? —le preguntó Margaret.

—Solo quería no decepcionarte.

—Has dado todo lo que tienes en este momento. No me decepcionarías ni aunque no se hubiese vendido ni un solo libro. Y no es solo por haber trabajado la novela. Sé lo que te ha costado lo de hoy, sé lo que has pasado estos días. Y has estado ahí, mirándolos a todos de frente. Estás hecha para esto de la A a la Z. No me equivoqué contigo. Pero necesito saber una cosa. Siempre hablas de mí, de no decepcionarme, pero yo necesito saber otra cosa. —Y Margaret le cogió la mano, se atrevió a hacerlo, nunca solía tocarla, sabía que no le gustaba que la tocasen, pero lo hizo—. ¿Qué es lo que quieres tú? Y ¿por qué haces esto? ¿Es por no volver a tu país? ¿Por no volver a pasar hambre?

Dejó su mano muerta mientras la editora se la cogía. Seguía sin poder levantar los ojos.

—¿Sabes por qué me gusta inventar historias? —Pestañeó, la pesadez en los párpados perduraba. Nada se había ido con acabar la presentación—. En mis historias puedo ver todo lo que pasa siendo invisible. Ninguno de mis personajes se acerca a mí. Sin embargo, puedo entrar dentro de ellos, predecir qué van a hacer o qué decir y vivir todo lo que ellos viven. Pero nada de lo que vivo allí me hace perder el hambre, el llanto solo dura el tiempo en el que escribo esa escena, luego desaparece y puedo reír en la siguiente. No duele. En mis historias solo tengo que narrar, sin importarme los sentimientos que me produzcan porque estos se desvanecen al instante.

Se hizo el silencio en la mesa. Margaret la miraba asimilando sus palabras.

—Es una ventaja eso de que lo malo no perdure mucho tiempo, Irina. Y llevas razón con que en el mundo real lo mismo que reproduces en tus historias es mucho más intenso. Pero, al igual que ocurre con lo malo, también ocurre con lo bueno. Puedes amar a tus personajes, imagina lo que sería hacer eso en el mundo real.

Negó con la cabeza.

—No sé cómo se hace en el mundo real. —Se arrepintió en cuanto pronunció esas palabras.

Margaret soltó el cubierto, al parecer también a ella se le había quitado el apetito.

—No tuviste madre, padre, ni familia. Eso es insustituible, no conocerás ese tipo de amor. Pero hay otros, Irina, el de la amistad, el de la pareja, el de los hijos, incluso el amor a ti misma.

Irina negó dos veces con la cabeza.

—¿Y cómo sabré reconocerlo?

Su mentora sonrió.

—A través del mismo dolor. Cuanto más grande sea el dolor más grande es el amor que sientes. —Le apretó la mano—. Si alguien te ofende y tienes ganas de llorar, es porque te quieres a ti misma. Cuando tengas amigas piensa en el dolor que sentirías si alguna te traicionara, si ese dolor es insignificante quiere decir que no es alguien importante para ti. Cuando ames de verdad a un hombre esa parte de tu ser que sientes más tuya se partirá en dos y una se la darás a él aunque a veces ellos ni sean conscientes de que la tienen. Entonces te dolerá el solo pensamiento de perderlo o de que se aleje de ti —Margaret sonrió—. Lo de los hijos es como todo esto que te he contado, pero elevado a un millón, con ellos te duele prácticamente todo —rio.

—Si el amor es dolor, entonces tuve suerte de no aprenderlo. No quiero amar, no quiero amar nunca —soltó.

Margaret negaba con la cabeza sin dejar de sonreír.

—Si hoy hubiésemos fracasado, estarías dolida por decepcionarme. Ya te dolía estos días la posibilidad de hacerlo. Y estoy convencida de que no es el único dolor que sientes. Comienzas a querer, pero ese amor te rompe porque tu cuerpo no está acostumbrado a ese tipo de dolor.

Cogió aire despacio. La presión en el pecho era insoportable.

—¿Y se puede no querer?

—Claro que se puede no querer. Hay personas que carecen completamente de sentimientos. No sienten ni lo bueno ni lo malo. Entre ellos están los psicópatas y asesinos. Pero tú sí tienes capacidad de sentir. Para ti es imposible no sentir y por lo tanto es imposible no querer.

—Pero cuando tengo frío no siento absolutamente nada —replicó y la mujer se echó a reír.

—Puedes permanecer dentro de un bloque de hielo o puedes meterte en una caja de cristal y esquivar los sentimientos y vivir como si tu vida fuese la escritura de una novela infinita. Claro que sí, incluso ambas cosas. Pero en cuanto el hielo se caliente, en cuanto asomes la cabeza fuera de la caja y dejes de narrar, aunque sea solo por un momento, sentirás con toda esa capacidad que tienes.

Volvió a coger aire y esa vez sonó a suspiro. Margaret guardó silencio dejándola meditar. Irina repasaba en su mente, si Margaret tenía razón y el dolor estaba íntimamente relacionado con el amor, era capaz de amar sin medida. No le habían enseñado a amar y, como decía Margaret, el dolor que le producía la frustración del amor, en cualquier índole, la mataba por dentro. Enseguida visualizó a un niño pequeño de unos cinco años agarrado de la mano de su madre. Para los niños sus padres eran su bienestar, su protección, su razón de supervivencia. Los niños solían llorar cuando sus padres se ausentaban o si se perdían en la calle. Quizás por eso y otras razones los niños pequeños solían llorar, un llanto que iba disminuyendo a medida que los

años pasaban. Y una vez adultos, seguían llorando. Ya no por la posibilidad, sino cuando esos hechos que antes eran meras posibilidades se hacían reales. Pero podían soportarlos porque llevaban toda la vida preparándose inconscientemente para ello.

La presión en el pecho, el estómago del tamaño de un puño, apretado y tenso, los ojos le pesaban y lo peor de todo era que por su mente no dejaban de pasar una y otra vez las imágenes de todo lo que le hacía más daño. Una vez pasada la presentación, el dolor por decepcionar a Margaret había terminado. Así que solo le quedaba él. Dolía y ese dolor se intensificaba si lo recordaba una y otra vez. La noche de Navidad, él y la nueva chica entrando en la biblioteca.

Volvió a coger aire. Lo tenía claro.

Quiero el frío, el hielo, la caja de cristal y una novela infinita.

—Entonces no dejaré de narrar.

Diez años después

Jayden

Su taxi llegó antes, Irina pediría al suyo que tomase otro camino y este sería largo porque llevaba ya más de cuarenta minutos con Nolan y el resto y ella no llegaba.

—Ya te estás desesperando. —Nolan se había acercado a él—. ¿Qué ha cambiado?

Su amigo comenzó a reír y él se arrepintió de haberle dicho que estaba consiguiendo saber hacer las cosas con Irina. En ese momento parecía un farol y un motivo más para que él no dejara de gastarle bromas, lo que no ayudaba tampoco al autocontrol.

Teresa pasó por su lado seguida de aquella chica oriental a la que llamaban Chio. Jayden la agarró del brazo.

—¿Dónde está? —Vio a Chio reír al escucharlo.

Teresa se encogió de hombros.

—Había quedado con vosotras, ¿no? —Ya dudaba de todo. Lo había tratado como a un imbécil con el taxi, lo mismo el juego no era solo no llegar con él. Sino no llegar nunca.

—Sí, pero Irina siempre llega cuando quiere —respondió Teresa.

Llegar cuando quería significaba que pasase el tiempo y no saber si le había ocurrido algo. A ella parecía no importarle tentar a la suerte y correr riesgos innecesarios. Ponerse delante de un coche en una carretera de noche o ir sola para que le pasase cualquier salvajada. Esa última idea le dio una punzada en el pecho, apretó la mandíbula y se sacó su móvil del bolsillo.

Intentó que nadie, ni siquiera Nolan viese la pantalla. Tenía a Irina en llamada rápida, prefería que no lo supiesen, ni siquiera él estaba seguro de por qué lo había puesto así cuando ella nunca le cogía el teléfono.

Reconocía el tono de llamada de Irina, hasta con la música pudo apreciar las notas. Se oía a su espalda.

Se giró. Estaba a un par de metros de él. Ya no llevaba la capa, la habría dejado en el guardarropa. Llevaba un vestido marfil con un ligero toque metálico, sin tirantes ni mangas, un escote cruzado que le marcaba el comienzo del pecho. Era ajustado y muy corto, esa vez no había volantes ni esos vuelos que le gustaban tanto. Apenas había tela y esta se cruzaba en sus muslos de la misma forma que se cruzaba en el pecho. Tuvo que coger aire, si ya en cualquier parte su imagen haría estragos en cualquier hombre, no podía imaginar lo que resultaría si se hubiese cruzado con un demente por el camino.

Irina levantaba el móvil, que aún sonaba y vibraba, para que él viese que aún no había cortado la llamada. Se apresuró a colgar.

Dio unos pasos hacia él y se inclinó. Hasta entre gente podía apreciarse su intenso olor, pero esa vez ni le molestaba. Una parte de él se tranquilizaba al tenerla delante.

—Estás en una fiesta. —Miró a su alrededor—. Están tus amigos aquí y hay numerosas

mujeres deseando hablar contigo. Y tú perdiendo el tiempo meditando si te he engañado y no pensaba venir.

Apretó la mandíbula. Claro que poner de su parte no era suficiente para no alterarse por las cosas de Irina. Estaba siendo consciente de que, por mucho que había avanzado con ella, la escritora estaba aún más lejos de lo que imaginaba. Se inclinó hacia ella para hablarle al oído. Prefería que Teresa, Chio y Nolan no lo oyesen.

—Me importaba poco que me hubieses engañado. Lo único que me importaba es que te hubiese pasado algo.

Se apartó de ella para verle la expresión. Ya no le sorprendía que esta no se inmutase. Irina se puso las manos en la cintura.

—Pues ya estoy aquí, no te he engañado y no me ha pasado nada. —A ella sí que le daba igual que se enterasen los demás de lo que le decía—. Pero sigues con esa expresión cabreada, así que no era solo eso. —Dio unos pasos para rodearlo y se paró junto a su hombro—. Has venido a divertirte, ¿no? Pues diviértete.

Nolan tiró de su brazo.

—Es, precisamente, lo que estaba intentando decirle —intervino su amigo. Irina lo señaló con el dedo e hizo un gesto que mostraba que estaban ambos de acuerdo—. Tiene que divertirse, lo necesita.

—Por supuesto que lo necesita —Irina sonrió y Nolan asintió satisfecho por que le diera la razón.

Entonces Jayden vio un ejemplo claro de cómo Irina lograba que todos pareciesen imbéciles cuando hablaban con ella.

Ella dirigió sus ojos hacia Jayden.

—Tienes un buen amigo, hazle caso. —Su sonrisa se amplió y puso la mano sobre el hombro de Teresa.

Jayden miró a Nolan alzando las cejas. Encima Nolan se había sumado al equipo de Irina como una marioneta y parecía feliz por ello.

Ella se fue junto a Teresa y Chio.

—Ves un escote y una falda y ya te pierdes —le dijo a su amigo—. Eres imbécil.

—El imbécil eres tú —le replicó Nolan—. Irina lleva razón. No deberías estar aquí con esa cara. No has venido para esto.

Cogió su brazo y lo apretó.

—Llevaréis razón, vale. —Seguramente parecía un trastornado, un pesado, un obsesionado por Irina. Claro que llevaban razón—. Pero aun así le des la razón, nunca. Así no me ayudas.

Nolan se echó a reír.

—A ver si su escote y su falda a quien están haciendo perderse es a ti. —Le dio una palmada en el hombro.

Jayden alzó las cejas. Ahora se sentía imbécil aunque Irina no estuviese delante.

—La has dejado entrar en tu casa y en tu vida sin importarte las consecuencias. —Nolan entornó los ojos—. Estás hasta el cuello, amigo.

—No. —No se oyó muy convincente.

—Lo veré esta noche. —Nolan miró a su alrededor—. Te conozco desde hace años y sé perfectamente cómo actúas cuando estás entre gente.

—¡Jayden! —Oyó una voz de mujer a su espalda.

Se giró, era Celine, una amiga. Desde hacía unas semanas había perdido la noción del tiempo, todo parecía mucho más lejano. Quizás la última vez que la vio fuese poco antes de que muriese su madre. Poco antes de conocer a Lisy, a ella también la había visto acompañada de Rebeca, aunque supuso que al ver a Irina se habría perdido. Nunca temió a las mujeres. Pero con Irina cerca todo cambiaba. Su interés en Celine se perdió cuando conoció a Lisy o quizás fue antes. Hubo otra en medio, ahora lo recordaba, una amiga de Nolan, pero fue fugaz y no llegó a estar con ella más de medianoche. Cogió aire y lo echó de golpe.

Sintió un codazo disimulado por parte de Nolan.

—Valor, Casanova. —Le empujó en la espalda.

Celine, sin embargo, sonreía. Era del tipo de amiga que cada vez que se encontraban todo iba a más. Y quizás era eso mismo lo que buscaba también esa vez al acercarse a él con aquel contoneo.

Lo besó en la mejilla, qué diferente olían todas las mujeres a Irina. A las demás había que acercarse demasiado para poder notar su aroma, un olor íntimo que no lo abarcaba todo.

Miró de reojo a Irina. Esta no perdía el tiempo en absoluto, había pasado por la barra y ya tenía una de aquellas copas rellenas de líquido blanco con un paraguas como adorno.

Que Irina no tardara en verse rodeada de hombres que permanecían a media distancia, observando el mejor momento para interrumpirla, no era algo que le asombrarse. Tenía una belleza exótica, exaltada por una ropa que no dejaba mucho más a la imaginación. Pero a ella le daba exactamente igual los que la acecharan, toda su atención en ese momento era para Chio. En cuanto a ellos, se apenó del que decidiese acercarse a ella.

—¿Jayden? —Celine le había dicho algo, pero no lo había oído—. No quise llamarte antes. Me enteré de lo de tu madre y quería dejar pasar tiempo.

—No te preocupes. —Estar mucho tiempo con Irina le hacía comenzar a ver las cosas de otro modo. Quizás la tardanza en llamarlo no era del todo por la muerte de su madre. Eso no era muy excusable, el pésame se daba en el momento, no hacía falta dejar pasar el tiempo. Lo mismo Celine ya se había hartado de ser solo un comodín cuando no había otra más. No la culpaba, estaba en su derecho.

—Ahora te veo. —Le dio en el hombro al pasar, un golpe sutil que invitaba a algo más. Si se estaba hartando, no estaba lo suficientemente cansada de él.

Se quedó solo y notó un brazo por el cuello. Se sobresaltó de inmediato. Era Elliot.

—¿Qué te pasa? Tienes cara de estar contando los minutos para irte.

Es que estoy contando los minutos para irme.

Si fuese por él, cogería a Irina, la cargaría al hombro y se marcharía a casa. Pero ella parecía estar mejor que nunca. Reía mientras soltaba la primera copa del paraguas, ya vacía.

—Ven aquí, vamos a tomarnos algo. —Tiró de él.

Le quitó el brazo del cuello.

—Me preguntan por tu escritora, la pregunta es común en todos los sexos. ¿Tienes algo con

ella?

Negó enseguida y lo hizo de forma tan enérgica que hasta sintió una punzada en la nuca.

—Me alegro por todos los que han preguntado. —Le dio una copa, ni siquiera sabía lo que era, pero le dio unos sorbos. Tenía la garganta seca, aquellos ambientes siempre invitaban a beber lo que fuese.

Miró a Irina de nuevo, un nuevo paraguas, esa vez de color amarillo. Ya iban dos y solo llevaba allí… miró la hora para comprobarlo. Elliot le cogió la barbilla para girarle la cabeza.

—Déjala ya, échame cuenta a mí que soy el que está hablando —le decía entre risas—. Intenta olvidar que está aquí. —Tiró de él de nuevo hacia una zona más tranquila donde la música no se oía tan fuerte y estaban más alejados de Irina—. Le dije a Nolan que no era una buena idea venir aquí si estaba Irina. Pero intenta no pensar.

Elliot le empujó la copa para que bebiese.

—Haz lo de siempre y diviértete.

Él asentía con la cabeza por inercia, no importaba que le hubiese dicho eso o cualquier otra cosa porque le hubiese asentido igual. Sus amigos, con las mejores intenciones, intentaban darle buenos consejos, pero ninguno tenía ni idea de la realidad. Solo sabían que Irina era difícil, rozando lo desesperante, pero había más, no podía explicárselo.

—¿Puedo dar carta blanca a estos para Irina? —preguntó Elliot—. Recuerdo que hace años no lo permitías.

Jayden se inclinó hacia él.

—Blanca, negra, roja y color arcoíris si quieres —respondió—. Saldrán corriendo como ratas.

Él mismo tuvo que contener la risa. Irina se había perdido entre la gente y tuvo que inspeccionar el bullicio con más detenimiento hasta que la volvió a ver. Ya estaba bailando.

—¿Jayden? —Oyó otra voz de mujer y se sobresaltó.

—Carola —dijo Elliot.

Conocía a Elliot, él pensaría que alguna mujer podría conseguir que por un momento se olvidase de la presencia de Irina. No sabía que no había forma de que olvidase a Irina, Irina lo abarcaba todo, Irina arrasaba por donde quisiera que pasara y a él lo había atravesado por completo. Nada volvería a ser como antes por mucho que sus amigos insistiesen, nunca, jamás.

Irina

Llevaba ya un buen rato bailando y no había visto a Jayden cerca, eso quería decir que había surtido efecto la insistencia de sus amigos. Le alegraba que tuviese cerca personas que se preocupaban por él. Las necesitaba más de lo que creía.

Tenía sed, el baile entre el bullicio siempre daba sed. Chio ya se acercaba con nuevas copas para las tres. Se habían apartado de la zona de baile.

—¿Cómo te va en la casa de Jayden? —preguntó Teresa.

Irina se encogió de hombros.

—Él pone todo de su parte. —Le dio un sorbo a la copa.

La sonrisa de Teresa al oírla hizo que su pecho reaccionase. Su amiga abrió la boca para añadir algo, pero ella le puso un dedo en los labios.

Chio se apoyó en una baranda.

—Lo que me sorprende es que aceptaras. Nunca se lo aceptaste a Margaret —dijo.

—No importa por qué lo hiciera. —Teresa levantó una mano—. Lo importante es que está allí. Yo estoy mucho más tranquila si está con Jayden.

—Y yo. —Chio parecía tan convencida como Teresa.

—Pero no es fácil para mí —Irina suspiró. Miró de reojo para buscar al grupo de Jayden. Estaba en una reunión bastante numerosa, eran unos sofás alejados del bullicio. Jayden estaba en una esquina y parecía integrado en alguna conversación—. Ni para él tampoco.

Cogió aire por la boca y llenó su pecho.

—Comienzo a entender qué quería Margaret —sonrió y aquello de su pecho aumentaba—. Y cada vez que lo pienso hace que me pierda aún más.

Volvió a mirar a Jayden y esa vez lo encontró mirándola a ella también. Aunque no se hubiese acercado a ella en toda la noche no la había perdido de vista en ningún momento. Se miraron sin hacer gesto alguno durante unos instantes, hasta que alguien cogió la barbilla de Jayden para que lo atendiese. Una chica reclamaba su atención.

Irina entornó los ojos para observarlos bien.

—¿Irina? —Chio y Teresa estaban pendientes de Jayden también.

La escritora ladeó la cabeza sin dejar de mirarlos.

—Llamar la atención de un hombre para que te atienda, pincel equivocado. Si a un hombre le interesas, esperará la más mínima oportunidad para atenderte. —Se mordió el labio inferior. Aquella era una de tantas veces que querría ser invisible. No interferir con su presencia y observar las cosas tan naturales como tendrían que ser—. Llamar su atención una y otra vez, aunque esa relación aparentemente prospere, durante días, semanas, meses, años. Hasta que un día se cansan de llamar su atención y ellos dejan de atenderlas. Mujer transparente, vacía, infeliz. —Hizo una mueca.

Removió la copa con el palo del paraguas.

—Vamos con ellos. —Teresa la empujó.

Jayden

Alzó las cejas al ver a Irina junto al sofá. Sin haber ido a buscarla, sin insistir, sin molestarla en absoluto. Tuvo que apartar el brazo del reposabrazos con rapidez para que ella no se sentase encima y se lo aplastase. Irina se sentó, como siempre sin pedir permiso, haciendo que él tuviese que recolocarse para que aquel culo redondo no le aprisionase el pecho. Empujó a Carola, haciéndola desplazarse, que estaba a su lado y obligó a que esta hiciese lo mismo con Elliot y este con Rebeca y Lisy, y esta última tuvo que pegarse a Nolan. Y, así, todo el sofá circular tuvo

que moverse hasta que la última persona, en el otro extremo, quedó atrapada con el reposabrazos.

Teresa y Chio arrastraron unos pufs y se sentaron en el hueco.

Irina cruzó una pierna y su tacón reposó en la tibia de Jayden. Un lugar peligroso conociendo cómo se las podía gastar Irina, intentó moverse de nuevo, pero ya no había sitio.

—Qué honor tener a Irina Yadav entre nosotros. A sus pies, señorita —dijo Nolan levantando la copa.

Jayden tragó saliva, supuso que las copas no lo harían consciente de lo que era dirigirse directamente a ella. Pero esta también alzó la suya, sin decir nada más. Los que no la habían visto nunca se sobresaltaron todo lo que les permitieron sus estrechos huecos en el sofá.

—Madre mía —dijo una de las chicas. Irina la miró y sonrió, aquello desconcertó a Jayden—. Me encantan tus libros. Me encantan. —Se levantó con el móvil en la mano y dio un pequeño grito—. Por favor.

Ya entendía su sonrisa. Irina parecía tener un filtro en el que descubría quién era lectora suya y quién no.

Tuvo que inclinarse hacia Carola para que ambas se hicieran un selfi.

—¿Ella es la escritora que vive en tu casa? —le preguntó cuando aún estaba inclinado hacia ella, algo que parecía agradar sobremanera a Carola.

El selfi acabó y pudo regresar a su sitio.

—¿Pero es temporal? —Alguien más había escuchado la pregunta. Era Rebeca.

Irina puso el codo en el respaldo del sofá, casi encima del hombro de Jayden. Le estaba desconcertando que no le importase la cercanía con él. Una cercanía terriblemente intimidatoria, invadiendo su espacio de una forma descarada y casi sensual.

—Es mientras trabajamos una novela —se apresuró a decir antes de que Irina pudiese hablar. Temía que abriese la boca, de allí casi nunca salía nada bueno.

Rebeca miraba a Irina.

—Jayden nos dijo que te conoce desde hace años. —Rebeca quería que fuese Irina la que contestara.

—No solo él, nosotros también —intervino Nolan.

Irina contuvo la sonrisa al oírlo.

Lo que se le estará pasando por la cabeza ahora mismo.

Tenía delante a la chica que decía ser fan de Irina, la miraba sonriendo y esperando escucharla hablar. Seguramente aquella chica desconocía cómo se las gastaba Irina. Lisy, que estaba a un par de metros, lo sabía bien.

Eso de temer a la lengua de Irina se estaba convirtiendo en algo cotidiano. Algo que se hacía más liviano cuando se la tenía tan cerca. La miró de reojo, aquel vestido no producía arrugas ni sentada, formaba una curva en su cintura que invitaba a meter el brazo entre Irina y el sofá y que en vez de en el respaldo se apoyase en él.

—Hace diez años —respondió Irina y lo miró de reojo.

Celine se inclinó hacia delante para verlos mejor.

—¿Y cómo era Jayden hace diez años? —reía. No le gustaba cómo se tornaba la conversación con Irina delante—. Conocemos el Jayden de ahora, pero siento curiosidad por saber cómo era

con veintiún años.

Irina se giró para mirarlo y al girarse su cuerpo se inclinó levemente hacia él.

—¿Conocéis al Jayden de ahora? —sonrió sin dejar de mirarlo.

Intentó hacerle un gesto con los ojos para que se contuviese, pero sabía que no había forma de contener a Irina. Comenzaría a decir todo lo que se le ocurriese sobre él.

—El Jayden de antes era engreído y estúpido. —Oyó risas—. Se sentía el centro de atención y eso le encantaba, pero luego se dio cuenta de que solo era el centro de atención porque algunas chicas reclamaban esa atención y no por cualidades extraordinarias.

Alzó las cejas, pensaba que estaba preparado para escuchar lo que quisiese decir, pero nunca se estaba lo suficiente preparado con Irina. Ella ni pestañeaba mirándolo.

—Se dio cuenta exactamente el día que conoció a una niña india que sí que las poseía y entonces vio peligrar su trono. Aquel toque de realidad le hizo comportarse como un imbécil, pero luego rectificó y tomó la decisión de hacer algo más que perder el tiempo recreándose en su ego.

Se hizo el silencio, estaba claro que no era el relato que nadie esperaba escuchar.

—Entonces os llevabais mal. —Carola alzaba las cejas—. Pero ahora ella vive en tu casa.

—No nos llevábamos mal. Yo era una parte molesta del decorado de la casa —siguió Irina.

Madre mía.

Pero no encontraba forma de callarla.

—Luego cambió, pero intentó besarme sin mucho éxito y entonces volví a ser una parte molesta del decorado de la casa.

Los del sofá rompieron a carcajadas.

—Ehhh. —Nolan se inclinó hacia delante—. Y no dijiste ni una palabra.

—¿Intentaste besar a Irina? —Elliot se había puesto hasta en pie. Se llenaba la copa con una de las botellas de la mesa—. Nos dijiste que ni nos acercáramos a ella, que era una niña, y tú… —rompió a carcajadas—. ¿Cuándo fue? Si tú en aquella época estabas con… aquella chica de los rizos.

—No, era la rubia —lo cortó Nolan.

—Entonces el Jayden de antes era muy similar al de ahora. —Celine parecía satisfecha de escuchar lo que esperaba oír.

Vio a Irina abrir la boca para responder. Ya se acabó, no podía dejarla seguir.

No se lo pensó dos veces, pasó el brazo por el hueco que había entre la curva de la espalda de Irina y el sofá y la rodeó por completo atrayéndola hacia él. Puso la otra mano sobre el vestido de Irina, bajo el pecho, para no pegarla a su cuerpo al completo, y acercó su cara a la de ella.

—O hablamos de otra cosa o nos vamos ahora mismo —le dijo, pero ella seguía mirándolo divertida. No le había importado en absoluto su gesto y eso le gustó. Le gustó tanto que hasta no le importaba demasiado que siguiera soltando sobre él si era capaz de hacerlo sin moverse un ápice.

Notaba el peso del cuerpo de Irina, hubiese querido quitar la mano que la sujetaba y que cayese al completo sobre él. Se hizo el silencio en el grupo, ya ni siquiera se oían las risas, quizás porque esperaban algo más de aquella cercanía.

—No pienso irme a ninguna parte —le susurró ella.

—Te llevaré a cuestas.

Ella entornó los ojos y aquello aumentó sus ganas de cumplir su amenaza.

—Han dicho que entonces Jayden tenía novia. —Era la voz de Rebeca—. No era similar al de ahora, Celine.

Volvieron las risas.

—Cierto, ha cambiado. —Oyó decir a Carola con ironía.

Irina puso las manos en sus hombros para volverse a erguir en el reposabrazos.

—Entonces ha cambiado a mejor —respondió Irina y enseguida todos la atendieron.

Ahora la mismo me la echo al hombro y me la llevo.

Intentó incorporarse, pero ella clavó su tacón de aguja en su tobillo, justo en la curva entre la espinilla y el empeine. Apretó los dientes para no quejarse. Ya sabía que la posición del pie era pura estrategia.

Notó de nuevo el peso de Irina, esa vez ella sí apoyó el codo en su hombro y dejó caer el lateral de su espalda en él. Aquella forma de acercarse a él no era casual, Irina no buscaba contacto alguno con él ni con nadie, absolutamente nunca. Lo estaba atrapando para que no se moviese.

—¿A mejor? —reía Rebeca.

Podía ver la cara de la lectora de Irina, la miraba completamente embelesada.

Irina alzó los ojos hacia Rebeca.

—A mucho mejor.

La va a liar. La va a liar ya.

—No creo que muchas por aquí estén de acuerdo contigo. —Rebeca apoyó la espalda en el sofá—. Me interesa saber qué opina una escritora de romance.

La va a liar mucho.

Rebeca negaba con la cabeza.

—No puedes intentar que un hombre sea o se comporte como una mujer. Por mucho que queramos lo contrario, somos diferentes. —A eso parecía que hubo consenso porque todos la atendieron callados—. Un hombre no espera paciente a que la mujer que le interesa le deje señales de que tiene posibilidades con ella. Mientras espera busca a una mujer comodín, que no es otra cosa que tener la polla entretenida mientras llega la cueva que quiere.

Pudo ver a Celine removerse en el asiento.

—Ser comodín no tiene nada de malo, siempre que tengas claro que un comodín no tiene posibilidad de convertirse en ninguna otra carta. —Alzó las cejas al ver que Irina se dirigía hacia Celine—. A partir de ahí tú eliges.

Celine enseguida miró a Jayden, como si este le hubiese traicionado de algún modo contándole a Irina sus pasados encuentros con ella.

Y yo no he abierto la boca, parece bruja.

Irina movió la mano.

—A las mujeres les ameniza la espera la fantasía, ellos no gastan las escasas neuronas en pensar y van directos. Por eso algunas toman la iniciativa en cuanto tienen ocasión, antes de que

ellos elijan a otra. —Esperaba que al menos no estuviese mirando a Lisy—. Que siempre es mejor que esperar en la retaguardia a que otras la caguen y disfrutar del fracaso ajeno.

Tuvo que girar la cabeza para mirar hacia otro lado y no ver el rostro de Rebeca. Pero al único sitio donde podía mirar era al contrario, donde estaba el pecho de Irina bien marcado bajo la tela marfil metalizada.

—Pero… —la lectora de Irina intervino con timidez—, muchas chicas esperan en la retaguardia, como tú dices, por temor al rechazo o, lo típico, que el chico no la vuelva a llamar.

Irina movió la mano.

—El porcentaje de rechazo de hombres a mujeres es casi inexistente —respondió Irina—. Que el chico no la vuelva a llamar es un favor que le hace. —La notó moverse. Si Irina era capaz de mirar a Carola, entonces era que había algo sobrenatural en ella porque era imposible que lo supiese cuando apenas ni él mismo recordaba.

Y, sí, Irina miró a Carola.

—Piensa que los hombres tienen un ego masculino superlativo. —Alzó las cejas—. Solo se emplean a fondo la primera vez para quedar bien, el mito del macho *empotrador*. Luego ese nivel va decayendo hasta que se implanta el sexo doméstico, ese de diez minutos una vez por semana, pregúntale a tu abuela si aún está viva la mujer.

Se oyeron carcajadas y comenzaron a añadir cosas al respecto, las risas aumentaron aún más.

Jayden se irguió para acercar su cara a la de Irina.

—No sé con qué clase de hombres habrás estado —le dijo en voz baja. Notó más el peso de Irina sobre él y volvió a pasar la mano por su espalda, un acto reflejo del que se arrepintió enseguida—. Pero deberías de ser más selectiva.

Ella entornó los ojos sujetando sus hombros para no caer sobre él.

—Si fuera tan solo un poco selectiva, señor Larsson, seguiría virgen.

Abrió la boca para responder, pero la única respuesta que podría darle no procedía. Irina volvió a ponerse en su postura de antes, pero él ya había dejado el brazo tras ella. Y no le apetecía quitarlo.

Ella se inclinó hacia delante para decirle algo a su lectora.

—Los hombres de mis novelas no existen de forma natural. Tú tienes que darle la forma, como hago yo con ellos cuando los escribo. —La chica sonrió a sus palabras.

Jayden alzó las cejas mirando a Irina de reojo.

—Coges a un hombre y lo reformas para que quede bien en tus novelas. —Hizo una mueca—. Luego creas expectativas ideales que pagamos los hombres de a pie. Y eres una de las escritoras de romance más leídas del mundo, mal favor nos haces.

—No los reformo, los moldeo para que mis protagonistas sean felices. En el mundo real tiene que ser lo mismo.

—¿Sí? —Ya no le importaba la tensión de lo que Irina pudiese soltar. Salvo algunas cosas respecto a él, no había arremetido directamente contra nadie. Sonaron más como consejos que una aclaración grosera de las estupideces humanas que cada uno comete. No sabía si era consecuencia de aquella bebida blanca y cremosa que solía remover con un paraguas. Y le estaba encantando poder tenerla pegada a él sin que ella pusiese objeción. Esperaba un desastre de

noche, no lo estaba siendo en absoluto—. ¿Y tú tienes mucha experiencia en eso de amoldar en el mundo real?

La ironía era evidente.

—Ninguna. Y haz el favor de hacerle llegar a esta señorita un ejemplar de la novela nueva —le respondió Irina.

Tenía su rostro cerca, hasta con la tenue luz podía notar las manchas de sus iris, no quería ni bajar los ojos a sus labios. Aunque aquello estuviese lleno de gente, no respondía de lo que podría llegar a hacer.

—Pensaba que una escritora de novela romántica era una especialista en temas amorosos. —La voz de Celine lo sacó de sus pensamientos. Quería que desapareciesen todos—. Pero acabas de decir que no tienes experiencia con hombres de verdad.

Irina tuvo que inclinarse hacia delante para verla bien.

—Una escritora de romance es una especialista en personas y en comportamiento humano.

Celine dio un sorbo a la copa.

—Pero es el amor lo que diferencia la novela romántica de cualquier otro género.

Con lo bien que iba y ya van a meter la pata.

Inconscientemente, aquel brazo que estaba tras la espalda de Irina y que había dejado caer en el sofá, se movió rodeándola por completo.

Irina entornó los ojos hacia Celine.

—Y es todo lo que deriva de esos sentimientos lo que determina la mayor parte de las acciones de la gente en ciertos ámbitos como en el que estamos. Yo aprendo observando.

Irina ladeó la cabeza y se movió en el reposabrazos, encajando el culo en la axila de Jayden.

—Desde que me he sentado aquí no dejas de mirar los movimientos de Jayden. Ya te habrán dicho que entre este y yo no hay nada, pero no te lo creíste. Por eso has decidido dejarlo pasar y, aun así, te ha molestado que ella sí lo haya creído.

Irina miró a Carola, luego se dirigió de nuevo a Celine.

Se acabó. No la puedo dejar que siga.

—Y ahora casi que prefieres llevar razón para no sentirte una imbécil. Pero antes te has reído de la chica que lloraba desnuda en la pared del ático. No estabas allí, seguro que te lo ha contado la amiga acomplejada que no es capaz de acercarse a Jayden. Así que no importa si tengo lío con este o no, eres imbécil de todas formas.

—¡Irina!

Celine había abierto la boca para replicar. Irina alzó la mano hacia él para que la dejase seguir. Jayden se la agarró enseguida.

—¡No!

Metió el otro brazo por debajo de las piernas de Irina.

—Me la llevo. —Se puso en pie con ella en brazos—. Disfruten del resto de la noche.

Nolan se tapó la cara para reír, hasta Teresa reía.

La gente lo miraba cuando se encaminó hacia el guardarropa. Pero con Irina ya se estaba acostumbrando a no pasar desapercibido a donde quisiera que fuera.

—Tus amigos son inteligentes. —Ella apoyó el codo en su hombro y se sujetó la barbilla—.

Tener a un guapo en el grupo siempre es una ventaja. Atrae a varias, pero solo se puede llevar a una. Las matemáticas no fallan.

Cogió aire, mirándola. Irina parecía estar echada en un sofá y no que él la estuviese cargando en un lugar público lleno de gente. No hacía por que la bajara, al contrario, parecía de lo más cómoda. Le recordó a las camas egipcias donde iban los nobles mientras que los esclavos los portaban.

—Y tú tienes una cara que te la pisas —le replicó—. No puedes estar entre la gente, no sabes estar entre la gente.

La puso en el suelo ante la mirada perpleja de la chica del guardarropa.

—La capa beige. —La oyó decir—. La que has mirado la etiqueta antes de colgarla para buscarla en internet.

La chica emblanqueció al oírla.

—¡Irina!

Que le den a la capa.

Volvió a cogerla, esa vez lo hizo en vertical, como si fuese una niña de dos años. El vestido era demasiado corto y no quería pensar en el resultado de su forma anterior de cargarla.

—Quédate con la capa —le dijo a la chica del guardarropa—. Un regalo de Irina Yadav.

Irina puso las manos en sus hombros para mirar mientras salían al exterior.

—No puedes andar faltándole al respeto a todo el mundo. Esa chica está trabajando.

Pasaron por el control de seguridad de la salida.

—¿Le pasa algo a la señorita? —preguntó el portero apartándose para que saliesen.

—Sí —respondió Jayden saliendo—. Algo terrible.

El portero rio con su tono irónico.

Se alejó unos metros de la puerta y puso a Irina en el suelo. Se quitó la chaqueta y se la echó por los hombros. Aquel vestido era escueto y enseguida caería sobre ella toda la humedad de la madrugada.

Cogió aire, lo necesitaba para difuminar la tensión.

—Estás enfadado —Irina sonreía.

Entornó los ojos hacia ella.

—Con esa forma de comportarte cómo quieres que esté.

Ella negó con la cabeza.

—Mi forma ya la conoces y cada vez la llevas mejor.

Jayden alzó las cejas.

—Te ha desconcertado que me haya pegado a ti todo el tiempo. —Se acercó a él—. Sabes muy bien que no me gusta el contacto, ni tocar, todavía menos que me toquen. Aun sabiéndolo me has seguido el juego, solo que tú no sabías que era mi juego.

Irina conseguía que el calor en su pecho ebullicionara hasta explotar.

—Que yo haya llamado imbécil a esa chica no es lo que te ha enfadado tanto —añadió, tirándole de un botón de la camisa—. Te ha vuelto a enfadar tu ego varonil y engreído.

Se apartó de él. Ahora entendía eso que le dijo antes de montarse en el coche, que ni él mismo se conocía.

Siempre funciona.

Recordó sus palabras. Y era verdad, siempre acababa ardiendo y con la respiración acelerada, daba igual que estuviese preparado. La voluntad no servía con Irina.

Espiró con fuerza, enfadado solo conseguiría que ella siguiera diciendo cosas que no quería escuchar. O sí, quizás necesitaba que las dijera, delante de su cara y a la tremenda. O también podría hacerlo él.

—Se que no debo acercarme a ti, ni mucho menos tocarte. Eso hace que tenga aún más ganas de hacerlo. —En ese momento era él el que se acercaba a ella—. Me estaba gustando, me estaba gustando tanto que no quise buscarle una razón. A mí no me importan las razones de por qué las personas actúan.

Se puso delante de ella. Irina lo escuchaba, esa vez estaba atendiendo, de las pocas veces que le vio interés en saber qué tendría que decirle, que parecía importarle lo que tenía que decirle.

—Pero tú ya lo sabes, siempre pareces saberlo todo de todo el mundo. No importa si los conoces o es la primera vez que los ves —suspiró—. Desde que he llegado solo pensaba en cogerte y que nos marchásemos a casa. También lo sabías, por eso no has puesto impedimento.

Con Irina no funcionaba el autocontrol, ni la voluntad ni poner todo de su parte para sobrellevarla, para no alterarse, para quitar importancia a todo lo que hacía porque todo eso era solo una forma de tapar la realidad que había dentro de él. Y esas cortinas Irina no las soportaba, se empeñaba en descorrerlas una y otra vez. Por eso le gustaba escribir, por eso le gustaban las novelas, porque siempre narraban la realidad de cada persona. Después de leer todo lo que ella escribía podía verlo claro.

—Y sabes que desde que te he visto hoy con ese vestido solo he pensado en quitártelo. —Pues no, eso no lo sabía. Había alzado las cejas, verdaderamente sorprendida—. Y seguramente sea lo primero que haga cuando llegue si no cambio de opinión por el camino.

La rodeó con un brazo y ella le puso la mano en el pecho para detenerlo.

—Cuentas con que te deje quitarme el vestido.

—Solo me llevaría unos minutos hacer que me dejes quitarte el vestido. —Se inclinó hacia su oído—. No lo sabes todo, Irina Yadav. Hay cosas que no se pueden aprender observando.

Y únicamente el pensamiento de desvestir a Irina hizo que el fuego de su pecho bajase hasta su ombligo y desde ahí cayó con fuerza en su miembro. Difícilmente cambiaría de opinión por el camino. Lo hubiese hecho allí mismo de haber podido.

La vio abrir la boca, pero esa vez no para replicar, sino para expulsar el aire. Lo hacía con disimulo, era muy de Irina eso de no querer mostrar nada, pero en esos temas era tan mujer como cualquier otra, de eso no tenía dudas.

Jayden ladeó la cabeza, aprovechó el espirar de Irina para cogerla con la boca entreabierta, la pegó a él para que notara la tensión en su pantalón. Solo una muestra de lo que podría esperarle.

No había abierto la boca en todo el camino a casa, sobre todo, porque Jayden había descubierto un buen método para que no dijese una palabra y este le funcionaba bien. Tenía que controlar sus labios y no abrirlos un ápice si quería mantenerlo alejado de ella y de su boca.

Salió del taxi mientras Jayden pagaba y se apresuró hacia la entrada del bloque. Solo esperaba que él hubiese cambiado de opinión porque tan solo recordar el roce del pantalón de Jayden sobre ella le producía unos calambres en las costillas que enseguida le recorrían todo el cuerpo y le dejaban tiritando el clítoris.

Se mordió el labio inferior mientras entraba en el ascensor. Escapar de allí iba a ser tremendamente complicado.

—Intentas escabullirte, ¿por qué? —Jayden entró riendo en el ascensor.

Ahora es él el que narra. Mira, a mí no me copies.

Entornó los ojos, el ascensor subía.

—Así no se hace. —Agarró el bolso y le dio con él en el estómago para apartarlo y salir la primera en la planta del ático—. Tienes que decir el por qué.

El por qué siempre es lo que avergüenza.

—Porque temes que te dé todo lo que tenga y que te guste.

Pues eso mismo.

Jayden abrió la puerta, entró el primero y se giró sonriendo.

—¿Vas a entrar? —La estaba viendo dudar.

Volvió a darle con el bolso para que se apartara.

—Es un farol para reírte de mí. —Y más le valía.

Él cerró la puerta. Negó con la cabeza y se acercó a ella.

—No voy a hacerte nada que no quieras.

Si ese es el problema.

Estaba pegado a ella.

—La Irina transparente que siempre dice lo que quiere y lo que piensa, ahora no sabe qué decir.

—Claro que sé qué decir. —Dio un paso atrás—. Que estás caliente, más que un atizador de chimenea, y que estás deseando que te dé luz verde para lanzarte encima de mí.

Y entre mi hielo y el fuego que tienes ahora mismo, la podemos liar bien.

Jayden sonrió y se le formaron aquellos hoyuelos a los lados de la boca.

No, si la que me voy a lanzar soy yo.

No se atrevía ni a abrir la boca para respirar.

—Tienes libre el pasillo, pero sigues aquí.

Porque no quiero irme, pedazo de idiota.

Dio otro paso hacia ella.

—Dices que sabes como soy, que puedes predecir mis acciones y hasta saber lo que pienso. Deberías salir corriendo ahora mismo.

Precisamente por eso no quiero huir.

Le pasó un brazo por la espalda y le cogió la cara.

—Me encantas, Irina. —Se inclinó hacia sus labios, sin embargo, se detuvo a mirarla—. Pero

quiero saber, ¿qué quieres tú?

Entreabrió la boca a ver si él volvía a hacer lo que había ido haciendo por el camino y se ahorraba el responder. Pero no funcionó esa vez. Jayden esperaba que respondiese.

Solo le estaba tocando la espalda y ya le ardía el interior de la vagina.

—Todo eso que se te pasa por la cabeza —tuvo que responder—. Hazlo.

Jayden se inclinó más hacia ella, pero Irina cruzó el dedo índice en sus labios.

—Pero no quiero insultos ni que uses lenguaje obsceno conmigo. Ni mucho menos que me lo pidas —le soltó y él comenzó a reír.

Inclinó el cuerpo de Irina.

—No es mi estilo. Y tú. —La rodeó con el otro brazo—. Vas a tener complicado decir nada.

Sintió los labios de Jayden en los suyos y su lengua no tardó en aparecer y salirse de nuevo. Resbaló los labios por su cuello mientras le levantaba el vestido, tampoco había mucho que levantar. Lamentó haberse puesto medias, estorbaban y eran incómodas de quitar. Pero él no parecía dispuesto a quitárselas, no todavía.

Le metió la mano entre las piernas y con el pulgar localizó su clítoris, notó cómo se le aflojaban hasta las piernas. Irina mordió su hombro, si seguía no tardarían en llegar los calambres que le marcaban el primero. La falta de sexo, sumada a la habilidad de Jayden con aquella pequeña parte del cuerpo femenino, acelerarían el proceso sobremanera.

Pero no pensaba quedarse quieta, le buscó el cuello y puso sus labios en él. Le sacó la camisa y casi no podía atinar a desabrocharle los pantalones. Por mucho que apretara las piernas, Jayden no dejaba de mover el dedo. Metió la mano dentro del pantalón, siguió la línea de su ombligo y llegó a una zona que ardía. Apretó la mano y la sacó con rapidez.

Madre mía lo que tiene ahí.

Lo vio contener la sonrisa a su gesto.

Bueno, que entre lo que pueda.

Encogió la pierna, uno de los calambres fue demasiado grande y tuvo que apartarle la mano o acabaría el primer asalto antes de empezar. Jayden ya había localizado la cremallera del vestido en su axila y necesitó las dos manos para bajarla. Con aquella licra se quedó pegado a su cuerpo aunque estuviera desabrochado. Ella misma se lo sacó por la cabeza.

Jayden se fue hacia su pecho con un leve empujón que la hizo apoyarse en la pared. Fue bajando hasta llegar a su ombligo. Le bajó las medias y las bragas, que se fueron enrollando con ellas hasta los muslos. No esperó a sacárselas del todo, en cuanto tuvo el sexo fuera le separó los labios con los dedos y metió la lengua. Si se había empeñado en que aquellos calambres explotaran en pocos minutos, lo iba a conseguir sin ninguna duda.

Irina le sujetó la cabeza, en aquella postura y sin poder abrir bien las piernas, la lengua de Jayden no podía profundizar mucho y eso aumentaba su necesidad de tenerla más adentro. Encogió una pierna para soltar las medias y lo consiguió, al menos pudo sacar un pie y abrir completamente las piernas. Pero Jayden estaba ya en pie de frente a ella.

Al final va a resultar ser un calientabragas *profesional.*

Pisó las medias con el pie libre y sacó el otro. Estaba completamente desnuda y él estaba aún a medio vestir.

La alzó en el suelo y ella abrió las piernas y las cruzó en su espalda. Aquello daba verdadero miedo. Le mordió el cuello mientras la empujó levemente contra la pared, clavándole aquello cubierto por la ropa interior y los pantalones. Lo hizo de nuevo y esa vez notó únicamente el algodón. La soltó, pero de la forma en que ella se había enganchado a él no iba a caerse. Oyó un tintineo caer al suelo, supuso que sería la correa o lo que quisiera que llevase en los bolsillos.

En la siguiente embestida ella enganchó con un pie el elástico del bóxer de Jayden y lo estiró hacia abajo, pero este se enganchó con algo. Supuso que, para sacar de ahí tremendo monumento, haría falta algo más que un pie.

—*Shhh*. —Lo oyó susurrar en su oído. Pasaba la nariz por su cuello—. Hay que llegar hasta el dormitorio.

Supuso que allí tendría lo que faltaba. Se alegraba de que Jayden tuviese esa consciencia aun en el estado en el que estaban. Pero por suerte el dormitorio no estaba muy lejos.

La dejó sobre la cama y pretendía incorporarse. Pero lo enganchó del cuello con las piernas. Si él pretendía meterle todo aquello, y estaba segura de que lo haría, prefería que la preparara bien antes. Lo apretó contra su vagina.

Sintió la lengua bordeando el clítoris y lo de dentro le quemó. Si había algo de hielo en ella cuando atravesó la puerta del ático, este se había derretido por completo. Le llevaría días volver a congelarse, pero aceptaba las consecuencias. En aquel momento no le importaban. Levantó las caderas buscando la boca de Jayden, pero él parecía no querer ahondar mucho más. Volvió a levantar la cadera, pero él la sujetó.

Se acostó encima de ella y alargó la mano hacia el cajón de la mesita de noche. Irina bajó la mano, quería tocar lo que Jayden estaba a punto de meterle antes de que la enfundara. Entendió que todo en Jayden era directamente proporcional al resto de su cuerpo.

La envolvió con la mano y la movió dos veces, él se encogió.

—Para —susurró.

Entendió que no era la única que iba a durar un suspiro, aunque él apenas había empezado. Esperó a que acabara, fueron solo unos segundos. Volvió a apoyarse en ella y le sujetó una pierna para que la encogiese.

Jayden no se movía, alzó la cadera por si era ella la que no estaba bien colocada. Levantó los ojos hacia él, la miraba, le gustaba cómo la miraba. Por un momento el fuego de sus ojos dio paso a algo más. Y eso hizo que se abriese un rayo entre sus costillas que le llegaba desde el pecho hasta el ombligo.

No podía sentir aquello de abajo más mojado de lo que estaba, así que estaba preparada. Jayden ni siquiera usó las manos, supuso que apuntase por donde apuntase aquello chocaría por algún lado.

Pero no chocó en ninguna parte, resbaló despacio, sin detenerse, lo podía notar abriéndose camino y llenándola por dentro, quemaba tanto como ella. Le gustaba, le gustaba tanto que se encogió y cerró los ojos. Entonces él retrocedió para volver a avanzar, esa vez algo más rápido. Para él sería complicado contenerse. Volvió a hacer lo mismo, retroceder y avanzar, Jayden le levantó algo más la pierna y se hundió por completo en ella.

Los primeros movimientos fueron lentos y profundos, un tanteo de aquella parte de ella que

no conocía. Y ya con eso la tenía al límite. Cada vez que lo notaba apretarse contra ella contraía la vagina, apretó los dientes. Él fue aumentando el ritmo poco a poco, notaba calambres hasta en los dedos de los pies. No podía estar al límite mucho tiempo más, iba a soltarlo. Jayden pareció saberlo y aumentó más la fuerza y la rapidez de sus movimientos. Toda la cama se movía. Espiró con fuerza, si hubiese tenido el hombro de Jayden cerca, no respondía. Él le cogió la pierna que tenía levantada y la echó a un lado sin salir del todo de ella. Volvió a hundirse en su interior. En aquella postura era aún más intensa y ahí no hubo preámbulo. Retomó lo que habían dejado cuando ella acabó con el primero. Apenas podía moverse, todo su cuerpo estaba ligero y los calambres continuaban, era como si hubiese estirado aquel límite y, aunque el orgasmo hubiese roto, no se hubiese marchado, una parte de él perduraba para romper de nuevo momentos después.

Jayden le levantó la pierna aún de lado y metió la mano, colocando el pulgar como antes le había hecho por encima de la media. Irina no podía dejar de jadear, sin apenas poder moverse. Hasta los tobillos le hormigueaban. Su cuerpo le estaba avisando, eso llegaba de nuevo y amenazaba con ser aún más intenso.

Esta vez acompañó al jadeó con unos leves gemidos. Nunca le gustó ser escandalosa, pero tuvo que morder el nórdico para no hacer ruido. Pero aquel hombre no le daba margen. Le alzó las nalgas y la cambió de postura, arrodillándola delante de él. Esa vez parecía que los calambres se habían aminorado, aunque con aquellos movimientos no tardarían en regresar. Ni falta que hacía que regresaran, ya el placer no era solo cuando venía aquello, el placer lo sentía cada vez que él embestía y lo hacía sin parar.

La sujetó de nuevo y tiró de ella para que se incorporara, dejó caer sus nalgas sobre él. En aquella postura volvía a ser diferente, profunda al límite, pero podía moverse a su antojo. Jayden metió la nariz en su cuello, al moverse lo sintió espirar, si seguía reaccionando así cada vez que ella se movía, iba a llegar antes que los otros dos y eso que los otros dos fueron rápidos. Una de las veces lo notó gemir y el rayo que se abría en ramas en su estómago lo hizo con toda su fuerza. Darle placer a Jayden de aquella manera aumentaba el suyo hasta límites que nunca llegó a imaginar y eso que de imaginación iba sobrada.

Pero no se conformaba con oírlo, quería verlo disfrutar. Se retiró de él y se giró para colocarse de frente. Abrió sus rodillas y se montó en él. Aquello entró de una vez, conocía bien el camino. Empujó con su cara la barbilla de Jayden, apretó con fuerza los músculos de su vagina y se movió. Le encantó verlo encogerse, lo hizo otra vez y otra más, hasta que volvió a oír el leve gemido de antes.

Él le sujetó las caderas para que parase.

—Si sigues haciendo eso, esto se acaba —le advirtió entre jadeos.

Puso las manos en los hombros de él.

—Entonces mejor que acabe bien. —Se impulsó en la cama para empujarlo y que se tumbara por completo.

Cayó sobre él. Tanteó hasta cogerle la verga y la dirigió para que volviese a entrar como antes. Esa vez él gimió tan solo con meterla, era una auténtica pena, pero era cierto que acababa.

Se movió y apretó con fuerza, Jayden se encogía, espiraba con fuerza o producía aquel sonido

que le encantaba y que le aumentaba la ligereza de los tobillos. Tenía las manos en sus caderas y se las apretó. El gemido se repitió dos veces seguidas. A ella también le llegaba otro más. Volvía a sentir los calambres.

Se inclinó hacia delante y apretó las manos en su pecho. No quería perderse ni un instante de él, sabía que lo recordaría mil veces y lo escribiría mil veces más.

26

Jayden

Se despertó con el sonido de la puerta al cerrarse. Dio un salto para levantarse de la cama y salió corriendo hacia el salón.

El olor en el pasillo y en todas partes le decía que Irina había pasado por allí. Abrió la puerta por si aún estaba en la planta, pero el ascensor ya estaba cerrado. Resopló.

Cada vez que daba un paso hacia Irina esta se alejaba, volvía a pasar. Fue hasta la habitación que ella ocupaba para comprobar si había dejado atrás sus cosas.

Ver su ropa tirada por todas partes lo alegró sobremanera. Buscó su teléfono y la llamó. No fueron más de tres tonos, para su sorpresa, descolgó.

—Te he cogido porque no quiero que me llames continuamente hoy. Ni se te ocurra aparecer por mi casa porque entonces presentarás el libro solo.

Sonrió al escucharla. Que le cogiese el teléfono ya era un adelanto, aunque lo hiciese para ser… Irina.

—Entonces, ¿a qué hora te veo? —Era mejor dejarla a su aire, no tenía dudas.

—En la puerta de la librería, cinco minutos antes.

—¿Qué? —respiró hondo. No alterarse era la primera norma. Lo último que esperaba de Irina, llegados a ese punto, era encontrarla justo antes de la presentación—. Pensaba que pudiésemos hablar antes.

—Sé cómo se presenta un libro, creo que van treinta y cinco. No necesito hablar antes.

No solo quería hablar con ella de libros, pero tendría que esperar a la noche.

—Vale —respondió lo más tranquilo que pudo—. Si necesitas algo, lo que sea, solo tienes que llamarme.

Le colgó antes de que acabara la frase. Jayden se quedó mirando el teléfono como un imbécil. Nunca podría dar nada por hecho con Irina. Cogió aire y lo echó de golpe.

Irina

Las imágenes de la noche anterior pasaban una y otra vez, como una novela, por su cabeza, pero esa vez no era una novela. Había sido real aunque él fuese un personaje que se repetía en sus historias.

Tenía que sacarlas de allí aunque tuviese que meter la cabeza en un cubo de agua con hielo, no podía dejarlas allí. Su mera existencia dolía. Dolía pensar que se pudiese repetir, dolía pensar que no se repitiese nunca, dolía pensar que aquello mismo lo habían vivido muchas otras, dolía aún más pensar que ella no fuese la última.

Estaba en pie y desnuda en el salón de su casa con todas las ventanas abiertas. Un piso que sentía más solitario e incómodo que nunca. Quería regresar al ático y volver a sentir el olor a

madera y a gato, envolverse con la manta, pegarse al radiador, y no separarse de Jayden.

Había salido de la caja y había dejado de narrar y, tal y como le advirtió Margaret, recibiría un azote que la tumbaría por completo, tanto que no sería capaz de volver a entrar y enfriarse.

Jayden

Aun limitando el aforo, aquello estaba lleno de gente: empleados de la agencia, fans de Irina, prensa y hasta cámaras de televisión. Todos colocados, salvo su autora.

Esperaba en la puerta y ella no llegaba. Aunque le había pedido que no la llamase, a última hora, quince minutos antes de la presentación, había decidido llamarla. No le había cogido el teléfono, para variar.

Era la hora y ella no estaba. La única Irina que había en aquella librería enorme era la del cartel. Hasta fuera, en la parte de atrás, había curiosos esperando para verla entrar. Tenía que reconocer la gran labor que había hecho su madre con Irina para llegar a aquel nivel. Una escritora prometedora no era suficiente, ambas habrían trabajado duro para alcanzar el enorme éxito y, lo más difícil, mantenerlo. En ese momento era él el que tendría que seguir empujándola para que nada de lo que habían conseguido decayese. No sabía si lo estaba haciendo de la mejor forma, seguramente no. Pero ya no sabía hacerlo de otra manera. No había invitado a Irina solo a invadir su casa.

Pudo verla a través de los cristales de un taxi y resopló, liberando la tensión. Irina salió del coche con un vaporoso vestido blanco de esos que parecían de otra época. Tenía pelo alrededor de las mangas y en el cuello. Una reina de las nieves justo el día que, según las noticias, comenzaría a nevar.

Irina alzó la mano para saludar a los que estaban tras las vallas de la puerta, algunos ya con el libro en la mano. Era una pena que solo pudiese invitar a cierto número de lectores. Por más que lo había pensado, entre prensa y gente del gremio, el grupo de lectores se reducía a unos doscientos privilegiados. Esa vez era por invitación, un sorteo virtual. Hubo miles de solicitudes, él mismo las gestionó. Y hasta sabiendo la cantidad de seguidores que tenía Irina Yadav, verla en aquel mundo, su mundo, hizo que lamentara, una vez más, haberse alejado del negocio familiar. Podría haberlas ayudado y estaba convencido de que hubiese disfrutado del camino que Margaret e Irina tuvieron que recorrer para llegar hasta donde se encontraban.

Pasó por delante de él sin pararse y sin mirarlo, como si fuese un guardia de seguridad y no su editor.

—Irina. —La cogió del brazo, ya estaban dentro del edificio. Un pasillo gris que los llevaba al salón de la presentación. Olía a papel y tinta, un aroma que procedía del almacén. Y aquel olor se cruzaba con el dulce de Irina haciéndolo más agradable. Extremadamente agradable.

La miró, pensando si el perfume de Irina estaba diseñado precisamente para eso, para mezclarse con su verdadero entorno.

—Voy a llegar tarde —protestó ella.

Se soltó y siguió camino adentro. Se apresuró tras ella, esa vez los tacones de Irina eran tremendamente rápidos. No sabía si era una estampida huyendo de él o realmente el ansia de una escritora por reunirse con los que la leían.

—¿Por qué me llevas evitando todo el día? —Volvió a agarrarla del brazo.

Ella volvió a zafarse.

—No te estoy evitando. —Estaba en el umbral de la puerta que daba al salón. Se detuvo.

—Claro que me estás evitando, quería hablar contigo y…

Irina dio un paso hacia el interior y se giró levemente hacia él.

—¿Querías hablar conmigo? Eres de los que les gusta que las mujeres le regalen los oídos. Si es que sois fantasmas de serie.

Irina, no, por Dios. Aquí no.

Se detuvo y lo miró. Comenzaron los flases y el murmullo del público.

—Vale, tuve unos orgasmos enormes. Gracias. ¿Siguiente? —Siguió su camino.

¿Como que siguiente?

La sujetó para que se detuviese. No quiso ni mirar a su alrededor, tuvo que contenerse para no llevarse la mano a la cara.

—Yo no me refería a eso. Y deja de decir esas cosas aquí, que no tiene por qué enterarse todo el mundo de lo que hacemos.

Irina se detuvo justo antes de los escalones de madera que la llevaban al escenario.

—Cierto, es mejor que no lo sepan. De otro modo, mañana tendrías una cola enorme de autoras solicitándote como editor. —Subió los escalones, dejándolo abajo.

Jayden alzó las cejas sin dejar de observarla subir con aquel vaivén de vaporoso vestido. Tuvo que contener la risa mientras negaba con la cabeza.

Es terrible lo de esta mujer.

Irina se sentó en el sillón y esperó a que le colocaran el micro. Recorrió con la mirada toda la sala, impresionaba ver lo que se montaba con cada publicación de Irina aunque ella hubiese acudido con la frescura con la que podría ir a comprar el pan, el periódico o cualquier otra acción cotidiana.

Sonrió, imaginando a Margaret en una de tantas presentaciones. Estaría tremendamente orgullosa. Ahora entendía aquello de «obra maestra» cuando se refería a Irina.

Siempre era curioso ver a Irina en su ámbito profesional. Resultaba tremendamente natural y hasta encantadora. Desprendía la dedicación que le ponía a cada creación y explicaba lo que trataba de expresar con ellas. No solo escribía historias, daba auténticas lecciones de vida cotidiana, una vida que ella solo conocía de oídas. Quizás por esa razón todo lo corriente en sus palabras sonaba a extraordinario. Porque era extraordinario para ella. El amor, el hogar, la familia… siempre tenían un lugar en sus escritos.

No tenía dudas, Irina estaba repleta de sentimientos.

Le tocaron en el hombro.

Jake, otro de los editores de Larsson, estaba junto a él con ambas manos metidas en los bolsillos.

—Hay rumores de que Irina ya tiene otra novela casi acabada —decía. Al parecer, su

secretaria tenía la lengua más larga de lo que esperaba.

Giró la cabeza para mirarlo, aunque prefería mirar a Irina.

—Jayden. —Ya no podía fiarse de nada de lo que pudieran decirle sus propios empleados—. La verdad es que no apostábamos mucho por ti. Y no lo digo por esto que has montado hoy. —Miró a su alrededor—. A los lectores de Irina Yadav les importa poco que su editor seas tú, yo, cualquier otro de Larsson o de las decenas de editoriales que hay en el país.

Y estaba de acuerdo con él. La propia Irina era un sello, uno que aseguraba el éxito. Ellos eran invisibles y prescindibles ya. Todo lo peor se lo llevó Margaret en los comienzos.

—Pero conseguir una novela más de Irina... —Ladeó la cabeza—. Existía la posibilidad de que Irina no siguiera escribiendo después de la muerte de tu madre.

Jayden apretó los labios para contrarrestar la punzada en la garganta.

—Cuando quieras cualquiera de nosotros estaremos encantados de echarle un vistazo —añadió Jake.

Jayden le puso la mano en el hombro. Le agradeció el gesto, supuso que una vez pasado el berrinche de que fuese él y no otro el que se quedase con Irina ya no lo venían con tan malos ojos.

—Lo que sea con tal de que no se la lleven los otros. —Jake se sacó una mano del bolsillo y le cogió el antebrazo—. Lo han intentado conmigo también.

Jayden contuvo la sonrisa.

—Hoy mismo. Al parecer, Irina tuvo un encuentro ayer con un editor que…

—Ya, ya. —Y no pudo contener la risa más.

—Ahora buscan a alguien que ella acepte, a alguien que conozca. Ahora irán a por Madelaine, supongo.

Jayden lo miró a los ojos.

—Nadie va a llevarse a Irina ni a ningún otro autor. Tenéis mi palabra.

Todos sabían que Irina era el pilar más fuerte de Larsson. Mientras ella produjera aquellas cantidades de dinero habría para mantener a otros autores con ventas más humildes, descubrir nuevos talentos y para mantener a sus empleados en excelentes condiciones. Era la forma de trabajar de Margaret, crear un ambiente óptimo. Ningún empleado se marchaba de Larsson.

Jake suspiró. Luego asintió con la cabeza. Jayden le agradeció la confianza. Quizás era cierto que habían rectificado en su forma de pensar. Eso tendría que comprobarlo a través de Irina, ella sabría decirle con seguridad. Irina siempre lo sabía todo.

Levantó los ojos hacia el escenario. Con Irina cerca todo iba a ir bien. Siempre lo sintió así.

Las presentaciones de Irina siempre se alargaban. Hizo lo que tenía que hacer, no alejarse demasiado de ella y atender a todo el que se acercaba a él.

Cerraban la librería y aún estaba firmando a los lectores. Esperó a que el último lector se fuera para acercarse. Era una mujer de mediana edad. Miraba cómo Irina dedicaba su ejemplar. Irina siempre se esmeraba en sus dedicatorias, la veía escribir un pequeño párrafo y la cara de sus lectores al leerlos significaba que había dejado allí algo que tendría sentido para quien lo estaba leyendo.

—Gracias —le dijo la mujer—. Y hasta la próxima.

Al oírla sintió un enorme abanico abrirse en su pecho. Aquella próxima a la que se refería la mujer estaba en un manuscrito en su casa con trazos de colores, clips y numerosos apuntes. Pero aquella mujer y miles de lectores, cientos de miles, millones en todo el mundo, la esperaban. La confianza que depositaban en ellos y la responsabilidad que significaba eso, si lo pensaba con claridad, se eclipsaban al oír la voz emocionada de aquella mujer. Irina tenía la capacidad de hacer feliz mucha gente. Y eso, en los tiempos que corrían, era de admirar.

Cada vez entendía mejor la fascinación que su madre sentía por la humilde niña india. Ella lo veía todo el tiempo. Irina era cristal y ese cristal era el que la dotaba para transmitir tal realidad en sus historias. Pero, a cambio de aquel don, ella estaba obligada a vivir rompiéndose todo el tiempo. De ahí esa línea de seguridad que se había forjado, como la joya más valiosa de un museo, protegida y aparentemente irrompible.

Y él se empeñaba en atravesar esa línea una y otra vez sin ser consciente de que, si la joya se rompía, se acababa todo. Lo bueno y lo malo de Irina dependían completamente de él. Quizás hacía mucho tiempo que ya dependía de él, años atrás, exactamente diez.

Algo en su pecho se abrió como la cola de un pavo real.

¿Y si siempre dependió de mí?

Miraba a Irina, esta recogía su bolso y se puso en pie.

Pienso sacarte de esa piscina de hielo tantas veces como haga falta.

27

Jayden

Jayden había dejado su coche en el aparcamiento del centro comercial. Era la primera vez que montaba a Irina en su coche. Aún no le había preguntado por qué ella solía ir a todas partes en taxi.

Irina estaba callada, distante. Y él no le sacó la más mínima conversación.

—No es por aquí. —La oyó protestar.

—Sí, sí es por aquí.

Ella lo miró de reojo.

—Es tarde y tengo hambre. —Volvía la soberbia de la escritora de romance. Tan diferente a cómo se comportaba con sus lectores…

Él no le respondió. La miró de reojo al girar en la esquina de una calle y entraron en un barrio residencial de casas muy conocido en Nueva York.

Irina se removió en el asiento.

—No he vuelto a pisarla desde que murió mi madre —le dijo—. Hay algo, una barrera que no me permite entrar. Lo intenté unos días después de su muerte —suspiró—. Pero no pude.

Irina apoyó el codo en la puerta del coche.

—¿Y por qué me traes aquí?

Frenó en la puerta de la casa Larsson.

—Porque quiero saberlo todo, desde el principio. —Salió del coche.

Abrió la puerta de Irina y le ofreció su mano para salir, aunque esperaba que ella la apartase y saliese sola.

Pero Irina quedó inmóvil en el asiento con la cabeza baja, sin intención de salir y completamente callada.

Si hubiese visto soberbia, despotismo o resistencia, tan solo para darle por culo, la hubiese sacado a cuestas como ya había hecho más de una vez. Pero en los segundos que había tardado en rodear el coche Irina parecía haber viajado en el tiempo.

Las pestañas espesas de Irina le impedían verle los ojos. Ella no los levantaba. Se inclinó, acuclillándose en el suelo a su lado.

—Irina, quiero que me enseñes el principio, el que no pude ver.

La oyó coger aire, su pecho se hinchó bajo aquel vestido que parecía hecho de nieve. La misma que caería de un momento a otro. La humedad del ambiente era intensa, la bruma le impedía ver al completo la casa Larsson.

Jayden colocó la palma de la mano hacia arriba, Irina lo miró desconfiada. Dejó caer su mano en la de él y Jayden se puso en pie para ayudarla a salir. No la soltó, no pensaba soltarla en ningún momento.

Dieron unos pasos hacia la puerta y Jayden se detuvo. Apretó la mano de Irina, el escozor en

la garganta fue inmediato. Los ojos se le llenaron enseguida.

—Irina. —Apenas podía hablar—. Haz lo que siempre haces.

La miró de reojo, ella seguía con aquella expresión desconfiada, asustada. Más parecida a la niña que encontró un día con su madre en la biblioteca que a la mujer de éxito que acababa de ver en una presentación multitudinaria.

—Narra —añadió, cogiendo aire—. No dejes de narrar.

Notó en la garganta de Irina que ella tragaba saliva.

—Era martes por la tarde, los martes yo tenía clases de inglés, pero mi cuidadora me dijo que había una mujer que quería conocerme…

Jayden cerró los ojos escuchando la voz de Irina, ella hasta recordaba el uniforme verde que en aquel entonces llevaban los empleados de la casa Larsson. También el olor de la casa, el de su madre. No sabía que Irina llegó allí la primera vez sin ni siquiera conocer qué era lo que querían de ella ni quién era Margaret Larsson.

Se adelantó para abrir la puerta y ella detuvo el relato para subir los escalones que accedían a la casa. En cuanto entró Jayden volvió a cogerle la mano con fuerza. Intentó aspirar aire, pero su pecho rebotó sin mucho éxito. Bajó la cabeza para limpiarse el ojo derecho.

—Sigue. —Y su petición sonó desesperada.

Irina se puso delante de él, ella misma le limpió la otra mejilla. Se inclinó sobre ella y apoyó sus labios sobre la frente de Irina.

—Sigue —le repitió sabiendo que lo que le pedía era tremendamente difícil.

Irina se retiró de él y entró en el salón.

—Aquí el olor a jengibre y canela era más intenso. No abrí la boca, me daba vergüenza hablar. Mi acento no era del todo correcto y pensaba que todo el mundo creería que era tonta. —Sonrió al oírla sin dejar de seguirla camino a la biblioteca—. Tenía miedo, las rodillas me temblaban tanto que apenas podía andar. Margaret me llevó hasta la biblioteca.

Entraron en aquella sala enorme y llena de estantes con el símbolo del sello Larsson en un tapiz en la pared. Un cuadro que su madre solía mostrar orgullosa.

Irina se acercó a la vitrina de los libros.

—*Jane Eyre* era su novela favorita y eso me creó una necesidad espantosa de leerla. Como la de beber cuando tienes sed o la de comer cuando estás muerto de hambre.

Irina se giró hacia la puerta, como si hubiese visto entrar a alguien, hasta el propio Jayden se giró para ver quién entraba, pero allí no había nadie.

Irina calló un instante. Ella sí parecía verlo. Le brillaron los ojos y él tuvo que tragar saliva para rascar los pinchazos que tenía en la garganta.

—Este es mi hijo Jayden —dijo Irina sin dejar de mirar el umbral de la puerta. El brillo de sus ojos aumentó. Él dio un paso para pegarse a ella, estuvo a punto de rodearla con los brazos, pero se contuvo—. Jayden —repitió—. Un lienzo en blanco que necesitaba pintar, describir, esculpir a través de las letras.

Le apretó la mano. Volvió a coger aire.

—Y mientras discutías con tu madre sobre mí tuve tiempo de crearte media decena de historias. Pero solo conseguí escribir una, la llamé *Rojo escarlata*.

Irina lo miró de reojo y él desvió la mirada. No había excusas para el bochornoso comportamiento que tuvo con Irina.

—Ella será una de las autoras de romántica más vendidas de todos los tiempos. Y entonces espero tus disculpas —añadió Irina.

Soltó la mano de Irina para girarse por completo y llevarse el puño a la boca. No lo recordaba, no se había acordado de esa frase. Sin embargo, en ese momento era capaz de ver hasta el traje negro que llevaba aquel día su madre.

No hubo disculpas con su madre. Ni tampoco las hubo con Irina. Salió de la biblioteca y se dirigió hacia la cristalera del salón, desde donde podía verse el jardín. Desde donde tantas veces recordaba que los observaba Irina.

Ella estaba ya tras él.

Jayden seguía apoyado en el cristal y bajó la cabeza hasta pegar su barbilla al pecho.

—Lo siento —le dijo. Ya era imposible disculparse con Margaret.

Notó la mano de Irina en la espalda y Jayden contuvo la respiración para concentrarse en su tacto. Irina arrastró la mano hacia su nuca.

—Aquí aprendí todas las primeras veces —siguió Irina—. Recuerdo la acrobacia de Kyra. Hice un personaje sobre ella en mi novela número quince.

Jayden levantó la cabeza. La novela quince de Irina podría haber sido unos cuatro años después de aquello y aún lo recordaba diez años después.

—Tu madre insistía al principio en que me integrase con vosotros, pero luego entendió que yo prefería quedarme tras el cristal, que aún no estaba preparada para estar rodeada de gente.

Irina también se apoyó en el cristal.

Irina

Un viaje en el tiempo, eso era volver a la deshabitada casa Larsson. El jardín tenía tanta bruma que apenas se apreciaba la piscina. Pero su mente conseguía apartar la oscuridad y la neblina para que el sol irrumpiera en el césped formando aquel verde resplandeciente que le encantaba. El silencio se rompía por los altavoces que solía colocar Jayden cuando llevaba a sus amigos.

Allí estaban todos riendo. Allí estaban Jesica y sus amigas, que no paraban de consolarla. También estaba Kyra y sus cualidades atléticas extraordinarias. Hasta recordó la sensación de querer verse dentro de todas ellas.

El cristal estaba helado y sus manos no tardaron en enfriarse también, pero no quería apartarlas, las sentía como un portal a cuando aún se encontraba perdida en un mundo con tantos aromas que lograban marearla, una realidad con demasiadas luces, muy distinto a todo lo que ella conocía.

—Aquí comencé a conocer las bases de mi trabajo —añadió—. Y tu madre me enseñó a canalizarlas una por una, aunque me matasen por dentro, para luego poder plasmarlas en un papel.

Inconscientemente había apretado la barriga, recordaba la sensación desagradable de tener el

estómago hecho un gurruño pegado a la columna. Sacudió la cabeza.

—Dolían de verdad, me apretaban el pecho, me encogían el estómago hasta el punto de que la propia saliva me producía fatiga, los calambres en las costillas, las diarreas, el miedo que no me dejaba quietas las rodillas… —Apretó los dientes al recordarlo—. Los primeros meses todo eso fue a peor, tanto que tu madre se desesperaba. Ella misma no sabía qué hacer conmigo.

—¿Y no buscasteis ayuda en ningún especialista?

—Claro que sí, ya te dije que al principio todo fue a peor. Hipersensibilidad, eso se traduciría a alguien que sufre o llora por todo. No es nada malo ni inusual, solo hay que aprender a convivir con eso. El problema se unía a haber pasado los principales años de aprendizaje emocional de la forma que los pasé yo. —Abrió la boca para respirar—. Eso no se recupera nunca, jamás. ¿A qué edad comenzó tu vida?

Lo miró de reojo, Jayden ya se había girado hacia ella.

—A los cuatro años. —Sabía la respuesta.

—¿Recuerdas algo de antes?

—Muy poco, prácticamente nada.

Irina suspiró. Ella lo recordaba absolutamente todo.

—Cuéntamelo. Tus recuerdos, los que sean —le dijo.

Jayden le cogió un mechón de pelo y se lo apartó de la cara.

—Recuerdo un viaje en avión con más niños. Apenas tengo recuerdos del orfanato de Australia. Una habitación con literas y poco más. Recuerdo que en el avión me asomaba continuamente por la ventana. No sabía muy bien a dónde iba, si me lo explicaron no lo entendí. —Rozó la nariz en su hombro—. Durante el camino del aeropuerto al nuevo centro pude ver los edificios enormes de Nueva York. Solo quería saber qué podría verse desde la última planta —dio una leve carcajada—, imaginaba que sería casi como ir montado en el avión.

Jayden volvió a portarle el pelo de la cara y del hombro.

—Recuerdo el uniforme del orfanato, las habitaciones. Una cuidadora que nos leía cuentos por las noches. Una sala con un televisor donde veíamos películas de superhéroes. Recuerdo a algunos compañeros, el patio de juegos y las clases con mesas pequeñas de colores. Tenía un compañero que lloraba todo el tiempo, él venía de otro estado, llegó sin más compañeros. Lloraba si se caía, lloraba cuando apagaban las luces por la noche para dormir. Lloraba tanto que solía tener siempre la piel quemada debajo de los ojos.

Jayden detuvo el relato un momento. Irina intuía lo que iría después.

—Una mañana llegó una señora elegante. —Al oírlo sus ojos se humedecieron de manera automática—. Tenía el pelo rubio, peinado a ondas sobre los hombros, como las estrellas de cine.

Una estrella de cine, eso mismo le pareció a Irina la primera vez que la vio.

—A veces iban familias a ver a los niños y a veces también se llevaban a alguno. Mi compañero se había caído jugando a la pelota y llevaba todo el recreo llorando. Entonces me acerqué a la mujer y le tiré del abrigo.

Jayden se detuvo de nuevo. No quiso mirarlo, oyó un sorbido corto, esa agua incómoda que solía caer de la nariz cuando se contenía el llanto.

—Le dije que él lloraba todo el tiempo, que no era feliz allí. —Volvió a oír el sorbido—. Y

ella me preguntó mi nombre.

Jayden apoyó la frente en su hombro, Irina sabía que no podría contarle nada más. Apartó las manos del cristal, estaban tan frías que no podía tocar a Jayden con ellas, él necesitaba otra calidez en el consuelo.

Se giró levemente, sin atreverse a mover el hombro donde estaba apoyado, y metió un brazo entre el de Jayden y su costado hasta llegar a su espalda. Por encima del abrigo no notaría el frío de la piel.

Despacio, buscó hueco con el otro para hacer lo mismo. Ladeó la cabeza hasta que sus labios rozaron la mandíbula de Jayden y los apretó contra él. Ella era la menos indicada para consolar a nadie, ni siquiera sabía consolarse a sí misma. Solo sabía que necesitaba estar pegada a él mientras lloraba.

Y él la rodeó también, quizás lo necesitaba. La mujer que los salvó ya no estaba, ver la casa Larsson desierta solo aumentaba aquel sentimiento de vacío y el vacío dolía. Apretó a Jayden con fuerza, con tanta fuerza que ni siquiera sabía si le estaba haciendo daño. En qué demonios estaría pensando Margaret para dejarle a su único hijo a su lado, sabiendo que ella ni siquiera era capaz de sobrevivir por sí misma fuera de la caja. Que desde dentro no podría ayudarlo, que tendría que salir con todas las consecuencias.

Y en aquel momento, con Jayden llorando sobre su hombro, no le importaban las consecuencias.

Arrastró la mano por el abrigo de Jayden, quería cogerle la cara, pero sus dedos estaban congelados todavía, los sacudió y volvió a poner el brazo donde estaban antes. Así no servían. Le dio con la mejilla en la barbilla para que levantase la cabeza, era la única parte con la que podía tocarlo sin que su temperatura fuese desagradable.

En cuanto Jayden levantó la cabeza apoyó su frente en la de él.

—Todo va a ir bien —le dijo y lo vio apretar los labios. Esa vez fue él el que la agarraba con fuerza.

La casa estaba completamente vacía, pero aún quedaban ellos dos.

Jayden

La nieve comenzó a caer en el jardín. No pensaba pedirle a Irina que siguiese narrando. Ya era suficiente para los dos.

Su respiración intentaba normalizarse, aunque con dificultad. Miró a Irina que seguía callada, inmóvil. Ella había hecho todo lo que estaba en su mano para que él dejase de llorar y sabía muy bien lo que eso significaba viniendo de ella. Margaret no pudo haberle dejado mejor compañía.

Sin embargo, tampoco entendía muy bien por qué quiso que él se encargarse de Irina cuando su inconsciencia pasada y su inmadurez no habían hecho más que meter la pata con ella. Ahora

que conocía lo que había al otro lado, la culpabilidad lo mataba.

—Si yo… —Tuvo que parar para aspirar, pero aquel rebote en el pecho no le dejaba coger aire bien—. Me hubiese comportado de otra manera…

—Tú no tienes la culpa, Jayden. Yo elegí el cristal —lo cortó ella, sabiendo muy bien a lo que se refería.

—Pero yo fui un imbécil. Mi madre intentó pedirme ayuda y yo empeoré las cosas. Y luego intenté ayudar y las empeoré todavía más.

Si pensándolo bien, se merecía todas aquellas cosas que Irina solía decirle. Sin embargo, ella no lo hacía por venganza, estaba comprobando que no le guardaba rencor alguno. Ella solo intentaba sobrevivir de la mejor forma que sabía.

Jayden se puso tras Irina. Pegó su cuerpo a la espalda de ella y le sujetó las muñecas. Bajó la cabeza para apoyar la nariz en su cuello. Le encantaba la piel de Irina, un color dorado que lo atraía sobremanera. Y podía notar cómo, directo en la piel, el olor dulzón y empalagoso de la lejanía se convertía en una delicia que no podía dejar de inspirar.

—Quiero que sepas que estoy dispuesto a sacarte de esa piscina de hielo. Aunque tenga que tirarme una vez y otra durante cien años.

Irina sonrió al escucharlo.

—Cien años es mucho tiempo. —Tenía las palmas de Irina sobre las suyas. Jayden abrió los dedos para que los de ella se cruzaran.

—Pues pon de tu parte para que sean menos —ella negó con la cabeza, casi podía verla reír. Y él había conseguido que su pecho dejase de rebotar al respirar. El dolor se disipaba.

Volvió a hundir su nariz en el cuello de Irina. Aunque unos meses atrás le hubiese parecido imposible de creer, le estaba encantando el olor a Irina.

—Gracias —le dijo—. Era incapaz de entrar aquí solo. —Cerró los ojos para apoyar la cara en el pelo liso y suave de Irina.

La notó moverse, buscando el hueco de su cuello con la cabeza. Levantó la barbilla para facilitarle el apoyo. Se notaba que ya la casa estaba deshabitada, hacía un frío intenso. Apretó a Irina.

—Vámonos a casa —susurró.

28

Irina

—Quema. —Intentaba arrodillarse en la bañera.

—No quema, está perfecta. —Jayden apoyó la nuca en el borde.

Irina veía cómo el agua desprendía vapor.

—Pero si está hirviendo.

—En un rato se te pasará. —Tiró de ella y la hizo perder el equilibrio. Cayó sobre él.

Dio un grito, la espalda le ardía y él se empezó a reír. Se sujetó en sus hombros para incorporarse, al menos hasta el pecho. La cadera había caído justo en un lugar que no pensaba mover.

—París, Viena, Madrid y Londres la próxima semana —dijo él y ella torció los labios. Nunca le habían importado las giras. Le encantaba entregarse a su trabajo desde todas las perspectivas. Pero estaba en un momento de su vida en el que necesitaba parar y atender esa otra parte que no sabía ni que existía. Estaba convencida de que a partir de ese momento sus novelas cambiarían. Era parte de su evolución como persona, sus letras siempre fueron transparentes.

Jayden tenía razón, ya no le quemaba el agua. Lo único que notaba arder era su vagina buscando el miembro de Jayden que, a medida que se endurecía, podía manejarlo mejor entre sus piernas.

Se dejó caer en el pecho de Jayden y cerró los ojos. Podría permanecer allí, sin moverse, lo que quedaba de día. Jayden había tenido mucho trabajo los días previos a la gira por Europa y eso se traducía en haber pasado muchas horas en el ático con la única compañía de Chelsie. Era extraño cómo, acostumbrada a la soledad, esta le repelía tremendamente.

Había tenido tiempo de acabar la novela y ya había comenzado a esbozar otra. Esa vez desde una perspectiva que nunca había probado.

Jayden le acariciaba la cara con los dedos. Notó sus labios en la frente.

—Te quiero, Irina.

Ella sonrió aún con los ojos cerrados.

—Te quise siempre. —Fue su respuesta y su pecho reaccionó a sus propias palabras.

Claro que lo quiso siempre y ese sentimiento desconocido la azotaba hasta romperla sin que ella supiese muy bien por qué.

Jayden volvió a besarle la frente y la rodeó entera con los brazos. Se movió para colocarse mejor, el agua se enfriaba demasiado rápido.

Notó la cadera de Jayden alzarse y sonrió. Él no podía evitarlo, era reflejo automático, en cuanto tomaba contacto con ella se activaba sin remedio donde quisiera que estuviesen. Algo que a veces resultaba más comprometido que su propia lengua.

Levantó la cabeza y se acercó a él. Llevaba tiempo que su labio inferior, si se escondía era únicamente entre los labios de Jayden. Él la agarró los muslos y volvió a alzar la cadera, esa vez

con mejor puntería. Le encantaba que la llenara de todas las maneras. Le mordió el labio mientras apretaba los muslos para que lo volviese hacer.

29

Irina

—¡Irina! —Dio un salto en la silla cuando lo escuchó llamarla.

Después del viaje de Europa tenían diez días libres, no recordaba haber tenido nunca tantas ganas de unas vacaciones aunque fueran escuetas. No le importaba qué hacer, cualquier plan, hasta el de no hacer absolutamente nada, le parecía maravilloso.

Se había comprado pijamas de algodón suficientes como para no salir del ático durante los diez días de vacaciones de Navidad.

Jayden había tenido que ir a la editorial, como hacía Margaret, para preparar todo antes del cierre temporal. Fue hasta el salón, él llevaba una caja similar a las de los sombreros.

Irina se acercó a él. Le podía apreciar una ilusión superlativa por lo que fuese que había dentro de aquella caja de cartón. Pero su única ilusión superlativa en aquel momento era recibir su beso correspondiente, el que llevaba horas esperando.

Tenía que reconocer que Jayden tenía paciencia con ella. Su lengua seguía siendo similar a la de siempre fuera del ático y dentro de él no podía despegarse de Jayden si él estaba allí. Algo que tendría que ir cambiando con el tiempo, pero ese tiempo sería más adelante.

Jayden tiró de ella para que se sentase en el sofá mientras se quitaba el abrigo y los zapatos. Luego pasó una pierna por detrás de ella para pegarse a su espalda y le puso la caja sobre los muslos.

—Ábrela —le dijo.

Buscó el filo del precinto y tiró de él, odiaba cuando se rompía a la mitad y se quedaba en un hilo que al tirar no liberaba la solapa. Metió los dedos y tiró rompiendo el cartón. Jayden tuvo que acudir a ayudarla, ella no solía echar mucha paciencia a aquellas cosas.

Alzó las cejas. En medio de corcho blanco había una esfera de cristal, con una casa dentro, y un Santa Claus flotaba con su trineo. Jayden le ayudó a sacarla, aquel cacharro pesaba como un adoquín.

—La encontré en casa, pero tenía el líquido casi evaporado. Ni siquiera cubría la casa. Así que la llevé a que la arreglasen. —La ayudó a darle la vuelta—. La esfera y la nieve son nuevas. Pero la base, la casa y el trineo son los mismos.

Purpurina y nieve comenzaron a caer sobre la casa. Jayden apoyó la barbilla en su hombro.

Al final sí que podía estar dentro de esa casa con él.

—Santa Claus, el Momo y la niña de los fósforos. —Lo oyó decir y sonrió.

Abrazó el adorno y se dejó caer en Jayden.

—Esta noche cenaremos los dos solos, pero si decides volver a leer un cuento en voz alta, por favor, que no sea tan triste. —Irina rio y él cruzó las piernas rodeando las suyas.

—No habrá cuentos.

—¿No?

Ella negó con la cabeza, miraba la terraza del ático. Jayden la tenía llena de estufas altas que parecían farolas.

Él puso el reloj delante de sus ojos.

—Tenemos noventa minutos para preparar la cena —le dijo y ella rio.

Retiró la espalda de él para poder mirarlo.

—Ya he hecho la cena. —Y él alzó las cejas sin mucha alegría.

Irina le dio un golpe en el pecho. Sonó de la misma manera que sonaban los que Margaret le daba. Ya estaba descubriendo de qué estaba relleno aquel príncipe que cada vez se tornaba más azul.

—Irina, sabes que te apoyo en todo lo que quieras hacer, pero de verdad que la comida… —negó con la cabeza—. No quiero pasar hambre la noche de Navidad.

—Si no la has probado. —Con la bola agarrada con un brazo se levantó—. Si ese aparato tuyo hace la comida solo.

—Y ni así te sale nada que se pueda comer.

Se giró para mirarlo. Entornó los ojos hacia él. Jayden era el rey de los cumplidos, pero en ese instante parecía más Irina Yadav que un Larsson.

Lo señaló con el dedo.

—Y eso que llevo aquí poco tiempo. Corres el riesgo de acabar como yo.

—¿Decir lo que me salga de las narices y que me resbale todo? Me encantaría.

Sonrió, mirándolo.

—Te comerás mi comida. —Sorteó a Chelsie que estaba en medio de la puerta de la cocina.

—Tu comida no la quiere ni Chelsie. —La siguió hasta la cocina—. Me niego.

—Entonces me negaré a todo lo que tú propongas.

—Te lo recordaré luego, cuando estés gritando en la cama.

El ardor en la vagina y el calambre en el clítoris fueron inmediatos. Espiró aire, Jayden comenzó a reír y ella lo miró de reojo.

—Vale. Tiramos mi comida y hacemos otra. —Puso la bola sobre la mesa de la cocina.

Jayden negaba con el dedo riendo.

—Yo hago otra comida y tú miras.

Se sentó en la mesa, mirar a Jayden nunca era mal plan.

30

Jayden

Estaban en la puerta del despacho de Desmond. Él había preparado el nuevo contrato de Irina y los citó allí. No entendía por qué Desmond no le había llevado el contrato a la editorial como hacía siempre.

Cogió la mano de Irina antes de llamar. Habían sido doce meses intensos. Dos novelas publicadas y una más en proceso para antes de Navidad. Irina seguía agotando ediciones y las traducciones funcionaban como siempre.

Desmond les pidió que pasasen. Sobre la mesa tenía el contrato de Irina, un contrato sin fecha final.

—Aquí lo tenéis —les dijo, empujando el contrato hacia ellos—. Pero no es por esto por lo que os he hecho venir.

Abrió un cajón y sacó un sobre que colocó sobre el contrato.

—Margaret me pidió que os diese esto el día que cumpliera el contrato.

Jayden bajó los ojos hacia el sobre. Un sobre beige con el sello Larsson de tantos que tenían en la editorial. Reconoció la letra alargada de su madre, «Irina y Jayden». Un solo sobre para los dos.

Desmond se levantó.

—Os dejo para que lo leáis. —El administrador salió del despacho.

Nunca le había hablado de esa carta. No la nombró ni cuando él preguntó desesperado si su madre había dejado algún cuaderno, alguna guía, lo que fuera que le pudiese ayudar con Irina.

Pero sí había algo más que una herencia y un contrato de doce meses. Un sobre.

Miró a Irina, quizás ella tampoco se atrevía a cogerlo. Él le empujó la mano para que fuese ella la que la abriese.

Irina se mordió el labio, hacía tiempo que no le veía esa expresión. En un año ya llevaban mejor la falta de Margaret, los dos eran capaces de visitar la casa Larsson, y solían hablar de ella sin que les cayera una lágrima, algo que parecía imposible al principio. La seguían echando de menos, la echarían de menos siempre, pero habían logrado seguir adelante.

Pero ver el sobre y reconocer la letra de su madre volvía a activar la pena y el vacío de un año atrás.

Volvió a empujar la mano de Irina y esta al fin cogió el sobre y lo abrió.

Había un único folio doblado en tres partes, como siempre le gustaba doblarlos a Margaret. Jayden tragó saliva, el dolor sobrevenía tan intenso como al principio.

—A las dos personas que más he querido en esta vida —dijo Irina y tuvo que parar. Giró la cabeza, no podía verla. Quería que siguiese leyendo, necesitaba saber qué decía la carta, pero ella no podía continuar.

Ni él tampoco.

Aun así, se pegó a ella y la ayudó a sujetar el papel, uno por cada lado.

—Sé que al principio no entenderéis nada. Nunca os expliqué cuáles eran mis intenciones, pero quiero que sepáis que esta es una decisión que tomé hace mucho, hace exactamente diez años, si, llegados al caso, mi camino se acababa. —Fue él el que no pudo seguir leyendo.

Oyó a Irina coger aire.

—La decisión la tomé exactamente una mañana, un día de Navidad, a los pies del árbol. Después de haberos observado la noche anterior os dije que podía verlo, que ya había empezado. Vosotros no teníais ni idea de a lo que me estaba refiriendo. Pero yo estaba convencida de que no me equivocaba y, aunque los dos siguierais vuestro camino alejados, no me equivoqué. La prueba la tenéis ahora mismo, leyendo esta carta.

Irina se detuvo y él miró el papel, ponía su nombre en el siguiente párrafo.

—Jayden, seguramente al principio me llegarás a maldecir por haberte dejado tal responsabilidad, una empresa enorme, decenas de empleados y una escritora que hay que saber entender. Para la empresa te dejé a los mejores asesores, pero con ella no te dejé ayuda alguna porque con Irina no sirven las guías, la única manera era que tú, por ti mismo, fueses descubriendo qué había debajo de ella. Entiende que no podía dejar a mi mejor joya con nadie más y no me refiero a su carrera literaria, su carrera solo puede pararse o hundirse si ella deja de escribir. Y contigo sé que eso no pasará. Te sentirías desesperado y perdido, pero conociéndote sé que no te darás por vencido y que pondrás todo de tu parte para llegar hasta ella. Y llegaste. —Se sorbió la nariz.

—Siempre me diste las gracias por lo que hice por ti, pero yo soy la que tengo que darte las gracias a ti por todo lo bueno que trajiste a mi vida, siempre tuviste un don especial para saber todo lo que necesitan los que te rodean, una de las razones por las que aparentemente te dejé una responsabilidad, yo misma pude vivirlo muchas veces durante los años que pasé contigo. No pude tener mejor hijo, siempre estuve orgullosa de ti y, pensando en todo lo que habrás recorrido cuando leas esto, mi orgullo es aún mayor. —Se retiró de la carta—. Irina.

Le tocaba a ella.

—Irina —suspiró al leerlo—. No quiero ni imaginarme todo lo que le habrás dicho a Jayden desde que te enteraste de que él sería tu editor. —Irina se puso la mano en la cara para reír—. Sin piedad alguna, no me espero menos.

Hasta él sonrió y eso que en aquel momento le era difícil.

—Tú sabes mejor que nadie que Jayden es mi debilidad, que nada ha sido más importante en mi vida que cuidarle, pero esta llega a su fin, una palabra que tú conoces bien. Dejando a mi hijo a cargo de la editorial y como editor de la estrella de mi sello, estoy convencida que conllevará controversias en los propios empleados. Que Jayden será medido todo el tiempo y que se sentirá presionado y atacado, tanto por los suyos como por la competencia. Y era necesario que tuviese a Irina Yadav a su lado, en todo su esplendor y con todas sus particularidades. Pero lo profesional era solo una parte, la otra, la parte más grande y que más me preocupa es que la culpa, el vacío, la autoexigencia o la soledad lo hagan perderse por completo. Conozco muy bien todo eso que guardas dentro de tu caja de cristal y siempre supe que tú y yo, además de gremio, compartimos debilidad. Nunca he tenido dudas de que, llegado el momento, no te importarán las

consecuencias de abrir tu caja para él y que no se pierda. Y él será afortunado de recibir todo lo que tienes para dar, el sentimiento en su estado original, intacto e incorrupto, encerrado en un vacío para que ni el tiempo, ni las decepciones ni el recorrido de media vida, lo haya podido alterar un ápice. Puedes estar tranquila y puedes confiar en él, Jayden nunca permitirá que te rompas. —Irina se dejó caer en él—. Gracias por permitirme verte emerger y conseguir llegar a lo más alto. Me voy con el orgullo de saber que yo te descubrí. El resto del mérito de todo lo que hemos conseguido ha sido solo tuyo, trabajadora incansable donde las haya, tus éxitos seguirán el tiempo que tú desees.

Irina lo miró para que él continuase leyendo.

—Pienso que después de doce meses nada de esto os ha cogido de sorpresa, habréis descubierto por vosotros mismos las razones por las que lo hice. Quiero que sepáis que ha sido un placer y un honor haberos tenido en mi vida y que me voy tremendamente feliz. Nunca os dejé solos y no os pude dejar en mejor compañía. Sed felices. Os quiero. Margaret Larsson.

Cogió aire con fuerza, mirando detenidamente la letra de su madre. Allí estaba la prueba que tanto meditó, Margaret nunca hacía nada al azar. Aquella carta le dio una paz interior que se sumó a lo que ya estaba construyendo con Irina y que tanto le ilusionaba.

Gracias.

Miró a Irina y sonrió.

—¿Puedo pedirte matrimonio ya?

—No.

—¿Tampoco ahora?

—No.

No había forma con aquella mujer, tuvo que reírse. Irina se inclinó hacia la carta.

—¿Has leído que diga algo de matrimonio aquí? Tu madre sabía que yo no aceptaría nunca.

Jayden le quitó la carta.

—Te recuerdo que sueles firmar los contratos sin ni siquiera mirarlos. —Alzó las cejas—. Así que cuidado con lo que firmas, porque el día menos pensado te lo cuelo.

Ella cogió el contrato.

—Pues a partir de ahora los leeré letra por letra.

Se giró hacia la puerta, se había olvidado por completo de Desmond, el pobre hombre estaba esperando fuera.

Epílogo

Diez años después

Irina

Se inclinó hacia la niña, tendría unos diez años.

—Cuando te lo dé cierra la mano con fuerza, que nadie lo vea —la niña asintió. Irina puso la palma de la mano contra la de ella y la pequeña la cerró en un puño con el billete dentro. Irina sacó de su bolso una tarjeta—. La asociación que te he dicho viene una vez al año. No la pierdas y se la das, ¿vale?

La pequeña asintió. La escritora acercó su mano a la cara de la niña, pero la retiró antes de tocarla. Ella dio unos pasos atrás para retirarse de ella y echó a correr.

Agra era tal y como lo recordaba. Habían pasado veinte años y no había cambiado en absoluto. El bullicio, la mezcla de habitantes que iban y venían, y la cantidad de turistas y visitantes, formaban un caos que llegaba a ser hasta incómodo a la vista.

—¡Mamá! —la llamó Lionel. Era el mayor, solo seis años. Con tanta gente no se atrevía a soltar a Jayden.

Owen, sin embargo, aunque tuviese un año menos era más atrevido. No dejaba de montarse por todo lo que pudiese trepar. Y en Agra podía treparse absolutamente todo. A Jayden le daría un infarto antes de llegar al Tal Mahal. Era el único parecido a ella de los tres, con la piel dorada y el pelo oscuro liso. Lionel y Helena eran un calco de Jayden, aunque ella era pequeña todavía y apenas podía verse una cabeza de rizos rubios colgada en una mochila de bebés a la espalda de su padre.

Regresó con ellos.

—Mamá —volvió a llamarla Lionel—. ¿Tú vivías aquí?

—*Buahhhhh*. —Owen ya podía ver el Taj Mahal.

—¡Bájate de ahí! —Oyó gritar a Jayden, que salió corriendo para cogerlo.

No hacía falta subirse a un muro, ya se podía ver en la lejanía. Una imagen que transmitía tranquilidad. Después de haber viajado hasta la saciedad podía reconocer que pocas construcciones la superaban. Levantada por amor, lo mismo ahí estaba la diferencia. De niña ya se preguntaba qué sentimiento podría llevar a crear tal coloso.

—Disculpe, ¿puede hacernos una foto? —Una pareja de turistas de mediana edad se le acercaron.

—¡Owen! —Jayden volvía a correr tras el niño.

Irina los miró, la mujer le acercó el móvil sin que ella aún hubiese respondido.

—No.

—¿No? —La mujer alzó las cejas.

—En esas tiendas de ahí —le señaló—, venden palos de selfi. Seguramente son peores que el que se dejó olvidado en su casa y cuestan tres veces más. Dígale a su marido que todos los mendigos no salen corriendo con el móvil, que le deje comprar el palo de una vez y no molesten más a la gente con las puñeteras fotos.

El matrimonio se sobresaltó. Ella se dio la vuelta y regresó con su familia.

—¿Por qué todo el mundo pone esa cara cuando habla con mamá? —preguntó Owen.

—Porque mamá es famosa. Tiene libros en todos los idiomas —le respondió su hermano.

—Hahn.

Jayden la miraba de reojo.

—¿Cada vez afinas más tus dotes de adivinación?

Irina movió la mano.

—Los escuché antes discutiendo en la tienda.

Jayden rio negando con la cabeza

—¡Owen! Suelta esa piedra.

Volvió a salir corriendo.

Nota de autora:

Gracias por leer *Nadie me enseñó a amar* y espero que hayas disfrutado con su lectura. Te agradecería que dejaras un comentario sobre ella en su página de Amazon contándome qué te ha parecido. Es mi manera de conocer el resultado de mi trabajo y también una forma de conoceros a quienes me leéis. Que sepáis que los leo absolutamente todos.

Si es la primera novela mía que lees, tienes disponibles muchas más, solo tienes que escribir en el buscador de Kindle: Noah Evans. También puedes seguirme en Facebook (Noah Evans) o Instagram (Noah_Evans_oficial) para estar al día de próximas publicaciones o si quieres comentarme algo sobre ellas. Me encanta teneros por allí.

Gracias por seguir conmigo en cada nueva novela, sin vosotras no sería posible.

Vendrán muchas más este 2022. Pronto seguimos con Highlander.

Un abrazo, Noah.

* * *